Basado en el explosivo nuevo video juego de BioWare y LucasArts

STAR WARS®

LA ANTIGUA REPÚBLICA

REVAN

DREW KARPYSHYN

Autor del éxito de ventas del *New York Times Star Wars: Darth Bane: Dinastía del Mal*

Libros de Drew Karpyshyn

Baldur's Gate II: Throne of Bhaal

Temple Hill

Mass Effect: Revelation

Mass Effect: Ascension

Star Wars: Darth Bane: Sendero de Destrucción

Star Wars: Darth Bane: Rule of Two

Star Wars: Darth Bane: Dynasty of Evil


STAR WARS
LA
ANTIGUA REPÚBLICA


REVAN
DREW KARPYSHYN

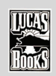


LA ANTIGUA REPÚBLICA



DREW KARPYSHYN



BALLANTINE BOOKS • NEW YORK


Título original: *Star Wars:* The Old Republic*: Revan*

Corrección: Oinotna Nalatac

Maquetación de portadas e ilustraciones: Hass_Dardo

Star Wars: La Antigua República*: Revan* es un trabajo de ficción. Los nombres, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o están usados de manera ficticia.

Publicado en los Estados Unidos por Del Rey, una marca de The Random House Publishing Group, una división de Random House, Inc., Nueva York.

ISBN 978-0-345-53282-4

Impreso en los Estados Unidos de América.

www.starwars.com

www.starwarstheoldrepublic.com

www.delreybooks.com

9 8 7 6 5 4 3 2 1

Primera Edición

Diseño del libro de ATTIK

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, maquetación, revisión y montado de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Ninguno de nosotros nos dedicamos a esto de manera profesional, ni esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si pensáis que lo merecemos.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en el Grupo Libros de Star Wars.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo con tus amigos si la legislación de tu país así lo permite y bajo tu responsabilidad. No estafes a nadie vendiéndolo.

Visítanos en el grupo para enviar comentarios, críticas, agradecimientos o para encontrar otros libros en:

http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/

En el foro de Star Wars Radio Net:

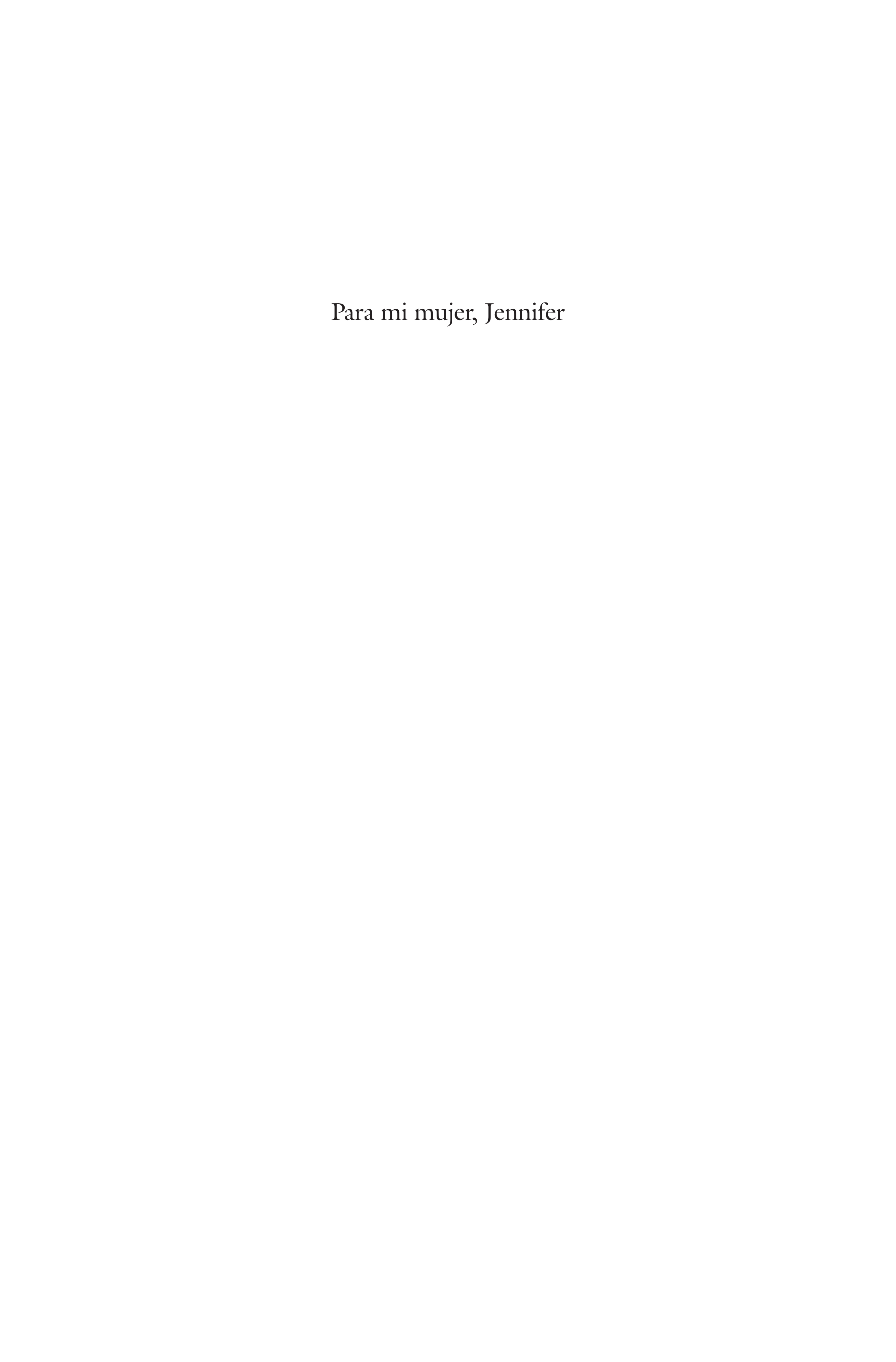
http://foro.swradionet.com/index.php

O en el foro de Star Wars Total:

http://www.starwarstotal.org/holored/index.php

¡Que la Fuerza os acompañe!

El grupo de libros Star Wars



Para mi mujer, Jennifer

AGRADECIMIENTOS

La historia de Revan se remonta hasta el *Star Wars:* Caballeros de la Antigua República original y quiero darle las gracias a todo el mundo en BioWare que contribuyó en ese fantástico juego. De forma similar, tengo una deuda de gratitud con todo el mundo en Obsidian que trabajó en el KOTOR II y todo el mundo en BioWare Austin que ayudó a crear *Star Wars:* The Old Republic MMO. Pero por encima de todo quiero agradecérselo a todos los fans de *Star Wars* y de Revan que han esperado tantísimos años una conclusión a esta historia: sin vuestro apoyo eterno esta novela nunca habría ocurrido.

La Línea Temporal de las Novelas de STAR WARS

LA ANTIGUA REPÚBLICA 5000-33 AÑOS ANTES DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Lost Tribe of the Sith*
- Precipice
- Skyborn
- Paragon
- Savior
- Purgatory
- Sentinel

3954 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

La Antigua República: Revan

3650 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

The Old Republic: Deceived

Lost Tribe of the Sith*
- Prantheon
- Secrets***

Red Harvest

The Old Republic: Fatal Alliance

1032 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Knight Errant

Darth Bane: Sendero de Destrucción***
Darth Bane: Rule of Two
Darth Bane: Dynasty of Evil

67 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Darth Plagueis



ALZAMIENTO DEL IMPERIO 33-0 AÑOS ANTES DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Darth Maul:Saboteador*
Velo de Traiciones
Darth Maul: Cazador de las Tinieblas

32 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

STAR WARS : EPISODIO I
LA AMENAZA FANTASMA

Planeta Misterioso
Vuelo de Expansión
La Llegada de la Tormenta

22 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

STAR WARS: EPISODIO II
EL ATAQUE DE LOS CLONES

22-19 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

The Clone Wars
The Clone Wars: Espacio Salvaje
The Clone Wars: No Prisoners

Clone Wars Gambit
- Stealth
- Siege

Republic Commando
- Contacto Hostil***
- Ttiple Zero
- True Colors
- Order 66

Punto de Ruptura
Traición en Cestus
La Colmena *
MedStar I: Médicos de Guerra
MedStar II: Curandera Jedi
La Prueba del Jedi
Yoda: Encuentro Oscuro
El Laberinto del Mal

19 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

STAR WARS: EPISODIO III
LA VENGANZA DE LOS SITH

Darth Vader: El Señor Oscuro
Imperial Commando 501st

Noches de Coruscant
- Crepúsculo Jedi
- Calle de Sombras
- Patrones de Fuerza***

La Trilogía de Han Solo
- La Trampa del Paraiso
- La Maniobra Hutt
- Amanecer Rebelde

Las Aventuras de Lando Calrissian
- Lando Calrissian y el Arpa Mental de los Sharu
- Lando Calrissian and the Flamewind of Oseon
- Lando Calrissian and the Starcave of ThonBoka

El Poder de la Fuerza

The Han Solo Adventures
- Más Allá de las Estrellas
- La Venganza de Han Solo
- Han Solo y el Legado Perdido

Las Tropas de la Muerte
The Force Unleashed II

* Ebook
** Próximo lanzamiento
*** En proceso de traducción



LA REBELIÓN
0-5 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Death Star

Shadow Games

0

STAR WARS: EPISODIO IV
UNA NUEVA ESPERANZA

Relatos de la Cantina de Mos Eisley
Lealtad ***
Choices of One
Galaxies: The Ruin of Dantooine
El Ojo de la Mente

3 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

STAR WARS: EPISODIO V
EL IMPERIO CONTRAATACA

Tales of the Bounty Hunters
Sombras del Imperio

4 *AÑOS ANTES DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

STAR WARS: EPISODIO VI
EL RETORNO DEL JEDI

Tales from Jabba's Palace
Tales from the Empire
Tales from the New Republic

The Bounty Hunter Wars

The Mandalorian Armor
Slave Ship
Hard Merchandise

La Tregua de Bakura
Luke Skywalker y las Sombras de Mindor ***



LA NUEVA REPÚBLICA
5-25 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Ala-X

El Escuadrón Rebelde
La Apuesta de Wedge
La Trampa del Krytos
La Guerra del Bacta
Wraith Squadron
Iron Fist
Solo Command

El Cortejo de la Princesa Leia
A Forest Apart *
El Fantasma de Tatooine ***

La Trilogía de Thrawn

Heredero del Imperio
El Resurgir de la Fuerza Oscura
La Última Orden

X-Wing: Isard's Revenge

La Trilogía de la Academia Jedi

La Búsqueda del Jedi
El Discípulo de la Fuerza Oscura
Campeones de la Fuerza

Yo, Jedi ***
Los Hijos de los Jedi
Espada Oscura
Planeta de Penumbra
X-Wing: Starfighters of Adumar
La Estrella de Cristal

La Trilogía de la Flota Negra

Antes de la Tormenta
Escudo de Mentiras
La Prueba del Tirano

La Trilogía de Corellia

Emboscada en Corellia
Ofensiva en Selonia
Ajuste de Cuentas en Centralia

Duología de la Mano de Thrawn

Espectro del Pasado
Visión del Futuro

Pacto Subrepticio *
Survirvor's Quest

* Ebook
** Próximo lanzamiento
*** En proceso de traducción

La Línea Temporal de las Novelas de STAR WARS



LA NUEVA ORDEN JEDI
25-40 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Boba Fett: A Practical Man *

La Nueva Orden Jedi

Vector Prime
Marea Oscura I: Ofensiva
Marea Oscura II: Desastre
Agentes del Caos I: La Prueba del Héroe
Agentes del Caos II: Eclipse Jedi
Punto de Equilibrio
Recuperación *
Al Filo de la Victoria I: Conquista
Al Filo de la Victoria II: Renacimiento
Estrella a Estrella
Viaje a la Oscuridad
Tras las Líneas Enemigas I: Sueño Rebelde
Tras las Líneas Enemigas II: Resistencia Rebelde
Traidor
Los Caminos del Destino
Ylesia *
Hereje en la Fuerza I: Remanente
Hereje en la Fuerza II: Refugiado
Hereje en la Fuerza III: Reunión
La Profecía Final
La Fuerza Unificadora

35 *AÑOS DESPUÉS DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

Trilogía del Nido Oscuro

El Rey Unido
La Reina Invisible
La Guerra del Enjambre



LEGADO
+40 AÑOS DESPUÉS DE *STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

El Legado de la Fuerza

Traición
Linajes
Tempestad
Exilio
Sacrificio
Infierno
Furia
Revelación ***
Invencible ***

Contracorriente ***
Marea Viva ***

Halcón Milenario

43 *AÑOS DESPUÉS DE STAR WARS: Una Nueva Esperanza*

El Destino de los Jedi

Desterrado
Presagio
Abismo ***
Repercusión ***
Aliados ***
Vórtice ***
Condena ***
Ascensión ***
Apocalypse **

* Ebook
** Próximo lanzamiento
*** En proceso de traducción

DRAMATIS PERSONAE

Bastila Shan; Caballero Jedi (humana)
Canderous Ordo; mercenario mandaloriano (humano)
Darth Nyriss; Consejera Oscura (mujer sith)
Darth Xedrix; Consejero Oscuro (humano)
Meetra Surik; Caballero Jedi (humana)
Murtog; jefe de seguridad (humano)
Revan; Maestro Jedi (humano)
Lord Scourge; Lord Sith (hombre sith)
Sechel; consejero (hombre sith)
T3-M4; astromecánico (droide)



Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana...

PRÓLOGO

Aquí la oscuridad reina eternamente. No hay sol, ni amanecer. Sólo la oscuridad perpetua de la noche. La única iluminación viene de los puntiagudos tridentes de los relámpagos tallando un camino perverso a través de las nubes enfadadas. En su salvaje estela el trueno desgarra el cielo, liberando un torrente de lluvia dura y fría.

La tormenta se acerca y no hay escapatoria.

Los ojos de Revan se abrieron de golpe, con la furia primitiva de su pesadilla arrancándole del sueño por tercera noche consecutiva.

Se quedo tendido quieto y en silencio, volviendo su concentración a su interior para tranquilizar el martilleo de su corazón mientras recitaba silenciosamente la primera línea del mantra Jedi.

No hay emoción. Hay paz.

Una sensación de calma se instaló en él, llevándose el terror irracional de su sueño. Sin embargo sabía que era mejor no descartarlo meramente. La tormenta que le atormentaba cada vez que cerraba los

ojos era más que una simple pesadilla. Conjurada desde los rincones más profundos de su mente, la tormenta tenía un significado. Pero a pesar de cuánto lo intentaba, Revan no podía figurarse lo que su subconsciente estaba intentando decirle.

¿Era una advertencia? ¿Un recuerdo olvidado hacía mucho? ¿Una visión del futuro? ¿Las tres cosas?

Con cuidado de no despertar a su mujer, salió de la cama y fue al baño para echarse un poco de agua fría en la cara. Percibiendo un destello de sí mismo en el espejo, se detuvo a estudiar su reflejo.

Incluso ahora, dos años después de redescubrir su auténtica identidad, todavía tenía problemas para reconciliar la cara del espejo con el hombre que había sido antes de que el Consejo Jedi le hubiese vuelto de nuevo a la luz.

Revan: Jedi, héroe, traidor, conquistador, villano, salvador. Era todas esas cosas y más. Era una leyenda viva, la encarnación del mito y el folklore, una figura que trascendía la historia. Sin embargo todo lo que le devolvía la mirada era un hombre ordinario que no había dormido en tres noches.

La fatiga estaba haciendo mella. Sus rasgos angulosos se habían vuelto delgados y tensos. Su piel pálida acentuaba los círculos oscuros bajos los ojos que le devolvían la mirada desde cuencas profundas.

Colocando una mano a cada lado del lavabo, bajó bruscamente la cabeza y dejó escapar un largo suspiro bajo, con su pelo negro hasta la altura de los hombros cayendo hacia delante para cubrir su cara como una cortina oscura. Después de varios segundos se enderezó, utilizando los dedos de ambas manos para echarse el pelo hacia atrás hasta su sitio.

Moviéndose silenciosamente, se abrió camino desde el baño y a través del pequeño salón de su apartamento. Salió al balcón, donde se detuvo y miró a través del infinito paisaje urbano de Coruscant.

El tráfico en la capital galáctica nunca se detenía y encontró tranquilizador el zumbar y el borrón de las lanzaderas pasando a toda prisa. Se inclinó hacia fuera sobre la barandilla del balcón hasta donde pudo, con sus ojos incapaces de atravesar la oscuridad que formaba la superficie del planeta cientos de pisos más abajo.

—No saltes. No quiero tener que limpiar ese lío.

Él volvió la cabeza ante el sonido de la voz de Bastila tras él.

Ella estaba en el umbral de la puerta del balcón, con la sábana de la cama envuelta alrededor de sus hombros para prevenir el frío de la noche. Su largo pelo castaño, normalmente apartado de su frente y recogido en un moño alto y una pequeña cola de caballo debajo, colgaba suelto y estaba alborotado de dormir. Su cara sólo estaba parcialmente iluminada por el brillo de la ciudad de más abajo, aunque él podía ver sus labios comprimidos en una sonrisa abyecta. A pesar de sus palabras de broma, él podía ver una preocupación real grabada en los rasgos de ella.

—Lo siento —dijo él, apartándose de la barandilla y volviéndose hacia ella—. No pretendía despertarte. Sólo necesitaba aclarar la cabeza.

—Tal vez deberías hablar con el Consejo Jedi —sugirió Bastila—. Podrían ser capaces de ayudarte.

—¿Quieres que le pida ayuda al Consejo? —repitió él—. Debes de haber bebido demasiado vino corelliano durante la cena.

—Te lo deben —insistió Bastila—. Si no fuera por ti, Darth Malak habría destruido la República, eliminado al Consejo y casi exterminado a los Jedi. ¡Te lo deben todo!

Revan no respondió inmediatamente. Lo que ella decía era verdad: él había detenido a Darth Malak y destruido la Forja Estelar. Pero no era tan simple. Malak había sido el aprendiz de Revan. Contra los deseos del Consejo, los dos habían liderado un ejército de Jedi y de soldados republicanos contra los atacantes mandalorianos que amenazaban las colonias del Borde Exterior… sólo para volver no como héroes, sino como conquistadores.

Revan y Malak habían buscado los dos destruir a la República. Pero Malak había traicionado a su Maestro y Revan había sido capturado por el Consejo Jedi, apenas vivo, con su cuerpo y su mente rotos. El Consejo le había salvado la vida, pero también le habían arrancado recuerdos y le habían reconstruido como un arma que podría ser liberada contra Darth Malak y sus seguidores.

—El Consejo no me debe nada —susurró Revan—. Todo el bien

que he hecho no puede compensar la maldad que vino antes.

Bastila levantó su mano y la puso suave pero firmemente sobre los labios de Revan.

—No hables así. No pueden culparte por lo que pasó. Ya no. No eres el mismo hombre que eras. El Revan que conozco es un héroe. Un campeón de la luz. Me redimiste después de que Malak me volviera al lado oscuro.

Revan levantó su mano y envolvió sus dedos alrededor de la mano delicada que descansaba sobre sus labios y luego la bajó suavemente.

—Como tú y el Consejo me redimisteis a mí.

Bastila se apartó y Revan se arrepintió instantáneamente de sus palabras. Sabía que ella se avergonzaba de su participación en su captura y su papel para borrarle la memoria.

—Lo que hicimos estuvo mal. En aquel momento pensé que no teníamos otra opción, pero si tuviera que hacerlo de nuevo…

—No —dijo Revan, interrumpiéndola—. No querría que cambiaras nada. Si nada de esto hubiera pasado, podría no haberte encontrado nunca.

Ella se volvió para mirarle de frente y él pudo ver el dolor y la amargura que aun había en sus ojos.

—Lo que te hizo el Consejo no estuvo bien —insistió ella—. ¡Te arrebataron tu identidad! ¡Te robaron tu identidad!

—Eso regresó —le aseguró Revan, acercándola y envolviendo sus brazos alrededor de ella—. Tienes que dejar ir tu rabia.

Ella no luchó contra su abrazo, aunque se quedó rígida al principio. Después él sintió que la tensión se desvanecía de su cuerpo mientras ella bajaba la cabeza sobre el hombro de él.

—No hay emoción, hay paz —susurró ella, recitando en voz alta las mismas palabras en las que Revan había buscado consuelo sólo unos minutos antes.

Se quedaron allí en silencio, abrazándose el uno al otro hasta que Revan la sintió estremecerse.

—Hace frío aquí fuera —dijo él—. Deberíamos volver dentro.

Veinte minutos después Bastila estaba profundamente dormida, pero Revan estaba tendido en la cama con los ojos abiertos, mirando

al techo.

Estaba pensando en lo que Bastila había dicho sobre el Consejo quitándole su identidad. Cuando su mente había curado, muchos de sus recuerdos habían vuelto, junto con su sensación del yo. Pero sabía que algunas partes todavía estaban desaparecidas, posiblemente para siempre.

Como Jedi conocía la importancia de dejar ir la amargura y la furia, pero eso no significaba que no pudiera preguntarse todavía qué había perdido.

Algo les había pasado a él y a Malak más allá del Borde Exterior. Habían ido a derrotar a los mandalorianos, pero habían vuelto como discípulos del lado oscuro. La historia oficial era que habían sido corrompidos por el antiguo poder de la Forja Estelar, pero Revan sospechaba que había más que eso. Y sabía que tenía algo que ver con sus pesadillas.

Un planeta terrible de truenos y relámpagos, cubierto por la noche perpetua.

Malak y él habían encontrado algo. No podía recordar qué era, o dónde estaba, pero lo temía a un nivel profundo y primitivo. De alguna manera sabía que fuera lo que fuese lo que pudiera ser el terrible secreto, era una amenaza mucho más grande que los mandalorianos o la Forja Estelar. Y Revan estaba convencido de que todavía estaba ahí fuera.

La tormenta se acerca y no hay escapatoria.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Lord Scourge levantó la capucha de su capa mientras salía de la lanzadera, un escudo contra el viento y el aguacero. Las tormentas eran comunes aquí en Dromund Kaas. Las nubes oscuras bloqueaban perpetuamente el sol, haciendo que términos como *día* y *noche* carecieran de significado. La única iluminación natural venía de los frecuentes estallidos de relámpagos trazando arcos por el cielo, pero el brillo del espaciopuerto y de la cercana Ciudad Kaas proporcionaba luz más que suficiente para ver adónde iba.

Las poderosas tormentas eléctricas eran una manifestación física del poder del lado oscuro que envolvía a todo el planeta. Un poder que había atraído los Sith aquí un milenio antes, cuando su propia supervivencia había estado en duda.

Después de una aplastante derrota en la Gran Guerra Hiperespacial, el Emperador se había alzado desde las destrozadas filas de los Lores Sith que quedaban para liderar a sus seguidores en un éxodo desesperado hacia los límites más lejanos de la galaxia. Huyendo de los ejércitos de la República y de la incansable venganza de los Jedi,

finalmente volvieron a establecerse más allá de las fronteras del espacio cartografiado de la República en su planeta ancestral perdido hacía mucho.

Allí, ocultos de manera segura de sus enemigos, los Sith empezaron a reconstruir su Imperio. Bajo la guía del Emperador, el salvador inmortal y todopoderoso que todavía reinaba sobre ellos incluso después de mil años, abandonaron los estilos de vida hedonistas de sus bárbaros ancestros.

En su lugar crearon una sociedad casi perfecta en la que el ejército imperial operaba y controlaba virtualmente cada aspecto de la vida diaria. Los granjeros, los mecánicos, los profesores, los cocineros, los conserjes… todos eran parte de la gran máquina marcial, siendo cada individuo un diente del engranaje entrenado para llevar a cabo sus deberes con la máxima disciplina y eficiencia. Como resultado, los Sith habían sido capaces de conquistar y esclavizar planeta tras planeta en las regiones inexploradas de la galaxia, hasta que su poder e influencia rivalizó con los de su glorioso pasado.

Otro estallido de relámpagos rajó el cielo, iluminando momentáneamente la enorme ciudadela que surgía sobre Ciudad Kaas. Construida por esclavos y seguidores devotos, la ciudadela servía como palacio y como fortaleza, un lugar de reunión inexpugnable para el Emperador y doce Señores Sith escogidos cuidadosamente que formaban su Consejo Oscuro.

Una década antes, cuando Scourge había llegado por primera vez a Dromund Kaas como un joven aprendiz, había jurado que un día pondría el pie dentro de los exclusivos salones de la ciudadela. Sin embargo, en todos sus años de entrenamiento en la Academia Sith en los límites de Ciudad Kaas, nunca se le había concedido el privilegio. Había sido uno de los mejores estudiantes, señalado por sus superiores por su fortaleza en la Fuerza y por su devoción fanática a los caminos de los Sith. Pero a los acólitos no se les permitía entrar en la ciudadela. Sus secretos estaban reservados para aquellos que estaban directamente al servicio del Emperador y del Consejo Oscuro.

El poder del lado oscuro que emanaba de dentro del edificio era innegable. Había sentido la energía cruda y crepitante cada día du-

rante sus años de entrenamiento como acólito. La había utilizado, concentrando su mente y su espíritu para canalizar la energía a través de su propio cuerpo para sostenerse durante las brutales sesiones de entrenamiento.

Ahora, tras casi dos años lejos, estaba de vuelta en Dromund Kaas. De pie sobre la zona de aterrizaje, podía sentir de nuevo el lado oscuro en lo más profundo del interior de sus huesos, con el ardiente calor más que compensando la menor incomodidad del viento y la lluvia. Pero ya no era un mero aprendiz. Scourge había vuelto a la sede del poder imperial como Lord Sith con todas las de la ley.

Había sabido que este día llegaría al final. Después de graduarse en la Academia Sith había tenido la esperanza de tener un puesto en Dromund Kaas. En su lugar había sido enviado a las fronteras del Imperio para ayudar a reprimir una serie de rebeliones menores en planetas recientemente conquistados. Scourge sospechaba que el puesto había sido un castigo de algún tipo. Uno de sus instructores, celoso del potencial del pupilo estrella, probablemente había recomendado que fuera emplazado tan lejos de la sede del poder imperial como fuera posible para ralentizar su ascenso a los rangos superiores de la sociedad Sith.

Desafortunadamente, Scourge no tenía pruebas para respaldar su teoría. Sin embargo, aunque exiliado a los sectores más incivilizados de las fronteras más lejanas del Imperio, todavía se las había arreglado para forjarse una reputación. Sus habilidades marciales y persecución brutal de los líderes rebeldes llamó la atención de varios prominentes líderes militares. Ahora, dos años después de dejar la Academia, había vuelto a Dromund Kaas como Señor de los Sith recientemente ungido. Más importante aun, estaba aquí ante la petición personal de Darth Nyriss, una de los miembros más antiguos del Consejo Oscuro del Emperador.

—Lord Scourge —dijo una figura por encima del viento, corriendo para saludarle—. Soy Sechel. Bienvenido a Dromund Kaas.

—Bienvenido *de nuevo* —le corrigió Scourge mientras el hombre caía sobre una rodilla e inclinaba la cabeza en un gesto de respeto—. Esta no es mi primera visita a este planeta.

La capucha de Sechel estaba subida contra la lluvia, cubriendo sus rasgos, pero durante su aproximación Scourge había advertido la piel roja y los apéndices que colgaban de las mejillas que le marcaban como un sith purasangre, justo igual que el propio Lord Scourge. Pero mientras que Scourge era una figura impresionante, alto y de hombros anchos, este hombre era pequeño y ligero. Abriéndose, Scourge sintió sólo el rastro más débil de la Fuerza en el otro y sus rasgos se retorcieron en una burla de revulsión.

A diferencia de los humanos que representaban la mayoría de la población del Imperio, la especie sith estaba toda bendecida con el poder de la Fuerza en grados que variaban. Eso les marcaba como la élite. Les elevaba por encima de los rangos más bajos de la sociedad imperial. Y era un legado que se protegía fervientemente.

Un purasangre nacido sin ninguna conexión a la Fuerza era una abominación. Por costumbre no se sufriría que tal criatura viviera. Durante su época en la Academia, Lord Scourge había encontrado a un puñado de sith cuyo poder en la Fuerza era perceptiblemente débil. Obstaculizados por sus fallos, dependían de la influencia de sus familias de alto rango para que les encontraran puestos como ayudantes u oficiales administrativos de bajo nivel en la Academia, donde su hándicap sería menos perceptible. Salvados de las castas más bajas sólo por su herencia de purasangre, a los ojos de Scourge apenas eran mejores que los esclavos, aunque tenía que admitir que los más competentes tenían sus utilidades.

Pero nunca antes había encontrado a alguien de su propia clase con una sintonización con la Fuerza tan débil como el hombre acurrucado a sus pies. El hecho de que Darth Nyriss hubiera enviado a alguien tan vil e indigno a saludarle era inquietante. Había esperado una bienvenida más sustancial e impresionante.

—Levántate —gruñó, sin hacer esfuerzo alguno por ocultar su disgusto.

Sechel se puso en pie rápidamente.

—Darth Nyriss envía sus disculpas por no venir a reunirse con vos personalmente —dijo rápidamente—. Ha habido varios intentos contra su vida recientemente y sólo deja su palacio bajo las más raras

circunstancias.

—Soy bien consciente de su situación —replicó Scourge.

—S-sí, mi lord —balbuceó Sechel—. Por supuesto. Eso es por lo que estáis aquí. Disculpad mi estupidez.

El chasquido de un trueno casi ahogó la disculpa de Sechel, anunciando un aumento de la intensidad de la tormenta. La lluvia que se incrementaba empezó a caer en agudas mantas.

—¿Eran las instrucciones de tu señora que me dejaras aquí de pie en este aguacero hasta que me ahogara? —demandó Scourge.

—P-perdonadme, mi lord. Por favor, seguidme. Tenemos un deslizador esperando para llevaros al domicilio.

A una distancia corta del espaciopuerto había una pequeña zona de aterrizaje. Un flujo constante de taxis flotantes estaba aterrizando y despegando. Era el modo preferido para aquellos de las clases más bajas que no podían permitirse su propio deslizador para recorrer la ciudad. Como era típico en un espaciopuerto ajetreado, una espesa multitud rodeaba la base de la zona de aterrizaje. Aquellos que acababan de llegar se colocaban rápidamente en la cola que esperaba contratar a un conductor, moviéndose con la disciplinada precisión que era el sello de la sociedad imperial.

Por supuesto, Lord Scourge no tenía necesidad de colocarse en la fila. Aunque algunos en la multitud lanzaron miradas cortantes a Sechel cuando intentó abrir a la fuerza un camino, la multitud se separó rápidamente ante la imagen de la imponente figura detrás de él. Incluso con la capucha colocada contra la lluvia, la capa negra de Scourge, su armadura picuda, su complexión roja oscura y el sable láser mostrado prominentemente a su costado le marcaban claramente como un Lord Sith.

Los individuos de la multitud mostraron una amplia variedad de reacciones a su presencia. Muchos eran esclavos o sirvientes obligados por contrato a hacer recados para sus amos. Sabiamente mantuvieron sus ojos fijos en el suelo, con cuidado de no establecer contacto visual. Los Alistados, los rangos de los individuos ordinarios reclutados para el servicio militar obligatorio, se pusieron inteligentemente firmes, como si estuvieran esperando a que Scourge los ins-

peccionara mientras pasaba.

Los Sojuzgados, la casta de los mercaderes, comerciantes, dignatarios y visitantes extranjeros de planetas a los que todavía no se les había concedido el estatus completo dentro del Imperio, le miraron con una mezcla de maravilla y miedo mientras se apartaban a un lado rápidamente. Muchos de ellos inclinaron la cabeza como signo de respeto. En sus planetas de origen podían ser ricos y poderosos, pero aquí en Dromund Kaas eran todos muy conscientes de que tenían un rango sólo ligeramente por encima de los sirvientes y los esclavos.

La única excepción a la norma era un par de humanos, uno hombre y la otra mujer. Scourge se dio cuenta de que estaban al pie de las escaleras que subían a la plataforma de aterrizaje, sin retirarse testarudamente.

Llevaban ropas caras, con los pantalones y la parte de arriba a juego, rojos y decorados en blanco, y ambos llevaban claramente una armadura ligera bajo sus vestiduras. Colgando del hombro del hombre había un gran rifle de asalto y la mujer tenía una pistola láser atada a cada cadera. Sin embargo, los dos humanos claramente no eran parte del ejército, igual que ninguno mostraba la insignia de oficial imperial ni ninguna indicación de rango en su atuendo.

No era inusual que mercenarios Sojuzgados de otros planetas visitaran Dromund Kaas. Algunos venían buscando beneficios, ofreciendo sus servicios al mejor postor. Otros venían para demostrar su valor para el Imperio con la esperanza de que un día se les diera el raro privilegio de la ciudadanía imperial completa. Pero los mercenarios típicamente reaccionaban con deferencia y humildad cuando se enfrentaban con alguien del rango de Scourge.

Por ley, Scourge podría hacer que los encarcelaran o los ejecutaran incluso por una ofensa trivial. A juzgar por su comportamiento antagónico, desconocían totalmente este acto.

Mientras el resto de la multitud se apartaba, los mercenarios permanecían en su lugar, mirando desafiantemente a Scourge mientras él se aproximaba. El Señor Sith se preocupó ante la continuada falta de respeto. Sechel también debía de haberlo sentido, porque rápidamente se lanzó hacia delante para enfrentarse a la pareja.

Scourge no ralentizó su paso, pero tampoco hizo un movimiento para alcanzar al siervo que corría a toda prisa. A esta distancia, no podía decir lo que se estaba diciendo por encima del viento y la lluvia. Pero Sechel estaba hablando frenéticamente, haciendo gestos y agitando sus brazos mientras que los dos humanos le miraban con frío desprecio. Finalmente, la mujer asintió y la pareja se movió fuera del camino. Satisfecho, Sechel se volvió y esperó a que Scourge llegara.

—Un millar de disculpas, mi lord —dijo mientras subían los escalones—. Algunos Sojuzgados carecen de la comprensión apropiada de nuestras costumbres.

—Quizás necesitan que yo les recuerde cuál es su lugar —rugió Scourge.

—Si ese es vuestro deseo, mi lord —dijo Sechel—. Sin embargo, debo recordaros que Darth Nyriss os está esperando.

Scourge decidió dejar pasar el asunto. Subieron al deslizador que les esperaba. Sechel se colocó a los mandos. Scourge se colocó en un lujoso asiento, complacido de notar que el vehículo tenía techo. Muchos de los taxis flotantes estaban abiertos a los elementos. Los motores se conectaron y ellos se elevaron hasta la altura de diez metros antes de que el deslizador acelerara, dejando atrás el espaciopuerto.

Viajaron en silencio, acercándose incluso más a la enorme ciudadela que se alzaba en el corazón de Ciudad Kaas. Pero Scourge sabía que este no era su destino hoy. Como cada miembro del Consejo Oscuro, a Darth Nyriss se le permitía el acceso a la ciudadela del Emperador. Tras los dos intentos de asesinato recientes, sin embargo, Scourge esperaba por completo que ella se quedara dentro de los muros de la fortaleza personal que tenía en las afueras de Ciudad Kaas, rodeada por sus empleados y siervos de más confianza.

Esto no le pareció a Scourge como cobardía de ninguna manera. Nyriss simplemente estaba siendo práctica. Como cualquier Sith de alto rango, ella tenía muchos enemigos. Hasta que ella descubriera quién estaba detrás de los intentos de asesinato, exponerse innecesariamente era un riesgo tonto e injustificado.

Sin embargo ella tenía que estar prácticamente equilibrada contra la comprensión de que su rango se basaba únicamente en la fuerza. Si

Nyriss parecía débil o inefectiva, si era incapaz de llevar a cabo acciones firmes y decisivas contra quien fuera que estuviera planeando su muerte, otros lo sentirían. Los rivales dentro y fuera del Consejo Oscuro se aprovecharían de su situación, influenciando su posición vulnerable para su propia ventaja. Darth Nyriss no sería la primera del círculo interno del Emperador en perder la vida.

Eso era para lo que Scourge estaba aquí. Para descubrir las mentes maestras secretas detrás de los asesinatos y destruirlos.

Dada la importancia de esta misión, no podía comprender porqué Nyriss no había enviado una guardia de honor completa para escoltarle a través de la ciudad. Debería querer que todo el mundo conociera la llegada de él. Él era la prueba de los pasos que se estaban dando para resolver su problema, una advertencia para cualquier otro rival que pudiera estar envalentonado por los recientes intentos contra la vida de ella. Mantener la llegada de él casi en secreto no servía a ningún propósito… al menos a ninguno que Scourge pudiera ver.

Pasaron junto a la ciudadela del Emperador y se abrieron camino hacia el límite oeste de la ciudad. Después de varios minutos más, Scourge sintió que el deslizador frenaba mientras Sechel lo dirigía hacia un aterrizaje.

—Hemos llegado, mi lord —dijo Sechel cuando el vehículo se posó.

Estaban en un gran patio. Altas paredes de piedra se alzaban hacia el norte y el sur. El extremo este estaba abierto a la calle. El oeste estaba bordeado por lo que Scourge asumió que era la fortaleza de Darth Nyriss. En muchos aspectos, el edificio se parecía a la ciudadela del Emperador, aunque en una escala significativamente más pequeña. Las similitudes arquitectónicas eran más que sólo un homenaje al Emperador. Como su ciudadela, este edificio serviría como la mansión de Nyriss y como una fortaleza a la que ella podía retirarse en tiempos de problemas y había sido diseñado para ser simultáneamente opulento, impresionante y fácilmente defendible.

El propio patio estaba poblado por media docena de estatuas grandes, cada una de varios metros de ancha en la base y fácilmente el doble de altas que Scourge. Las dos más grandes representaban a hu-

manoides con ropajes Sith: un hombre y una mujer. Se alzaban con los brazos levantados ligeramente hacia delante, con las palmas de las manos hacia arriba. La cara del hombre estaba oculta por una capucha, la representación común del Emperador. La mujer tenía la capucha echada hacia atrás para revelar los feroces rasgos sith. Si el trabajo del escultor era fiel, Scourge sabía que esta era su primera visión del aspecto que tenía realmente Darth Nyriss.

Las otras estatuas eran piezas abstractas, aunque cada una incorporaba un emblema de la familia de Nyriss: cuatro estrellas de punta dentro de un amplio círculo. El suelo estaba cubierto con delicadas piedrecitas blancas. Un tipo de liquen raro que proliferaba en la penumbra de Dromund Kaas había sido plantado en patrones decorativos a través de la piedra, con el débil brillo púrpura proporcionando una iluminación fantasmal. Un camino llano de piedra refinada llevaba desde las enormes puertas dobles que marcaban la entrada a la fortaleza, a través del centro del patio y hacia la pequeña zona de aterrizaje donde su deslizador se había posado.

Sechel salió del vehículo y corrió para dar la vuelta para abrir la escotilla de salida del otro lado para su pasajero. Scourge salió del deslizador y a la lluvia, que sólo había amainado ligeramente durante su viaje.

—Por aquí, mi lord —dijo Sechel, dirigiéndose por el camino.

Scourge le siguió, esperando por completo que las puertas se abrieran completamente ante su aproximación. Para su sorpresa, la entrada permaneció sellada. Sechel no pareció desconcertado, sin embargo. En su lugar, se volvió hacia la pequeña holopantalla a un lado y presionó el botón de llamada.

Una imagen parpadeante se materializó en la holopantalla: un hombre humano de unos cuarenta. Parecía llevar el uniforme estándar de un oficial de seguridad imperial y Scourge sospechó que era el jefe de la guardia personal de Nyriss.

—Nuestro invitado ha llegado, Murtog —explicó Sechel, asintiendo en dirección a Scourge.

—¿Verificaste su identidad? —preguntó Murtog.

—¿D-de qué estás hablando? —tartamudeó Sechel.

—¿Cómo sabemos que este es el auténtico Lord Scourge? ¿Cómo sabemos que este no es otro asesino?

La pregunta pareció pillar a Sechel completamente con la guardia baja.

—Yo no… Quiero decir, él parece ser… uh, eso es…

—No voy a dejarle entrar hasta que tenga pruebas —declaró Murtog.

Sechel miró hacia atrás sobre su hombro hacia Lord Scourge, con su expresión siendo una mezcla de humillación y miedo. Entonces se inclinó para acercarse al holocomunicador y, con voz baja, habló.

—Esto es completamente inapropiado. ¡Te has extralimitado en tu autoridad!

—Soy el jefe de seguridad —le recordó Murtog—. Esto está completamente dentro de mi autoridad. Sólo dame cinco minutos para confirmar que todo es cierto.

Scourge dio un paso adelante, agarrando a Sechel por el hombro y apartándole de un tirón.

—¿Te atreves a insultarme al hacerme esperar bajo la lluvia como a un pordiosero? —le espetó a la pantalla—. ¡Soy un invitado! ¡La propia Darth Nyriss me invitó!

Murtog dejó escapar una risa aguda.

—Podríais querer comprobar vuestros datos respecto a eso.

La holopantalla se apagó de repente. Scourge se dio la vuelta para encontrar a Sechel encogido contra la pared.

—Lo siento, mi lord —dijo—. Murtog se ha vuelto en cierto modo paranoico desde…

Scourge le interrumpió.

—¿Qué quería decir cuando me dijo que comprobara mis datos? ¿Fui invitado por Darth Nyriss o no?

—Sí. Por supuesto que lo fuisteis. En cierta manera.

Scourge levantó su mano hacia Sechel y se abrió a la Fuerza. El sirviente empezó a jadear y a agarrarse la garganta cuando su cuerpo fue levantado lentamente en el aire por una mano invisible.

—Me dirás qué está pasando —dijo Scourge, con la voz vacía de toda emoción—. Me lo dirás todo o morirás. ¿Lo comprendes?

Sechel intentó hablar pero sólo pudo toser y balbucear. En su lugar asintió frenéticamente. Satisfecho, Scourge liberó su agarre. De repente Sechel cayó todo un metro hasta el suelo, donde aterrizó en un montón, gruñendo de dolor antes de luchar por ponerse de rodillas.

—No fue idea de Darth Nyriss contrataros —explicó, con su voz todavía dolorida y áspera por el estrangulamiento—. Después del segundo intento de asesinato, el Emperador le sugirió que su propia gente podría estar involucrada. Él sugirió que trajera a alguien de fuera.

De repente todo tenía sentido. La voluntad del Emperador era absoluta. Una “sugerencia” de él era una orden de facto. Darth Nyriss le había invitado a él aquí porque no había tenido elección. Scourge había asumido que era un invitado de honor, pero en realidad no era nada excepto un intruso. Su presencia era un insulto para los seguidores leales de ella y un recordatorio de que el Emperador dudaba de su habilidad para tratar ella misma con los asesinos. Eso era por lo que había recibido una recepción tan exigua y por lo que el jefe de seguridad de Nyriss había reaccionado ante él con tal hostilidad.

Scourge comprendió que estaba en una situación precaria. Sus esfuerzos para investigar los asesinatos se encontrarían con resistencia y sospechas. De cualquier error, incluso de aquellos que no eran culpa suya, se le culparía a él. Un único paso en falso podría significar el final de su carrera o incluso de su vida.

Todavía estaba sopesando esta nueva información cuando oyó aproximarse un deslizador a través de la tormenta. El sonido era inocuo, pero puso instantáneamente sus sentidos en alerta máxima. Su corazón empezó a latir rápidamente y su respiración se aceleró. Un subidón de adrenalina hizo que los apéndices de sus mejillas se estremecieran y que sus músculos se tensaran.

Desenfundó su sable láser y miró al cielo. A sus pies, Sechel gritó y se cubrió la cara, asumiendo que el sable láser iba dirigido a él. Scourge le ignoró.

En la oscuridad de la tormenta, sólo podía distinguir la silueta del deslizador dirigiéndose directamente hacia ellos. Se abrió a la Fuerza,

examinando el vehículo y sus pasajeros. Sintió que le destrozaba una punzada de furia cuando sus sospechas se confirmaron: Quien quiera que estuviera en el deslizador venía a matarle.

Todo esto, desde la primera percepción de Scourge del deslizador hasta la confirmación de su intención hostil, le llevó menos de dos segundos. Tiempo suficiente para que el deslizador recortara la distancia y viniera abalanzándose sobre él.

Scourge saltó hacia el lado cuando una andanada de fuego láser fue liberado desde el vehículo. Cayó al suelo en un giro que le puso en pie justo a tiempo para brincar lejos de una segunda serie de disparos. Moviéndose con la velocidad ciega de la Fuerza, corrió a través del patio, con los disparos rebotando sobre el suelo justo detrás de él a cada paso del camino. Se agachó para ponerse a cubierto tras la estatua del Emperador, con su mente evaluando la situación.

El deslizador tenía que estar equipado con un cañón láser autoapuntable. No había otro modo de que los disparos pudieran haberle seguido tan de cerca en su desesperada carrera para ponerse a cubierto. Incluso un Lord Sith no podía evadir esa clase de poder de fuego eternamente. Tenía que neutralizar el vehículo.

El deslizador se estaba alejando de él, dando la vuelta para otra pasada de bombardeo. Antes de que pudiera completar su giro, Scourge salió de detrás de la estatua y lanzó su sable láser a través del patio. La hoja carmesí fue girando a través de la noche, trazando un arco largo y giratorio. Cortó la parte de atrás del deslizador, enviando hacia arriba una lluvia de chispas y llamas, y continuó en su trayectoria de vuelta a la mano extendida de Scourge.

El zumbido del motor del deslizador quedó fijo en un lloriqueo chillón mientras completaba su giro. Un humo negro, apenas visible contra las nubes oscuras, salía de la parte trasera del motor. El vehículo empezó a dar bandazos y bambolearse, perdiendo altitud rápidamente incluso mientras abría fuego de nuevo.

Scourge se volvió a agachar detrás de la estatua del Emperador, presionando su espalda firmemente contra ella mientras una lluvia de disparos caía sobre él. Un segundo después el deslizador voló sobre su cabeza, con su ángulo de ataque cayendo tan abruptamente que en

realidad decapitó la estatua tras la que él se ocultaba.

La pesada cabeza de piedra se desplomó hacia él, forzando a Scourge a salir de su lugar a cubierto para evitar ser aplastado. Al mismo tiempo, vio estrellarse el deslizador contra el suelo. El campo repulsor de emergencia absorbió el impacto, evitando que el vehículo se hiciese pedazos, pero todavía impactó con suficiente fuerza como para hacer salir volando un trozo del motor dañado.

Sosteniendo su sable láser en alto por encima de su cabeza con ambas manos, Scourge cargó hacia el deslizador caído. Dos pasajeros lucharon por salir en entre los restos, conmocionados pero ilesos. Scourge sólo estaba ligeramente sorprendido de reconocer a los dos mercenarios vestidos de rojo a los que había encontrado en la zona de los deslizadores cerca del espaciopuerto.

El hombre estaba en la parte más alejada del deslizador, luchando por sacar su rifle láser de entre los restos. La mujer estaba en la parte más cercana, con sus pistolas láser ya desenfundadas. Scourge estaba a menos de cinco metros cuando ella abrió fuego.

Él no se molestó en intentar bloquear los disparos. En su lugar, se lanzó hacia arriba, con su impulso hacia delante llevándole en un alto salto con voltereta trazando un arco por encima de la mujer y del deslizador dañado. El movimiento repentino la cogió con la guardia baja y, aunque ella hizo varios disparos apresurados, ninguno le alcanzó.

Él giró 180 grados mientras volaba a través del aire, aterrizó al otro lado del deslizador, justo junto al mercenario masculino en el momento en el que el hombre estaba moviendo su propia arma para apuntar. Antes de que pudiera disparar, Scourge hizo un corte con su sable láser diagonalmente a través del torso de su enemigo.

Mientras el cadáver del hombre se derrumbaba sobre el suelo, Scourge devolvió su atención hacia la primera mercenaria. Para entonces ella se había girado para enfrentarse a él y cuando su compañero cayó ella descargó otra serie de disparos, forzando a Scourge a agacharse detrás del deslizador para ponerse a cubierto.

Esta vez varios de sus disparos encontraron su objetivo. La armadura de Scourge absorbió la peor parte del ataque, pero él sintió un dolor abrasador en el hombro cuando una pequeña cantidad de la

energía del rayo de partículas se abrió camino a través del juntura de la armadura para quemar su piel.

Él se concentró en el dolor, transformándolo en furia para alimentar la Fuerza para un salvaje contraataque. Al mismo tiempo, instintivamente, utilizó el miedo de su oponente, añadiéndolo a su propia pasión y amplificando más el poder que estaba reuniendo.

Canalizando su rabia, liberó una oleada concentrada de energía que golpeó a la mujer justo en el pecho. El impacto la levantó del suelo y la envió volando hacia atrás a través del aire. Su viaje terminó de pronto cuando se estrelló contra la base de una de las estatuas abstractas. La parada repentina arrancó las pistolas de sus manos, dejándola momentáneamente indefensa.

Scourge colocó una mano en el capó del deslizador y saltó sobre él, lanzándose hacia su enemiga tendida bocabajo antes de que ella pudiera volver a ponerse en pie. Pero la mercenaria era rápida. Luchó por ponerse en pie y sacó una pequeña electrobarra, con su punta chisporroteante con una carga lo bastante potente como para dejar inconsciente a un enemigo incluso con un roce.

Scourge se detuvo de golpe. La mercenaria se dejó caer hasta agacharse en una posición de combate y los dos combatientes circularon el uno alrededor del otro con cautela.

De haber querido, Scourge podría haber terminado el encuentro justo allí y en aquel momento. Sin sus pistolas, con la electrobarra o sin ella, la mercenaria no tenía ninguna posibilidad contra un Señor Sith con un sable láser. Pero matarla no le daría lo que él realmente quería.

—Dime quién te contrató y te dejaré vivir —dijo él.

—¿Parezco estúpida? —replicó ella, fintando y haciendo una embestida rápida que Scourge evitó fácilmente.

—Obviamente tienes habilidades —le dijo él a ella—. Puedo utilizar a alguien como tú. Dime quién te contrató y dejaré que trabajes para mí. Eso o tira tu vida por la borda.

Ella dudó y, durante un instante, Scourge pensó que ella podría dejar caer su arma. Y entonces la noche se rompió con el sonido de múltiples carabinas láser. Los disparos golpearon duramente a la mer-

cenaria en la espalda, enviándola tambaleándose hacia Scourge. Él vio una expresión de total desconcierto en la cara de ella cuando caía de rodillas. Su boca se movió, pero ninguna palabra salió. Entonces cayó bocabajo sobre la grava, muerta.

Volviéndose, Scourge vio a media docena de guardias de pie en el patio cerca de la puerta que llevaba a la fortaleza. Entre ellos había un humano llevando un uniforme de comandante. Era bajo, de hombros anchos y de pecho redondo, con el pelo rubio cortado muy corto y una barba rubia pulcramente recortada que contrastaban agudamente con su piel marrón oscura. Scourge le reconoció del holo: Murtog, el jefe de seguridad de Darth Nyriss.

—Ya era hora de que llegaras aquí —exclamó Sechel antes de que Scourge pudiera decir nada.

Todavía agazapado contra la pared, casi en el mismo lugar en el que Scourge le había dejado después del breve interrogatorio que había precedido a la emboscada.

—Levántate —le dijo Murtog y el sirviente sith hizo lo que le habían ordenado.

—Limpiad este lío —le espetó Murtog a sus guardias, que lucharon por obedecer.

Satisfecho, el jefe de seguridad se colgó el arma sobre su hombro y asintió en dirección a Scourge.

—Darth Nyriss os recibirá ahora.

CAPÍTULO 2

Mientras Murtog abría el camino a través de los salones de la fortaleza, Lord Scourge hizo todo lo que pudo por ignorar el dolor que radiaba de su hombro herido. En su lugar se concentró en lo que le rodeaba, esperando aprender más sobre Lord Nyriss antes de que se encontraran cara a cara.

La arquitectura interior era típica de la aristocracia Sith: una serie de largos corredores amplios con espesos muros de piedra, techos abovedados e incontables puertas imponentes de acero, todas cerradas para ocultar las habitaciones que había detrás. Los salones estaban esplendorosamente decorados con colores prominentes: rojo, negro y púrpura. Caras alfombras tejidas cubrían los suelos y las paredes estaban llenas de una colección de pinturas, esculturas y holoproyecciones dignas de un museo.

Murtog fijó un paso rápido, dándole a Scourge poco tiempo para estudiar las obras. Sin embargo, Sechel, siguiéndoles unos cuantos pasos por detrás, proporcionó una descripción verbal de las piezas significativas mientras pasaban junto a ellas.

—Este es un busto del infame señor de la guerra Ugroth. Juró lealtad a Darth Nyriss hace una docena de años cuando ella lideraba una fuerza imperial en el sector de él para subyugar un alzamiento potencial.

»Esta holoproyección fue un regalo de la reina Ressa de Drezzi para agradecerle a Darth Nyriss su tratamiento compasivo a la familia real cuando el Imperio conquistó su planeta. Su marido fue ejecutado, pero a la reina y a sus hijos se les perdonó la vida.

»Este retrato conmemora la victoria de Darth Nyriss durante…

Comprendiendo que no iba a obtener ninguna comprensión de las descripciones de Sechel, Scourge dejó de prestarle atención. Aun así, comprendía y apreciaba el despliegue explícito de opulencia. Nyriss era miembro del Consejo Oscuro. Era una de los doce individuos más importantes y con más influencia en el Imperio. Los tesoros materiales eran un símbolo de su propia valía. Un recordatorio para cualquier visitante de que era un ser de rango y poder.

Numerosos centinelas estaban de guardia a través de los salones. Ellos asintieron como reconocimiento mientras Murtog pasaba. Un número tan alto de guardias colocados dentro de la fortaleza era un poco atípico, pero considerando los recientes intentos de asesinato no era inesperado. Scourge se preguntó si Murtog aumentaría su número, dado el incidente más reciente… aunque Scourge no estaba convencido de que realmente hubiera sido un intento de asesinato.

El lado oscuro se alimentaba de la pasión de las emociones desnudas, pero era importante templarlo con el análisis y la razón fría. Incluso mientras marchaba para reunirse con su nueva señora, la mente de Scourge estaba intentando montar las piezas del puzle que no parecían encajar.

Los pretendidos asesinos habían atacado en el patio, exponiendo sus presencias mientras que todavía estaban fuera de los muros y las puertas seguras de la fortaleza. Incluso si Scourge no les hubiera detenido, no había posibilidad de que realmente pudieran haber entrado en el edificio para atacar a Nyriss. Lo que probablemente significaba que ella no era su objetivo real: lo era él.

¿Pero quién le había tendido una trampa y por qué? Murtog parecía

un candidato probable. Aunque sólo era humano, se había alzado hasta un rango prominente en el servicio de Nyriss, una posición casi pareja al propio estatus recientemente designado de Scourge. La primera lección que Scourge había aprendido durante su época en la Academia era que tus iguales podían ser tus rivales más peligrosos, fueran sensibles a la Fuerza o no.

Y Murtog tenía toda la razón en sentirse amenazado. Él había fallado en encontrar a aquellos que estaban tras los intentos de asesinato contra su señora. La llegada de Scourge era un desafío directo a su competencia como jefe de seguridad. ¿Qué mejor modo de eliminar a un rival potencial que exponer su incompetencia al matarlo en un intento de asesinato fingido? Eso podría explicar porqué Murtog se negó a dejar que Scourge entrara cuando llegaron al principio y porqué los soldados de Murtog habían matado a la mercenaria femenina justo cuando había estado a punto de rendirse.

Sin embargo, Murtog no era el único sospechoso de Scourge. Sechel tenía motivos de autopreservación similares. Si Scourge tenía éxito en su misión, era probable que fuera recompensado con una posición permanente que seguramente estaría por encima del servil consejero sith en la organización de Darth Nyriss. Sechel se las había arreglado para encontrarse un buen empleo en la sociedad Sith al aferrarse a su papel como consejero de Nyriss. Tenía sentido asumir que haría cualquier cosa en su poder para eliminar a un individuo al que viera como una amenaza para su propia posición de poder.

Scourge había visto a Sechel hablando con los mercenarios antes en el espaciopuerto. En aquel momento había parecido como si les estuviera ahuyentando por respeto a un Señor Sith de alto rango recién llegado al planeta. Ahora Scourge se preguntaba si les había estado dando instrucciones de último minuto. El hecho de que Sechel hubiera sobrevivido a la batalla del patio también era sospechoso. Era posible que simplemente fuera afortunado o que tuviera las habilidades para sobrevivir altamente desarrolladas de un auténtico cobarde, pero también era posible que los mercenarios hubieran tenido cuidado de disparar a ningún lugar cercano a él.

Murtog dobló otra esquina. El dolor en el hombro de Scourge se

estaba volviendo más intenso cuando su armadura se rozaba contra la carne herida. Sin embargo mantuvo el paso con el humano regordete, negándose a mostrar algún signo de debilidad.

La sala acababa contra otra imponente puerta. Esta, cerrada como todas las otras, estaba flanqueada por aprendices Sith. Él dudó de que Nyriss hubiera hecho que los Sith respondieran directamente ante un humano, así que probablemente no estaban bajo el mando directo de Murtog. Pero basándose en el hecho de que no se movieron para desafiar la jefe de seguridad cuando se aproximó, estaba claro para Scourge que Murtog disfrutaba de una posición privilegiada en la familia de Nyriss.

Murtog fue hacia delante y llamó suavemente con los nudillos en la puerta, entonces dio un paso atrás y se puso firme.

Mientras esperaban una respuesta a la llamada, Scourge se dio cuenta de que había una tercera posibilidad: Murtog y Sechel podría haber estado trabajando juntos para planear el ataque del patio. En la Academia, estudiantes menores a veces conspiraban juntos para hacer caer a un individuo con más talento. No era difícil imaginar esa misma clase de cosas ocurriendo también fuera de los muros de la instalación.

Por el momento, no era imposible saber cuál de sus teorías, si es que lo era alguna, era la correcta. Pero Scourge supo que tendría que vigilar su espalda.

Las puertas se abrieron para revelar a una joven twi'leko. Estaba vestida con ropajes negros, con la estrella de cuatro puntas del escudo de armas de Nyriss en púrpura en el pecho y la espalda, rodeada por un círculo rojo. Un collar aturdidor estaba colocado de manera segura alrededor de su cuello, pero incluso sin él, el estatus de ella habría sido inmediatamente obvio simplemente debido a su especie.

Cuando los Sith había batido en completa retirada durante los últimos días de la Gran Guerra Hiperespacial, se habían llevado con ellos a un número de prisioneros capturados durante sus primeras victorias sobre los planetas de la República. Esos prisioneros, principalmente humanos y twi'lekos, habían sido condenados a una vida de esclavitud.

Por orden del Emperador, a ningún esclavo se le podía conceder la libertad y el estatus de los padres pasaría a los hijos generación tras generación. Debido a esta directiva, nunca había ninguna duda sobre el papel de cualquier twi'leko en el Imperio: eran y siempre sería esclavos, descendientes de unos antepasados demasiado débiles para salvarse de los invasores Sith.

La esclava se inclinó sobre una rodilla y mantuvo los ojos en el suelo mientras Murtog, Scourge y Sechel entraban. Entonces cerró las puertas tras ellos y se retiró a un rincón.

La habitación bien iluminada parecía ser un estudio o una biblioteca privada. Las paredes estaban recubiertas de estanterías, con sus antiguas baldas de madera combadas bajo el peso de los tesoros que soportaban.

Scourge no pudo evitar con admiración a la colección. Durante sus días en la Academia sólo había visto un manuscrito físico: un tomo antiguo que databa de hacía más de diez mil años sobre la llegada del primer Jedi Oscuro a Dromund Kaas. El libro se consideraba un artefacto de incalculable valor, uno de los mayores tesoros de la academia.

Sin embargo aquí había docenas, si no cientos, de volúmenes llenando las estanterías de la pared izquierda. La mayoría de los libros eran grandes y gruesos, con sus páginas unidas protegidas por cubiertas de cuerpo o de algún pellejo similarmente curtido… aunque Scourge adivinó que no todos ellos estaban hechos de piel curtida de bestias estúpidas. Tenía una apariencia antigua, aunque la mayoría parecían preservarse en buenas condiciones, a pesar de estar en cierto modo ajados por el uso. Obviamente Nyriss los había ojeado muchas veces.

Las estanterías de la pared derecha contenían material de referencia que parecía incluso más antiguo y delicado. Hojas sueltas de pergamino amarillento se mantenían en su lugar con delicados broches de alambre. Rollos de pergamino enrollados estaban encerrados en tubos protectores transparentes. Una cubierta de cristal con bisagras protegía varios libros que parecían como si pudieran derrumbarse hasta convertirse en polvo si una brisa fuerte recorría la habitación.

Pero no todo en la habitación era una reliquia arcaica. En la pared trasera había un gran fila de holodiscos y tarjetas de datos y en el centro de la habitación había un puesto de ordenador donde una figura, que Scourge sólo pudo asumir que sería Darth Nyriss, se sentaba encorvada, mirando a la pantalla del monitor. La capucha de su capa suelta (roja, acentuada con púrpura y negro) estaba subida sobre su cabeza y las largas mangas sueltas incluso cubrían sus manos y dedos mientras trabajaba en el terminal.

Ni Murtog ni Sechel hicieron ningún sonido para anunciar su presencia, así que Scourge siguió su ejemplo y se mantuvo en silencio mientras Nyriss se concentró intensamente en la pantalla del ordenador. Su forma envuelta en la capa bloqueaba cualquier imagen de la pantalla, así que era imposible para él ver qué estaba estudiando ella. Sin embargo, pensó que podía arriesgar una conjetura: Darth Nyriss era bien conocida por su dominio de las antiguas artes de la brujería Sith.

Durante su época en la Academia, Scourge había descubierto que había muchos modos de extraer poder de la Fuerza. Sus talentos naturales le habían llevado por el camino del guerrero: aprender a canalizar sus emociones hacia la fortaleza y crudos estallidos de energía letal. Pero otros estudiantes habían entrenado con los Inquisidores, estudiando un curriculum muy diferente.

Milenios antes, aquellos que seguían el lado oscuro había aprendido a aprovechar y dar forma a la Fuerza a través de complejos rituales que podían controlar la mente de un enemigo y a veces incluso deformar la propia realidad. Gran parte de este conocimiento arcano se había perdido, pero aquellos que todavía se las arreglaban para descubrir incluso unos cuantos de los secretos del pasado a menudo eran recompensados con una forma de poder más sutil, aunque justo igual de potente.

Se rumoreaba que las tormentas perpetuas de Dromund Kaas eran el resultado del Emperador llevando a cabo uno de estos rituales. Scourge no sabía si eso era cierto, pero sabía que Nyriss había obtenido su lugar en el Consejo Oscuro a través de su conocimiento y comprensión de cosas que él jamás podría esperar llegar a entender

completamente.

Después de varios minutos, Nyriss se apartó del escritorio, se levantó de su silla y se volvió para mirarles de frente, apartando la capucha de su capa mientras lo hacía.

Scourge se sorprendió por su aspecto, aunque hizo todo lo que pudo para ocultar su reacción. Como él, ella era una sith purasangre. Pero su cara estaba surcada de profundas arrugas y los apéndices que colgaban de sus mejillas y barbilla estaban marchitos. Su piel era pálida, más rosa que roja y estaba moteada con puntos marrón oscuros de la edad.

Él no sabía qué edad tenía Darth Nyriss, aunque sabía que ella había servido en el Consejo Oscuro durante casi dos décadas. Sólo otros dos miembros tenían mandatos más largos. A pesar de esto, había estado esperando a alguien más parecido a la mujer ferozmente bella representada en las estatuas del patio. En su lugar, se enfrentaba a una bruja marchita.

Inesperadas, las palabras de uno de los instructores de la Academia saltaron a la parte delantera de su mente: *La Fuerza se puede doblegar a tu voluntad, pero normalmente hay un precio. Los rituales más poderosos del lado oscuro exigen un peaje que pocos están dispuestos a pagar*.

Quizás Nyriss no era realmente tan vieja como parecía. Una vida pasada ahondando en los antiguos secretos de la brujería Sith le había dado una de las posiciones más altas en el Imperio. Quizás también había agotado su juventud y su vitalidad.

—¿No es lo que esperabas? —dijo Nyriss como si le leyera la mente, con una sonrisa astuta en sus labios rotos y escamados.

En contraste con sus rasgos decrépitos, su voz era fuera y vibrante y ella se alzaba alta y recta. Un brillo agudo en sus ojos contradecía aun más su venerabilidad, llevando a Scourge a suponer que su aspecto era intencionado.

Había un número de maneras de mantenerse joven y bella. Nyriss podría fácilmente habérselas permitido si lo deseara. En su lugar, había elegido permitirse envejecer prematuramente. O no le importaba la superficialidad del atractivo físico o elegía ostentar los efectos encantadores del lado oscuro como un símbolo de todo lo que había

aprendido y conseguido.

—Perdonadme, mi lord —dijo él con una ligera inclinación de cabeza, empleando el título honorífico y de género neutral utilizado para dirigirse a los Lores Sith de cualquier sexo—. Hubo un incidente a mi llegada que me dejó un poco desequilibrado.

—Soy bien consciente de lo que ocurrió en el patio —dijo Nyriss, inclinando su cabeza marchita en dirección al monitor. Una imagen inmóvil de Scourge en los primeros segundos después de la batalla estaba congelada en la pantalla, capturada por una de las cámaras de seguridad de la fortaleza—. Trataste con los asesinos bastante eficientemente.

Scourge duró una décima de segundo antes de replicar. Quería hablar con Nyriss sobre sus sospechas, pero Murtog y Sechel estaban en la habitación. Incluso si no hubieran estado, era peligroso lanzar acusaciones infundadas que implicaban a dos de los seguidores de más alto rango de ella sin pruebas. Ellos no habrían estado en sus posiciones actuales si ella no hubiera tenido algún nivel de confianza en ellos.

—Espero que este no sea el último de tales incidentes —dijo él, eligiendo sus palabras cuidadosamente.

—Parece que estás herido —remarcó Nyriss, dándose cuenta de las marcas de quemaduras en las placas del hombro de su armadura—. ¿Necesitas atención médica?

—Puede esperar. La herida no es seria y el dolor es irrelevante. Preferiría acabar nuestro asunto aquí.

Nyriss asintió con aprobación.

—Me gustaría oír tu análisis del ataque —continuó ella—. Quizás podamos descubrir algo sobre quién estaba detrás.

—Eso habría sido más fácil si las tropas de Murtog no hubieran matado a la segunda asesina justo cuando estaba a punto de rendirse —replicó él.

Por el rabillo del ojo vio alarmarse a Murtog, pero el jefe de seguridad permaneció en silencio.

—¿Crees que Murtog cometió un error? —le presionó Nyriss.

—En cierto modo estaba superexcitado por eliminar una amenaza inmediata —respondió diplomáticamente Scourge.

Sechel ahogó una risita de tono alto y Nyriss le lanzó una mirada severa.

—Continuemos esta conversación en privado —dijo ella, despidiendo a Murtog y a Sechel con un gesto de su mano.

Los dos inclinaron la cabeza rápidamente y se volvieron hacia la puerta, que ya había sido abierta por la esclava twi'leko, que cerró la puerta tras ellos antes de retirarse a su rincón.

—Tienes algo que deseas decirme —dijo Nyriss una vez que se fueron—. La discreción y la sutileza tienen su lugar, pero ahora incluso cuando hablas conmigo espero un candor total.

Scourge asintió.

—Déjame adivinar —continuó ella—. Sospechas que mi propia gente está detrás de esos recientes intentos de asesinato contra mi vida.

—Nadie está por encima de las sospechas —admitió Scourge—. Pero asumo que habéis investigado a consciencia a todos vuestros empleados. Si fueran culpables, probablemente habríais descubierto algo a estas alturas.

—Me alegra ver que comprendes que no soy completamente incompetente.

—No creo que el ataque en el patio fuera otro intento contra vuestra vida —dijo Scourge—. Creo que los mercenarios fueron contratados para eliminarme a *mí*.

—Y dado que Murtog te ve como a un rival y una amenaza potencial, naturalmente sospechas que él está detrás.

—Posiblemente. O podría haber sido Sechel. O ambos trabajando en concierto.

—¿Y qué tienes como para tener una base para esto?

—Principalmente son pruebas circunstanciales. Pero mis instintos dicen que hay suficiente para actuar basándonos en eso.

—¿Esperas que la emprenda con dos de mis sirvientes de más confianza basándome en poco más que tu corazonada?

—Mis instintos raramente se equivocan —dijo Scourge—. Mi reputación está bien ganada.

—¿Entonces qué es lo que sugieres? ¿Qué les despida? ¿Qué les

ejecute?

De repente la conversación parecía una prueba, como si Nyriss estuviera intentando evaluarle basándose en sus respuestas. Si era así, él estaba listo para el desafío.

—Sería estúpido deshacerse de alguien tan valioso como Murtog o Sechel sin pruebas concretas —replicó Scourge—. Pero me gustaría la oportunidad de interrogarles a amos.

—Un buen interrogador puede hacer que un sujeto admita cualquier cosa —replicó Nyriss—. Incluso algo que no es cierto.

—Sacar una confesión falsa con torturas no serviría a ningún propósito —le aseguró Scourge—. Necesito la verdad y tendría cuidado de no hacer ningún daño físico o mental permanente. Si uno o ambos demuestran ser inocentes, estoy seguro de que querríais que fuera justo igual de capaces cuando volvieran a sus puestos como lo eran antes de mi interrogatorio.

Un centelleo de aprobación en la cara de Nyriss convenció a Scourge de que había dado una respuesta satisfactoria. Sin embargo, la prueba no había acabado aun.

—Si te permitiera interrogarles, ¿con quién hablarías primero?

—Con vuestro jefe de seguridad. Murtog.

—¿Por qué Murtog?

—Si es culpable, será más fácil de romper.

Nyriss levantó una ceja con sorpresa.

—¿Crees que Sechel soportaría un interrogatorio durante más tiempo que Murtog?

Scourge sabía que sonaba improbable: un soldado entrenado debería durar fácilmente más que un sicofante cobarde.

—Murtog es físicamente más fuerte —dijo—, pero la tolerancia al dolor es útil sólo contra los métodos de interrogatorio más simples y menos efectivos. Hay modos muchísimo más sutiles y más efectivos para conseguir respuestas. Murtog, como la mayoría de los soldados, habrán tenido entrenamiento en la resistencia a interrogatorios. Conozco esas técnicas y sé cómo contrarrestarlas. Sechel, por otra parte, es mucho menos predecible. En la superficie parece débil e indefenso. Pero se ha elevado hasta una posición de rango al utilizar la astucia, la

creatividad y el pensamiento rápido. Me llevará tiempo comprender realmente cómo funciona su mente. Tendré que aprender todos sus trucos antes de que pueda colocar mi trampa. Su interrogatorio sería un proceso mucho más complejo y complicado que el de Murtog.

—Muy impresionante —remarcó Nyriss—. Sin embargo, los interrogatorios no serán necesarios.

Scourge negó con la cabeza, desconcertado.

—Tenías razón sobre los mercenarios, pero ya sé quién les contrató para que intentaran matarte.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Vos? —exclamó Scourge.

Su admisión le había cogido con la guardia baja.

—Después del segundo intento de asesinato, Murtog y Sechel encontraron una pista. Contraté a esos mercenarios para que la siguieran. Pero antes de que pudieran hacerlo, el Emperador decidió interferir, forzándome a traerte a ti. Tu llegada me dejó con un exceso de agentes de fuera, así que le dije a Sechel que instruyera a los mercenarios para que intentaran quitarte de en medio. Considéralo una prueba.

—Por supuesto —murmuró Scourge, maldiciéndose silenciosamente por ser tan corto de miras.

Había asumido originariamente que Nyriss le había traído aquí porque había oído hablar de sus éxitos en sus puestos anteriores. Si eso hubiera sido verdad, ella no habría tenido necesidad de asegurarse del potencial de él.

Pero la verdad era muy diferente. Como ella misma había dicho, su presencia se debía únicamente a lo que ella consideraba la interferencia del Emperador en sus asuntos. Dado eso, sólo era lógico que ella quisiera pruebas de su competencia.

—Si se las arreglaban para matarte, entonces no eras digno de servirme —explicó Nyriss—. Si tú les matabas a ellos, entonces demostrabas que ellos eran un desperdicio de recursos. En cualquier caso, me quedaría con el candidato más adecuado para el trabajo.

Scourge no estaba resentido por lo que Nyriss había hecho. De he-

cho, la admiraba por ello. Su único pesar era que había estado cegado a las maquinaciones de ella.

—He pasado demasiado tiempo lejos de Dromund Kaas —gruñó él—. He olvidado los caminos de los Sith.

—Ese tiempo lejos es lo que te ha conseguido este puesto —le recordó ella—. No fue sólo tu éxito en sofocar a los rebeldes y eliminar a sus líderes. El Emperador te eligió porque sabía que habías estado alejado del a política de Dromund Kaas y del Consejo Oscuro. No estabas mancillado con ninguna alianza con un señor secreto que pudiera estar involucrado en la conspiración contra mí. Eso te convirtió en un candidato al que posiblemente yo no podía poner objeciones.

Había casi algo insultante en su tono, como si la falta de experiencia política de Scourge fuera una debilidad personal. Quizás lo era.

Nyriss había mantenido su posición durante los últimos veinte años. Hacerlo requería tanta astucia e inteligencia como poder crudo. A su lado, él era poco más que un niño ingenuo.

La comprensión le excitó. Ahora que había sobrevivido a la iniciación inesperada de Darth Nyriss, tendría una oportunidad de aprender a los pies de una maestra manipuladora… con tal de que no hubiera otro intento de asesinato contra su vida.

—Dijisteis que encontrasteis una pista —dijo él, moviéndose rápidamente hacia la razón por la que le habían enviado aquí en primer lugar—. Algo que queríais que los mercenarios siguieran.

Nyriss no replicó inmediatamente. En su lugar, ella pareció estudiarle.

—¿Estás familiarizado con los detalles del ultimo intento contra mi vida? —preguntó ella firmemente.

—Uno de sus droides de servicio fue reemplazado por un duplicado —dijo Scourge, recordando los detalles del archivo—. El droide estaba equipado con un rayo desestabilizador. Fue programado para disparar una vez que tuviera un disparo limpio contra vos, pero el disparo falló y le dio en su lugar a uno de vuestros siervos.

—Mi mejor chef. Todavía no he encontrado un repuesto para ella —dijo Nyriss con lo que parecía una pena genuina—. El droide borró su núcleo de memoria inmediatamente después del intento, pero

Sechel era capaz de piratear el núcleo y salvar algunos datos.

—¿Fue capa de identificar quién programó el droide?

—No, pero fue capaz de determinar dónde fue fabricado: una planta de propiedad privada en Hallion.

Scourge reconoció el nombre. Hallion era un planeta recientemente conquistado. Había sido llevado al redil del Imperio sólo en la última década. La difícil transición de empresa privada a la economía imperial todavía estaba teniendo lugar. Sin duda sería fácil convencer a aquellos que poseían un recurso como una plante fabricante de droides que devolverían el golpe al Imperio antes de que este se hiciera con el control total de la instalación.

—Queréis que vaya a comprobar la planta —adivinó Scourge.

—Quiero que Sechel compruebe la planta —aclaró ella—. Una vez dentro, puede piratear su red de ordenadores para descubrir quién organizó la compra. Contraté a esos mercenarios que despachaste para que hicieran que él pasara la seguridad. Esa tarea ahora recae sobre ti.

—¿Cuándo nos vamos?

—No hasta dentro de unos días. Enviaré un archivo a tus habitaciones para ponerte al día rápidamente. Y a un droide médico para que arregle tu hombro.

Scourge asintió y Nyriss se volvió y se sentó de nuevo en el ordenador, despidiéndole sin una palabra.

Durante un momento él simplemente se quedó allí, recuperando las fuerzas mientras procesaba todo lo que había ocurrido. Sechel y Murtog no habían estado detrás del ataque a las puertas, pero eso no significaba que no estuvieran confabulándose contra él. Todavía era un intruso, todavía un rival en potencia por el favor de su señora. Si ellos veían una oportunidad para eliminarle, con certeza la aprovecharían.

Sintió un pequeño tirón en su codo. Bajando la mirada vio a la joven esclava twi'leko a su lado. La puerta de la sala ya estaba abierta. Ella le condujo fuera de la habitación en silencio y luego cerró la puerta tras él.

Sechel estaba esperándole en el corredor.

—Lord Scourge —dijo con una inclinación de cabeza—, me sen-

tiría honrado de escoltaros a vuestra habitación. Os prometo que no habrá ninguna emboscada más en el camino.

Había algo casi burlón en su tono. El impulso inicial de Scourge fue abofetear al miserable insolente en la boca con el dorso de la mano, pero rápidamente se dio cuenta de que eso sería un error. Nyriss claramente valoraba a Sechel por encima de él, al menos por ahora. Tendría que demostrar su valía ante ella antes de que pudiera tomarse la libertad de colocar al servil consejero en su lugar apropiado.

—Muéstrame el camino —ordenó.

Su tono era arrogante y sin embargo en su interior sentía los primeros atisbos de dudas por sí mismo. Su llegada a Dromund Kaas no había ido como había planeado. Las cosas aquí no eran tan simples como lo habían sido en la Academia o fuera en las regiones fronterizas. Aquí, incluso un no sensible a la Fuerza sith como Sechel se tenía en mayor estima que a él, lo que significaba que Scourge era prescindible y vulnerable. Tendría que tener muchísimo cuidado si esperaba sobrevivir lo suficiente como para ganarse el favor de Nyriss.

CAPÍTULO 3

El Mercado Galáctico en Coruscant estaba tan concurrido como siempre, pero nadie le prestó ninguna atención a Revan cuando se abrió camino a través de las multitudes. Habían pasado casi dos años desde que le habían proclamado el salvador de la galaxia. Aunque el Senado le había condecorado con el mayor de los honores, la Cruz de Gloria, en una ceremonia retransmitida a través de la HoloRed y su nombre era muy recordado, sus rasgos ordinarios y bastante normales y corrientes se habían desvanecido de la memoria pública. Tras la presentación se había convertido en un héroe retraído, que esquivaba las apariciones públicas y declinaba las solicitudes de entrevista de cualquier y de todos los medios de comunicación. Se había afeitado la barba y raramente llevaba sus ropajes Jedi en público, haciendo incluso menos probable que alguien se fijara en él.

Le gustaba ser anónimo. Era una de las razones por las que se había establecido en Coruscant. Con un trillón de seres era fácil fundirse en la multitud. Eso era incluso más cierto aquí en el Mercado Galáctico, la sección más cosmopolita del planeta capital de la República.

Los mercaderes y tenderos de virtualmente cada especie conocida se reunían para dirigir el comercio en un caleidoscopio de colores, formas y tamaños. Togrutas de piel roja se mezclaban con twi'lekos de piel azul. Diminutos sullustanos regateaban con enormes hutts. Mon calamari parecidos a peces compartían las calles con los felinos cathar. Entre un grupo tan diverso e interesante, nadie prestaba atención a un humano solitario y su droide astromecánico.

Desafortunadamente, la falta de atención significaba que muchos en la multitud accidentalmente le daban puntapiés, chocaban o tropezaban con T3-M4 mientras se deslizaba pegado a los talones de Revan. El droide expresó su desagrado con una serie constante de pitidos y trinos.

—Ahora sabes porqué le dije a HK-Cuarenta-y-siete que no podía venir —le dijo Revan a T3—. Probablemente intentaría despejar un camino a través de todos estos "sacos de carne" con un lanzallamas.

El astromecánico respondió con un silbido largo y bajo y Revan se rió en voz alta antes de continuar.

—No lo hagamos y digamos que lo hicimos. Además, casi hemos llegado.

Llegaron a su destino unos cuantos minutos más tarde: la Guarida del Tratante, una pequeña cantina en la esquina más alejada del Mercado Galáctico que ofrecía bebidas, bailarinas y juego. La Guarida del Tratante satisfacía a los elementos más sórdidos de las sociedad de Coruscant: contrabandistas del mercado negro, chorizos y cazarrecompensas, tratantes de estimulantes y especia. Como resultado, la clientela era predominantemente una mezcla de especies con reputaciones galácticas desagradables. Dispersos entre los rodianos, chevins y kubaz había un puñado de humanos, incluido el hombre que Revan había venido a buscar: Canderous Ordo.

El mandaloriano estaba sentado solo en una mesa en el rincón más alejado, con la espalda hacia la pared como era su costumbre. Llevaba su vestimenta familiar de pantalones marrón claro, un chaleco como de cuero y una camisa negra sin mangas que dejaba sus brazos muy musculados desnudos para mostrar la marca del clan tatuada en su hombro izquierdo. Su pelo estaba estilizado en un pelado corto,

acentuando su mandíbula cuadrada y sus rasgos fuertes y directos. Todavía parecía completamente un mercenario, aunque Revan sabía que no había aceptado un trabajo desde que habían formado equipo para acabar con Darth Malak dos años antes.

Una bailarina twi'leko escasamente vestida le estaba dando a Canderous una representación privada mientras él tomaba sorbos de una bebida teñida de azul. A pesar de la distracción, fue consciente de Revan inmediatamente. Levantó una mano gruesa en un saludo y ahuyentó a su entretenimiento.

La bailarina le lanzó a Revan una mirada enfadada mientras se alejaba dando zapatazos, con sus colas cerebrales estremeciéndose por la irritación.

T3 pitó con sorpresa.

—Creo que él da buenas propinas —respondió Revan con un encogimiento de hombros.

Nadie más les prestó mucha atención mientas cruzaron la cantina y tomaron asiento en la mesa del mandaloriano.

—Tienes muy mala cara —dijo Canderous a modo de saludo—. ¿Estar casado con Bastila es realmente tan malo?

—No estoy durmiendo mucho últimamente —admitió Revan—. Malos sueños —añadió cuando Canderous arqueó una ceja—. Además, mira quién habla. Parece como si no te hubieras afeitado en tres días.

El mandaloriano sonrió y se acarició la barba incipiente de sus mejillas y su barbilla con la palma abierta.

—A las damas de por aquí les gusta que sus hombres tengan defectos. ¿Quieres algo de beber?

Revan negó con la cabeza.

—No de aquí. Ese brebaje que tienes parece como si pudiera quitarle el esmalte a mis dientes.

Canderous se encogió de hombros y levantó su vaso hasta sus labios. Tomó un largo trago, cerró los ojos y se estremeció.

—Es un gusto que se adquiere con el tiempo. Entonces, ¿por qué estás aquí? Tengo la sensación de que esto no es sólo una visita social.

—Tengo algunas preguntas sobre la guerra.

Revan no necesitó aclararlo. Para Canderous sólo había una guerra que importaba. Revan y él había luchado en bandos opuestos, enemigos mortales que se conocían el uno al otro sólo por su reputación mucho antes de que unieran fuerzas contra Malak y se hicieran amigos.

—No hay mucho que decir. Nosotros perdimos. Vosotros ganasteis —dijo Canderous con un encogimiento de hombros—. Pensamos que podíamos conquistar la República, pero en su lugar terminamos como un pueblo roto.

Habló con una indiferencia casual, pero Revan le conocía lo bastante bien para sentir la amargura y el pesar detrás de sus palabras. Los mandalorianos habían sido una cultura orgullosa y noble, que luchaban batallas para ganar con honor y gloria. Ahora los clanes estaban dispersos por la galaxia, reducidos a trabajar como mercenarios y secuaces para el mejor postor. A Revan no le gustaba sacar un tema tan doloroso, pero había información que necesitaba y sentía que esta era la única manera de conseguirla.

—Hay algo que nunca entendí sobre las Guerras Mandalorianas —presionó—. ¿Qué las inició? ¿Por qué, después de todos estos siglos, de repente decidisteis lanzar un ataque general contra la República?

—Fue idea de Mandalore.

Revan sabía que Canderous no se estaba refiriendo al fundador original de su pueblo. Durante siglos, cada líder sucesivo de los clanes mandalorianos había tomado simbólicamente el nombre de Mandalore como un modo de honrar su herencia cultural y reforzar su propia autoridad simultáneamente. Para distinguir entre gobernantes, cada uno o cada una elegía un nombre honorífico para definir su reinado, tales como Mandalore el Conquistador o Mandalore el Indomable. El gobernante más reciente se había llamado a sí mismo Mandalore el Grandioso.

—Mandalore sentía que la República era débil —continuó Canderous—. Vulnerable. Convocó a los guerreros de los clanes y nosotros le seguimos a lo que pensamos que sería nuestra mayor conquista.

No había necesidad de preguntar si Canderous o alguno de sus compañeros guerreros había dudado. Cuando Mandalore llamaba, los clanes respondían. Mientras que podría haber batallas y disputas entre aquellos que buscaran ser el sucesor de Mandalore cuando cayera, una vez que se tomaba la decisión nunca había ninguna disensión o debate.

—Las cosas iban yendo bien hasta que tú llegaste —dijo Canderous con una sonrisa lúgubre—. Tú y tus seguidores volvisteis toda la marea de la guerra contra nosotros. Al final mataste a Mandalore y todo cambió.

Revan no podía recordar en realidad ninguna de sus batallas contra los mandalorianos. Estaban enterradas en la parte de su mente que había sido bloqueada cuando el Consejo Jedi le volvió contra Malak. Pero había estudiado su propia historia lo suficiente como para rellenar los detalles perdidos del relato de Canderous.

Batalla tras batalla, Revan había liderado a los Jedi y a las fuerzas de la República hacia la victoria. Comprendiendo que la derrota era inevitable, Mandalore el Grandioso había desafiado a Revan a un combate único y Revan había aceptado.

Aunque el mandaloriano luchó valientemente, al final no fue rival para el campeón más poderoso de la Orden Jedi. Pero no fue suficiente para Revan derrotar simplemente a su enemigo. En la cultura mandaloriana, la muerte de un líder era meramente una oportunidad para que otro guerrero se hiciera con el control de los clanes al reclamar el casco del Mandalore caído. Para evitar esto, Revan le había quitado el casco al cadáver de su enemigo vencido y lo había ocultado en un planeta desconocido.

Para una cultura guerrera definida y unida por la tradición y los códigos de honor, la pérdida de la Máscara de Mandalore fue un golpe devastador. Al negárseles la única cosa que se reconocía como el símbolo del liderazgo, los mandalorianos no podían elegir un nuevo Mandalore. Sin un gobernante universalmente aclamado, varios de los clanes empezaron a luchar entre ellos mismos por el poder. Sus ejércitos se volvieron fragmentados e inefectivos y en semanas una serie de victorias decisivas de las tropas de Revan forzaron a

los mandalorianos a aceptar una rendición incondicional.

La humillante derrota y la pérdida de la Máscara de Mandalore destruyeron la cultura una vez orgullosa. Canderous había hablado de esto una vez durante el tiempo que habían pasado juntos deteniendo a Malak. Sorprendentemente, no culpaba a Revan por aquello en lo que se habían convertido los mandalorianos. Culpaba a Mandalore por no ser lo bastante fuerte para ganar su batalla. Culpaba a los hermanos y hermanas de su clan por ser demasiado débiles para recoger los pedazos de manera que pudieran reconstruir su sociedad. Pero principalmente, simplemente no hablaba de ello.

Revan odiaba hurgar en la vieja herida, pero sentía que no tenía elección.

—¿Hay algo más que puedas decirme? ¿Sobre lo que ocurrió antes de que Mandalore declarara la guerra contra la República? ¿Cualquier cosa poco usual que pudiera haber sido un catalizador para la guerra?

Canderous inclinó la cabeza hacia un lado y entornó un ojo.

—¿Esto tiene algo que ver con esos malos sueños que mencionaste?

—Podría ser.

El mandaloriano asintió.

—Estás recuperando más de tus recuerdos, ¿verdad?

—Sólo trozos y pedazos. Sigo teniendo visiones de un planeta que no reconozco. Todo el planeta está cubierto por tormentas eléctricas, día y noche.

—No me suena familiar —dijo Canderous después de pensarlo unos momentos—. ¿Qué crees que significa?

—Ojalá lo supiera. Pero tengo un mal presentimiento sobre ello.

—¿Y crees que está conectado con nuestra guerra contra la República?

—Piensa en ello —explicó Revan—. Mandalore el Grandioso decide hacer algo que ninguno de sus predecesores ni siquiera consideró: lanzar una guerra total contra la República. Malak y yo os derrotamos. Pero después de eso, misteriosamente cogimos nuestras tropas y desaparecimos en las Regiones Desconocidas más allá del espacio mandaloriano. Cuando volvimos, también decidimos lanzar

una guerra contra la República.

—Parece como una especie de extraña coincidencia —estuvo de acuerdo Canderous—. ¿Crees que te tropezaste con este planeta cubierto de tormentas en las Regiones Desconocidas?

—No estoy seguro. Pero algo nos pasó allí fuera. Algo nos hizo volvernos contra la República. Quizás esté conectado con la decisión de Mandalore de atacar a la República en primer lugar.

—¿Y crees que sea lo que sea esa cosas, todavía está ahí fuera? ¿Y todavía es peligrosa?

—Siento como si las visiones fueran una advertencia. Como si parte de mi viejo yo estuviera intentando decirme algo que no puedo permitirme ignorar. —Revan suspiró—. Suena un poco loco, ¿no?

Canderous ladró una risa.

—Después de todo lo que hemos pasado, esto sólo parece como en los viejos tiempos. —Miró a Revan—. Entonces, ¿qué es lo que quieres que haga?

—Quiero saber más sobre Mandalore el Grandioso. Pero nadie va a hablar con un extranjero como yo. Necesito a alguien que pueda hablarle a los clanes y conseguir respuestas.

Hubo un largo silencio mientras Revan esperaba la respuesta de Canderous. Se dio cuenta de que los dedos del mandaloriano agarraban su vaso tan fuerte que se estaban volviendo blancos.

—He pasado la mayor parte de los últimos cinco años intentando evitar a otros mandalorianos —murmuró finalmente.

—No te lo pediría si no creyera que es importante.

Canderous tomó aire profundamente y se tragó el resto de su bebida, cerrando los ojos y estremeciéndose justo como había hecho con el trago previo.

—¿Sabes porqué he estado pasando el rato en este kriffado bar durante dos años, rechazando a todo el que venía a ofrecerme un trabajo? —preguntó. No se molestó en esperar una respuesta—. Tenía la sensación de que ibas a meterte en algo interesante y quería estar cerca para la diversión. Me imagino que es esto.

—Sabía que podía contar contigo, Canderous.

—Deja que me ponga en contacto con alguna gente —dijo el

mandaloriano—. Veamos qué puedo descubrir. Aunque no puedo prometerte que encontraré nada.

—En cierto modo espero que no lo encuentres —replicó Revan—. Pero ninguno de nosotros tiene tanta suerte.

CAPÍTULO 4

LOCALIZADO EN UN SISTEMA REMOTO LEJOS DE CUALQUIER LÍNEA HIPERESpacial mayor, Hallion era un planeta pequeño e insignificante entre docenas de planetas dominados por el Imperio Sith. Su único rasgo remarcable eran los siete pequeños satélites naturales que orbitaban el planeta, justo apenas lo bastante grandes como para ser consideradas lunas. En esta noche cuatro de ellas estaban completamente llenas, con su brillo combinado iluminando lo suficiente la oscuridad como para que Scourge distinguiera claramente los detalles del exterior de la planta de Fabricación de Droides Uxiol incluso sin gafas nocturnas.

—Tus planos no mostraban una valla de seguridad —susurró él.

Sechel y él estaban acuclillados en un pequeño bosquecillo de árboles al borde de un campo apenas a veinte metros de la planta.

—Quizás sea nueva —replicó Sechel, también hablando bajito—. Aunque no debería ser un problema. Una vez que estéis al otro lado podéis simplemente abrir la puerta y dejarme entrar.

Scourge se había dado cuenta de un cambio remarcable en Sechel durante la misión. El llorón lame botas que le había saludado en el es-

paciopuerto en Dromund Kaas había desaparecido, reemplazado por alguien que era inteligente y confiaba en sí mismo. Obviamente, la personalidad que había mostrado en su primer encuentro había sido un ardid. Una tapadera que utilizaba para ocultar su auténtica naturaleza a los extraños. Probablemente todavía era inútil en una pelea de verdad, pero Scourge estaba empezando a comprender cómo se había alzado hasta una posición tan prominente en la casa de Nyriss. Había compensado su ineptitud para la Fuerza desarrollando sus habilidades mentales. Y aparentemente Sechel había disfrutado de una carrera muy exitosa con la Inteligencia Imperial antes de convertirse en el consejero jefe de Nyriss.

—Si tienen armas automáticas en el tejado, estaremos muertos antes de que nos acerquemos a la puerta de mantenimiento —rugió Scourge.

—Es una planta de fabricación, no una fortaleza —le aseguró Sechel—. La mayor parte de su seguridad es electrónica. Ya sabéis, cosas que puedo piratear. Lo peor con lo que tendréis que tratar es un par de droides de seguridad ambulantes.

—¿Zánganos patrulleros o droides de asalto?

—Zánganos patrulleros. FDU no fabrica droides de asalto. Son demasiado caros para una pequeña compañía como esta. —Después de una corta pausa, Sechel añadió—: ¿Sois siempre así de asustadizo en un trabajo?

—Sólo los tontos cargan hacia delante sin saber qué les espera —respondió Scourge a través de los dientes apretados.

Era más que la insolencia del otro lo que le desagradaba. La pregunta de Sechel había pulsado un nervio. Había algo acerca de este trabajo que hacía que Scourge se sintiera incómodo. Parte de ello era ser forzado a trabajar con un compañero. Normalmente trabajaba solo. Sin embargo había algo más en su incomodidad que la presencia del sith agachado a su lado. No era nada a lo que pudiera señalar como conectado, sino algo que parecía *desconectado*. Eso le hacía dudar, ser más precavido de lo normal.

—¿Estás seguro de que el código de la entrada funcionará? ¿No va a disparar alguna clase de alarma? —preguntó, intentando pensar en

algo que pudiera posiblemente ir mal—. Puedo encargarme de unos cuantos zánganos patrulleros, pero si una docena de ellos viene hacia nosotros a la vez tenemos problemas.

—El código funcionará —le prometió Sechel—. Este es un trabajo simple.

Tenía razón. Este era un trabajo simple y Scourge se vio forzado a admitir que quizás el problema no era la misión.

—Dar las cosas por sentado es una buena manera de hacer que te maten —le dijo Scourge mientras se ponía en pie, intentando justificar su comportamiento incluso mientras luchaba por alejar a empujones las dudas en sí mismo que se arrastraban por los rincones de su mente.

Hizo una comprobación final de su equipamiento y su armadura y entonces se colocó las gafas nocturnas en su lugar. El mundo adquirió un extraño brillo verde cuando la iluminación de las lunas de encima fue aumentada diez veces. Sacó su sable láser pero no lo encendió.

Según los planos que habían examinado, se suponía que no había ninguna cámara. Pero tampoco se suponía que hubiera una valla.

—Reúnete conmigo en la puerta —dijo Scourge.

Sin molestarse en esperar una respuesta, salió de su lugar a cubierto, echando a correr hacia la valla de seguridad de tres metros de alto. Aumentando la velocidad con una docena de pasos rápidos, se lanzó al aire, con su capa ondulando tras él. Superó la valla sólo por unos centímetros, lo bastante cerca como para que pudiera sentir un hormigueo en las suelas de sus botas por la corriente letal que la recorría.

En la cima de su salto, quedó suspendido en el aire sólo durante un instante. Entonces la gravedad reafirmó su agarre y él cayó en picado al suelo. Aterrizó en una postura sobre tres puntos, utilizando su mano libre para ayudar a absorber el impacto.

Giró la cabeza rápidamente de un lado a otro, mirando para ver si había alguna reacción a su llegada repentina. Afortunadamente, su entrada había pasado inadvertida.

Agachado a nivel del suelo, corrió a lo largo del perímetro de la valla, dirigiéndose hacia la puerta que Sechel y él habían visto antes.

Mientas se aproximaba, se dio cuenta de que había un único droide apostado como guardia.

Tenía una forma cónica, un poco más alto de un metro y medio metro de ancho en su base. Flotaba a un metro por encima del suelo y tres patas largas y finas colgaban debajo de él, cada una terminando en una garra de tres dedos. Un anillo de luces rodeaba el cuerpo principal a dos tercios de la parte inferior, parpadeando en algún patrón indefinible. Las gafas de visión nocturna de Scourge distorsionaban todo los colores hasta tonos variados de verde, pero él pudo distinguir claramente un patrón de dos tonos en la carcasa del droide, probablemente gris y naranja, los colores corporativos de Fabricación de Droides Uxiol.

Era claramente un zángano patrullero, justo como Sechel había prometido. Los droides de asalto eran mucho más grandes, al menos el doble, y normalmente estaban diseñados como unidades que caminaban sobre dos patas. Estaban cubiertos por espesas placas blindadas y tendían a tener pesados cañones láser montados en su exterior, ninguno de los cuales poseía el centinela flotante.

Los sensores del zángano patrullero estaban fijos en la puerta, no en el guerrero sith abalanzándose sobre él desde detrás. Una vez que se acercó a diez metros, Scourge encendió su sable láser y lo lanzó con un rápido giro de muñeca. La hoja giratoria cortó fácilmente a través de las placas sin reforzar de la carcasa del droide y sus circuitos de control, lanzando hacia arriba una lluvia de chispas antes de volver a la mano de Scourge.

El zángano flotante cayó al suelo, con sus repulsores quedando desactivados. Dos de sus tres patas estaban atrapadas bajo el cuerpo cónico. La tercera sobresalía hacia afuera en un ángulo extraño, destrozada por la caída. La fila de luces parpadeantes centelleaba erráticamente, con los sensores internos sobrecargados por el daño catastrófico. Un panel en su carcasa se abrió y Scourge pudo distinguir justamente la punta circular de una pequeña arma láser interna apuntándole mientras se acercaba para dar el golpe final.

El zángano disparó, pero su sistema de objetivos ya no estaba operacional y el disparo voló alto y desviado. Scourge estaba sobre él an-

tes de que tuviera la oportunidad de intentarlo de nuevo. Su bota dio una pesada patada, volcando al droide sin que este pudiera evitarlo sobre su costado. Dos rápidos cortes de su sable láser terminaron el trabajo y la fila de luces parpadeantes se quedó a oscuras.

Scourge estaba respirando con dificultad por el esfuerzo. Derrotar a un droide nunca le daba el mismo subidón que matar a un enemigo de carne y hueso, pero todavía podía sentir la adrenalina bombeándose por sus venas, llevándose su anterior intranquilidad a cerca de la misión.

Con el centinela despachado, fue capaz de concentrarse en el panel de control al lado de la puerta, aunque mantuvo su sable láser desenfundado y listo sólo por si acaso. Afortunadamente era de un diseño estándar y fue capaz de cortar la energía de la valla y abrir la puerta pulsando unos cuantos simples botones. Sechel ya estaba esperándole al otro lado.

Él bajó la mirada hacia el zángano patrullero averiado cuando pasó a través de la valla y le dirigió a Scourge una mirada que parecía decir *"os lo dije"*. Scourge le ignoró y se dirigió hacia la puerta de mantenimiento. Sechel gateó tras él.

La pequeña puerta de mantenimiento estaba hecha de duracero reforzada pesadamente. Scourge dudó de que incluso su sable láser fuera capaz de penetrar en ella. Afortunadamente, no tendría que intentarlo.

Sechel se acercó al panel de seguridad al lado de la puerta e introdujo una larga serie de números. Scourge se mantuvo de guardia, en caso de que algún zángano patrullero más apareciera. Después de unos cuantos segundos tensos, se oyó el pitido suave del panel de seguridad y la puerta se deslizó al abrirse.

—¿Veis? —dijo Sechel—. Nada de alarmas. Ni droides de asalto. Nada de lo que preocuparse.

—Aun no hemos terminado —replicó Scourge, empujando con los hombros para pasar a su lado y hacia el interior de la planta de fabricación.

Se encontraron en un corredor estrecho y débilmente iluminado. Si los planos que tenían eran precisos, debería llevarles a la planta

desde atrás. Desde allí, tendrían que cruzar la sala de producción hasta la oficina de archivos, donde Sechel piratearía para entrar la red de la planta para descubrir quién le había pagado a FDU para que fabricara el droide hecho a medida que había intentando, y fallado, matar a Nyriss.

—Quédate cerca —le instruyó Scourge a Sechel mientras se quitaba las gafas de visión nocturna con su mano libre y se las enganchaba al cinturón—. Si nos encontramos con problemas, escóndete en una esquina e intenta que no te disparen.

—Eso es lo que hago mejor —le aseguró Sechel.

Scourge echó a andar por el pasillo abajo, con Sechel siguiéndole unos cuantos pasos detrás de él. Este continuaba recto durante unos treinta metros y luego hacía un giro agudo a la izquierda que terminaba en una puerta cerrada.

A diferencia de la puerta que les había dado acceso a la planta, esta no parecía estar reforzada ni cerrada con llave. Desde el otro lado Scourge pudo oír claramente el golpe seco, profundo y rítmico de la maquinaria pesada funcionando.

Presionó el panel de acceso en la pared, con sus músculos tensándose instintivamente cuando se dejó caer agachado hasta una posición de combate. La puerta se deslizó para abrirse para revelar la sala de producción principal de la planta y una oleada de calor intenso le golpeó en la cara, arrebatándole el aliento momentáneamente. Pero él se relajó un segundo después cuando comprendió que no había una emboscada esperándoles al otro lado.

La sala de fabricación era enorme, con al menos cien metros de ancho y fácilmente el doble de largo. Numerosas puertas y pasajes llenaban cada pared, docenas de salidas que llevaban a las diferentes aéreas de la planta. Una red de pasarelas y escaleras de metal entrecruzaban la habitación. En el centro estaba la fuente del intenso calor: cuatro enormes tanques de metal fundido, cada uno de diez metros de alto y de veinte metros de diámetro.

Media docena de largas cintas transportadoras se extendías desde los tanques para recorrer la longitud completa de la sala de fabricación, cubierta cada una con miles de partes y piezas individuales que

esperaban ser ensambladas en droides funcionales. Los motores gigantes que movían las cintas entrechocaban y se agitaban, zumbando por encima de todos los demás sonidos.

Cientos de droides de montaje bípedos flanqueaban las cintas transportadoras, pero Scourge sabía que no representaban ningún tipo de amenaza. Los droides de montaje estaban severamente limitados en su programación, incapaces de llevar a cabo nada aparte de los trabajos más simples. A diferencia del zángano patrullero que había despachado antes, estos ignorarían su presencia y continuarían trabajando en sus tareas asignadas. Aparte de los droides de montaje, no parecía haber nadie cerca. Los supervisores de carne y hueso de la planta se habrían ido para pasar la noche mucho antes. Abriéndose a la Fuerza, no pudo sentir a ningún otro ser vivo en las inmediaciones.

—¿Bien? —preguntó Sechel, intentando ver más allá de la enorme forma de Scourge para tener una imagen mejor de lo que había más allá de la puerta.

Incluso aunque Sechel estaba justo tras él, era casi imposible oír su voz sobre los martilleantes motores de las cintas transportadoras. Scourge hizo el signo de *"todo despejado"* y entro.

La oficina de archivos estaba localizada en el rincón suroeste de la planta, adyacente a la sala de producción. Habían tenido que cruzar casi toda la longitud de la sala para llegar allí y Scourge estaba sudando pesadamente bajo su armadura después de sólo unos segundos. El calor era opresivo. El aire casi parecía pegarse en su garganta. Los golpes ensordecedores de los motores eran incesantes.

Él lanzó una mirada hacia atrás en dirección a su compañero. Incluso aunque Sechel no llevaba armadura, estaba quedándose muy atrás. Claramente, una vida de lujo de las clases altas le había dejado completamente poco preparado para las demandas físicas del ambiente inesperadamente brutal de la sala de producción. Pero luchaba valientemente por seguir adelante, jadeando con cada paso trabajoso.

La entrada a la oficina de archivos resultó estar cerrada.

—Date prisa y déjanos entrar —gritó Scourge.

Quería conseguir la información y largarse. Y lo que era más im-

portante en aquel momento, sabía que la oficina probablemente estaría climatizada.

Demasiado cansado para asentir, Sechel se inclinó sobre la pared e introdujo el código de seguridad.

La puerta no se abrió.

—Inténtalo de nuevo —le presionó Scourge, pensando que en su estado debilitado Sechel podía haber pulsado una tecla equivocada—. Ten cuidado esta vez.

Con dolorosa precisión, Sechel introdujo el código una segunda vez. El rugido de los motones ahogaron cualquier sonido, pero Scourge pudo ver que el panel de control se volvió rojo. Las palabras ACCESO DENEGADO centellearon en la pantalla.

La boca de Sechel se movieron en una maldición inaudible y él lo intentó una tercera vez, pero Scourge ya sabía que era inútil. La puerta requería un código diferente del que habían utilizado para pasar por la entrada exterior.

Scourge levantó su sable láser y quitó a Sechel de en medio de un tiró. Oyó al hombre gritar, pero no pudo distinguir las palabras. Sujetando la empuñadura de su sable láser con ambas manos, llevó la hoja hacia abajo hasta que se estrelló contra el panel, cortándolo en dos y tallando un surco largo y profundo en la pared de detrás.

La puerta se abrió de golpe… y de repente los tímpanos de Scourge casi se rompieron por una sirena larga y chillona. Él cogió a Sechel por el cuello de la ropa y lo lanzó a la habitación, maldiciéndose en silencio por cometer un error tan tonto.

—Piratea la red y coge lo que necesitas. Yo contendré a la seguridad.

Sechel no perdió el tiempo con una respuesta. Empezó a teclear frenéticamente en uno de los terminales.

Scourge podía sentir el aire frío derramándose de la oficina de archivos y envolviéndole. Se permitió unos cuantos segundos para disfrutar del lujo y entonces se volvió para enfrentarse a la inevitable ofensiva enemiga, determinado a no cometer ningún error más.

Dos zánganos patrulleros similares al que había despachado antes fueron los primeros en llegar a la escena, bajando en picado hasta el ni-

vel del suelo desde una de las pasarelas cerca de la pared este. Scourge cargó, moviéndose con la velocidad sobrenatural de la Fuerza.

Los zánganos abrieron fuego, pero Scourge nunca cambió de curso, contando con que su armadura absorbiera sus disparos láser. Uno de los disparos fallo en darle en la oreja por poco. Dos más se estrellaron contra su pecho. Sintió el impacto, pero no fue suficiente incluso para hacerle romper el paso.

Se dejó caer en una voltereta hacia delante mientras los droides liberaron una segunda andanada, sabiendo que ellos estarían apuntando hacia su cara y su cabeza expuestas. Los disparos volaron inofensivos por encima de él cuando se agachó, rodó y luego volvió a ponerse en pie, finalmente lo bastante cerca como para desquitarse.

Los zánganos patrulleros no estaban hechos para el combate a corta distancia. Una serie de cortes feroces con su sable láser acabaron rápidamente con el encuentro. Los droides cayeron al suelo en una lluvia de chispas, con sus patas larguiruchas agitándose durante unos cuantos segundos antes de que se apagaran completamente.

Scourge volvió su atención hacia los siguientes dos zánganos patrulleros. Despachó el primero al lanzarle su sable láser, derribándolo del aire con un único lanzamiento bien colocado antes incluso de que se acercara lo suficiente para utilizar el arma láser montado en su interior.

El segundo emprendió acciones evasivas, dejándose caer tras la cinta transportadora y una línea de droides de montaje. Se arrastró rozando el suelo, recortando la distancia hasta que salió hacia arriba desde detrás de su lugar a cubierto de manera que pudiera disparar a quemarropa. Scourge se aseguró de que nunca tuviera la oportunidad de hacerlo.

Abriéndose para agarrar al zángano con la mano invisible de la Fuerza, volvió a estrellarlo contra el suelo. Sus patas se arrancaron y salieron volando. Su carcasa exterior se rompió en múltiples lugares. Varias de sus placas soldadas se soltaron completamente. Todas las luces de su cuerpo disminuyeron de intensidad.

Las sirenas de alarma todavía estaban aullando. No pasaría mucho tiempo antes de que los droides de seguridad estacionados en otras

secciones de la planta aparecieran. Si los droides seguían llegando en pequeños grupos de dos o incluso de tres, Scourge sabía que podría detener al menos varias oleadas más por lo menos. Si llegaban en mayor número, iba a tener problemas.

Estaba respirando con dificultad, el sudor siendo tan espeso sobre su piel roja que sentía como si hubiera estado nadando en el océano. La Fuerza le había sustentando hasta ahora: protegiéndole de la peor parte del calor y permitiéndole moverse más rápidamente de lo que sus amigos podían reaccionar. Pero sólo podía aprovecharse de ella durante un tiempo antes de que llegara el agotamiento. Ya podía sentirse cansándose. Sechel tenía que localizar pronto la información, o tendrían que retirarse con las manos vacías.

Vio entrar a tres zánganos patrulleros entrar por uno de los pasajes en el lado norte de la planta de fabricación. Dos más se estaban entrando desde el este. Haciendo una mueca, Scourge apretó su sable láser y se preparó para entrar en batalla de nuevo. Sin embargo, en lugar de acercarse a él, los droides mantuvieron la distancia.

La razón para su sorprendente comportamiento quedó clara un momento después cuando un enorme droide de asalto entró pesadamente hasta quedar a la vista. Como los zánganos patrulleros, tenía el acabado gris y naranja común de todos los modelos FDU. Pero ahí era donde terminaban los parecidos.

De tres metros de alto y cubierto por gruesas placas blindadas, el droide de seguridad caminaba sobre un par de piernas con bisagras de metal, cada una tan gruesa como la muñeca de Scourge. Su cuerpo sin brazos era grueso y ancho, de dos metros por dos, rematado por un par de pesados cañones láser en vez de cabeza.

El droide echó a correr hacia él, moviéndose rápidamente a pesar de su masa. Al mismo tiempo, abrió fuego con ambos cañones. Scourge saltó desde su lugar a cubierto detrás de la cinta transportadora más cercana, reacio a confiar en su armadura contra un poder de fuego tan abrumador.

El droide de seguridad no aflojó. Los disparos atacaron la cinta transportadora y a los desventurados droides de montaje alineados a lo largo de ella.

Agachado, Scourge corrió hacia atrás en dirección a una escalera cercana que llevaba a las estrechas pasarelas que corrían sobre la sala de fabricación. Una lluvia de metal quemador y retorcido cayó sobre su espalda: trozos y pedazos de aquellos droides de montaje lo bastante desafortunados como para interponerse en el camino del fuego de cañón.

Por el rabillo del ojo vio a los zánganos patrulleros bajando en picado para unirse a la refriega. Debido a los motores y las sirenas, no podía oír al droide de asalto viniendo tras él, pero podía sentir sus pesadas pisadas que hacían vibrar el suelo.

Alcanzando la escalera, subió los escalones de tres en tres. El droide de asalto continuó disparando, pero no estaba diseñado para acabar con objetivos aéreos. Sus voluminosas placas blindadas limitaban su alcance de movimiento vertical y desde el suelo no podía conseguir el ángulo apropiado para hacer un disparo claro hacia el techo. Sus disparos rebotaron sobre el metal reforzado de las barandillas de seguridad y el suelo de la pasarela, pero ninguno se acercó a su pretendido objetivo.

La posición elevada de Scourge, sin embargo, no ayudaba contra los zánganos patrulleros. Sus repulsores les permitían elevarse hasta el nivel de las pasarelas con facilidad.

Con los cinco zánganos patrulleros flotantes acercándose a él, Scourge corrió hacia los tanques de metal fundido en el centro de la habitación. La pasarela en la que estaba pasaba justo junto al tanque más cercano. Mientras se acercaba, el calor se volvió casi insoportable. Sintió que la piel se le abrasaba, pero ignoró el dolor y continuó hacia delante.

Los zánganos se estaban acercando rápidamente. Dos de ellos cayeron en picado desde el costado, intentando aislarle. Aprovechando sus reservas que disminuían rápidamente, utilizó la Fuerza para sacar de su curso con un golpe a uno de los zánganos, enviándolo escorándose lateralmente contra su compañero. La colisión en mitad del aire no fue lo bastante fuerte como para infligir ningún daño directo, pero hizo que ambos giraran fuera de control. Incapaces de enderezarse a tiempo, cayeron dando tumbos al tanque, donde el burbujeante me-

tal derretido se cerró sobre ellos.

Los tres zánganos patrulleros restantes alteraron su curso para mantenerse alejados de los tanques, confirmando el miedo de Scourge de que el truco sólo funcionaría una vez. Ellos abrieron fuego, pero su objetivo de repente cambió de dirección para volver corriendo por la pasarela hacia el droide de asalto en el suelo por debajo. Uno de los disparos alcanzó a Scourge justo entre los omóplatos, pero afortunadamente no penetró su armadura.

El droide de asalto continuó disparando inefectivamente contra Scourge desde abajo cuando él cargó hacia este. Recorrió la distancia hasta que estuvo directamente encima, luego se agarró a la barandilla de seguridad de la pasarela y saltó hacia un lado. Aterrizó justamente sobre la parte cuadrada y planta encima del droide de asalto y dio un corte con su sable láser.

La hoja mordió hacia las profundidades de las placas blindadas del droide pero falló en alcanzar alguno de los circuitos internos. El droide se sacudió enfadadamente de lado a lado y Scourge fue lanzado fuera. Rodando para absorber el aterrizaje, luchó por ponerse en pie y dio la vuelta tras el droide. Sabía que su única oportunidad era mantenerse en su punto ciego, de manera que no fuera capaz de girar sus cañones láser para apuntarle.

Cortó el cuerpo de placas blindadas dos veces más. El primer golpe dejó un surco quemado. El segundo, dado precisamente en la misma localización, le atravesó por completo. El droide de asalto reaccionó con un estremecimiento, inclinándose hacia un lado. Pero antes de que Scourge pudiera seguir con otro ataque, el droide le dio una patada con su pierna enorme, alcanzándole en el pecho y enviándole a estrellarse contra el suelo.

Un dolor agudo salió disparado de su costado y él supo que al menos una de sus costillas se había roto. El droide de asalto estaba volviéndose hacia él lentamente y con sacudidas. Los tres zánganos patrulleros estaban de nuevo apuntando hacia él, lo bastante cerca como para abrir fuego.

Scourge se arrastró hacia delante sobre sus manos y sus rodillas. El droide de asalto era lo bastante alto como para que gateara bajo sus

piernas y se protegiera bajo su cuerpo. Los disparos láser de los zánganos patrulleros rebotaron inefectivamente sobre las placas blindadas del droide más grande. El droide de asalto devolvió el fuego, con su programación identificando instintivamente a cualquiera que le disparara como una amenaza hostil. Sus cañones láser atravesaron a los zánganos patrulleros, reduciéndolos a chatarra.

Al mismo tiempo, Scourge clavó su sable láser en el droide de asalto desde abajo. Para ahorrar costes y mejorar la movilidad, la parte inferior del droide no estaba equipada con las pesadas placas blindadas que protegían el resto de su exterior y la hoja entró profundamente. Scourge apuñaló la vulnerable parte inferior dos veces más antes de rodar para salir de debajo y saltar para volver a ponerse en pie.

Tambaleándose, el droide intentó girarse para enfrentarse a él. Estaba perdiendo lubricante espeso y negro por donde Scourge le había abierto con un corte, con el líquido formando un charco que se expandía rápidamente bajo sus pies. Una explosión ahogada vino desde algún lugar en el interior del droide y un hilillo de humo se elevó. Sus piernas se estremecieron y lentamente cayó hacia delante y luego se quedó quieto.

Scourge no tuvo tiempo de saborear la victoria. Un enjambre de zánganos patrulleros entró en la habitación, emergiendo solos o en parejas desde pasajes en las paredes norte y sur. En el mismo momento, dos droide de asalto más entraron marchando y el espíritu del Señor Sith de hundió.

No había vergüenza en huir de una batalla que no se podía ganar. Sólo un tonto continuaba luchando contra posibilidades imposibles. Sin embargo incluso si estuviera dispuesto a arriesgarse a despertar la furia de Nyriss por abandonar a Sechel, Scourge dudaba de que fuera posible escapar. Había demasiados droides y se estaba acercando al punto del agotamiento total.

Con una sonrisa sombría levantó su sable láser, preparado para infligir tanto daño como fuera posible antes de morir. Y de repente todo se volvió oscuro.

Scourge tanteó en busca de sus gafas de visión nocturna, sabiendo que la iluminación de su sable láser no sería suficiente para luchar.

Las arrancó de su cinturón de un tirón y las colocó en su lugar y entonces se quedó inmóvil, conmocionado por lo que estaba viendo. Ninguno de los droides había aprovechado la oportunidad de avanzar hacia él. Los droides de asalto no se habían movido. Los zánganos patrulleros habían caído todos al suelo.

Sólo entonces comprendió el hecho de que no sólo estaba oscuro: estaba en silencio. Los ensordecedores motores se habían detenido. Las cintras transportadoras estaban quietas e incluso los droides de ensamblaje parecían congelados en su lugar.

Él pulsó un botón el comunicador de su muñeca.

—¿Sechel? ¿Estás ahí?

—¿Todavía estáis vivo? —preguntó Sechel. Sonaba sorprendido, pero antes de que Scourge pudiera pensar en eso, añadió rápidamente—: Bien. Temía que no lo consiguierais.

—¿Qué acaba de pasar?

—Copié los archivos que necesitaba de la oficina de archivos. Entonces pirateé la red de energía y utilicé la anulación de emergencia para apagarlo todo. Me imaginé que necesitaríais la ayuda.

—Podría habérmelas arreglado si no fuera por los droides de asalto —dijo Scourge, sin hacer esfuerzo alguno por ocultar la acusación.

—¿Droides de asalto? ¿De verdad? Debe de ser un nuevo prototipo en el que FDU está trabajando.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Scourge.

—Todavía cerca de la oficina de archivos.

—Quédate ahí. Iré a por ti.

—No creo que tengamos tiempo para eso —dijo Sechel.

—¿De qué estás hablando?

—¿Sabéis esos grandes tanques? Usan generadores de trivio para fundir el metal. Apagar la red de energía desestabilizó los núcleos de los reactores.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de exploten?

—No el suficiente como para seguir discutiéndolo.

Scourge comprendió la pista. Forzando a sus rendidas piernas a ir a la carrera, corrió a través de la sala de fabricación totalmente oscura. Sus costillas rotas hacían casi imposible recuperar el aliento y

sus muslos y pantorrillas le ardían. Alcanzó a Sechel a medio camino del corredor de mantenimiento que habían utilizado para entrar en el edificio.

No dijo nada mientras corría, conservando el poco aliento que tenía para un empujón final para quedar fuera del radio de la explosión. Salió de golpe por la puerta de mantenimiento y al frío aire nocturno, con Sechel sólo unos pasos por detrás de él.

Saltar la valla de seguridad no era una opción en su estado actual, así que se dirigió hacia la puerta que había abierto para Sechel al principio de la misión. Estaba yendo más lento, con el peso de su armadura agotando sus últimas fuerzas. Utilizó la Fuerza para darse un último estallido de velocidad. Sechel le alcanzó unos pasos antes de la puerta. La onda expansiva les alcanzó un instante después.

Afortunadamente, la mayor parte de la explosión quedó contenida dentro de la planta, evitando que fueran pulverizados por la fuerza de impacto. Siendo como era, fueron arrancados de sus pies y enviados dando tumbos a través de la puerta de seguridad por una pared de aire, sonido y esquirlas de cristal. Scourge golpeó el suelo, rodó sobre su estómago y se cubrió instintivamente la parte de atrás de la cabeza cuando los escombros cayeron alrededor de ellos. Se quedó allí durante unos treinta segundos, mareado, con los oídos zumbándole aun.

Se forzó a ponerse en pie, provocando un acceso de tos. Las costillas rotas hacían que pareciera que su pecho estaba siendo apuñalado mientras expulsaba flemas moteadas de sangre. La parte de atrás de su cabeza y su cuello también estaban sangrando: los cristales voladores le habían cortado al menos en una docena de lugares, aunque su armadura había protegido la mayor parte de su cuerpo.

Confiado en que ninguna de sus heridas ponía en peligro su vida, volvió su atención a su compañero. Sechel yacía bocabajo en el suelo a su lado, sin moverse. No había llevado armadura y su espalda era un desastre ensangrentado. Aunque las esquirlas de cristal habían destrozado sus ropas y la piel bajo ellas, todas las heridas parecían superficiales.

Scourge le dio unos golpecitos con el pie hasta que finalmente res-

pondió con un gruñido.

—Levántate —dijo Scourge respirando con dificultad—. Estoy demasiado débil para llevarte.

Sechel hizo lo que se le había ordenado y la pareja cojeó de vuelta a través del bosque hacia la lanzadera que les esperaba. Tras ellos, la planta de FDU ardía.

CAPÍTULO 5

Revan raramente visitaba ya el Templo Jedi en Coruscant. Aunque técnicamente todavía era miembro de la Orden, no podía evitar sentirse como un intruso cuando subía los escalones y pasaba a través de las filas gemelas de estatuas que estaban de guardia en la entrada.

Muchos Jedi, particularmente los Padawans y los Caballeros Jedi más jóvenes, le consideraban un héroe, una leyenda viva. Pero los Maestros más conservadores tenían una visión muy diferente. Algunos estaban resentidos con él por haber liderado a miles de Jedi a la muerte en la guerra contra los mandalorianos. Otros no podían perdonarle por los millones de soldados y ciudadanos de la República que murieron cuando Malak y él volvieron de las Regiones Desconocidas como conquistadores. Oficialmente, había sido redimido y había vuelto a la luz, pero estaban aquellos que todavía sentían que él llevaba la corrupción indeleble del lado oscuro.

Para ser justos, Revan había hecho poco para intentar convencerles de lo contrario.

En la parte superior de las escaleras pasó a través de la entrada del

Templo, cruzando el gran suelo de mármol mientras se abría camino hacia el patio interior.

El Consejo le había ofrecido encontrar un Maestro adecuado para reentrenarle en los caminos apropiados de los Jedi, una oferta que él había rechazado de plano. Revan había aprendido demasiado sobre la Fuerza, del lado luminoso y del oscuro, para recibir instrucción como algún Padawan común y corriente. Su negativa podría haber sido pasada por alto de no haber elegido Bastila un camino similar. En una época, ella había sido la joven estrella más brillante de la Orden. Pero Malak la había vuelto temporalmente hacia el lado oscuro y el Consejo creía que ella también necesitaba ser reentrenada. Cuando ella se negó, algunos vieron un patrón similar: Revan alejando a una joven Jedi prometedora de las enseñanzas aceptadas por la Orden.

Su matrimonio había exacerbado más aun la situación. La Orden Jedi se oponía a los apegos emocionales, creyendo que eran el trampolín hacia la destrucción. Enseñaban que el amor engendra celos, que llevan al lado oscuro. Pero Revan había visto sus poderes redentores de primera mano. Era su amor lo que había traído a Bastila de vuelta a la luz. Su vínculo emocional había forjado la salvación para ambos.

Negar o intentar el control completo de las emociones, sentía Revan, era un juego de tontos. Los celos eran realmente el resultado de un Jedi mal preparado para verse abrumado por unos sentimientos que nunca habían aprendido a afrontar. Revan creía que a los Jedi se les podía enseñar a utilizar las emociones positivas como el amor y la felicidad para que fortalecieran su conexión con la Fuerza del mismo modo que el odio les daba poder a aquellos que seguían el lado oscuro.

Saliendo del salón de entrada, Revan se sorprendió como siempre por la magnífica imagen. El Templo Jedi había sido construido sobre la cima de una enorme montaña, con su azotea convertida en un enorme patio a cielo abierto que dominaba el infinito paisaje urbano de Coruscant un kilómetro más abajo. Una espira elevada se había construido en cada una de las esquinas del patio y una quinta espira, más grande que las otras, se elevaba en el centro.

Pequeños grupos de figuras con capas, una mezcla de Padawans, Caballeros y Maestros Jedi, llenaban el área. Algunos se abrían camino rápidamente a través de los caminos del jardín por trabajo. Otros se repantingaban en bancos o caminaban lentamente junto a las fuentes, tomándose un descanso de sus tareas o ejercicios de entrenamiento.

Revan mantuvo la capucha marrón de su capa tradicional Jedi levantada para evitar que le reconocieran. Quería llevar a cabo sus asuntos y ponerse en camino tan rápidamente como fuera posible. Cuanto antes dejara el Templo, mejor.

No siempre se había sentido así. Las primeras semanas después de la derrota de Malak, cuando todavía estaba siendo honrado y festejado como el salvador de la galaxia, se había aproximado al Consejo con una oferta para compartir su nueva comprensión de la Fuerza con los otros miembros de la Orden. Por supuesto, había esperado algo de resistencia. El Consejo estaba arraigado en las viejas costumbres. No comprendían que la Fuerza estaba viva. No podían aceptar que había evolucionado más allá de sus sobrias enseñanzas. Sin embargo, no había estado preparado para la hostilidad total de la reacción del Consejo.

No sólo rechazaron su oferta, sino que un puñado de Consejeros habían querido echarle de la Orden. Afortunadamente, las cabezas más frías habían prevalecido. Revan era un héroe. La historia de su redención y regreso a la luz se había dispersado a través de la galaxia… aunque los detalles sórdidos de cómo los Jedi le habían borrado su identidad habían sido cuidadosamente eliminados. Los miembros más sabios del Consejo comprendían que la leyenda de Revan era demasiado valiosa para dejarla a un lado simplemente porque para ellos ya no tuviera ninguna utilidad el propio hombre.

Al final se alcanzó un compromiso. Los Jedi no protestarían por su matrimonio con Bastila. Oficialmente, ambos serían todavía reconocidos como Jedi de buen prestigio, con todos los derechos y privilegios correspondientes. A cambio, Revan prometió no expandir su herejía a otros miembros de la Orden.

Al principio, Bastila quería rechazar sus términos. Pero Revan la

convenció de que una guerra ideológica contra el Consejo Jedi no serviría a ningún propósito. Ellos habían hecho su parte. Era hora de que se desvanecieran de la historia y vivieran el resto de sus días en paz.

Y así lo habían hecho… hasta que Revan empezó a tener esos malditos sueños.

Eso era por lo que él estaba aquí ahora. Canderous estaba fuera entre su propia gente, viendo si podía encontrar alguna conexión entre la guerra y un planeta cubierto por la oscuridad de las tormentas eternas. Se había ido hacía varias semanas y Revan todavía no había oído que hubiera vuelto. Pero en vez de sentarse y no hacer nada, había decidido hacer una pequeña investigación por sí mismo.

Moviéndose con pasos largos y rápidos, se abrió camino hacia la espira en la esquina noroeste del patio. Esta torre era el hogar del Consejo del Primer Conocimiento, una colección de cinco Maestros Jedi y sus subordinados que se especializaban en la historia y los conocimientos de la Orden entera. También era el hogar de los Archivos del Templo, de lejos la colección más grande de la galaxia integrada por documentos, discos de datos y holocrones. A menudo se decía que si algo no aparecía en los registros de los Archivos, entonces no existía.

A pesar de la atrevida pretensión, Revan dudaba de que encontrara algo que explicara sus sueños acechando en las estanterías. En realidad había venido aquí en busca de otra cosa. De otra *persona*. Un nombre de su pasado.

Enormes trozos de su memoria todavía estaban desaparecidos. Para llenar los huecos, necesitaba hablar con alguien que hubiera estado con él durante aquella época. Alguien que hubiera servido a su lado en la guerra.

Malak había sido su mano derecha durante la campaña contra los mandalorianos. Pero Malak estaba muerto. Revan no encontraría respuestas ahí. No obstante, había habido otra: una poderosa Jedi llamada Meetra Surik. Meetra había estado entre los primeros en unirse a la causa de Revan y rápidamente demostró ser una táctica brillante y una líder militar.

Reconociendo su potencial, Revan la había convertido en general, dándole el control de casi la mitad de las tropas de la República y de los Jedi bajo su mando. Meetra había contribuido positivamente a la derrota de los mandalorianos, dándoles un golpe devastador durante la Batalla de Malachor V… aunque a coste casi imposible de comprender.

Dudó sólo brevemente en la puerta que llevaba a la espira, preparándose para lo que podría encontrar. Entonces entró en el edificio y subió la larga escalera de caracol que llevaba hasta el primer piso de los archivos.

Revan había derrotado a Mandalore poco antes de la victoria de Meetra en Malachor V, terminando efectivamente la guerra. Entonces Malak y él se pusieron en marcha hacia las Regiones Desconocidas, mientras que Meetra había vuelto para enfrentarse al juicio del Consejo Jedi. Ella no había hablado con Revan desde entonces. Él ni siquiera sabía dónde estaba ella.

Conocía algunos de los detalles de lo que había pasado. A su regreso, el Consejo Jedi la había declarado una traidora por seguir a Revan. La habían desposeído de su rango y la habían expulsado, marcándola como la Exiliada. Según los rumores, ella había dejado el espacio de la República y simplemente había desaparecido. Sin embargo Revan sentía que había más en esa historia.

Meetra no había intentado contactar con él tras la derrota de Malak. Incluso si había dejado el espacio de la República, con certeza habría oído hablar de la redención de Revan a estas alturas. El hecho de que no hubiera habido noticias de ella era perturbador.

Una vez él había intentado abrirse a la ella con la Fuerza. Servir en batalla con alguien formaba un vínculo especial. Incluso a través de la anchura de la galaxia debería haber sido capaz de conseguir alguna sensación vaga de la presencia de ella. Sin embargo no había sentido nada. La explicación más simple era que ella se había convertido en una con la Fuerza, pero Revan no podía permitirse creer que estaba muerta. Después de sobrevivir a los horrores de Malachor V, una muerte anónima en el Borde Exterior simplemente no parecía justa.

Salió de la escalera de caracol y llegó al rellano del cuarto piso y

entonces empujó la puerta del segundo piso de los Archivos para abrirla. Se sintió aliviado al ver que no había nadie allí. Quería hacer su investigación en privado.

Pasando junto a las estanterías atestadas de discos de datos, tomó asiento en uno de los holo-terminales. No estaba seguro de qué estaba buscando exactamente, así que simplemente introdujo el nombre de Meetra en el directorio.

Aparecieron varias entradas, incluyendo el informe oficial de Malachor V recopilado por uno de los Archivistas Jedi. Tomó nota mental del número de referencia, sacó el disco de datos del estante y lo insertó en la terminal.

Pasó los minutos siguientes revisando el informe, pero no consiguió cruzarse con nada que no supiera ya. Malachor V había sido una trampa, una estratagema para atraer a la flota mandaloriana a un lugar suficientemente cerca del planeta como para liberar el generador de masa-sombra, una super arma experimental que aprovechó las anomalías gravitacionales únicas del sistema Malachor para destruir instantáneamente todas las naves que orbitaban el planeta.

Revan dividió su flota en dos, dándole el mando de la mitad a Meetra. Mientras que él lideraba sus fuerzas contra la nave insignia de Mandalore, ordenó a su general de más confianza que utilizara su flota como señuelo para atraer al grueso de las naves mandalorianas a un lugar dentro del alcance del generador de masa-sombra.

Los mandalorianos habían mordido el anzuelo y, una vez que estuvieron dentro del alcance, Meetra dio la orden de conectar el generador de masa-sombra. La atmósfera explotó en un centelleo de fuego, dejando detrás sólo cenizas. Todo en la superficie de Malachor, cada planta, cada animal e insecto, fue instantáneamente vaporizado por el intenso calor. El suelo se quebró y se elevó, dejando profundas cicatrices a través del terreno chamuscado.

Al mismo tiempo, cientos de naves, republicanas y mandalorianas por igual, fueron arrancadas de la órbita por la creación de un vórtice gravitatorio irresistible en el núcleo del planeta. Se estrellaron contra la superficie del planeta, golpeando con tal velocidad que sus cascos penetraron en realidad varios kilómetros en el suelo, enterrando

los restos retorcidos y los cuerpos rotos. Decenas de miles de vidas se apagaron en una fracción de segundo.

Las naves de Revan y Meetra habían estado a salvo más allá del alcance de la super arma, aunque si eso había sido por la suerte o por designio, Revan no podía decirlo honestamente.

Sus recuerdos de esa época habían desaparecido y, mirando hacia atrás a sus acciones, no podía explicarlas o justificarlas completamente. ¿Había sabido lo que iba a pasar, sacrificando de buen grato a miles de sus seguidores para conseguir la victoria última sobre los mandalorianos? ¿O algo en el plan había ido terriblemente mal?

El informe no era tan ambiguo: clamaba que Revan y Meetra sabían ambos qué pasaría. Les declaraba criminales de guerra y asesinos en masa. El autor del informe especulaba con que Malachor V era la prueba de que incluso entonces Revan ya había abrazado los caminos del lado oscuro.

Pero Revan no estaba interesado en las opiniones de algún Archivista Jedi anónimo. Sólo le importaban los hechos… particularmente qué le pasó a Meetra tras la batalla. Y aquí el informe era severamente deficiente.

Todo lo que pudo obtener fue que ella había vuelto por su propia y libre voluntad para enfrentarse al Consejo, que la expulsó sumariamente de la Orden Jedi y del espacio de la República.

—Debí haber adivinado que eras tú.

La voz vino desde detrás, aguda por la indignación.

Revan se levantó de su silla y se volvió para mirar de frente a la que hablaba. Llevaba los ropajes de una Archivista Jedi, aunque Revan sabía que era de hecho una Maestra Jedi. Era joven para su posición, de alrededor de la edad de Bastila, pero su pelo era de un blanco platino. Tenía unos ojos de un frío azul y una complexión que hablaba de una vida pasada dentro de los Archivos, bien protegida de los rayos del sol.

—Atris —dijo Revan con un asentimiento de cabeza y forzó una sonrisa, maldiciendo silenciosamente.

Una vez amiga íntima de Meetra, Atris se había negado a unirse a aquellos que habían ido a batallar con los mandalorianos. Una tra-

dicionalista incondicional, ella había compartido la opinión poco favorable sobre Revan de los Maestro más viejos y conservadores. De toda la gente que podía haber interrumpido su búsqueda, él podía pensar en pocos con quien quisiera encontrarse menos.

—¿Intentando todavía recapturar tus recuerdos perdidos? —le preguntó ella un poco con demasiado aire de suficiencia y Revan comprendió que su llegada no era un accidente.

Atris debía de haber marcado el informe que él había estado leyendo de manera que la alertara cada vez que fuera referenciado. No había reglas o regulaciones contra esta clase de característica de seguridad, pero raramente se hacía. Como regla, aquellos que servían en el Consejo del Primer Conocimiento respetaban el derecho a la privacidad personal de un Jedi que visitara los Archivos del Templo.

Sin embargo aunque Revan había buscado mantener su investigación en privado, no había hecho nada malo. Y todavía necesitaba respuestas.

—Este informe parece pasar por alto algunos de los detalles relevantes —dijo—. Un trabajo de pésima calidad —añadió con una corazonada repentina.

Vio que Atris se alarmó y supo que había adivinado correctamente: ella no sólo había marcado el informe, también lo había preparado.

—Tal vez simplemente no puedes ver la verdad obvia que hay delante de ti —le espetó ella.

Revan sonrió. A pesar de todas las enseñanzas Jedi sobre la paz y la serenidad, siempre había tenido un talento natural para enfurecer a los miembros enfurecer a los miembros excesivamente santurrones de la Orden como Atris.

—Creo que sólo necesito tu gran sabiduría para que me ayude a comprender lo que se me escapa.

—¿Qué te hace pensar que yo haría algo para ayudarte?

—Todavía soy un Jedi y la sentencia de Meetra es un hecho —le recordó él, repentinamente serio—. Tengo derecho a conocer la verdad de lo que pasó. Toda ella.

—¿Qué más hay que decir? Ella cometió el error de seguirte. Tú la llevaste por el camino del lado oscuro. Cometió un acto imperdona-

ble y por esto el Consejo la expulsó.

—Fue un acto desesperado durante una época desesperada —dijo Revan—. Y el generador de masa-sombra era un prototipo experimental. ¿Cómo pudo el Consejo estar seguro de que Meetra incluso sabía lo que ocurriría? ¿Qué pasa si fue todo un error? ¿Un accidente terrible?

—El generador de masa-sombra era un arma de guerra —replicó Atris con una calma fría y racional—. Su único propósito era causar muerte y destrucción y ella dio la orden de activarlo. ¿Cómo es eso un accidente?

—Pero obviamente se arrepintió de sus acciones y se rindió voluntariamente ante el Consejo. ¿Por qué no le mostraron misericordia?

—Necesitaban dar ejemplo con ella. —Atris hizo un esfuerzo para ocultar la amargura de su voz—. Se convirtió en un símbolo para todos aquellos que habían desafiado la voluntad del Consejo. La misericordia no era una opción.

—No puede ser tan simple —la presionó Revan—. Mis crímenes fueron mucho peores y sin embargo el Consejo me dio una segunda oportunidad.

—Tú podías todavía sernos de utilidad.

Revan sintió que había algo que ella no estaba diciendo.

—¿Qué significa eso? Meetra era una Jedi poderosa. ¿Por qué el Consejo no intentó redimirla?

La archivista negó con la cabeza con incredulidad.

—Realmente no tienes ni idea de lo que le hiciste, ¿verdad?

—No, no la tengo —le espetó Revan, permitiendo que su frustración hirviera—. Mi memoria tiene más agujeros que una esponja kaminoana. Así que, ¿por qué simplemente no me cuentas?

Atris se mordió el labio inferior y le miró. Entonces, comprendiendo quizás que responder a las preguntas de él era el modo más rápido de hacer que se fuera, empezó a hablar.

—Meetra estaba mucho más cerca del generador de masa-sombra que tú. Sintió la onda expansiva. Eso casi la mató. La dejó vulnerable. Al mismo tiempo, sintió las muertes de los mandalorianos y sus compañeros soldados a través de la Fuerza. Eso fue demasiado

para soportarlo en su estado debilitado. La habría matado. —Se detuvo para dar énfasis, antes de continuar—. Instintivamente, se protegió del único modo que sabía. Se desconectó de la Fuerza… permanentemente.

—Lo siento —dijo sinceramente Revan—. No tenía ni idea.

—¿De verdad? —respondió enfadadamente Atris—. ¿Entonces por qué Malak y tú la dejasteis atrás cuando fuisteis a las Regiones Desconocidas? Os disteis cuenta de que ella ya no te era de utilidad y la abandonasteis. Eso es por lo que ella volvió a la Orden para enfrentarse al juicio.

—No vi eso en tu informe. ¿Eso es un hecho o sólo especulación?

La negación de ella a hablar fue suficiente replica.

—Incluso si lo que dices es cierto —continuó Revan—, ya no soy el mismo hombre. ¿Está bien culparme aun por aquellos crímenes?

—Un chalarax no puede cambiar sus manchas —murmuró ella en voz baja.

Revan estaba demasiado ocupado intentando procesar todo lo que había descubierto para reaccionar al comentario de ella. Si Meetra estaba desconectada de la Fuerza, eso explicaría porqué no había sido capaz de sentir su presencia. Eso significaba que ella podría todavía estar viva en alguna parte. Todavía podría saber algo que le ayudara a comprender el significado de su visión.

—¿Sabes adónde fue? —preguntó él—. Necesito hablar con ella.

—¿No has hecho ya suficiente? —demandó Atris—. Es culpa tuya que ella desafiara el Consejo y traicionara a la Orden. Es culpa tuya que ella cayera en el lado oscuro y fuera marcada como la Exiliada. Es culpa tuya que ella se desconectara de la Fuerza. Para una Jedi, ¡ese es un destino peor que la muerte!

—He estado más cerca de la muerte que la mayoría —replicó Revan— y puedo asegurarte que eso no es cierto.

Atris resopló de desprecio.

—Esa es la diferencia entre nosotros. Yo vivo para la Fuerza. Tú vives para ti mismo.

Revan se encogió de hombros, sabiendo que una discusión filosófica no iba a llevarle más cerca de encontrar a Meetra.

—Sea lo que sea lo que pienses de mí —dijo él—, yo no coaccioné a Meetra para que hiciera nada de esto. Ella tomó sus propias decisiones. Y debería ser decisión suya ahora si quiere volver a hablar conmigo, no tuya. Si sabes dónde está, tienes que decírmelo.

—No he hablado con ella desde su juicio —respondió Atris a través de los dientes apretados y Revan supo que estaba diciendo la verdad—. No sé adónde fue y espero no volver a verla. La Exiliada traicionó a la Orden, igual que tú.

»No eres bienvenido aquí. Vuelve a casa con tu *esposa*.

Atris pronunció la última palabra con tal veneno que casi se ahogó con ella.

—Uh, uh, uh —dijo Revan agitando un dedo en dirección a ella—. No hay emoción. Hay paz.

El labio de ella se elevó en un refunfuño, ella giró sobre sus talones y salió a toda prisa de la sala. Revan esperó hasta que el sonido de sus pisadas en las escaleras se desvaneciera y entonces volvió a sentarse en la silla.

Con Atris ausente, él pudo dejar que su máscara sarcástica cayera. A pesar de lo que le había dicho a ella, no podía evitar sentirse responsable de Meetra. Se había negado a darle a Atris la satisfacción de ver su culpabilidad y su pena, pero ahora que estaba solo, las emociones vinieron como una riada hasta la superficie. La mayoría de sus recuerdos específicos de Meetra habían desaparecido. Sólo podía recordar pedazos y trozos inconexos. Pero ella había sido una vez una de sus amigas más íntimas y él todavía sentía una poderosa conexión emocional con ella.

Inclinándose hacia delante, enterró su cara en las manos. Esperaba que las lágrimas fluyeran, pero eso no ocurrió. En su lugar, sintió simplemente una pena vacía y entumecedor. Después de varios minutos, tomó aire profundamente para recuperar el control y se puso en pie. Entonces salió por la puerta de los Archivos y bajó las escaleras.

Había venido al Templo a buscar a una vieja amiga y confidente, esperando que ella pudiera ayudarle a comprender los sueños que plagaban sus noches. En su lugar había encontrado un callejón sin salida y descubrió la lúgubre verdad sobre la que llamaban la Exiliada.

—No me extraña que ya nunca venga aquí —rugió en voz baja mientras se abría camino a través del patio y se dirigía hacia la salida.

CAPÍTULO 6

Había pasado una semana desde la misión en Hallion. Dosis diarias de kolto había curado las heridas de Scourge. Incluso sus costillas rotas estaban completamente curadas. La misión había sido un éxito, pero las cosas habían ido mucho menos suavemente de lo que le habría gustado. Sin duda el informe de Sechel ante Nyriss pintaría cada uno de sus errores bajo el tono más llamativo.

Estaba desesperado por encontrar algún modo de desahogar sus frustraciones y hoy finalmente se había sentido lo bastante bien como para visitar el patio de ejercicios de la fortaleza para tener un entrenamiento muy necesitado. Raramente pasaba más de dos o tres días sin practicar sus ejercicios, sabiendo que su supervivencia continuada a menudo dependía de su experiencia marcial.

Aunque había otros en el patio, ninguno era un digno compañero de entrenamiento. Obtendría poco al ponerse a prueba contra cualquiera de los soldados de Murtog. Incluso el capitán de la guardia no presentaría ningún desafío real para un Lord Sith completamente entrenado.

En su lugar ejecutó una rutina compleja de ejercicios diseñados para perfeccionar sus reflejos, todo ello mientras llevaba su pesada armadura. Su hoja carmesí zumbaba mientras recorría las arremetidas y cortes agresivos del Juyo, la séptima forma de combate con el sable láser. El arma se movía tan rápidamente que no era si no un borrón, pero cada golpe era preciso y controlado.

En mitad de su rutina se dio cuenta de que la joven esclava twi'leko de Nyriss había entrado en el patio. Se mantenía pacientemente a un lado, con su cabeza inclinada respetuosamente.

Scourge detuvo abruptamente la sesión, sabiendo que ella sólo estaría aquí si Nyriss la hubiera enviado. Él apagó su sable láser y se lo enganchó en el cinturón antes de cruzar el patio hacia ella.

—Darth Nyriss desea hablar con vos —dijo suavemente la twi'leko, manteniendo los ojos fijos en el suelo.

—¿Estará allí Sechel? —demandó.

—No lo sé, mi lord —replicó ella.

Scourge frunció el ceño. No había visto o hablado con Sechel desde su regreso.

—Llévame ante Nyriss.

La esclava asintió, luego se volvió y echó a andar. Scourge se colocó tras ella.

Había buscado a Sechel varias veces durante la pasada semana, pero el ayudante siempre parecía estar fuera en alguna tarea o encargo. Podría haber sido una coincidencia, pero también era posible que Sechel le estuviera evitando.

Si ese era el caso, Scourge podría saber porqué. Durante su recuperación, había tenido mucho tiempo para pensar en la misión. Revisándola en su cabeza había sacado a la luz varias inconsistencias, cosas que Sechel podría no querer discutir con Scourge cara a cara.

La esclava le estaba llevando a través el ala este de la fortaleza. Se movía rápidamente delante de él, pero con sus largas piernas Scourge tenía pocos problemas para mantener el paso. Mientras caminaba, él continuó meditando sobre el asunto de Sechel.

En aquel momento le había concedido al ayudante el crédito de salvarle la vida al apagar la red de energía de la planta de fabricación y

deshabilitar a los droides de seguridad. Ahora se preguntaba si había sido un accidente. Mientras más pensaba en ello, más evidencias parecían indicar que Sechel no había querido que sobreviviera a la misión.

Sechel obviamente necesitaba la ayuda de Scourge para pasar junto a los zánganos y atravesar la valla de fuera de la planta. Y necesitaba que Scourge retuviera a la seguridad lo suficiente como para que pirateara la red de ordenadores de FDU. Pero después de eso, Scourge se volvió prescindible. Una vez que los droides se desactivaran, Sechel ya no necesitaba al Señor Sith para protegerle.

Lo que al principio sonó como una fantasía paranoide se volvió más a más plausible cuando Scourge recordaba detalles específicos de la misión. No tenía manera de saber cuánto le había llevado a Sechel piratear la red, pero probablemente había encontrado los archivos que estaba buscando en los primeros minutos. En retrospectiva, parecía como si pudiera haber apagado la red de energía mucho más pronto de lo que lo hizo.

¿Qué pasaba si Sechel hubiera esperado todo lo posible antes de desactivar los droides, esperando que tuvieran suficiente tiempo para matar a Scourge? Desde la sala de archivos, Sechel no podría haber visto lo que estaba pasando en la sala de producción. Probablemente habría asumido que Scourge ya estaba muerto para cuando lo apagó todo.

Eso también explicaría porqué Sechel no se había molestado en contactar con él con una advertencia de que la planta estaba a punto de explotar. Sólo había mencionado los reactores porque Scourge le había llamado por el holocomunicador después de que todo se quedara oscuro. Si Scourge no hubiera iniciado la holollamada, Sechel podría haberse escabullido solo en la oscuridad.

La seguridad anterior de Sechel de que FDU no tenía droides de asalto también era sospechosa. Las unidades con las que Scourge se había encontrado podrían haber sido prototipos experimentales, como Sechel había clamado, pero también era posible que hubiera tenido conocimiento de ellos todo el tiempo y no hubiera dicho nada, esperando que Scourge fuera pillado con la guardia baja por su llegada.

Tres trozos de evidencias circunstanciales (un posible retraso en apagar los droides, Sechel no contactando con él para advertirle de la explosión inminente y la presencia inesperada de los droides de asalto) no eran suficientes para que Scourge estuviera seguro de nada. Sin embargo el hecho de que Sechel ahora pareciera estar evitándole fortalecía más el deseo del Lord Sith de interrogarle en una sesión muy larga y muy privada. Desafortunadamente, esa charla tendría que esperar. Sechel todavía disfrutaba de la protección de Nyriss y Scourge no estaba dispuesto a arriesgarse a la furia de la Consejera Oscura al interrogarlo. Todavía no, al menos.

Habían llegado a la puerta de la cámara privada de Nyriss. Scourge consideró brevemente si debería decirle a ella algo sobre sus sospechas y entonces decidió que no. Sechel era un experto en maniobras políticas. Si era culpable, involucrar a Nyriss sólo trabajaría a favor del consejero. Era mejor enfrentarse a él directamente cuando el momento fuera adecuado.

La esclava twi'leko llamó ligeramente a la puerta y la voz de Nyriss dijo *"¡Adelante!"* desde el otro lado.

De nuevo, Nyriss estaba sentada en la consola del ordenador en el centro de la habitación. Mientras se levantaba de su silla y se volvía para mirar de frente a Scourge, la esclava cerró la puerta, encerrándoles a los tres solos en la habitación.

—Se me ha dado la noticia de que te has recuperado de tus heridas —dijo Nyriss.

—No fue nada serio, mi lord —replicó Scourge.

—Pareces tener la costumbre de resultar herido en mi servicio.

—Me sorprendieron los droides de asalto.

—Y a mí me sorprende que te dieran tantos problemas.

Scourge permaneció en silencio.

Nyriss estiró sus labios secos y rotos en una sonrisa inquietante que pareció llenar la mitad inferior entera de su cara arrugada. Scourge soportó el rictus sin comentario alguno hasta que misericordiosamente desapareció.

—Encuentro extraño que alguien con tu reputación tuviera dificultadas para derrotar a un único droide de asalto y a unos cuantos

zánganos patrulleros y sin embargo despachaste a mis mercenarios con facilidad.

Era obvio que ella estaba llegando a algo, pero Scourge no tenía ni idea de lo que podría ser.

—Yo… no lo entiendo —admitió finalmente él.

—No, no lo entiendes —estuvo de acuerdo ella, dejando ver brevemente otra sonrisa desconcertante—. Recita el Código Sith para mí —le instruyó, sonando como uno de los entrenadores de la Academia.

—La paz es una mentira. Sólo hay pasión. A través de la pasión, obtengo fortaleza. —Las palabras venían fácilmente a Scourge. El mantra había sido inculcado en su cerebro durante su entrenamiento hasta que fue una segunda naturaleza—. A través de la fortaleza, obtengo poder. A través del poder, obtengo la victoria. A través de la victoria mis cadenas se rompen.

—Conoces las palabras, pero no las comprendes realmente —le reprendió ella—. El lado oscuro utiliza las emociones más poderosas: la furia, el odio, el miedo. Se nos enseña a utilizar nuestras emociones para desbloquear nuestro autentico potencial y liberar la Fuerza contra nuestros enemigos.

Scourge contuvo la impaciencia que amenazaba con elevarse dentro de él. Ella no estaba diciendo nada que él no hubiera oído incontables veces durante su aprendizaje, pero ella parecía tener una razón que él todavía no veía.

—La Fuerza corre a través de todos los seres vivos —continuó ella—. Cuando luchamos contra un oponente de carne y hueso, utilizamos también *sus* emociones. Todos los que seguimos el lado oscuro hacemos esto instintivamente a cierto nivel. Es tan instintivo que la mayoría de los instructores sienten que no es necesario enseñarlo.

Ella hizo una pausa y de nuevo él se preguntó adónde quería ir a parar con todo esto.

—He estudiado tu archivo de la Academia y he observado tu batalla con los mercenarios en mi patio —dijo ella al fin—. Tienes un don especial. No sólo te alimentas de las emociones puras de tu enemigo.

Las engulles. Devoras su miedo primitivo. Eso amplifica tu odio y tu furia. Eso alimenta el poder de la Fuerza. Te transforma en un instrumento de muerte y destrucción.

Scourge asintió. Luchar con un enemigo vivo era embriagador. Con cada ataque y encuentro sentía un subidón de calor recorriendo sus venas, energizándole y dándole poder. Sin embargo no había sentido casi nada de eso en la planta de FDU.

—Cuando luché con el droide de seguridad, no había nada a lo que agarrarse. Era frío. Vacío.

—Precisamente. Intentaste alimentarte de sus emociones inexistentes y, al hacerlo, sólo te hiciste más débil. Me extraña que este no se observara en ti. Incluso los dones más poderosos necesitan guía para ser utilizados efectivamente. —Negó con la cabeza—. Estás tan acostumbrado a utilizar tu don que abandonas la fuente de poder más básica: tú mismo. La próxima vez que te encuentres en una situación similar, debes volver tu concentración hacia tu interior. Utiliza tus propias emociones y destruirás a tus enemigos mecánicos tan fácilmente como matas a los orgánicos.

Scourge asintió. No le gustaba que le sermonearan, pero la observación de ella era buena: comprendió que había, de hecho, aprendido a depender de las emociones de sus enemigos para alimentar su poder y no había visto que tal don también podía ser una debilidad. Pero una que, con tiempo y practica, se podía superar.

—Una lección valiosa, mi lord. Una que me tomaré muy a pecho.

—Tengo suficientes sicofantes trabajando para mí —respondió ella, ignorando su gratitud.

—Pero ninguno puede hacer lo que yo hago —le recordó Scourge.

Nyriss separó sus labios en otra sonrisa horripilante y Scourge resistió la urgencia de estremecerse cuando un escalofrío se arrastró por su espalda abajo.

—Espero que tu confianza restaurada te sirva bien en tu próxima misión —dijo ella—. Los archivos que Sechel recuperó de FDU demostraron ser bastante fructíferos. Él siguió el pago del droide a medida enviado a asesinarme hasta un grupo de humanos separatistas radicales de Bosthirda dedicado a liberar su planeta de la tiranía del

Emperador y del Consejo Oscuro.

Un sarcasmo pesado se filtro de su voz y Scourge compartió su desdén. Había algunos enemigos a los que podía respetar. Había algunas causas que podía comprender incluso si luchaba contra ellas. Esto no era ninguna de las dos cosas.

Había planetas conquistados recientemente que sufrían bajo el yugo del Imperio, planetas como Hallion, donde la rebelión era de esperar. Pero Bosthirda había sido parte del Imperio durante cientos de años. Su pueblo eran ciudadanos plenos, con todos los derechos y privilegios de la gente de Dromund Kaas.

La propaganda humana separatista podía gritar contra el tratamiento injusto de su especie, pero Scourge sabía que sus reclamaciones eran infundadas. Los Jedi Oscuros originales que habían enseñado a las tribus sith los caminos de la Fuerza hacía milenios habían sido humanos. Y aunque sus linajes habían sido absorbidos por la aristocracia sith hacía milenios, los humanos todavía conformaban la vasta mayoría de la población imperial.

Había esclavos humanos, por supuesto, pero estos eran individuos nacidos en los rangos más bajos de la sociedad, o aquellos que habían caído hasta allí por sus propios fallos y su debilidad. A diferencia de otras especies inferiores, no eran perseguidos o discriminados de ninguna manera real. No había leyes que limitaran sus movimientos, ni restricciones sobre el rango o la posición que podían alcanzar.

Los humanos podían elevarse hasta los rangos más altos del ejército imperial. Cierto número de planetas incluso estaban gobernados por ricas y poderosas familias humanas. Y el Emperador había nombrado a muchos humanos para que sirvieran en el Consejo Oscuro. De los doce miembros actuales, cinco eran humanos, incluyendo a Darth Xedrix, el Consejero con el servicio activo más largo.

Los humanos no tenían derecho o razón para quejarse sobre su estatus en el Imperio. Los separatistas no eran nada excepto escoria desagradecida y traidores.

—¿Por qué os fijaron como objetivo? —preguntó Scourge en voz alta—. ¿Por qué no atacar al propio Emperador?

—El Emperador está demasiado bien protegido —dijo Nyriss—.

Dado que no pueden acabar con él, uno de los miembros de servicio más largo en el Consejo Oscuro es una buena alternativa.

»Y ellos nunca atacarían a Darth Xedrix —añadió ella—. Él es humano. Probablemente le consideran uno de los suyos.

—¿Qué hay de Darth Igrol? —preguntó Scourge—. Es sith y ha servido durante más tiempo que nadie excepto Darth Xedrix.

—Igrol reside en Dromund Fels. Matar a alguien del Consejo Oscuro en Dromund Kaas, la capital imperial, llama más la atención. —Hizo una pausa—. También pueden haberme elegido debido a mi historia con Darth Xedrix. Desde que me uní al Consejo Oscuro ha habido animadversión entre nosotros. En aquel momento, él era uno de los miembros más poderosos, incluso desde el principio sintió mi potencial y lo temió. Durante décadas ha conspirado contra mí, pero le he ganado la partida siempre, haciendo crecer lentamente mis aliados y mi influencia mientras que los suyos han decrecido.

Nyriss no le estaba contando a Scourge nada nuevo. Todo el mundo sabía que los miembros del Consejo Oscuro se veían típicamente unos a otros como rivales peligrosos y siempre había rumores de disputas en las sombras que se luchaban bajo cuerda. Scourge creía que el Emperador animaba en realidad a la lucha, dado que eso disuadía a los diferentes miembros de unir sus recursos contra él.

A pesar de lo que Nyriss clamaba, sin embargo, su rivalidad con Darth Xedrix había sido cualquier cosa menos unilateral. Ambos habían visto sus fortunas elevarse y caer y elevarse de nuevo, sin que ninguno fuera capaz de conseguir una ventaja lo bastante superior como para eliminar al otro.

De alguna manera Scourge no creía que fuera prudente mencionar esto.

—Los separatistas probablemente ven mi rivalidad con Darth Xedrix como prueba de que me disgustan todos los humanos. Es incierto, por supuesto, pero una mentira muy conseguida a menudo servirá donde no sirve la verdad.

Su lógica era inteligente, pero las razones difícilmente importaban. Los separatistas habían intentado matar a una miembro del Consejo Oscuro. Tenía que haber retribución.

—Encontraré a estos traidores y les destriparé —declaró él.

—Ya han sido encontrados. Sechel fue capaz de utilizar la información que obtuvo en FDU para localizar su base en las montañas de Bosthirda. Si ellos se enteraron de la destrucción de la planta de FDU, podrían sospechar. Debemos atacar rápidamente, antes de que puedan mudarse a una nueva localización. Mi gente se va para Bosthirda esta noche. Tú les acompañarás.

—¿Me enviáis de nuevo con Sechel?

Nyriss asintió.

—Ellos pueden tener conexiones con otros grupos terroristas. Sechel será capaz de piratear sus archivos y descubrir con quién están trabajando. También enviaré a Murtog y a sus soldados contigo. Sechel será tu instrumento de precisión. Los soldados serán tu herramienta rotunda.

Scourge habría preferido dejar atrás a Sechel, al menos hasta que hubiera tenido la oportunidad de confirmar sus sospechas.

Consideró brevemente compartir sus preocupaciones con Nyriss y entonces decidió adherirse al plan original de guardárselas para sí mismo. Simplemente tendría que vigilar de cerca a Sechel durante la misión y tener cuidado de no meterse en ninguna trampa. Habría mucho tiempo para tratar con él una vez que los separatistas fueran eliminados y él hubiera demostrado su valía a ojos de Darth Nyriss.

—La bazofia humana morirá, mi lord —prometió Scourge, inclinando mucho la cabeza—. No fallaré.

CAPÍTULO 7

Por segunda vez en el espacio de un solo mes, Revan se encontró en una mesa en el fondo de la Guarida del Tratante, rodeado por la escoria de Coruscant.

—¿No podías haber contactado conmigo simplemente por holocomunicador? —le preguntó a Canderous mientras tomaba asiento.

T3 rodó bajo la mesa obedientemente para sentarse pacientemente a sus pies, seguro y lejos de donde las camareras podrían tropezarse con él.

—Necesito hablar contigo cara a cara sobre esto —replicó el mandaloriano.

—Suena fatal.

T3 trinó en acuerdo.

—¿Todavía tienes esas pesadillas? —preguntó Canderous.

—A veces. Estoy tratando con ello.

Los sueños venían ahora sólo dos o tres veces por semana, en vez de todas las noches. Revan no sabía si esto era porque su subconsciente estaba obteniendo más control sobre la memoria reprimida o si

tenía algo que ver con el hecho de que estaba dando pasos para investigar su visión. Fuera cual fuese la explicación, durante la última semana había sido capaz finalmente de conseguir unas cuantas noches de descanso irregular. No era suficiente para librarse de los círculos oscuros bajo los ojos, pero ya no se sentía completamente agotado.

—Dime lo que encontraste —dijo.

—No descubrí nada sobre un planeta cubierto de tormentas y noche eterna. Pero descubrí algo en lo que podrías estar interesado.

El droide astromecánico a los pies de Revan pitó dos veces. Era obvio incluso para él que Canderous dudaba en hablar.

—Espero que no estés esperando a que intente comprarte esta información —bromeó Revan—. Dejé la mayoría de mis créditos en casa.

Canderous se movió incómodamente y luego se inclinó hacia delante para hablar en un susurro bajo.

—Probablemente no debería estar diciéndote esto, contigo siendo un Jedi y todo, pero creo que tienes derecho a saberlo.

—Si estás preocupado porque vaya a ir corriendo al Consejo con tu secreto, no lo estés.

—No son sólo ellos. Tampoco puedes decírselo al Senado Galáctico.

—Sea lo que sea lo que tienes que decirme debe ser bastante malo —remarcó Revan.

—Depende de tu punto de vista.

El hombre grande se inclinó hacia atrás en su silla y tomó aire profundamente. Revan se quedó en silencio, dándole a su amigo tiempo para recobrar fuerzas.

—Me puse en contacto con algunos de mi gente, justo como me pediste —dijo Canderous finalmente—. Descubrí que docenas de los jefes más fuertes están reuniendo sus clanes en Rekkiad.

Revan reconoció el nombre. Localizado en el sistema del Borde Exterior del mismo nombre, Rekkiad era virtualmente un planeta deshabitado de hielo y nieve.

—Están planeando otra invasión —adivinó, asumiendo que eso era por lo que a Canderous le preocupaba que los Jedi o la República

lo descubrieran.

—No, no lo están planeando —le aseguró Canderous—. Todavía no, al menos. Están buscando la Máscara de Mandalore. Creen que la ocultasteis en Rekkiad.

Una imagen centelleó a través de la mente de Revan: Malak y él de pie en lo alto de un glaciar, rodeados por una tormenta de nieve que se arremolinaba. Se desvaneció antes de que él pudiera asirla, retirándose hasta los rincones oscuros de su subconsciente. Sin embargo el breve centelleo del recuerdo al volver a la superficie fue suficiente para confirmar lo que Canderous había dicho.

—Creo que podrían tener razón —murmuró Revan.

Canderous guardó silencio, esperando obviamente a que él dijera más. Pero no había nada que pudiera añadir. El recuerdo se había ido.

—Sabes lo que la Máscara significa para mi pueblo —dijo Canderous—. Sin ella estamos perdidos, somos vagabundos deambulando por la galaxia sin un propósito. Recuperar la Máscara podría ser la clave para restaurar el honor mandaloriano. Y el poder.

Revan sabía todo esto. Eso era por lo que había ocultado la Máscara después de matar a Mandalore el Grandioso: un acto final para desmoralizar a un enemigo derrotado. Había tenido la esperanza de que les llevaría generaciones a los mandalorianos recuperarse de la pérdida de su símbolo cultural más reverenciado. Sin ella, los clanes belicosos estuvieran demasiado ocupados luchando entre ellos mismos por el poder para pensar incluso en conquistar planetas de la República. Pero si la Máscara iba a ser encontrada de nuevo…

—Quien quiera que la encuentre será aclamado como el nuevo líder de los clanes —continuó Canderous—. Mandalore se alzará de nuevo y los mandalorianos le seguirán.

Revan sabía que Canderous estaba compartiendo este conocimiento con él por lealtad. Habían pasado por demasiadas batallas juntos como para que le guardara este secreto. Sin embargo también comprendía porqué Canderous había estado poco dispuesto a hablar. Todavía era un mandaloriano y temía por el futuro de su pueblo.

Las heridas de las Guerras Mandalorinas todavía estaban frescas en las mentes de los Jedi y la República. El espectro inminente de

un ejército mandaloriano unificado bajo un único líder belicoso no se ignoraría. Incluso si el Consejo Jedi se negaba a emprender acciones contra ellos, el Senado enviaría sus flotas para aplastar la potencial amenaza antes de que pudiera empezar.

En su estado desorganizado y mermado, era improbable que los mandalorianos fueran capaces de resistir. Después de la inevitable derrota, el Senado era probable que impusiera la ley marcial sobre los clanes supervivientes, forzándoles al desarme y a abandonar las costumbres y prácticas de su cultura guerrera. Si la República descubría esto, los mandalorianos como Canderous los conocía dejarían de existir para siempre.

—¿Crees que los mandalorianos atacarán la República de nuevo si la Máscara es descubierta? —preguntó Revan.

—Depende de quién la encuentre —respondió cándidamente Canderous—. Algunos de los líderes de los clanes no quieren nada más que vengar nuestra derrota. Otros preferirían intentar reconstruir nuestra sociedad. Éramos grandes guerreros antes de que empezáramos a conquistar planetas de la República. Es posible que podamos restaurar nuestro honor sin violar los términos del tratado con el que estuvimos de acuerdo.

Los términos que yo os obligué a aceptar, pensó Revan.

Era irónico que Canderous estuviera compartiendo todo esto con el arquitecto de la mayor derrota de los mandalorianos. Casi una década antes, Revan había sido uno de los pocos dispuestos a emprender acciones contra los clanes invasores. Pero no era la misma persona que era entonces. Ya no se aferraba a los ideales simplistas de lo correcto y lo equivocado o del bien y el mal. Comprendía mejor que nadie que la oscuridad y la luz estaban entrelazadas de maneras extrañas y complejas. Y a cierto nivel primitivo, sabía que todo esto estaba de alguna manera conectado con su visión del planeta oscuro y barrido por las tormentas.

Los mandalorianos tenían el potencial de ser una amenaza muy real, pero sus visiones le habían convencido de que había algo mucho más peligroso acechando más allá de las fronteras del espacio conocido. El destino de la galaxia entera podría descansar en los recuerdos

reprimidos que intentaban liberarse de la prisión de su propia mente y enviar a una flota hostil republicana a dispersar a los clanes no le llevaría más cerca de desbloquear la verdad.

—No voy a decirle nada sobre esto al Senado o al Consejo —le aseguró Revan a su amigo—. Pero quien quiera que encuentre la Máscara de Mandalore forjará el destino de tu gente durante los próximos mil años. Creo que podría ser una buena idea que estemos allí cuando eso ocurra.

Una amplia sonrisa se extendió por la mandíbula cuadrada y con cicatrices de Canderous y él alargó la mano a través de la mensa y le dio unas palmaditas al Jedi en el hombro.

—Sabía que podía contar contigo.

—Es hora de reunir de nuevo a la vieja banda para una última aventura.

—No a todo el mundo —replicó Revan—. Juhani y Jolee son Jedi. Todavía responden ante el Consejo. Podrían sentirse obligados a decir algo sobre esto.

—No tengo problemas con dejar a la chica gato y al viejo atrás.

—Tampoco quiero que Mission y Zaalbar se mezclen en esto —continuó Revan—. Trabajaron duro para levantar un bonito negocio de importación-exportación durante el último año. No quiero que lo tiren todo por la borda.

—Lo harían si tú se lo pidieras —apuntó Canderous—. Ni siquiera se lo pensarían dos veces.

—Eso es por lo que no voy a pedírselo. Mission lo ha tenido difícil toda su vida. Ahora finalmente se ha encauzado, no voy a arruinarle las cosas.

—Vale, olvida a la niña twi'leko. ¿Pero qué pasa con Zaalbar? Ese wookiee sabe cómo cuidarse cuando las cosas se ponen feas.

—Mission y el Gran Z son un equipo. No podemos separarles.

Canderous puso los ojos en blanco.

—Nos estamos quedando un poco cortos de gente aquí.

T3 silbó en voz alta y Revan alargó la mano para darle una palmadita tranquilizadora en la cabeza.

—No te preocupes, amiguito. Eres demasiado útil para dejarte

atrás.

El droide astromecánico silbó de nuevo.

—Bien pensado —replicó Revan—. HK es un poco demasiado rápido con el gatillo para llevarle en esta misión. Las cosas tienden a ponerse sangrientas cuando está cerca.

—¿Te das cuenta de que vamos a un planeta invadido de mandalorianos? —le recordó Canderous—. Sangriento es posiblemente inevitable.

—Tengo la esperanza de que al menos se pueda razonar con algunos de los clanes —explicó Revan—. Si llevamos a un droide asesino homicida con nosotros, no creo que vayan a darnos muchas oportunidades de explicar porqué estamos allí.

—Andamos un poco cortos de gente —dijo Canderous—. ¿Qué hay de aquella otra Jedi que te ayudó durante la guerra? No Malak. La que llamaban la Exiliada.

—Meetra —dijo Revan.

—Oí que ella y el Consejo tuvieron un desacuerdo.

—No sé dónde está.

—Podría merecer la pena localizarla —le presionó Canderous—. Demostró su valía durante la guerra.

Revan no estaba seguro de cuánto sabía Canderous sobre Malachor V y el generador de masas sombra. El informe de la misión estaba oculto en los Archivos Jedi. Podría no tener ni idea de que ella había atraído a miles de los compañeros soldados de él a una trampa. También era posible que fuera totalmente consciente de las acciones de Meetra y la respetara incluso más por tomar la decisión cruel pero tácticamente brillante de sacrificar a miles de su propia gente para conseguir la victoria. En cualquier caso, Revan no quería entrar en la trágica historia del destierro de Meetra y de su separación de la Fuerza.

—Puede haber tenido un desacuerdo con el Consejo, pero todavía es una Jedi —mintió, haciendo todo lo posible por ignorar la sensación de culpabilidad que sentía por su papel en el destino último de ella.

—Así que, ¿a quién nos deja eso? ¿A ti, a mí y a este cubo de tornillos de medio tamaño?

Canderous le dio a T3 una patadita juguetona con una de sus pesadas botas. El droide pitó enfadadamente como respuesta.

—No te olvides de Bastila —añadió Revan.

—Creí que querías dejar a los Jedi fuera de esto.

—Es mi mujer —respondió Revan—. No voy a abandonarla.

—Hey, es tu decisión —dijo Canderous, levantando sus manos a la defensiva—. Es bienvenida a acompañarnos. Quiero decir, si realmente crees que puedes convencerla de que dirigirse al Borde Exterior a explorar los helados páramos de Rekkiad es una buena idea.

—Bueno —dijo Revan encogiéndose de hombros—, nunca fuimos de luna de miel.

BASTILA ESTABA SENTADA EN EL SALÓN CUANDO ÉL LLEGÓ A CASA, VIENDO los holovideos mientras esperaba a que él regresara. Revan se preguntó si había estado esperándole mucho tiempo.

Él no le había dicho adónde iba y no le había hablado sobre lo de enviar a Canderous a investigar a los mandalorianos. Simplemente no le había visto sentido a preocuparla si no había nada que ella pudiera hacer para ayudar. Sin embargo, ahora que tenían un plan, estaba ansioso por compartirlo con ella. Sólo tenía que tener cuidado con cómo lo explicaba todo.

—Lo siento —dijo él mientras cruzaba la habitación y se inclinaba para darle un beso—. No sabía que llegaba tan tarde. No deberías haber esperado levantada.

—No pasa nada —dijo ella, cogiéndole la mano y tirando de él para que se sentara en el sofá a su lado—. No podía dormir.

Sosteniendo todavía su mano, ella se volvió para estar frente a él.

—Tengo algo que decirte —dijo.

—Yo también. Grandes noticias.

—Apuesto a que la mía es más grande —dijo ella con una débil sonrisa.

—Esa es una apuesta que perderías —le advirtió él a ella.

—Estoy embarazada.

Revan estaba tan impresionado que guardó silencio durante varios

largos segundos.

—Vale, tú ganas —fue todo lo que pudo decir cuando finalmente se las arregló para hablar.

REVAN NO PODÍA CREER QUE NO SE HUBIERA DADO CUENTA ANTES DEL embarazo de Bastila. Aunque no había signos físicos visibles de su condición, debería haber sido obvio. En el instante en que ella se lo dijo, él había sentido claramente la vida creciendo dentro de ella a través de la Fuerza.

—Debo de estar volviéndome senil a la vejez —dijo él, acariciando el vientre todavía plano de ella.

—Has tenido muchas cosas en la cabeza —le recordó Bastila—. No has estado durmiendo mucho.

Todavía era demasiado pronto para decir si era un niño o una niña, pero a Revan no le importaba. Bastila y él iban a tener un hijo. Era el día más feliz de su vida. Sólo había un pequeño problema.

—Hablando sobre elegir un mal momento —murmuró Bastila, repitiendo los mismos sentimientos de él.

Una vez que él se hubo repuesto del alegre impacto de las noticias de ella, él le habló de su reunión con Canderous.

—Tengo que hacer esto —dijo él suavemente—. Es la única manera en la que voy a descubrir jamás qué significa realmente esa visión.

—¿Qué pasa si no lo descubres? —replicó Bastila—. Tus pesadillas se están desvaneciendo. Quizás paren en unos cuantos meses.

—Quizás —estuvo de acuerdo él, aunque no lo creía—. Pero creo que esto son más que sólo viejos recuerdos saliendo a la luz. Son una advertencia. Incluso si las visiones paran, la amenaza que representan todavía estaría ahí fuera.

—¿No has hecho ya suficiente? —preguntó Bastila, con su voz elevándose ligeramente—. Salvaste a la República de los mandalorianos. Salvaste a la República de Malak. Y a cambio, te destruyeron tu identidad y fuiste condenado al ostracismo por el Consejo.

Ella se apartó de él, con su furia creciendo.

—Ya no les debes nada —insistió ella—. Has pagado por tus erro-

res. Has sacrificado suficiente. ¡Te has ganado el derecho a vivir tus días en paz!

—Si no hago nada, nadie más lo hará —dijo él, negando con la cabeza.

—¿Y qué? Así que nadie va a hacer nada. ¡Sea lo que sea el mal que acecha en las Regiones Desconocidas podría no mostrarse en décadas! Los dos podríamos ser viejos y canos para entonces. Tenemos una oportunidad de vivir toda nuestra vida en una felicidad perfecta. ¿Estás dispuesto a arriesgarte a tirar todo eso por la borda?

Era tentador ceder. Sería fácil pretender que nada iba mal y simplemente vivir en la ignorancia dichosa como trillones de otros seres en la galaxia. Sólo había un problema con ese argumento.

—No estoy haciendo esto por la República —explicó él—. No lo estoy haciendo por ti. Ni siquiera lo estoy haciendo por mí. Lo estoy haciendo por nuestro hijo. Y por los hijos de nuestro hijo. Podríamos no vivir nunca para ver los horrores que se acercan, pero ellos sí. —Él tensó su brazo alrededor de ella—. Tenemos que proteger a la República para ellos. Tenemos que arriesgar nuestra oportunidad de felicidad de manera que ellos pueden tener una vida que nosotros podríamos no conocer nunca.

Bastila no respondió. En su lugar, ella se inclinó contra él, descansando su cabeza sobre el hombro de él, y él supo que ella sentía lo mismo.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó ella después de un largo momento de silencio.

—No puedes venir conmigo —objetó Revan amablemente—. ¿Qué pasa si encuentro algo en Rekkiad? ¿Alguna pista conectada con mi pasado? ¿Qué pasa si eso me lleva más lejos en el Borde Exterior? ¿O incluso a las Regiones Desconocidas? Podríamos estar fuera durante meses. Tal vez más tiempo. ¿Realmente quieres dar a luz en algún planeta deshabitado en los bordes de la galaxia? ¿Y qué haremos entonces? ¿Cómo vamos a cuidar de un bebé bajo esas condiciones? No arriesgaré la vida de nuestro hijo de esa manera. Y sé que tú tampoco lo harás.

Bastila alargó dos dedos y los presionó suavemente contra los la-

bios de Revan.

—Si digo que tienes razón —susurró ella—, ¿te callarás, por favor?

Él asintió en silencio.

—Porque puedo pensar en cosas mejores que hacer en la última noche antes de que te vayas que hablar.

Revan no podría haber estado más de acuerdo con ella.

BASTILA ACOMPAÑÓ A REVAN Y A T3 AL ESPACIOPUERTO. CANDEROUS YA estaba allí, cargando suministros en el *Halcón de Ébano*.

El *Halcón de Ébano* había servido bien a Revan durante su persecución de Malak. Habiendo pertenecido a una sucesión de contrabandistas y piratas, era una de las naves más rápidas de la galaxia. Tenía suficiente sitio para acomodar confortablemente a una tripulación de ocho seres, con carga y suministros, aunque un único individuo podía pilotarlo cuando era necesario.

Técnicamente hablando, el *Halcón de Ébano* todavía pertenecía a Davik Kang, un señor del crimen tarisiano. Pero Davik no vendría a reclamarlo: había muerto hacía mucho, con su cuerpo enterrado bajo las ruinas de Taris cuando Malak bombardeó el planeta ciudad desde la órbita.

—Ten cuidado ahí fuera —dijo Bastila.

—Siempre lo tengo —respondió él con una sonrisa, limpiando una única lágrima del rabillo del ojo de ella.

No necesitaron decir nada más. Se habían despedido de verdad en privado la noche antes. Los años de entrenamiento Jedi de Bastila la habían dejado sintiéndose incómoda con muestras públicas de emoción, pero se aupó sobre las puntas de sus pies y plantó un beso largo y duro en los labios de Revan. Luego se volvió y dejó el espaciopuerto rápidamente.

Canderous levantó una ceja de manera curiosa pero mostró suficiente contención como para no preguntar porqué ella no venía.

Terminaron de carga la nave en silencio. Veinte minutos después el *Halcón de Ébano* alzó el vuelo.

CAPÍTULO 8

El sol naranja de Bosthirda se estaba poniendo rápidamente.

Scourge, agachado en las sombras de un estrecho callejón en el distrito de almacenes en las afueras de Jerunga, la capital planetaria, lo vio desaparecer. Cuando la oscuridad cayó, las lámparas fotosensibles de la calle se encendieron, envolviendo el distrito entero en un pálido brillo amarillo.

La débil luz artificial fue suficiente para darle a Scourge una visión clara del edificio de dos plantas al otro lado de la calle. Desde fuera, no había manera de decir si la estructura era la base de los separatistas. No había armas automáticas en el tejado. Ni guardias patrullando el perímetro. Las puertas de la bahía de carga eran de duracero ordinario, en vez de la clase utilizada para construir las puertas blindadas. Las ventanas estaban ennegrecidas y varias cámaras de seguridad se movían de un lado a otro, vigilando la calle, pero nada de esto era inusual para los edificios de este distrito.

En vez de las fortificaciones militares de que podrían atraer atención no deseada, los separatistas utilizaban el anonimato y el secreto

para protegerse. No estarían preparados para la furia que estaba a punto de caer sobre ellos.

Su comunicador pitó suavemente, seguido por la voz susurrada de Murtog.

—El equipo está en posición.

—Esperad a mi señal —replicó Scourge—. Dadme tiempo para acabar con esas cámaras.

—Podría haber droides ahí dentro —se unió a la conversación Sechel—. ¿Estáis seguro de que no deseáis que el equipo de Murtog entre primero y despeje el camino?

Scourge apretó los dientes. ¿Conocía Sechel los problemas de Scourge para acabar con los droides en la planta de FDU? ¿Eran sus palabras una manera de decir *"Conozco tus secretos. Conozco tus debilidades"*?

Por otra parte, si Sechel sólo estaba haciendo una broma basándose en lo que había pasado en su última misión, entonces el sobreanálisis paranoico de Scourge significaba que el pequeño sicofante baboso le había cogido.

Ninguna opción le sentaba bien al Señor Sith, particularmente dado que todavía no estaba seguro de si Sechel estaba intentando hacer que le mataran.

—Recuerda el plan —le espetó Scourge—. Los dos os quedáis atrás hasta que yo dé la señal de despejado. No podemos arriesgarnos a que un disparo láser perdido acabe con el consejero favorito de nuestro Lord. Dejadnos el trabajo sucio a mí y a tu equipo.

—Entendido —estuvo de acuerdo Murtog.

Mantener a Murtog fuera de la batalla no era la mejor elección táctica, pero merecía la pena mantener a Sechel lejos de la acción. Scourge no necesitaba estar mirando por encima de su hombro mientras estaba luchando contra los separatistas. Además, Murtog también estaría a una distancia segura, sólo por si acaso resultaba ser un co-conspirador.

—Enviaré la señal una vez que les saque los ojos —dijo Scourge, poniéndose en pie.

Con cuidado de mantenerse en las sombras, Scourge cruzó la calle

hasta el edificio adyacente a la base y se arrastró hasta la parte trasera. Allí localizó la escalera de servicio que subía por el costado del edificio y subió hasta el tejado, desde el que pudo mirar hacia el tejado de la base separatista. El hueco entre los edificios era sustancial: casi diez metros. Scourge calculó la distancia, dio una docena de pasos hacia atrás, después corrió hacia el borde y saltó sobre el precipicio.

Subió las rodillas y se dobló para dar una voltereta hacia delante cuando aterrizó y entonces se puso en pie de un salto, con el sable láser desenvainado y listo. Había cuatro cámaras en el tejado, montadas sobre astas en cada esquina. En una rápida sucesión se abrió a la Fuerza y las arrancó una a una, enviándolas dando tumbos desde sus perchas a romperse en la calle de más abajo.

—El objetivo es ciego. Entrad —dijo a su comunicador.

En la calle de abajo, pequeñas escuadras de soldados de Murtog se estaban aproximando al edificio. Scourge esperó mientras lanzaban su primera oleada de granadas de centelleos y aturdidoras, seguidas por una ronda de fuego de supresión cuando los soldados se colocaron en posiciones a cubierto cerca de la puerta. Desde dentro llegó el sonido de las carabinas láser cuando los separatistas devolvieron el fuego.

Moviéndose rápida pero calmadamente, Scourge cruzó el tejado hasta la escotilla construida en el centro. Unos cuantos segundos después esta se abrió y un par de separatistas emergieron: francotiradores saliendo al tejado para ocupar posiciones contra los atacantes de abajo.

Scourge cortó en pedazos al primero con su sable láser, luego agarró al segundo por la parte de atrás del cuello de la ropa y tiró de él hasta ponerle en pie. El joven le miró con un horror abyecto, con un pánico tan grande que ni siquiera pensó nunca en levantar su arma.

El Lord Sith se alimentó del miedo del hombre, saboreándolo mientras el calor del lado oscuro se precipitaba a través de él. Llevándose sin esfuerzo al francotirador, dio tres pasos rápidos hacia el borde del tejado y luego lo tiró. El grito aterrorizado del francotirador se interrumpió de repente un segundo después por su impacto fatal contra el suelo de más abajo.

Scourge se volvió y corrió de nuevo hacia la escotilla abierta. Pudo oír gritos frenéticos y fuego láser. Un instante después una explosión sacudió el edificio entero, seguido por varios segundos de silencio. Otra ronda de fuego láser y gritos confirmó que el equipo de Murtog había abierto una brecha en la entrada.

Scourge saltó a través de la escotilla que llevaba al piso superior del almacén. No había paredes interiores. Este consistía en una única habitación enorme. En el rincón más alejado una escalera llevaba hacia el nivel inferior. Una fila de colchonetas recorría una pared, pero el propósito principal del espacio parecía ser el almacenaje. Cajas y baúles para efectos personales estaban desperdigados por todas partes, junto con una colección dispar de armaduras, armas y otro equipamiento militar. Una terminal de ordenador había sido colocada junto a las colchonetas, junto con cuatro monitores en blanco que una vez habrían mostrado las imágenes de las cámaras de seguridad del tejado.

Scourge registró todo esto sin un pensamiento consciente. Su concentración principal estaba en los veintitantos humanos que luchaban por ponerse su equipamiento de combate para unirse a la batalla escaleras abajo. Desafortunadamente para ellos, eso nunca iba a pasar.

Como un viento rojo, Scourge pasó a través de sus filas, cortando a izquierda y derecha, cortando miembros y decapitando cuerpos. Estallidos violentos de la Fuerza levantaba a sus víctimas y los lanzaba como muñecas de trapo, rompiendo huesos y quebrando cráneos.

Los separatistas no ofrecieron virtualmente ninguna resistencia. Habían sido cogidos con la guardia baja. No habían esperado una emboscada desde el tejado. Estos no eran soldados. Eran hombres y mujeres ordinarios que sólo habían recibido el entrenamiento más básico cuando se habían unido a la causa. El asalto repentino y salvaje de Scourge, y la carnicería sangrienta que él dejo tras de sí, les rindió al pánico. Él se alimentó de sus miedos primarios. A algunos los mató, a otros les dejó mortalmente heridos y retorciéndose en el suelo, con sus vidas aguantando durante treinta o cuarenta segundos mientras sus gritos de dolor en tonos altos alimentaban su sed de sangre.

De haber coordinado sus esfuerzos los separatistas en un contraataque concentrado y organizado podrían haber sido capaces de desafiarle. Pero simplemente se dispersaron, corriendo para salvar sus vidas. Scourge se bebió el terror y la confusión de ellos y sintió el creciente poder del lado oscuro. Canalizó ese poder y lo reconcentró, enviándolo en oleadas que ondularon por la habitación, incitando más a la retirada aterrorizada de sus enemigos.

Cuando dos mujeres se las arreglaron para resistir la ofensiva del miedo y luchar, él estaba sobre ellas en un instante, haciéndolas pedazos con unos tajos rápidos de su sable láser. Todos los demás estaban corriendo. Algunos huían escaleras abajo. Scourge les dejó ir. No conseguirían atravesar el equipo de Murtog. Otros intentaron ocultarse, escondiéndose detrás de cajas y baúles. Pero Scourge no necesitaba verles para darles caza. Podía sentirles en la Fuerza, temblando y sollozando silenciosamente, con sus mentes entorpecidas por la sorpresa, y él fue tras ellos de uno en uno, respirando con dificultad no por el agotamiento sino por la excitación.

Se acabó en minutos. Sólo entonces, de pie solo en mitad de los cuerpos, se dio cuenta Scourge de que los sonidos de la batalla de abajo habían terminado.

Moviéndose rápidamente, cruzó la habitación y descendió las escaleras. El piso de abajo era similar al de arriba: excepto por la fila de oficinas construidas a lo largo del lado este del edificio, no había paredes interiores. El suelo estaba lleno de cajas y apilado de suministros. Los cuerpos estaban dispersados por todas partes. La mayoría eran separatistas, pero Scourge se dio cuenta de que tres o cuatro llevaban los colores de Nyriss. El resto del equipo de Murtog estaban investigando metódicamente a los muertos, buscando supervivientes para interrogarlos.

Scourge negó con la cabeza, sabiendo que era una pérdida de tiempo. El mayor miedo de cualquier organización separatista era una traición interna. Sólo las dos o tres personas de la cúpula sabrían algo útil y ellos nunca se permitirían ser cogidos con vida.

Confiando en que el edificio era seguro, desactivó su sable láser y se lo enganchó en el cinturón. Entonces activó el comunicador de su

muñeca.

—Todo despejado, Murtog. Trae aquí dentro a Sechel.

—Ya estamos dentro —le respondió la voz de Murtog—. Encontramos su centro de control en algunas de las oficinas del fondo.

Scourge tenía los dientes apretados para evitar chillar de rabia. Les había dado órdenes específicas y Murtog y Sechel las habían desobedecido intencionadamente.

Se abrió camino hasta las oficinas con largos pasos llenos de propósito. Mientras se aproximaba, su furia dio paso a la sospecha. Tenía que haber una razón por la que le habían desafiado. ¿Estaban simplemente menoscabando su autoridad o era algo más siniestro? ¿Estaban tendiéndole alguna clase de trampa?

Cuando se acercó a las oficinas, vio a Sechel y a Murtog apiñados junto a una terminar de comunicaciones. Sorprendentemente, no había otros miembros del equipo de Murtog cerca. Scourge se aproximó cuidadosamente, explorando con la Fuerza para ver si podía detectar cualquier amenaza inmediata.

Ninguno se volvió cuando él se aproximó. La atención de ellos estaba concentrada enteramente en el comunicador.

—¿Hay algún otro? —estaba preguntando Murtog.

—No que pueda encontrar —replicó Sechel—. Pero podría ser capaz de…

—¡Os di una orden a los dos! —ladró Scourge cuando se acercó tras ellos.

Ambos se volvieron para mirarle de frente. Los labios de Murtog estaban presionados fuertemente y él parecía haberse puesto pálido. Pero Sechel parecía más divertido que asustado.

—Después de que os fuerais comprendí un fallo en vuestro plan —dijo con una sonrisa aduladora—. Si los separatistas tenían algo incriminador aquí en la base, probablemente intentarían destruirlo antes de que pudiéramos ponerle las manos encima. Le dije a Murtog que podría ser capaz de salvar algo si él podía meterme dentro. Pero cuanto más esperáramos, menos oportunidad tendríamos de recuperar algo útil.

Scourge no dijo nada, con los ojos fijos en Sechel con una mirada

penetrante.

—Habríamos intentado contactaros, pero ya habíais comenzado la misión. No queríamos distraeros.

—¿Me tomáis por tonto? —preguntó suavemente Scourge, con su mano cayendo casualmente sobre la empuñadura de su sable láser.

La sonrisa de Sechel se desvaneció y Scourge percibió un rastro de miedo en sus ojos.

—Normalmente no desobedezco órdenes —dijo Murtog, saltando para intentar aplacar la situación—. Pero en este caso Sechel tenía razón. Una vez que los separatistas supieron que la batalla estaba perdida, pasaron un programa limpiador por sus ordenadores para borrar todos sus archivos de datos. Si hubiéramos esperado a vuestra señal, todo se habría perdido.

Scourge dejó que la mano cayera de su arma. Ahora no era el momento para arreglar esto. Pero esto era una cosa más por la que Sechel respondería de una vez cuando finalmente tuviera la oportunidad de hablar con él a solas.

—¿Qué descubristeis?

—Una grabación de una comunicación reciente —respondió Sechel, presionando un botón en la terminal.

Una imagen fantasmal tridimensional y azul crepitó al encenderse, flotando a unos cuantos centímetros sobre el holocomunicador. La imagen congelada tenía algo menos de un metro de alto, una miniatura perfecta del que hablaba.

—Darth Xedrix —jadeó Scourge.

—La mayoría de las llamadas ya se habían borrado por el programa limpiador —explicó Sechel—. Pero fui capaz de salvar esta.

Pulsó otro botón y la grabación empezó a reproducirse. Obviamente estaba dañada. La imagen parpadeaba enfocándose y desenfocándose y el audio estaba plagado de estallidos de estática que interrumpía gran parte de lo que se decía.

—… último intento fallido… —dijo Xedrix, con su voz debilitada y crepitante—. Nyriss es peligrosa y no se le debe… mantener las lealtades ocultas… detener al Emperador… locura debe terminar…

—¿Puedes conseguir algo más? —preguntó Scourge.

—Aquí no —respondió Sechel—. Dadme suficiente tiempo y el equipamiento adecuado y debo de ser capaz de presentarlo al completo.

—Dile a tu equipo que cargue todas las terminales y los archivos de datos que encuentren —le instruyó Scourge a Murtog—. Nyriss no estará complacida si nos dejamos algo importante atrás.

Sechel no dijo nada, pero la sonrisa de su cara dijo mucho.

La esclava personal de Nyriss les saludó en la puerta delantera cuando los tres llegaron de vuelta al palacio.

—Mi señora recibió vuestro mensaje —le dijo ella a Scourge—. Desea hablar con ustedes al instante.

—Empieza con esos archivos de datos tan pronto como el equipo de Murtog acabe de descargarlos —le dijo a Sechel.

—Perdonadme, mi lord —dijo la joven twi'leko, con su voz temblando ligeramente—. Darth Nyriss desea hablar con ustedes tres.

Scourge miró de la esclava a Sechel y Murtog, preguntándose si ellos sabían más que él. Ellos simplemente se encogieron de hombros.

—Vamos —dijo Scourge con un asentimiento de cabeza enérgico.

La twi'leko se volvió y les llevó por los corredores ahora familiares hasta la cámara personal de Darth Nyriss. Como siempre hacía, la esclava llamó a la puerta una vez y esperó a que le dieran permiso del interior.

—Adelante —dijo Nyriss.

La esclava abrió la puerta y se deslizó hacia un lado para permitir a Scourge, Murtog y Sechel que se apiñaran en la pequeña sala donde Nyriss estaba sentada en su terminal de ordenador, pareciendo como si no se hubiera movido desde la última vez que Scourge la había visto allí. Ella apagó el terminal, se giró en su silla y se puso en pie.

—¿Es cierto? —preguntó, sin ni tan siquiera molestarse en saludarles—. ¿Es Darth Xedrix un traidor al Imperio?

—Encontramos una grabación de una llamada de él a la base separatista —dijo Sechel—. Obviamente estaban trabajando con él.

A pesar de la prueba convincente, Scourge no estaba completamente convencido. Xedrix era humano, lo que no le sentaba bien a algunas de las familias purasangre de la nobleza del Imperio. Sin embargo cualquier prejuicio que hubiera soportado en su vida era insignificante comparado con todo lo que había conseguido.

Darth Xedrix era el miembro con el servicio más largo del Consejo Oscuro, habiéndose unido a él una década antes que Nyriss. Se había elevado hasta la penúltima posición en el Imperio y, aunque Scourge no podía comprender su deseo de eliminar a Nyriss o a otros rivales potenciales, era difícil imaginar que fuera lo bastante atrevido como para desafiar al inmortal y todopoderoso Emperador.

—La traición de Xedrix no tiene sentido —dijo, sintiéndose lo bastante confiado en su análisis de la situación como para expresar su opinión.

—Tendría perfecto sentido si conocieras al hombre como le conozco yo —le aseguró Nyriss—. Xedrix es viejo y está desesperado. Sabe que su posición se ha vuelto vulnerable. Pronto el Emperador no tendrá más utilidad para él. En su arrogancia, cree que puede usurpar la posición del Emperador y salvarse a sí mismo. Eso es por lo que conspiró con los separatistas para asesinarme. Sabe que aquellos de nosotros que estamos actualmente en el Consejo Oscuro nos opondríamos a él en su esfuerzo por obtener el poder. Busca reemplazarnos con nuevos miembros que sean débiles e inexpertos. Cree que será capaz de manipularles y hacerse con el control entero del Consejo, de manera que le seguirán cuando finalmente se mueva contra el Emperador.

Su explicación tenía sentido. Él había visto de primera mano cómo aquellos que estaban en el poder se volvían desesperados cuando sentían que sus posiciones estaban amenazados.

—No pasará mucho antes de que Darth Xedrix descubra el ataque de Bosthirda —continuó Nyriss—. Debemos actuar rápidamente.

—Me sorprendió que el Emperador os capacitara para que tratarais con esto —remarcó Scourge—. Habría esperado que le ordenara a la Guardia Imperial que arrestara a Xedrix.

—El Emperador no lo sabe —dijo Nyriss.

—Darth Xedrix se ha aliado con separatistas —insistió Scourge—. ¡Es un traidor para con el Imperio! Es nuestro deber informar de él.

—No creo que ese sea al mejor plan —le advirtió Sechel, ignorando a Scourge y dirigiéndose a Nyriss directamente—. Tenemos pocas pruebas y vuestra rivalidad con Xedrix es bien conocida. Si seguimos adelante con estas acusaciones, él simplemente las negará. El Emperador no es probable que actúe sin recoger más pruebas primero. Esto le dará a Xedrix una oportunidad para cubrir su involucración o para ocultarse.

—Sechel tiene razón —dijo Nyriss—. El elemento sorpresa es nuestra mayor ventaja. Xedrix no sabe que hemos expuesto su traición. Si le atacamos ahora, podemos cogerle desprevenido.

Era obvio que su decisión estaba tomada y Scourge pudo seguir la lógica de sus argumentos. Sin embargo se sentía incómodo al no informar de Xedrix al Emperador.

—Un asalto contra su fortaleza será difícil —le advirtió Murtog—. No tenemos los números para abrumar sus defensas y no me gusta contratar a mercenarios para un trabajo como este. Hay demasiadas posibilidades de que uno de ellos nos venda a Xedrix.

—Quizás el asesinato es el modo a proceder —sugirió Sechel—. Hacerle a él lo que él intentó haceros a vos.

—Necesitaríamos un asesino particularmente diestro y consumado —dijo Nyriss. Ella miró a Scourge—. ¿Crees que puedes acercarte lo suficiente a Xedrix?

Scourge consideró cuidadosamente todas las variables antes de replicar. Su primer instinto fue proponer una operación encubierta, con él buscando un puesto entre los empleados personales de Xedrix. Durante varias semanas podría estudiar las rutinas de su pretendida victima y todos sus sirvientes, esperando pacientemente una oportunidad de cogerle a solas, desarmado y desprevenido. Pero no había sith entre los seguidores de Xedrix. Muchos sith estaban predispuestos contra los humanos. Sin dudas el Consejero Oscuro nunca permitiría que un sith se acercara demasiado a él, temiendo que pudieran volver un día contra él.

Scourge podría ser capaz de encontrar algún otro modo de infil-

trarse en el círculo interno de Xedrix, pero como Nyriss había apuntado necesitaban actuar rápidamente. No había tiempo para una misión encubierta prolongada.

—Dentro de su fortaleza es intocable —declaro finalmente.

—Podría haber una manera de atraerle fuera —dijo Sechel—. Los separatistas parecían utilizar comunicaciones codificadas cada vez que contactaban con Xedrix. Si puedo replicar el código, puedo enviar un mensaje solicitando una reunión urgente en alguna localización remota.

—Una emboscada podría funcionar —estuvo de acuerdo Murtog—. Xedrix no querrá atraer la atención hacia su traición. Como mucho, llevará con él a dos o tres de sus seguidores más leales. Con suficientes tropas deberíamos ser capaces de acabar con él.

—No —dijo Nyriss, negando con la cabeza arrugada—. Xedrix lo sentiría venir. A quién quiera que enviemos tendrá que ocultar su presencia en la Fuerza hasta que Xedrix entre en la trampa.

Era obvio a quién se estaba refiriendo ella, pero Scourge todavía estaba poco dispuesto.

—Pedirme que mate a un miembro del Consejo Oscuro no es tan simple como hacéis que suene.

—No esperaba que te negaras en rotundo a esta tarea —dijo Nyriss—. Ha cometido traición. Se lo buscó él solo.

—Me habéis malinterpretado —dijo Scourge, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. El traidor humano se merece morir. Pero es un Señor Oscuro de los Sith. Solo, ¿qué oportunidad tengo contra él?.

—Debería haberlo sabido —dijo Sechel, sonriendo—. Tenéis miedo.

—Luchar una batalla que no puedo ganar no es valentía —le espetó Scourge—. Es estupidez.

—Al menos tienes el coraje de decir lo que piensas —dijo Nyriss.

—Ya tenéis suficientes sicofantes —replicó Scourge, mirando a Sechel.

Nyriss dejó ver una de sus sonrisas espantosas, enviando un escalofrío por la espalda debajo de Scourge. De alguna manera él evitó

estremecerse.

—Creo que nosotros dos deberíamos continuar esta conversación en privado —dijo ella.

Sechel y Murtog inclinaron la cabeza y se fueron sin una palabra. Scourge estaba complacido de ver que fueron castigados con su repentina exclusión. Nyriss no habló hasta que la sirviente twi'leko hubo cerrado la puerta tras ellos.

—Tienes razón en ser cauteloso —dijo ella—. Pero subestimas tus propias habilidades.

Los pensamientos de Scourge saltaron hasta la matanza en el almacén separatista. Recordó la energía y la euforia que había sentido. Pudo sentir que su poder estaba creciendo. Su conexión con el lado oscuro nunca había sido más fuerte. Pero despedazar a soldados mal preparados no era lo mismo que enfrentarse a un Sith altamente entrenado.

—Xedrix no vendrá solo. Me superarán en número.

—Xedrix se rodea con acólitos del lado oscuro. Tu talento te permitirá alimentarte de su poder y volverlo contra ellos. Cuanto mayor sea la conexión de tu oponente con la Fuerza, más fuete te vuelves.

—¿Lo bastante fuerte para matar a un miembro del Consejo Oscuro?

—Contra mí, no tendrías una oportunidad —replicó Nyriss—. Pero Xedrix es viejo y está enfermo. Y es humano. Son una especie inferior. Con las décadas, el lado oscuro ha demandado una tarifa demasiado alta a su cuerpo. Es una concha vacía de lo que fue una vez. Mantiene su posición actual sólo debido a su astucia. Sus seguidores le obedecen sin cuestionarle, demasiado asustados de su reputación para ver cómo la edad ha causado estragos y le ha dejado debilitado.

Nyriss hizo una pausa, esperando la respuesta de Scourge. Él no estaba ansioso por ofrecer una sin considerar cuidadosamente todo lo que había descubierto.

Creía lo que Nyriss le había dicho sobre sus propias habilidades: había sentido la verdad en sus batallas más recientes. Pero no estaba preparado para confiar en ella. Si Xedrix era realmente tan débil como ella clamaba, ella no necesitaría la ayuda de Scourge para eliminarle.

Lo cierto era que Scourge quería matar a Xedrix. No eras sólo su lealtad hacia el Emperador, aunque creía firmemente que el único castigo adecuado para la traición era la muerte. Quería ponerse a prueba ante un miembro del Consejo Oscuro. Quería demostrarse sí mismo y a Nyriss que era digno de esta tarea. Si Darth Xedrix caía ante su mano, su nombre sería aclamado y temido a través del Imperio. Nyriss estaría en deuda con él por eliminar a su rival y el Emperador le recompensaría por ejecutar a un traidor.

Era improbable que fuera elegido para reemplazar a Xedrix en el Consejo Oscuro. Scourge todavía era demasiado joven, demasiado desconocido. No había forjado las alianzas políticas necesarias ni se había forjado un grupo de sirvientes y seguidores. Sin embargo este sería un primer paso atrevido. Haría que su nombre se conociera en los salones del poder. Y cuando se abriera otra vacante en el Consejo a lo largo del camino, en cinco o quizás diez años, él sería el primer candidato.

—Decidle a Sechel que fije la reunión —dijo.

Nyriss sonrió de nuevo, pero esta vez Scourge no lo encontró tan inquietante. En su lugar, se encontró preguntándose si sería a ella a quien reemplazaría cuando finalmente ascendiera a su legítima posición.

CAPÍTULO 9

Revan miró al parpadeante mapa topográfico de Rekkiad en las pantallas de navegación del *Halcón de Ébano*. El planeta cubierto de glaciares nunca había sido colonizado. Ni ciudades ni villas puntuaban su pantalla. Los escáneres no revelaban nada excepto un páramo congelado de hielo y nieve, que se extendía durante cientos de kilómetros en todas direcciones.

Según Canderous, los mandalorianos habían establecido un campo de aterrizaje temporal en algún lugar de la superficie del planeta. Los clanes que se habían reunido en Rekkiad trabajaban juntos para mantener y proteger las naves allí. Era un terreno efectivamente neutral. Fuera del campo de aterrizaje, cada clan reclamaba su propio territorio. Una reclamación por la que estaban dispuestos a luchar para defenderla.

Ni Revan ni Canderous pensaron que fuera inteligente llevar al *Halcón de Ébano* al campo de aterrizaje comunal. Los extranjeros no eran bienvenidos entre los mandalorianos. Canderous se imaginó que tendrían más suerte tratando directamente con el Clan Ordo, su pro-

pia gente.

El plan original era aterrizar a una distancia que se pudiera recorrer caminando del campamento base del Clan Ordo y aproximarse a pie. Utilizar los espaciopuertos raramente era una opción preferida por la clase de contrabandistas y granujas que habían poseído el *Halcón de Ébano* a lo largo de su historia y muchos habían instalado actualizaciones a medida para permitir que la nave aterrizar en condiciones menos que ideales. Pero Revan dudaba de que hubieran pretendido nunca visitar un planeta tan inhóspito como Rekkiad y estaba empezando a pensárselo.

Vientos con fuerzas de tormentas golpearon el casco de la nave, provocando que corcoveara y diera bandazos y una ventisca de nieve y hielo arremolinados limitaba el alcance de los sensores del *Halcón*. Para acercarse lo suficiente para el escáner topográfico, Revan tuvo que acercarlos hasta sólo unos cuantos cientos de metros sobre la superficie del planeta, lo bastante cerca como para que un movimiento equivocado les enviara a estrellarse a la superficie.

T3 pitó ansiosamente al lado de Revan, apretujándose junto a la silla del piloto mientras Revan luchaba por mantener nivelada la nave.

—Haz que Canderous suba aquí arriba —le ladró Revan—. Dile que compruebe esas cuadrículas de coordenadas de nuevo.

El pequeño astromecánico se giró y se marchó a toda prisa para buscar al tercer miembro de su tripulación.

Una ráfaga de viento hizo que la nave virara hacia abajo y hacia la izquierda. Los arneses de seguridad mordieron la carne de Revan cuando él empujó los impulsores hacia delante y tiró hacia atrás de la palanca de control, sacando a la nave de una pronunciada bajada en picado momentos antes de golpear el suelo.

La nave viró fuera de curso y de repente un enorme glaciar sobresaliendo desde la superficie congelada del planeta se materializó en la pantalla del navegador.

Revan la inclinó con fuerza para evitar estrellarse contra la pared de hielo, pero incluso las reacciones rápidas como el rayo de un Jedi no pudieron anular completamente el impulso del *Halcón*. La nave se salvó de un impacto directo, pero su parte inferior enganchó un aflo-

ramiento afilado de hielo.

El impacto envió al *Halcón* en un giro retorcido en espiral. Revan movió la palanca de control de lado a lado, luchando por obtener el control. Utilizando la Fuerza, fue capaz de anticiparse y reaccionar ante el vuelo errático con ajustes de precisión instantáneos, manteniendo a la nave en alto hasta que recuperó el equilibrio.

Con la crisis inmediata evitada, Revan subió al *Halcón* hasta una altitud más segura y puso el piloto automático. Entonces se derrumbó en la silla y dejó salir un largo suspiro bajo. Después de unos cuantos segundos se enderezó, reajustó las correas de su arnés y comprobó el panel de instrumentos.

Una luz de advertencia roja parpadeante confirmó sus miedos: el impacto con el glaciar había dañado el equipamiento de aterrizaje.

Revan murmuró una maldición en voz baja, justo cuando una ristra mucho más alta blasfemias llegó de Canderous que entró tambaleándose en la cabina. T3 rodaba tras él, pitando indignadamente.

—¿Estabas intentando aplastarnos hasta que fuéramos principalmente pulpa ahí detrás? —gruñó Canderous, dejándose caer en la silla del copiloto—. Pensé que sabías cómo pilotar esta chatarra oxidada.

—Creí que dijiste que el Clan Ordo había establecido un campamento en algún lugar de esta roca congelada —le replicó Revan—. No pude ver ni una maldita cosa en esas cuadrículas de coordenadas que me diste.

—Quizás se mudaron a otra localización —dijo Canderous con un encogimiento de hombros—. Aunque no pueden haberse ido muy lejos. No en estas condiciones. Haz un escaneo del terreno del área y probablemente aparecerán.

—Eso es lo que estaba haciendo —replicó Revan a través de los dientes apretados—. Resulta que es una buena manera de conseguir tener algo íntimo y personal con un glaciar.

Canderous miró a la luz de advertencia.

—¿Eso es por lo que la luz roja está parpadeando?

—El equipamiento de aterrizaje se hizo pedazos cuando nos enganchamos al glaciar.

—¿No pudiste simplemente rodearlo volando?

Revan puso los ojos en blanco.

—Baja para echar otro vistazo —le aconsejó Canderous después de unos momentos de tenso silencio—. El Clan Ordo tiene que estar cerca.

—Incluso si los encontrarnos, ¿entonces qué? ¿Realmente esperas que aterrice la nave sobre un equipamiento de aterrizaje averiado?

—Eres un tío listo —respondió Canderous, agitándose para ponerse cómodo en su asiento—. Pensarás en algo.

No tenía mucho sentido continuar con la discusión, así que Revan lo dejó pasar. Sin embargo no pudo evitar extrañarse por el reciente cambio que había notado en Canderous.

Desde que había conocido al mandaloriano, había sentido una tensión subyacente en él. Como un soldado en territorio enemigo, siempre estaba listo para una pelea. Como mandaloriano, nunca era aceptado totalmente por aquellos en la República y lo sabía.

Ahora, sin embargo, parecía diferente. Todavía era brusco y taciturno. Pero desde que dejaron Coruscant, había estado menos sombrío, más relajado. Estaba ansioso por estar de vuelta entre su propia gente y no estaba dispuesto a dejar que unos contratiempos menores como un campamento desaparecido o un equipamiento de aterrizaje dañado le detuvieran.

Para ser justos, Revan tampoco tenía intención de abandonar su búsqueda. Había demasiado en juego para dar la vuelta. Lo que significaba que Canderous tenía razón: la única opción real era seguir buscando el campamento del Clan Ordo y esperar tener suerte.

Revan llevó al *Halcón* de nuevo hacia abajo, pero esta vez bajó el impulsor hasta la mitad de la velocidad. Los vientos arremolinados todavía hacían que el viaje fuera duro, pero al menos tendría más tiempo para reaccionar si algo iba mal.

—Mira a ver si puedes hacer algo para darle a nuestros sensores un empujón —le dijo a T3.

El pequeño astromecánico trinó con placer y extendió una pequeña sonda de un panel en su costado para interactuar directamente con los sistemas del *Halcón*.

Mientras T3 trabajaba, Revan empezó un patrón de búsqueda estándar con las coordenadas originales para el centro del campamento. Girando el *Halcón* en círculos siempre crecientes, trazó una espiral hacia fuera, dejando que los sensores escanearan el terreno en busca de señales de vida. De repente T3 empezó a pitar excitadamente. Canderous se inclinó hacia delante para mirar a la pantalla del escáner.

—Creo que tu droide tiene algo de óxido en el cerebro —dijo—. Yo no veo nada.

Revan sabía que era mejor no dudar del pequeño astromecánico.

—¿Puedes aumentar la imagen? —le preguntó a T3.

T3 respondió con un silbido bajo y un segundo después una imagen termal llena de estática apareció en la pantalla. Los detalles eran difíciles de descubrir, pero parecía ser una pequeña colección de tiendas y refugios temporales construidos contra el lado resguardado del viento de una pequeña montaña de hielo y nieve.

—Podrían ser ellos —admitió Canderous, alargando una de sus enormes manos para darle a T3 una palmadita amistosa en la cabeza.

El droide chilló una protesta indignada y él retiró su mano rápidamente.

—No parece que haya una zona de aterrizaje en el campamento —notó Revan—. ¿Ves algún lugar para que nos posemos?

La imagen de la pantalla se alejó cuando T3 ajustó los escáneres del *Halcón* para que se movieran rápidamente de un lado a otro por la nieve. Unos cuantos segundos después, la imagen se acercó de nuevo.

—Perfecto —dijo Revan con una sonrisa—. Buen trabajo, Te-Tres.

—Uh… eso no es una pista de aterrizaje —le advirtió Canderous—. Es una acumulación de nieve gigante.

—Con el equipamiento de aterrizaje destrozado, vamos a necesitar algo para amortiguar el impacto cuando golpeemos el suelo.

—¿Realmente piensas que esto funcionará?

—Claro —replicó Revan—. Pero será mejor que te abroches el cinturón, sólo por si acaso.

Canderous luchó por abrocharse el cinturón de seguridad mientras Revan enviaba al *Halcón* a su descenso. T3 corrió por la cabina hasta las abrazaderas de metal ancladas al suelo y fijó sus ruedas den-

tro con un *thunk* metálico.

Luchando con el viento y la gravedad, Revan forcejeó por mantener nivelada a la dañada nave mientras la hacía descender. Segundos antes de que tocaran el suelo, una ráfaga de viento cogió al *Halcón de Ébano* y lo lanzó con fuerza hacia estribor. Revan mantuvo la palanca de control hacia babor, intentando desesperadamente evitar que la nave se diera la vuelta. Esta se estrelló contra el banco de nieve en un ángulo de cuarenta y cinco grados, tallando una larga trinchera de cincuenta metros de larga en el polvo antes de detenerse finalmente.

Mirando a través de la pequeña ventana de la cabina, Revan no pudo ver nada excepto copos blanco azulados. La mitad delantera de la nave se había enterrado al deslizarse. Pero los sensores indicaban que, aparte del equipamiento de aterrizaje ya dañado, el *Halcón* había sobrevivido relativamente ileso. Más importante aun, también lo habían hecho sus pasajeros.

Revan se desabrochó cuidadosamente su cinturón de seguridad, sabiendo que tendría moratones donde las correas se les habían clavado durante la colisión. Junto a él, Canderous estaba haciendo lo mismo. T3 simplemente soltó sus ruedas de las abrazaderas y rodó libre.

—Creo que a veces no es tan malo ser un droide —gruñó Canderous cuando se puso en pie, frotándose el hombro derecho con su mano izquierda.

—¿Quieres decir cuando estás marchando a través de una ventisca? —preguntó Revan—. Esta acumulación de nieve está al menos a cinco kilómetros del campamento.

Canderous sólo gruñó de replica.

Mientras el gran mandaloriano reunía en la bodega de carga el equipamiento y los suministros para su viaje, Revan y T3 hacían diagnósticos en el *Halcón* para determinar el alcance completo del daño.

—No tiene un aspecto demasiado malo —comentó Revan cuando hubieron acabado—. ¿Crees que puedes arreglarlo mientras nosotros nos dirigimos al campamento?

T3 pitó dos veces.

—Va a ser difícil para ti mantener el paso ahí fuera en la nieve

—le recordó Revan—. Además, alguien tiene que quedarse y guardar la nave.

El astromecánico silbó su consentimiento de mala gana.

—Tú empieza con las reparaciones. Yo iré a echarle una mano a Canderous.

Les llevó casi una hora antes de que estuvieran preparados para aventurarse en el gélido páramo. Estaban bien abrigados de la cabeza a los pies con gruesas prendas de invierno: pantalones de nieve, chaquetas con capucha, bufandas, gafas, pesadas botas y guantes forrados de piel, todo de color blanco para que les proporcionara camuflaje en caso de que se tropezaran con problemas.

Canderous se había armado con una pesada carabina láser. Le ofreció un arma similar a Revan, pero el Jedi negó con la cabeza.

—No quieres ir agitando ese sable láser por ahí cuando lleguemos al campamento —dijo Canderous—. Los Jedi no son demasiado populares ahí fuera.

Revan frunció el ceño y entonces asintió. Sabía que Canderous tenía razón, pero no apreciaba mucho la idea de acarrear el enorme arma. Recogió un par de pistolas láser.

—Me las arreglaré con estas —dijo, deslizándolas en las cartucheras de cada cadera.

—Haz lo que quieras —dijo Canderous con un encogimiento de hombros. Luego añadió—: Cuando lleguemos al campamento, déjame hablar a mí. Recuerda: esta es mi gente.

—Puedo vivir con eso —dijo Revan, pulsando el botón para bajar la rampa de entrada de la bodega de carga—. Pero si vamos a llegar allí antes de que se haga de noche, será mejor que nos pongamos en marcha.

Maniobraron el trineo flotante que habían cargado con los suministros por la rampa abajo y hacia fuera a la furiosa ventisca. El viento aullante amenazaba con derribarles y hacía que la conversación fuera casi imposible. Los remolinos de nieve casi les cegaban, pero Revan había introducido las coordenadas del campamento en un localizador portátil para mantenerse en el rumbo y utilizó gestos manuales para comunicar su ruta a Canderous. Las pesadas capas de ropa hacían que

las condiciones bajo cero fuera soportables. El arduo trabajo de caminar con pesadez a través de la nieve sobre un terreno irregular también les ayudaba a calentarse.

Después de casi dos horas de lento progreso, Revan vio el débil perfil de una montaña pequeña delante de ellos. Se la señaló a Canderous, indicando que el campamento estaba al otro lado. El mandaloriano asintió y le hizo señas de que necesitaban acelerar el paso. Revan asintió para mostrar su acuerdo. La luz alrededor de ellos se estaba desvaneciéndose cuando el sol de Rekkiad, invisible a través de la tormenta, se puso lentamente. La última cosa que necesitaban era tener que seguir en total oscuridad.

Cuando rodearon la base de la montaña y llegaron a la parte resguardada, el viento murió hasta casi nada. No pasó mucho tiempo antes de que pudieran ver el brillo suave de luces del campamento.

Gradualmente, más detalles del campamento aparecieron a la vista. Había apenas una docena de pequeñas tiendas plantadas a sólo unos metros de distancia de una escarpada pared de hielo en la base de la montaña. Colocada lejos de las tiendas había una choza toscamente construida. Revan se dio cuenta de que un par de generadores estaban enganchados encima de ella, sin duda para proporcionar energía y calor, e imaginó que tenía una doble función como sala de reuniones y centro de suministros para cualquier provisión que sufriría si se dejaba fuera en el frío.

Varios trineos estaban desperdigados entre las tiendas, algunos cargados de suministros, otros vacíos.

En la parte más alejada del campamento había cuatro montículos grandes y cubiertos por lonas impermeables. El corazón de Revan se hundió.

Como parte de los términos de rendición, había ordenado que los mandalorianos desmontaran sus infames droides de guerra Basilisco, grandes bestias de metal en la que los mandalorianos montaban a menudo en el combate. A juzgar por el tamaño de los objetos cubiertos y por los rastros de forma que no estaban oscurecidas por las lonas impermeables, algunos de los derrotados habían elegido ignorar su decreto.

—¡Un paso más y pintaremos la nieve con vuestros sesos! —gritó una voz.

Cuatro centinelas se elevaron hasta quedar a la vista desde detrás de los montones, dos a cada lado de Revan y Canderous. Vestidos con pesadas ropas para el frío principalmente de colores azules, dorados y marrones, estaban armados con rifles láser, que tenían cuidadosamente apuntadas hacia los intrusos.

—¡Dejad vuestras armas e identificaos!

El que habló, un hombre, era el centinela más cercano a Revan por su izquierda.

Por el rabillo del ojo, el Jedi pudo ver que Canderous se estaba manteniendo en sus trece, evitando cuidadosamente ningún movimiento repentino pero sin hacer ningún esfuerzo para obedecer la orden. Revan decidió que lo inteligente sería seguir su ejemplo.

—Mi nombre es Canderous del Clan Ordo —gritó el hombre grande—. ¡Y no dejo mis armas por nadie!

Por el silencio asombrado estaba claro que su nombre había conseguido su atención.

—¿Cómo sabemos que realmente eres Canderous? —demandó uno de los otros centinelas.

Esta también era la voz de un hombre, más profunda que la primera.

—Bueno, Edric —replicó Canderous—, podría darte puñetazos en la cara hasta que te enderezara esa nariz aguileña encorvada tuya, pero probablemente nos congelaríamos todos antes de que acabe.

El centinela ladró una risa, se colgó el arma sobre el hombro, abrió sus brazos y corrió para envolver a Canderous en un feroz abrazo.

—¡Me alegro de volver a verte, hermano! —gritó.

Revan se sintió aliviado de ver que los otros centinelas también habían bajado sus armas. Ellos se acercaron hacia delante para formar un estrecho círculo alrededor de Canderous mientras estrechaban las manos, le daban palmaditas en la espalda y le ofrecían en voz alta los saludos tradicionales en mando'a.

Después de unos pocos minutos, al que Canderous había llamado Edric habló de nuevo.

—Vamos a sacaros a ti y a tu amigo del frío —dijo en básico—. Dejad vuestro trineo. Haremos que alguien venga a recogerlo.

Los otros tres centinelas se quedaron en sus puestos mientras Edric llevaba a Revan y a Canderous a través del campamento hacia la choza de suministros en el centro. Cuando pasaron las tiendas, las cabezas salieron para ver qué estaba pasando. Poco después una pequeña multitud había crecido tras los recién llegados. Revan pudo oír un zumbido de excitación creciendo, pero su mando'a estaba demasiado oxidado y no podía distinguir qué se estaba diciendo.

En la puerta del edificio, Edric dio zapatazos con las botas para quitarse la nieve antes de entrar dentro. Sus invitados hicieron lo mismo.

Lo primero de lo que Revan se dio cuenta fue de la calidez. Sus gafas se empañaron y sólo estaba demasiado contento de quitárselas para conseguir una imagen mejor de lo que les rodeaba.

Como había sospechado, la choza servía como cabaña para los suministros y sala de reuniones. Había siete u ocho mandalorianos ya dentro del edificio, repantingados entre las cajas y los paquetes, utilizándolos como muebles improvisados. En la esquina había una enorme pila de abrigos, bufandas y guantes. Edric ya se estaba quitando su equipamiento para el frío y lanzándolo a la pila. Revan siguió su ejemplo rápida y agradecidamente.

Canderous no tuvo oportunidad de hacer lo mismo. En el instante en que se quitó las gafas y se desabrochó la capucha para exponer su cara, estuvo rodeado. Otra ronda de tradicionales saludos en mando'a se elevaron de entre los que le deseaban suerte y Revan no pudo evitar darse cuenta de la alegría pura en la cara de su amigo cuando estuvo reunido con los otros miembros de su clan.

Una de las cosas que Revan siempre había admirado de los mandalorianos incluso cuando había luchado contra ellos era su lealtad. Los vínculos que mantenían juntos un clan iban más allá de la amistad e incluso de la familia. Era una parte esencial de la cultura, inculcado en los niños desde el día en el que nacían o eran adoptados por el clan.

Sin querer quitarle mérito al momento, se mantuvo a una distancia respetuosa. Sólo estaba empezando a preguntarse durante cuánto

más continuaría la celebración de la recepción cuando la puerta se giró al abrirse y una figura alta y de hombros anchos entró a la fuerza en la habitación.

La puerta se cerró de golpe y todo se quedó en silencio. Nadie habló cuando la figura se quitó las capas de ropa, revelando la cara de una mujer atractiva. Tenía la piel color oliva y su pelo negro lacio y a la altura de los hombros estaba surcado por reflejos púrpura y rojo. Sus mejillas altas y afiladas estaban tatuadas con intrincados remolinos azules. Sus ojos también eran azules, pero tan pálidos que parecía como fragmentos de hielo.

A diferencia de todos los demás con los que se habían cruzado, ella no se lanzó hacia delante para saludar a Canderous. En su lugar, le miró sin decir una palabra.

—*Su cuy'gar*, Canderous —dijo ella finalmente.

Era un saludo común mandaloriano, pero algo en el modo en el que lo dijo hizo que Revan pensara que la traducción literal de las palabras (Así que todavía estás vivo) estaba más cerca de sus auténticas intenciones.

—*Su cuy'gar*, Veela —replicó él suavemente.

Ella dio un paso hacia él, luego giró de golpe la cabeza hacia un lado para mirar a Revan. Era lo bastante alta como para mirarle a los ojos de frente.

Sin volver a mirar a Canderous, le hizo una pregunta en mando'a.

—¿Quieres que hable básico para que el Extranjero pueda comprendernos?

—Lo comprendo bastante bien —replicó Revan en la lengua nativa de ella.

Veela arqueó la ceja con una moderada sorpresa y entonces volvió su atención de vuelta a Canderous.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Es ese un modo de saludar a un hermano de clan? —le preguntó Canderous.

—¿Eres todavía mi hermano de clan? Nos dejaste después de la guerra. Desertaste del Clan Ordo para convertirte en un mercenario.

—No había Clan Ordo después de la guerra —le espetó Canderous—.

Tegris estaba muerto. No teníamos líder. Estábamos dispersados. Rotos. Derrotados. No fui el único que se fue.

—Oímos que estabas trabajando para los Jedi —dijo Veela, con la voz baja y llena de odio.

En el silencio que siguió, el centinela llamado Edric habló.

—*Cin vhetin* —dijo y hubo un murmullo general de consenso de los otros en la habitación.

La traducción literal de la frase era "se fue con la nieve", lo cuál era apropiado dadas las condiciones de fuera. Pero Revan sabía que el auténtico significado de la frase estaba más cerca de "El pasado es pasado". Los mandalorianos creían que una vez que tomabas las armas y las armaduras del clan, tu pasado no importaba. Lo que Edric estaba diciendo era que fuera lo que fuese lo que Canderous hubiera hecho durante los pasados años era irrelevante ahora que había vuelto.

Por la expresión de Veela, era difícil decir si ella estaba de acuerdo con él. Pero dejó el asunto del pasado de Canderous.

—Soy la líder de este clan ahora —insistió ella—. Todavía tengo derecho a saber porqué estás aquí.

—Para ayudar al Clan Ordo a encontrar la Máscara de Mandalore.

Veela inclinó la cabeza hacia el lado, como si teniendo un ángulo diferente pudiera ayudarla a ver lo que fuera que Canderous estuviera siendo completamente honesto con ella.

—¿Y qué hay de este Extranjero? —preguntó, señalando a Revan.

—Es mi amigo. Mi hermano. Nos ayudará en nuestra búsqueda.

—¿Tienes un nombre, Extranjero? —preguntó Veela.

—Su nombre es Avner —dijo Canderous, interrumpiendo Revan—. Es un mercenario. Nos conocimos cuando estaba trabajando para Davik Kang.

—¿No puedes hablar por ti mismo? —preguntó ella, todavía concentrada en Revan—. Creí que entendías mando'a. ¿Estoy yendo demasiado rápida para ti?

—Lo entiendo —respondió Revan—. Hablas bien.

Hubo un jadeo en la multitud, seguido por el sonido de la risa ahogada y nerviosa.

Revan sabía completamente bien el insulto que le había hecho.

Los mandalorianos eran guerreros. No sentían nada excepto desprecio por los diplomáticos y políticos. Valoraban las acciones sobre las palabras y él simplemente había insinuado que Veela era toda palabras.

—El hermano Canderous respondió por ti, así que te puedes quedar —dijo Veela a través de los dientes apretados—. Pero si nos traicionas, te mataré. Si tu debilidad provoca que uno de mi gente resulte herido, te mataré. Si nos retrasas, te mataré. ¿Está claro?

—Espera… ¿qué era lo segundo? Quizás debería escribirlo.

Hubo otra ronda de risas ahogadas. Veela pretendió no oírla mientras se volvía de nuevo hacia Canderous.

—Bienvenido a casa, hermano —dijo rotundamente.

Cogió su equipamiento para el invierno, se lo volvió a poner rápidamente y se fue sin decir otra palabra. Una vez que se hubo ido, los otros en la habitación parecieron relajarse.

Revan le hizo gestos a Canderous, llamándole para que reuniera con él en el rincón antes de que fuera tragado por una multitud de viejos amigos.

—¿*Avner*? —susurró en básico—. ¿Ese es el mejor nombre que se pudo ocurrir?

—¿Qué le pasa a *Avner*?

—Simplemente reorganizaste las letras de *Revan*.

—Relájate. Nadie aquí va a… —Canderous se detuvo de repente cuando se dio cuenta de que Edric deambulaba hacia ellos.

—No juzgues a Veela demasiado duramente —dijo el centinela, malinterpretando su dialogo en susurros—. Es una buena líder, pero tiene su temperamento. —Miró a Revan—. Deberías recordar eso la próxima vez que la provoques.

—Simplemente me vi atrapado en el medio —protestó Revan—. Canderous es con el que realmente está enfadada. Tengo la sensación de que los dos tenéis una historia.

—Podrías decir eso —admitió el hombre grande—. Es mi mujer.

CAPÍTULO 10

Scourge había estado esperando dentro de la cueva en Bosthirda durante casi una hora cuando finalmente oyó el débil sonido de un deslizador aterrizando fuera. Unos pocos minutos después oyó pisadas bajando por el pasaje. Sonrió. A diferencia de sus misiones previas para Nyriss, esta vez no estaba plagado de dudas e inseguridades. La anticipación de la muerte que se acercaba le mantenía bien concentrado en la tarea que tenía ante sí.

Como esperaba, Darth Xedrix no había venido solo. Un par de acólitos Sith (humanos, un hombre y una mujer) le precedían, caminaban a grandes pasos por la cueva, con los sables láser desenfundados. Llevaban una armadura ligera bajo las capas azules y doradas, los colores de su señor.

La caverna circular sólo tenía diez metros de diámetro y era oscura. La única iluminación venía de sus espadas y del hongo brillante que colgaba de las ásperas paredes de roca. Scourge se agachó en las sombras, envuelto en una capa del lado oscuro que le hacía invisible en la Fuerza y le ayudaba a protegerse del frío del aire subterráneo.

Permaneció inmóvil cuando la pareja pasó a unos pocos metros de su lugar oculto, esperando pacientemente.

Darth Xedrix seguía a sus escoltas a varios pasos. A diferencia de sus acólitos, no había desenvainado su arma y no llevaba ninguna armadura visible bajo su capa. Era varios centímetros más alto que Scourge, pero mucho más delgado. Tenía el espeso pelo blanco cortado la altura de los hombros, pero no tenía barba. Su cara estaba arrugada, aunque no tan extensiva o profundamente como la de Nyriss, y había un rastro de inclinación en sus hombros y una debilidad cuidadosa en el modo en el que se movía.

Su aspecto le hizo recordar las palabras de Nyriss: *Es humano. Son una especie inferior. Con las décadas, el lado oscuro ha demandado una tarifa demasiado alta a su cuerpo. Es una concha vacía de lo que fue una vez.*

Sin embargo Scourge pudo sentir el enorme poder del Consejero. Darth Xedrix todavía era un miembro del Consejo Oscuro y subestimarle sería un error fatal.

En el momento en el que el humano alto pasó junto al lugar oculto de Scourge, Scourge saltó, encendiendo su sable láser mientras volaba por el aire. Durante un momento pensó que su primer golpe alcanzaría su marca y casi se sintió decepcionado ante la idea de terminar con la vida de Xedrix tan fácilmente. Pero en el último instante la propia hoja del humano se materializó aparentemente salida de ninguna parte para interceptar el golpe.

Intercambiaron una rápida ráfaga de empujes y quites. Scourge intentó y falló en utilizar el miedo y la furia de su enemigo. Xedrix era demasiado controlado y sintió más como cuando luchaba con un droide. Scourge empujó lejos forzosamente a sus propios miedos y se abrió profundamente a su interior para encontrar la furia que necesitaba.

Se había colocado de manera que estuviera detrás de Xedrix, bloqueando el pasaje que era la única ruta para entrar y salir de la cueva. Los dos acólitos ya se habían girado y se lanzaron para unirse a la refriega y él se preparó para tratar también con ellos.

Pero de repente sólo tenía que tratar con aquellos dos, con Xedrix retrocediendo. Parecía estar más obsesionado con preservar su propia

vida que en matar a su enemigo, una debilidad que le dejaba contento con dejar que sus dos secuaces se enfrentaran con un enemigo desconocido mientras él se mantenía a una distancia segura.

Los dos aprendices se lanzaron hacia Scourge, liberando su rabia cuando utilizaron el poder del lado oscuro, sin ser conscientes de que su furia también estaba alimentando a su oponente.

La mujer vino por alto, con su sable láser dando un corte hacia la cabeza de Scourge. Al mismo tiempo el humano vino por lo bajo, buscando cortar las piernas de su enemigo.

Scourge se agachó bajo los golpes de la mujer, girando hacia el lado mientras desviaba el sable láser de sus rodillas. La pareja vino de nuevo hacia él, coordinando una vez más sus ataques, intentando esta vez flanquearle por cada lado. Scourge se lanzó hacia delante, dividiendo el ataque al lanzarse en una voltereta hacia delante que le llevó entre sus dos oponentes.

Durante un instante fue vulnerable. Un corte rápido de cualquier enemigo podría haber terminado con su vida. Pero ellos eran inexpertos y no habían esperado que él se moviera *hacia* ellos. Para cuando la mujer reaccionó con un golpe a mano vuelta de su arma, el momento había pasado. El sable láser zumbó junto a su mejilla mientras hacía una voltereta entre ellos, pero salió ileso.

El hombre fue más lento en reaccionar. Para cuando Scourge volvió a estar de pie, el acólito sólo estaba empezando a girarse. El Lord Sith dio una patada rápida a la parte de atrás de la rodilla del hombre. El hombre agitó los brazos mientras luchaba por recuperar el equilibrio.

Scourge vio la abertura y le dio lo que podría haber sido un golpe letal de no haberse lanzado la mujer entre ellos y no haber desviado el golpe. El movimiento de ella fue imprudente y temerario, pero Scourge no había estado esperándolo y la reacción impulsiva de ella salvó a su compañero. Eso también expuso su debilidad.

La mujer era la oponente más peligrosa, pero obviamente se preocupaba por su compañero. Estaba dispuesta a ponerse en peligro para defenderle, un defecto que Scourge podría explotar fácilmente.

De repente él cambió de tácticas, cambiando de las posiciones de-

fensivas convencionales de la forma Soresu a las secuencias de ataque acrobático del Ataru. Dando dos rápidos pasos para conseguir velocidad, Scourge saltó hacia la pared cercana de la caverna, plantó ambos pies en la superficie vertical y entonces se impulsó con fuerza para lanzarse en un impulso giratorio hacia la cabeza del hombre.

Su oponente intentó girarse y pivotó para mantener a Scourge delante de él, pero el estallido furioso de acción fue demasiado rápido para que su sable láser lo siguiera. Llegó tarde a levantar su espada para proteger su cabeza, exponiéndose de nuevo a un golpe letal.

Esta vez cuando la mujer se movió para proteger a su compañero, Scourge estaba listo. Había dirigido a propósito su salto de manera que se acercara en un ángulo más agudo del necesario, dejando apenas sitio suficiente para que la mujer se interpusiera entre él y su supuesto objetivo. Cuando Scourge de repente redirigió su espada hacia un salto medio al golpearla a ella en su lugar, ella dio un paso atrás instintivamente para absorber el impacto con su propia arma. Pero con su compañero colocado directamente detrás de ella, no había sitio. Sus cuerpos colisionaron y sus pies se enredaron, enviándoles a los dos a estrellarse extrañamente al suelo.

Scourge aterrizó junto a sus formas inclinadas. Bajó su pesada bota para que se estrellara sobre la cara de su enemiga caída, saboreando el húmedo crujido de los huesos y los cartílagos bajo su tacón. Su cuerpo tuvo un espasmo, con los músculos bloqueados en el ataque espasmódico de la agonía de muerte.

El hombre había luchado por ponerse en pie, pero en lugar de lanzarse hacia Scourge, sólo miró al cadáver espasmódico de la mujer. Scourge pudo saborear su horror y su miedo. Ellos le dieron un estallido fresco de energía. Lo envistió con la Fuerza, golpeando al hombre en el pecho con bastante fuerza para enviarle tambaleándose hacia atrás varios pasos hasta la pared de la caverna.

El hombre chocó con la roca de acabado áspero con fuerza suficiente como para arrancar el sable láser de su mano, dejándole desarmado. Con un giro casual de la muñeca, Scourge envió su sable láser girando hacia su enemigo indefenso. En el último segundo, el hombre levantó las manos en un vano esfuerzo por protegerse, pero la

hoja brillante cortó a través de sus palmas y de su garganta antes de volver rebotando hacia el agarre de Scourge que esperaba.

Mientras el cadáver humano se derrumbaba sobre el suelo, Scourge ya se estaba volviendo hacia el último enemigo que quedaba. Darth Xedrix estaba inmóvil en el centro de la caverna, mirando la acción con una reserva fría y desapegada. Su sable láser aun estaba desenvainado, pero lo sostenía casualmente a su lado, con la hoja apuntada hacia el suelo.

—Te conozco —dijo, con la voz retumbando por las paredes de piedra de la cámara—. La nueva mascota de Nyriss. Lord Scourge. —Arrugó sus rasgos con disgusto—. ¿Por qué vosotros los purasangre siempre elegís unos nombres tan ridículos para vosotros mismos? ¿Creéis que es intimidante?

Scourge no replicó. En su lugar levantó la espada y empezó un avance lento y cauteloso.

Xedrix serió.

—¿Realmente eres tan estúpido, Scourge? ¿Realmente te ha convencido Nyriss de que tienes la fortaleza para oponerte a un miembro del Consejo Oscuro? ¿Te ha prometido riquezas y poder si me derrotas?

—No necesitó prometerme nada —respondió Scourge—. Sois un traidor para el Imperio. Es un honor y un deber mataros.

—Ah, ahora lo comprendo —dijo Xedrix con una sonrisa, girando su sable láser a su lado—. Ella jugó con tu lealtad hacia nuestro glorioso Emperador. Qué pintoresco.

Scourge se detuvo, consciente de repente de que no sentía ningún miedo emanando de su enemigo. Tampoco había furia. No tenía ninguna sensación de emoción saliendo de Darth Xedrix y comprendió que el viejo estaba escudándose conscientemente de la consciencia de Scourge.

Scourge centró su concentración, abriéndose con la Fuerza para atravesar el velo que Xedrix había envuelto a su alrededor, sólo para no descubrir nada excepto una tormenta giratoria de energía del lado oscuro.

Scourge echó a correr, cargando contra su enemigo en el instante

en que comprendió la naturaleza de la trampa. Xedrix le había mantenido hablando mientras reunía su poder para un único ataque letal.

Xedrix levantó su mano izquierda y liberó su poder en una tormenta de rayos púrpuras. Scourge utilizó instintivamente la Fuerza para levantar una barrera invisible para protegerse. Los rayos trazaron arcos a través del aire, destrozando el escudo para envolver a Scourge en una agonía agónica.

Él gritó, con su voz elevándose sobre el siseo y el crepitar de la feroz energía que corría por sus venas. Cada nervio de su cuerpo explotó en un dolor agudísimo mientras los rayos quemándole la carne, guisándole en su propia armadura. Cayó al suelo, se hizo una bola, con la piel llenándose de ampollas y quemada. Toda la cosa había llevado sólo unos cuantos segundos.

—No te distes cuenta de que Nyriss te envió aquí a morir, ¿verdad? —se burló Xedrix—. Ella nunca esperó que me mataras. No eras nada excepto un mensaje, una advertencia.

Ignorando el terrible dolor, Scourge de alguna manera se forzó a ponerse en pie. Xedrix levantó una ceja con moderada sorpresa.

—¿Es eso lo que llamáis a los intentos contra la vida de ella? —jadeó Scourge—. ¿Una advertencia?

Xedrix se rió de nuevo.

—¿Crees que soy yo el que contrató a esos asesinos ineptos? Nyriss te tiene retorcido hasta hacerte un nudo. Te está utilizando para un juego que está mucho más allá de todo lo que puedas imaginar.

Scourge negó con la cabeza, intentando tanto liberarse de los efectos residuales de los rayos como para negar las palabras de Xedrix.

—Sientes que tu fortaleza está volviendo, ¿verdad? —observó Xedrix—. Piénsalo con cuidado antes de desafiarme otra vez. Podría no dejarte vivir la próxima vez.

—¿Por qué me *dejasteis* vivir? —quiso saber Scourge.

—Tienes potencial —dijo Xedrix—. Y gracias a ti, tengo necesidad de nuevos aprendices. Podría encontrar una utilidad para alguien con tus talentos.

—¿Queréis que traicione a Nyriss?

—¿Qué le debes? —demandó Xedrix—. Ella te utilizó. Te envió

aquí a morir sólo para dejar algo claro.

Scourge no respondió. En su lugar, estaba pensando en todo lo que había ocurrido desde que había entrado por primera vez al servicio de Nyriss. Nyriss había admitido contratar a los mercenarios para ponerle a prueba, pero incluso después de eso, todavía había sospechado que Sechel conspiraba para matarle. ¿Había estado meramente el consejero maquinador siguiendo las órdenes de Nyriss todo el tiempo?

—Nyriss te traicionó. Júrame lealtad a mí y te prometo la oportunidad de venganza.

Todo lo que dijo Xedrix tenía perfecto sentido, pero en algún nivel profundo y primitivo Scourge sentía que estaba siendo retorcido y manipulado. Las palabras del viejo humano parecía deslizarse por las fracturas y los recovecos de la mente de Scourge, escondiéndose en sus pensamientos.

¡No!, gritó su mente en silenciosa protesta. *¡Es un truco!*

¿Pero lo era? Nyriss le había convencido de que podría matar a Darth Xedrix, pero un único estallido de rayos del lado oscuro casi le había matado en su lugar. La única razón por la que todavía estaba vivo era porque Darth Xedrix estaba jugando con él.

¿Qué pasa si no está jugando conmigo?, se preguntó de repente Scourge. *¿Qué pasa si intentó matarme pero falló?*

Nyriss había dicho que Xedrix era viejo y frágil. Había clamado que la Fuerza había causado estragos en su cuerpo. Había dicho que sólo se aferraba a su poder a través de reputación y la astucia. ¿Qué pasaba si estaba aferrándose a esas mismas herramientas justo ahora?

Scourge se abrió a la Fuerza de nuevo, intentando una vez más percibir un destello bajo el velo de Xedrix. Para su sorpresa sintió algo esta vez. Miedo. Desesperación. Y casi ningún rastro del lado oscuro ardiendo dentro de su enemigo.

Todas las piezas encajaron en su lugar. Nyriss tenía razón: Xedrix era una carcasa de lo que había sido una vez. Todo el tiempo que Scourge había estado luchando contra los dos aprendices, Xedrix había estado reuniendo su fortaleza para un único ataque sorpresa. Cuando sus aprendices cayeron, se había detenido incluso durante

más tiempo incitando Scourge. Y todavía no había sido capaz de reunir suficiente poder para matar a su enemigo.

El estallido de rayo había acabado con todo lo que el anciano tenía en reserva. En Xedrix, la llama del lado oscuro se había convertido en la luz vacilante más débil. Cuando vio que Scourge había sobrevivido, se había dado cuenta de que su única oportunidad de supervivencia era engañarle para que cambiara de bando. Había intentado utilizar el débil eco de la Fuerza para dominar la mente de Scourge, aumentándolo con palabras persuasivas en una forma de hipnosis temporal. Pero carecía de la fortaleza incluso para esa jugada desesperada.

El brillante farol casi había funcionado.

—Tus palabras están vacías, Xedrix. Justo igual que tu poder.

Scourge marchó hacia delante con sombría determinación. Xedrix levantó su sable láser, pero Scourge utilizó su propia espada para apartarla de un golpe con facilidad. La fortaleza del golpe envió al arma dando tumbos desde la débil sujeción del anciano, con la hoja extinguiéndose cuando la empuñadura cayó con estrépito a la piedra a sus pies.

Xedrix se tambaleó hacia atrás. Ya no pretendía tener poder: parecía desesperado y asustado.

—Por favor, Lord Scourge, os daré cualquier cosa que queráis. Esclavos. Riqueza. Poder.

—¿Poder? —resopló Scourge con desprecio—. No puedes dar lo que no es tuyo.

Acuchilló con su espada diagonalmente a través del pecho de Xedrix, cortándole desde el hombro a la cadera.

El anciano jadeó una vez antes de caer hacia atrás, con los ojos congelados muy abiertos por el horror, pareciendo mirar a las estalactitas que crecían desde el techo de la caverna.

Sabiendo que Nyriss querría pruebas de su muerte, Scourge alargó la mano hacia abajo y agarró de un puñado el pelo del anciano con su mano libre. Entonces lentamente movió su sable láser por la garganta del Consejero Oscuro, con la hoja brillante cauterizando la herida mientras cortaba limpiamente la cabeza.

Dejó el resto del cuerpo, junto con los cadáveres de los dos apren-

dices, en la cueva cuando caminó de vuelta hacia arriba con pesadez por el pasaje que llevaba a la superficie. Mientras caminaba, no pudo evitar darle vueltas a las advertencias de Xedrix sobre Nyriss.

Gran parte de lo que el anciano le había dicho habían sido mentiras, pero las mejores mentiras siempre estaban construidas sobre capas de verdad. Era enteramente posible que ella le estuviera utilizando. En última instancia, podía asumir que le guardaba secretos.

Confrontarla directamente sería un desperdicio de tiempo. Afortunadamente, había otras maneras de conseguir información.

A pesar de las posibles consecuencias, Scourge decidió que finalmente era hora de tener su charla privada con Sechel.

CAPÍTULO 11

Revan se estremeció en el frío. A su lado, Malak dijo algo, pero el viento feroz que azotaba a través de la meseta devoró sus palabras.

—¿Qué? —gritó Revan.

—¿Estás seguro de que está aquí? —le respondió Malak.

—Está aquí —dijo Revan con un asentimiento —. Puedo sentirlo.

—Quizás está al otro lado.

Revan miró al otro pico que se elevaba junto a ellos, apenas visible a través del remolino de nieve. Era casi idéntico a aquel en el que estaban: una columna alta y estrecha de hielo y nieve esculpida por el viento que se elevaba varios kilómetros de la superficie de Rekkiad, con su pico desgastado hasta quedar una planicie suave y plana de hielo.

—Es este —respondió confiadamente Revan—. La entrada está por aquí en algún lugar.

Las dos figuras se movieron lentamente de un lado a otro a través de la meseta expuesta, buscando con la Fuerza al igual que con sus ojos.

—¡Aquí! —gritó Malak—. ¡Lo encontré!

* * *

Revan despertó del sueño con un susto, con su mente aletargada mientras él intentaba recuperar su compostura.

Hacía frío en la tienda termal que Canderous y él compartía. El forro de aislamiento mantenía fuera la peor parte de la meteorología, pero las temperaturas nocturnas todavía eran lo bastante bajas como para que Revan sintiera un escalofrío a través de las dos capas de ropa y su saco de dormir.

Mientras sus ojos se ajustaban al suave brillo del pequeño calentador en el centro de la tienda, fue capaz de descubrir más detalles de lo que le rodeaba. Canderous todavía estaba dormido a su lado, envuelto fuertemente en su saco de dormir y roncaba ruidosamente.

La mente de Revan empezó a juntar los trocitos y las piezas de la noche previa.

Esperaba que Canderous le ofrecería más detalles sobre su matrimonio con Veela después de que ella hubiera salido de golpe de la choza de suministros, pero él había guardado silencio sobre el asunto. A pesar de su curiosidad, Revan no le había presionado.

En su lugar habían pasado el resto de la noche celebrando el retorno del hombre grande con su gente. Edric y los otros ofrecieron incontables cuentos de la juventud de Canderous. Sus muchas batallas y victorias contra posibilidades abrumadoras eran cosas de leyenda entre el Clan Ordo.

También habían ofrecido muchísima *kri'gee* una amarga cerveza mandaloriana. Sin esperar a que estuvieran resentidos con un extraño, Revan había igualado a los otros juerguistas copa por copa. El vil brebaje pegaba muy fuerte. No había tenido una resaca tan mala desde su noche de bodas. Su cabeza le daba vueltas, sus ojos estaban nublados y su boca sabía como si hubiera estado masticando pelo de bantha. Todavía estaría durmiendo de no haber sido por el sueño.

No, un sueño no. Otro recuerdo saliendo a la superficie.

Malak y él habían estado buscando algo aquí en Rekkiad. Algo que de alguna manera estaba conectada con la Máscara de Mandalore. No sabía qué era, pero con un poco de ayuda podría ser capaz de utili-

zar los detalles de su sueño para descubrir dónde habían estado buscando.

Echó hacia atrás el saco de dormir e inmediatamente sintió que se le ponía la carne de gallina bajo su camisa de mangas largas. Ignorando el frío, se abrió camino a través de la semioscuridad hasta que encontró su holocomunicador personal descansando bajo una pila de ropa en un rincón de la tienda.

Corriendo para volver a la calidez de su saco de dormir, Revan activó el aparato.

—Te-Tres, ¿me recibes?

Una pequeña imagen holográfica del droide se materializó delante de él, pitando con preocupación.

—Todo está bien —le aseguró Revan con un susurro—. Sólo intenta hablar más abajo. Canderous todavía está dormido.

La respuesta del astromecánico fue un silbido excitado, aunque el volumen era ligeramente más abajo que antes.

—¿Ves? Sabía que serías capaz de arreglar el *Halcón* sin mi ayuda.

T3 pitó indignadamente.

—Sí, esa nieve se mete por todas partes. Pero se derretirá. Además, puedes preocuparte sobre eso más tarde. Necesito que hagas algo por mí. Empieza escaneando los mapas de topografía en busca de dos enormes columnas de hielo que están cerca. De dos o tres kilómetros de altas, por lo menos. Cuando las encuentres, envíame las coordenadas.

Hubo apenas unos treinta segundos de silencio al otro lado antes de que T3 trinara una réplica.

—Gran trabajo, Te-Tres. Recuerda, échale un ojo a la nave. Te llamaré si necesitamos algo más.

Revan apagó el holocomunicador, sabiendo que la parte fácil había terminado. T3 podría haber estado ligeramente enfadado con él, pero tratar con el droide iba a ser muchísimo más fácil que hacer que el gigante que roncaba a su lado se levantara y se pusiera en marca.

—Despierta —dijo, alargando el brazo hasta más allá del calentador para zarandear a Canderous para sacarle de su sueño profundo—. Necesitamos hablar.

Canderous le murmuró algo soez en mando'a y se dio la vuelta sobre hacia el otro lado.

—Es importante —dijo Revan, zarandeándole incluso más fuerte—. Tienes que hacer que Veela mueva el campamento.

—¿Huh? ¿Qué? ¿Qué pasa con Veela? —barbotó Canderous, abriendo un ojo.

—Tienes que hacer que mueva el campamento.

El ojo se cerró de nuevo.

—Eso es decisión suya, no mía. Ella es la jefa del clan.

—Creo que están buscando la Máscara de Mandalore en el sitio equivocado.

Ambos ojos se abrieron de golpe y Canderous se impulsó hasta sentarse.

—Bueno, ¿por qué no lo dijiste?

—TODO EL MUNDO ESTÁ AQUÍ —DECLARÓ VEELA—. DI LO QUE TENGAS que decir.

La cabeza de Revan todavía le martilleaba por la *kri'gee* y en el espacio tan pequeño de la choza de suministros la voz de ella era lo bastante alta como para hacerle poner una mueca de dolor.

Incluyendo a Canderous y Revan, se habían reunido un total de ocho personas para el consejo improvisado. Veela les había llamado a reunirse ante la insistencia de Canderous: a tres hombres y dos mujeres. Edric estaba allí y Revan reconoció a la mayoría de los otros de la noche antes, aunque no podía recordar sus nombres.

—Tenemos que mover el campamento —les dijo Canderous.

Como cuando habían llegado al principio, Revan y Canderous habían decidido dejar que Canderous fuera el que más hablara. Sería más fácil convencer a los mandalorianos si oían la idea de uno de los suyos… siempre que Veela estuviera dispuesta a escuchar cualquier cosa que su marido tuviera que decir.

—¿Mover el campamento? —preguntó ella incrédula—. ¿Crees que es tan fácil simplemente recoger e irnos?

—Les llevó a nuestros exploradores semanas encontrar esta locali-

zación —intervino una de las otras mujeres.

—Este es un buen sitio —estuvo de acuerdo Edric—. Estamos protegidos de lo peor del viento y la nieve. La montaña nos protege de ser flanqueados y el único modo de entrar es justo por delante de nuestros centinelas.

—Dame una buena razón por la que debamos moverlo —demandó Veela.

—Porque nunca encontraremos la Máscara de Mandalore si nos quedamos aquí —respondió Canderous.

Hubo un largo momento de silencio, con sus palabras flotando en el aire.

—Nadie sabe dónde ocultó Revan la Máscara —dijo tranquilamente Veela—. Los clanes se han adjudicado cada uno su territorio, esperando que sea su destino encontrar lo que todos buscamos.

—Me parece una manera pobre de elegir un líder —ofreció Revan.

Veela le miró, pero fue una de las otras mujeres la que le replicó.

—El destino hará la elección por nosotros. Sea cual sea el clan destinado a encontrar la Máscara, la encontrará.

—¿Es así como todos los clanes acabaron aquí en Rekkiad? —replicó Revan—. ¿Por el destino? ¿Por casualidad? ¿Por suerte ciega?

—Demuestras tu ignorancia cuando hablas de cosas que no comprendes —dijo Veela—. El sino y el destino no son lo mismo que la suerte. No fue la casualidad lo que nos trajo a nosotros aquí. Fue la persistencia. La perseverancia. Estamos aquí porque somos *fuertes*. —Hizo una pausa durante un momento y luego continuó un poco más calmadamente—. Cuando Revan ocultó la Máscara de Mandalore, la mayoría de nuestro pueblo se dispersó en desgracia. Pero algunos de nosotros nos negamos a abandonar. Nos quedamos atrás para buscar lo que estaba perdido en lugar de echar a correr para convertirnos en mercenarios y secuaces contratados.

Mientras hablaba, sus ojos se volvieron de golpe hacia Canderous. Revan siguió su mirada para ver a su amigo mirando al suelo avergonzado.

—Durante años hemos continuado con nuestra búsqueda —continuó ella—. Sabemos que Revan desapareció durante tres días des-

pués de la masacre de Malachor Cinco. Sólo hay un puñado de líneas hiperespaciales estables en ese sector y sólo unas cuantas docenas de planetas habitables a los que podría haber viajado en ese tiempo. Así que hemos estado buscando en cada planeta por turnos, barriendo la superficie metro a metro. En el primer planeta habíamos menos de cincuenta. Nos llevó dos años explorar el planeta entero. Pero con cada planeta nuestros números crecían. Más clanes se unieron a la búsqueda y los números de cada clan aumentaban. Nuestra búsqueda nos dio un propósito. Nos unión como pueblo una vez más.

Ella volvió a mirar a Canderous.

—Lentamente aquellos que le volvieron la espalda a los caminos mandalorianos han vuelto poco a poco. Ahora somos miles. Más de cien clanes se han reunido en Rekkiad. Si fallamos en encontrar la Máscara aquí, nos moveremos hasta el siguiente planeta. Y nuestros números continuarán creciendo. Al final encontraremos lo que buscamos. Y cuando uno de los nuestros finalmente reclame la Máscara de Mandalore, nuestros números serán una legión. En ese día el nuevo Mandalore llamará a los ejércitos de nuestro pueblo, ¡y nosotros responderemos!

Se volvió y miró a Revan una vez más.

—Eso es lo que queremos decir cuando hablamos del destino —concluyó ella—. Encontraremos lo que buscamos. Es inevitable. Es el destino de nuestro pueblo.

El final de su discurso estuvo marcado por un solemne silencio. Mirando alrededor de la habitación, Revan pudo ver el poder que sus palabras tenían en los otros mandalorianos. Incluso en Canderous se había conmovido.

—Puedo ayudaros a alcanzar vuestro destino —prometió Revan—. Sé dónde ocultó Revan la Máscara. Escúchame y os ayudaré a encontrarla.

—Imposible —dijo Veela con una negación de su cabeza—. Nadie sabe dónde ocultó la Máscara de Mandalore.

—Tengo acceso a recursos que vosotros no tenéis —insistió Revan, escogiendo sus palabras cuidadosamente—. Archivos de la República. Transcripciones militares. Planes de batalla. Caminos de vuelos

y cartas de navegación. Dijiste que ni siquiera estáis seguros de que la Máscara esté en Rekkiad. Pero yo si lo estoy. La Máscara está aquí, en este planeta. Y con mi ayuda, el Clan Ordo será el que la encuentre.

Veela no dijo nada al principio. En su lugar se volvió y fijó su mirada en Canderous.

—Avner es tu amigo —dijo ella, con sus palabras casi una acusación—. ¿Podemos confiar en él?

—No le habría hablado de nuestra búsqueda si no confiara en él con mi vida —respondió Canderous sin dudar—. Y no le habría traído si no creyera que puede ayudarnos.

Todos los ojos se fijaron en Veela mientras consideraba todo lo que había oído.

—¿Adónde sugieres que mudemos nuestro campamento? —preguntó ella finalmente.

—A unos cincuenta kilómetros de aquí se alzan dos columnas de hielo, que se elevan varios kilómetros sobre la superficie de Rekkiad.

—Las Lanzas Gemelas —dijo repentina y excitadamente Edric—. ¿Estás diciendo que la Máscara está allí?

—Hay una entrada a un túnel en la meseta de la parte superior de uno de los pilares. El túnel lleva a las profundidades del corazón del hielo. Creo que allí es donde Revan ocultó la Máscara de Mandalore.

—Las Lanzas Gemelas están en el territorio del Clan Jendri —les advirtió Veela—. Si nos cogen metiéndonos en su terreno, habrá sangre.

—¿Realmente esperabas encontrar la Máscara sin tener que luchar por ella? —preguntó Canderous.

Veela negó con la cabeza. Entonces volvió su atención hacia el resto de sus consejeros, escaneando sus caras y leyendo sus emociones.

—¡Recoged el campamento —gritó al fin, lanzando su puño al aire—. ¡Nos marchamos a las Lanzas Gemelas!

REVAN ESTABA SORPRENDIDO POR LA EFICIENCIA DE LOS MANDALORIANOS. La orden de Veela se dispersó rápidamente a través del campamento, incitando a todo el mundo a un revuelo de actividad. Cada individuo

tenía un trabajo específico, que cumplían con precisión militar. Algunos desmontaron las tiendas, envolviéndolas en bultos fuertemente enrollados y empaquetándolas en baúles junto con pequeños objetos personales. Otros vaciaban la choza de suministros, cargando las cajas de comida, los generadores, los calentadores y el combustible en los pesados trineos de carga.

En una hora estaban en camino, con todos los restos de su antiguo campamento dejados atrás mientras tres docenas de hombres y mujeres se marchaban en una columna larga y bien espaciada.

Un equipo de seis liderado por Edric exploraba delante para encontrar el mejor camino y para asegurarse de que el camino estaba despejado. Otra media docena iba bastante detrás para guardar el flanco de la columna. El resto marchaba en parejas entre las dos patrullas. Mientras uno empujaba el trineo de carga, el otro marchaba a su lado con las armas desenfundadas, alerta en busca de una emboscada. Cada hora los compañeros cambiaban de posición.

En mitad de la columna, los seis droides de guerra Basilisco caminaban con pesadez, cada uno remolcando un enorme trineo cargado con cientos de kilos de equipamiento. Para Revan, parecían como dragones de cinco metros de alto y dos patas. Caminaban con pasos pesados y enormes, con sus alas plegadas bajo sus grandes cuerpos metálicos. Cañones láser de alta potencia estaban montados en sus cuellos flexibles y blindados, permitiéndole a los droides disparar en todas direcciones. Cada uno estaba controlado por un único piloto sentado encima de la espalda curvada.

No sorprendentemente, Veela era una de los pilotos. Comandar un droide de guerra Basilisco era un honor reservado sólo para los guerreros más reverenciados del clan. Revan no pudo evitar darse cuenta de que Canderous lanzaba miradas tristes a las grandes bestias de metal, recordando sus propios días de gloria ahora que se veía forzado a caminar junto a ellos.

Veela fijó un paso agotador, lo que ofrecía mucha distracción de los pensamientos ociosos y del frío mordedor. Cuando se detuvieron para tomarse un descanso de una hora a mediodía, Revan se sentía como si pudiera derrumbarse en el banco de nieve más cercano. Todo

lo que quería hacer era comerse la comida y descansar durante el siguiente tramo del viaje, pero eso no iba a pasar.

Como la noche antes, un torrente constante de visitantes vino a hablar con Canderous. Los miembros más antiguos del Clan Ordo vinieron a relatar historias de aventuras pasadas que habían compartido con él. Algunos de los más jóvenes habían sido criados con los cuentos de sus hazañas venían a ver a la leyenda viva con sus propios ojos.

Incluso como extranjero, era obvio para Revan que su amigo había sido completamente aceptado de nuevo en el clan. Pero había más en ello que la mera alegría del regreso del hijo pródigo. Los mandalorianos estaban energizados, excitados. El chismorreo se había extendido por el campamento y todo el mundo parecía saber que pronto estaría en sus manos. Y aunque Veela técnicamente había sido la que había dado la orden de trasladarse, todo el mundo también parecía comprender que la llegada de Canderous había sido el auténtico catalizador para esta acción.

El descanso terminó demasiado pronto para el gusto de Revan, pero llamando a la Fuerza para revitalizar sus miembros cansados, se las arregló para levantarse y hacer que sus pies se movieran cuando se pusieron en marcha de nuevo.

La oscuridad cayó mucho antes de que llegaran a su destino. Edric y sus exploradores habían descubierto un pequeño valle escarbado en el hielo donde podrían refugiarse durante la noche y Veela ordenó parar la marcha. El campamento se montó tan rápida y expertamente como había sido desmontado aquella mañana y Revan pronto se encontró en una tienda con Canderous, hecho una bola en su saco de dormir al punto de quedarse dormido.

Estimó que había cubierto treinta kilómetros de su viaje. La comprensión de que había recorrido más de la mitad de la distancia llegó como un alivio bienvenido, permitiéndole deslizarse en un sueño muy necesitado.

No hubo sueños que le acosaran aquella noche, aunque despertó una vez cuando oyó a alguien andar a tientas en la entrada de la tienda.

—Hay alguien fuera —le susurró a Canderous antes de darse cuenta de que estaba solo en la tienda.

Unos cuantos segundos más tarde la solapa exterior fue apartada, dejando entrar una ráfaga de aire frío. Canderous le siguió la estela. Selló la solapa, volvió silenciosamente a rastras a su saco de dormir y se envolvió dentro.

—¿Dónde has estado? —susurró Revan.

—Lo siento. Intenté no despertarte —replicó Canderous.

—No respondiste a mi pregunta.

—Veela y yo teníamos que ponernos un poco al día —dijo el hombre grande e incluso en la oscuridad Revan pudo decir que estaba sonriendo de oreja a oreja.

No hablaron de nuevo, pero Revan no pudo evitar darse cuenta de la ironía. Cuando había dejado a su mujer atrás para venir aquí, nunca había imaginado que Canderous se reuniría con la suya. No le envidió a Canderous su felicidad, pero eso hizo que echara a Bastilla mucho más de menos.

Levantaron el campamento temprano a la mañana siguiente y para cuando se pararon a almorzar claramente podían ver el perfil distante de las Lanzas Gemelas a través de la niebla perpetua del hielo y los remolinos de nieve.

—Estamos muy adentro del territorio del Clan Jendri —dijo Veela, viniendo a sentarse junto a Revan y Canderous mientras atacaban sus raciones—. Tenemos que mantenernos alerta.

—¿Crees que saben que estamos aquí? —preguntó Revan.

—Es difícil de decir. Si estuvieran en algún lugar cercano a las Lanzas Gemelas, los exploradores nos habrían visto a estas alturas. Pero es un territorio grande. Podrían estar a cien kilómetros en cualquier dirección.

—Quizás tengamos suerte y nunca sepan que estamos aquí —dijo Revan optimistamente.

Veela miró a Canderous y negó con la cabeza.

—Nosotros los mandalorianos tenemos un dicho —le explicó Canderous—. Un guerrero que no espera tener una batalla no tiene esperanza durante la batalla.

—Ese es bueno —admitió Revan—. Pero aquí hay uno que me gusta: no puedes perder una batalla que nunca luches.

—Tampoco puedes ganarla —dijo Veela.

Terminaron la comida en silencio. Una vez que hubieron terminado, el grupo se puso en marcha de nuevo. Dos horas más tarde alcanzaron su destino final, una parcela de terreno pequeña y baja abrigada entre las Lanzas.

—Dormid bien —anunció Veela a sus seguidores cuando montaron el campamento—. ¡Mañana el Clan Ordo reclamará su destino!

El ataque llegó justo antes del amanecer. Subconscientemente, Revan sintió el peligro a través de la Fuerza, haciendo que sus ojos se abrieran de golpe una décima de segundo antes de que los centinelas hicieran sonar la alarma.

Estaba de nuevo solo en la tienda. Obviamente Canderous había decidido pasar otra noche con Veela.

Sabiendo que su amigo se encontraría con él en el campo de batalla, Revan se libró de una patada del saco de dormir y luchó por meterse rápidamente en sus capas de ropa. Recordando su promesa a Canderous, ocultó su sable láser de la vista bajo su cinturón, armándose en su lugar con las pistolas láser gemelas que había estado llevando desde que habían dejado el *Halcón de Ébano*.

El sonido de la batalla ya se podía oír fuera y Revan cargó desde la tienda para unirse a la refriega. A todo su alrededor vio a los hombres y mujeres del Clan Ordo, la mayoría vestidos sólo con la ropa interior y unos cuantos trozos de placas de armadura, batallando con las fuerzas del Clan Jendri que irrumpían desde todos los lados. El Clan Jendri superaba en número al Clan Ordo casi dos a uno, aunque Revan se dio cuenta de que sólo tenía cuatro Basiliscos.

Los Basiliscos recorrían la batalla de un lado a otro, haciendo llover fuego láser desde el cielo. Inmediatamente Revan reconoció la estrategia Jendri: habían concentrado su ataque cerca de los Basiliscos de los Ordo, esperando evitar que Veela y sus compañeros pilotos llegaran a las maquinas mortales.

Revan abrió fuego con sus pistolas láser, utilizando la Fuerza para aumentar su puntería. Su primera andanada hizo caer a un soldado enemigo que cargaba hacia él. El segundo acabó con un francotirador medio oculto en un cerro a unos veinte metros de distancia. Pero sabía que la batalla no se ganaría sólo con las pistolas láser.

Corrió a través del centro del campamento, dirigiéndose hacia la parte de atrás donde los Basiliscos estaban aparcados. El fuego láser enemigo caía, forzándole a agacharse, esquivarlo y moverse de un lado a otro, pero ninguno de los disparos alcanzó su objetivo.

Canderous y Veela se las habían arreglado para llegar allí por delante de él. El fuego de Basilisco les tenía atrapado tras un afloramiento de rocas puntiagudas y con nieve en la punta, junto con el resto de los pilotos de los Basiliscos Ordo.

Revan derrapó hasta detenerse, dejándose caer de rodillas y deslizándose los últimos metros a través de la superficie helada para reunirse con ellos. Canderous le dirigió una sonrisa feroz.

Moviéndose a la unísono, Canderous y Veela salieron de detrás de las rocas para disparar a los droides de guerra enemigos. El fuego láser rebotó inofensivamente sobre las placas blindadas y ellos se vieron forzados a agacharse de nuevo cuando el jinete del Basilisco le hizo dar la vuelta para devolver el fuego.

—¡Bienvenido a la fiesta! —le gritó Canderous a Revan—. ¿Tienes alguna idea brillante?

—¿Habéis intentando dispararle a los pilotos? —preguntó Revan.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —respondió Veela.

Era cierto. Los mandalorianos que montaban en la espalda de los droides de guerra se mantenían en su lugar por las sillas de montar pesadamente blindadas que protegían la mayor parte de sus cuerpos. Unos cuantos puntos clave cerca de sus cabezas y hombros eran vulnerables, pero darle a un objetivo en movimiento de ese tamaño requeriría un pequeño milagro, incluso para Revan.

—Todo lo que necesitamos es conseguir unos cuantos segundos —dijo Veela—. Sólo el tiempo suficiente para que lleguemos a nuestros Basiliscos y les disparemos.

Revan le dio un golpe a Canderous con el codo, atrayendo la aten-

ción del hombre grande mientras dejaba caer la pistola láser de su mano y movió su palma abierta para cubrir la empuñadura del sable láser bajo su cinturón. Canderous respondió con un débil asentimiento.

—Yo puedo crear una distracción —dijo Revan—. Pero tendréis que moveros rápido.

—Sea lo que sea en lo que estés pensando, hazlo —dijo Veela—. Si no llegamos a nuestros Basiliscos, no tenemos una oportunidad.

Descartando una de sus pistolas láser, Revan saltó sobre la roca, desenvainando y encendiendo su sable láser con un único movimiento. La brillante hoja verde atrajo instantáneamente la atención de los cuatro Basiliscos Jendri, cuando los pilotos le dieron la vuelta a sus bestias para fijar como objetivo al odiado Jedi que de repente había aparecido en mita de ellos.

Revan había luchado con montones de Basiliscos durante su campaña contra los mandalorianos. El truco estaba en seguir moviéndose y acercarse lo suficiente como para limitar la efectividad de sus cañones láser. Aunque capaces de alcanzar grandes velocidades durante un bombardeo o de cargar contra las líneas enemigas, los droides se veían frenados por su pesado blindaje cada vez que intentaban girar o cambiar de curso.

Él cargó directamente hacia el jinete más cercano, zigzagueando para evitar que el Basilisco tuviera un disparo claro. Corriendo directamente bajo el vientre de la bestia que volaba bajo, saltó hacia lo alto en el aire para cortar con su sable láser a través de la cola del droide. La hoja de energía fue rechazada por la placa blindada, pero no antes de cortar a través de las aletas estabilizadoras en la punta.

El piloto intentó llevar a su Basilisco hacia un ascenso escalonado de manera que pudiera girar en un bucle y volver para bajar en picado hacia Revan, una maniobra difícil incluso sin una aleta estabilizadora perdida. El droide dañado intentó responder a su orden, pero giró salvajemente fuera de control, girando sobre su costado y casi cayó al jinete al suelo.

Revan aprovechó la oportunidad de saltar sobre la espalda del Basilisco, agarrándose al respaldo de la parte de atrás del asiento del

piloto. El mandaloriano alargó el brazo hacia atrás sobre su hombro para agarrar al polizonte, pero Revan evitó fácilmente su agarre mientras deslizaba la punta de su sable láser a través de el respaldo del asiento y a través del torso del piloto.

El Basilisco chilló cuando el droide semiinteligente sintió la muerte de su jinete a través del vínculo simbiótico que los mandalorianos mantenían con sus monturas mecánicas. Dejado sin guía ni dirección, los programas simples de inteligencia artificial volvieron a antes del intento primero del nuevo jinete de montar al Basilisco. El golpe envió al Basilisco a un descenso mortal.

Revan saltó justo antes de que este chocara contra el suelo. Su caída fue amortiguada por la nieve, él rodó, se levantó de un salto y volvió su atención hacia los tres Basiliscos que quedaban.

No se sorprendió de verlos dando vueltas en lo alto por encima de él, bien fuera del alcance incluso del salto de un Jedi. Justo igual que él había aprendido cómo luchar con los Basiliscos durante las Guerras Mandalorianas, sus jinetes también habían aprendido las mejores estrategias a utilizar cuando se enfrentaban a un miembro de la Orden Jedi. Si se quedaban a cierta distancia y coordinaban su fuego, sólo era una cuestión de tiempo que hicieran caer a Revan.

Afortunadamente, él no estaba luchando solo. Su distracción les había dado a Veela y a los otros jinetes del Clan Ordo el tiempo que necesitaban. Mientras los pilotos Jendri se preparaban para vengarse de Revan, los seis Basiliscos Ordo despegaron hacia el aire en formación de ataque.

Superados ahora en números de dos a uno, los pilotos Jendri escoraron sus droides de guerra para alejarlos del escuadrón enemigo y huyeron. En lugar de perseguirlos, los pilotos Ordo volvieron su atención a las fuerzas enemigas en tierra.

La batalla se convirtió rápidamente en derrota. Incluso con su superioridad numérica, las tropas Jendri no podían igualar el fantástico poder de fuego de media docena de Basiliscos. La carnicería duró menos de cinco minutos antes de que las filas Jendri se rompieran.

Revan no se molestó en participar de las fases finales de la matanza. Había sabido que la batalla se había acabado en el instante en

que Veela y los otros despegaron hacia el cielo.

Miró a su alrededor buscando a Canderous y le encontró subido en uno de los Basiliscos, chillando un grito de guerra mandaloriano mientras trazaba arcos de un lado a otro del campo, despedazando a sus enemigos. Tal salvajismo empedernido era típico de la guerra mandaloriana y sin embargo Revan sabía que una vez que la batalla se acabara, el Clan Jendri no les guardaría rencor a los vencedores. Si un Mandalore se alzaba de nuevo alguna vez y les llamaba para que lucharan junto al Clan Ordo, ellos responderían sin dudar.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando una gran sombra pasó sobre él, seguida un segundo después por el pesado golpe cuando Canderous hizo aterrizar su Basilisco a unos cuantos metros de distancia.

—Será mejor que apartes eso —dijo, saltando al suelo y asintiendo en dirección al sable láser de Revan.

—¿Por qué? ¿Crees que a Veela se le va a olvidar que lo tengo? —preguntó Revan.

Pero apagó la hoja mientras hablaba.

—Dudo que alguien aparte de los pilotos vieran lo que pasó. No tiene sentido darle mucho más bombo a lo que realmente eres que a lo que tenemos que hacer.

Revan cambió de tema.

—¿Crees que intentarán otro ataque?

—No —dijo Canderous.

—¿Estás seguro? Tengo la sensación de que no les gusta que estemos en su territorio.

—Huyeron de la batalla. —Canderous sonrió—. Ahora es nuestro territorio. —Su sonrisa se hizo más grande—. Es bueno volver a volar en la batalla.

—¿De dónde sacaste la montura? —preguntó Revan.

—Pertenece a un joven llamado Grizzer. Todavía no le han probado en batalla, así que Veela me dijo que podía utilizarla si nos tropezábamos con algún problema.

—¿Cuándo te dijo eso?

—La otra noche.

—¿Quieres decir cuando estabas compartiendo su tienda?

Canderous se encogió de hombros.

—¿Qué piensa Grizzer de eso?

—Veela es la líder del clan. Él hará lo que ella diga.

—¿Y qué va a decir ahora que sabe que soy un Jedi? —preguntó Revan.

—Creo que vamos a descubrirlo —dijo Canderous cuando el Basilisco de Veela bajó en picado para aterrizar junto a ellos.

La líder del Clan Ordo no dijo una palabra mientras bajaba de su asiento. Caminó hacia los dos hombres, con su expresión ilegible.

—Ve a ayudar con los heridos —le dijo a Revan—. Vosotros los Jedi sois buenos en eso, ¿verdad?

Él asintió.

—Después, descansa un poco. Descansad los dos. Mañana subiremos a la primera Lanza. Preparaos para partir al despuntar el día.

Sus palabras eran calmadas, casi casuales, pero había una feroz intensidad en sus ojos que hizo que Revan se preguntara si había cometido un error enorme.

CAPÍTULO 12

—No se me dijo que esperara que volvierais aun, Lord Scourge —dijo el guardia de la puerta.

—Quizás Darth Nyriss no pensó que necesitaras saber mi horario —replicó Scourge, con su tono chorreando ácido.

El guardia sintió y le abrió la puerta a Scourge.

Scourge se movió rápidamente por los pasillos de la fortaleza, esperando que su reprimenda hubiera sorprendido al guardia para que no informara de su llegada. Lo cierto era que Nyriss todavía no sabía que había vuelto. Había estado esperando contactar con ella inmediatamente después de la misión para matar a Darth Xedrix hubiera terminado, pero había guardado silencio, acelerando su viaje de regreso a Dromund Kaas de manera que pudiera interrogar a Sechel antes de que alguien más supiera que se había posado en el planeta. Había llegado tarde por la noche y, si tenía suerte, cogería a Sechel durmiendo en su habitación.

En el ala de los sirvientes se detuvo ante la gran puerta de madera y probó el picaporte, esperando que estuviera cerrado. Para su sor-

presa, giró silenciosamente en su mano. ¿Estaba esperando Sechel a alguien? ¿O meramente confiaba tanto en su posición como favorito de Nyriss que creía que estaba a salvo?

Scourge entró en la habitación, cerrando la puerta silenciosamente tras él y entonces se arrastró en la oscuridad hasta la cama donde Sechel estaba durmiendo bajo las mantas. Alargando el brazo, colocó su mano enguantada firmemente sobre la boca de Sechel.

Sechel despertó con un sobresalto, lanzando golpes y soltando gritos ahogados en la palma de Scourge. El Lord Sith presionó hacia abajo con más fuerza y se inclinó para acercarse.

—Grita pidiendo ayuda y estás muerto —susurró en la oreja de Sechel—. ¿Lo entiendes?

Sintiendo asentir al consejero, Scourge apartó su mano lentamente.

—¿Lord Scourge? —preguntó suavemente Sechel—. ¿Sois vos? Es difícil ver en la oscuridad.

—Nada de luces —le advirtió Scourge, sabiendo que alguien podría ver el brillo por debajo de la puerta y podría decidir investigarlo.

—Confío en que vuestra misión fuera bien —dijo Sechel.

Scourge no pudo ver la expresión de la cara del consejero, pero detectó el más mínimo temblor en su voz.

—Vas a responder a mis preguntas —dijo Scourge.

—Por supuesto, mi lord —replicó Sechel, volviendo al tono adulador y congraciante que había adoptado en su primer encuentro.

—La humildad no te salvará esta noche —dijo Scourge—. La verdad es tu única esperanza de sobrevivir a este interrogatorio.

Sacó una espada corta y afilada de su cinturón y la presionó contra la mejilla de Sechel.

—Mi primera pregunta es simple: ¿Me ha estado utilizando Nyriss?

—Mi lord, ¿por qué pensaríais…? ¡*mmph*!

Scourge estrujó su mano sobre la boca de Sechel, interrumpiendo sus palabras. Entonces arrastró el filo de su espada lentamente a lo largo de la base de uno de los apéndices carnosos que colgaban de la mejilla de Sechel.

El hombre más pequeño gritó de agonía, pero sus gritos fueron

tragados por el guante de Scourge. Scourge mantuvo una presión constante sobre la espada de manera que el fino borde se deslizara limpiamente por el apéndice, cortándolo. La sangre empezó a caer de la herida.

Scourge esperó hasta que los espasmos de Sechel se hubieran detenido antes de apartar su mano. Dicho sea en su favor, Sechel fue lo bastante listo como para limitar su reacción a un suave gimoteo.

—Cuando hago una pregunta, quiero una respuesta directa e inmediata —dijo Scourge—. Así que te lo preguntaré de nuevo: ¿Me está utilizando Nyriss?

—Por supuesto que sí —barboteó Sechel—. Utiliza a todo el mundo.

—¿Estaba Darth Xedrix trabajando realmente con los separatistas humanos?

—Sí.

Scourge analizó la respuesta, concentrándose en el tono, entonación e inflexión. Sechel estaba diciendo la verdad.

—¿Intentó Xedrix realmente matar a Nyriss?

Cuando Sechel dudó, Scourge respondió estrellando su mano de nuevo sobre su boca. Ignorando las súplicas ahogadas, bajó su espada hasta la cara del consejero y cortó otro apéndice.

—La próxima vez te quitaré un ojo —dijo una vez que Sechel se hubo recuperado del dolor—. Recuerda, respuestas directas e inmediatas.

Mentir requería pensamiento y esfuerzo. Requería tiempo. Forzar a un sujeto a responder rápidamente era una herramienta simple pero efectiva.

Retiró su mano de nuevo, listo para cortarle la garganta a Sechel si gritaba pidiendo ayuda. De nuevo, el consejero tuvo el instinto de supervivencia de contener su lengua.

—Otra vez: ¿Intentó Xedrix realmente matar a Nyriss?

—No.

La respuesta fue dicha malhumorada y resentidamente, pero Scourge podría sentir la verdad detrás de la pose.

—¿Quién contrató a los asesinos?

—Lo hizo Nyriss. Quería alejar las sospechas de sí misma.

—¿Sospechas? ¿Sospechas de qué?

—¡Preguntadle a ella vos mismo! —escupió Sechel.

Scourge suspiró y volvió a colocar su mano sobre la boca de Sechel. Pero antes de que pudiera levantar la espada para apuntarla, la puerta se abrió con tal fuerza que casi se arrancó de las bisagras.

Darth Nyriss estaba al otro lado, enmarcada por la luz de las lámparas brillantes del pasillo.

—Yo responderé a todas tus preguntas —dijo ella calmadamente—, pero si le vuelves a hacerle daño a Sechel, acabaré contigo.

Scourge lanzó a un lado su cuchillo y lentamente se levantó de la cama. Su corazón estaba martilleando y tuvo que luchar contra la urgencia de ir a por su sable láser. Había sabido que había riesgos al venir a por Sechel. Ahora todo lo que podía hacer era esperar a que sus acciones no le hubieran costado la vida.

—¿Asumo que esta conversación será en privado? —preguntó él.

Ella asintió y se volvió. Scourge ni siquiera volvió la mirada hacia Sechel mientras seguía a Nyriss hacia el pasillo.

Darth Nyriss guardó silencio hasta que llegaron a su cámara privada. Scourge se sorprendió de descubrir que su esclava twi'leko no estaba presente. Parecía que fuera lo fuese lo que estuviera a punto de decirse no se podía confiar ni siquiera a los leales oídos de la twi'leko.

—¿Eres leal al Imperio? —le preguntó Nyriss.

—Pensé que yo haría las preguntas —replicó Scourge.

—Recuerda cuál es tu lugar —le advirtió ella—. Escucha lo que tengo que decir. Cuando haya acabado, tendrás tu oportunidad de hablar.

—Soy leal al Emperador —declaró Scourge.

—¿Leal al Emperador, o al Imperio? —le presionó ella—. Son dos cosas diferentes.

—¿Qué queréis decir?

—El Emperador está loco. Sin obstáculos, nos destruirá a todos.

—Durante mil años el Imperio ha prosperado bajo su gobierno —replicó Scourge.

Las palabras de ella eran traición, pero había poco que él pudiera

hacer respecto a ello. Si intentaba acabar con ella, estaba bastante seguro de que no sería capaz de aguantar contra ella. A diferencia de Darth Xedrix, ella era una miembro del Consejo Sith en la flor de su poder. Ahora que le había contado sus auténticos sentimientos, no podía permitir que él dejara su habitación vivo. No si ella sentía que él informaría de ella al Emperador. Su única opción, su única esperanza de sobrevivir, era seguirle el juego.

—El Emperador ha expandido nuestras fronteras —admitió Nyriss—. Nos ha hecho más fuertes. Pero sólo está haciendo esto con un propósito. Está planeando un ataque contra la República. Pretende empezar otra guerra con los Jedi.

—No —dijo Scourge, negando con la cabeza—. Imposible.

La Gran Guerra Hiperespacial había sido una de las épocas más oscuras de la historia de los Sith. Bajo el liderazgo de Naga Sadow, habían invadido la recientemente descubierta República, buscando conquistarla como habían conquistado todas las demás civilizaciones que se habían encontrado. Pero a pesar de sus primeras victorias, habían perdido rápidamente su terreno. La República no había derrotado simplemente las flotas Sith. Les había aniquilado. Y entonces los Jedi habían perseguidos a los supervivientes que huían a través de la galaxia, dando caza a los Sith hasta casi la extinción.

Las acciones decisivas del Emperador les habían salvado. Él había llevado a los Sith que quedaban a las regiones inexploradas de la galaxia, un vuelo de décadas de larga que sólo acabó cuando redescubrieron y reclamaron Dromund Kaas, su hogar ancestral perdido hacía mucho. Afortunadamente, la República y los Jedi nunca les habían encontrado aquí. Un pequeño golpe de suerte que le había permitido sobrevivir al Imperio.

Durante los siglos siguientes, los Sith reconstruyeron lentamente lo que habían perdido. Empezaron a expandir de nuevo su Imperio. Conquistaron planetas recientemente descubiertos en sectores en los bordes lejanos de la galaxia, mucho más allá de las fronteras del espacio explorado por la República, ocultos a salvo de la siempre vigilante Orden Jedi.

Todos los Sith conocían la historia. Se les enseñaba a una edad

temprana. Y aunque la postura oficial era que el Imperio estaba reuniendo lentamente fortaleza para devolver el golpe a sus enemigos algún día, la verdad era diferente. Scourge y Nyriss comprendían ambos la locura de ese camino. Comprendían que el Imperio sólo podría sobrevivir mientras los Jedi permanecieran ignorantes de que los Sith todavía vivían.

Si el Emperador realmente estaba planeando atacar de nuevo a la República, estaría repitiendo los errores de Naga Sadow. Comenzaría una guerra que posiblemente no podían ganar y esta vez los Jedi no se detendrían hasta que aniquilaran completamente a los Sith.

—Estáis mintiendo —insistió Scourge—. Atacar a la República no tiene sentido. El Emperador no es tonto.

—No —admitió ella—. No es tonto. Es arrogante. Es poderoso. Y está loco. —Miró directamente a Scourge—. Algunos de nosotros en el Consejo Oscuro descubrimos su plan. Para salvar al Imperio, para salvar a nuestra especie entera, formamos una alianza, jurando trabajar juntos para derrocar al Emperador.

—¿Era Darth Xedrix parte de esta alianza?

—Lo era.

—Sin embargo le traicionasteis.

—Se convirtió en un sacrificio necesario para la causa.

—Si era vuestro aliado, ¿por qué tuvo que morir?

—Si el Emperador sospechaba que los miembros del Consejo Oscuro se estaban aliando contra él, nos mataría a todos. Teníamos que dar pasos para protegernos. Para disipar las sospechas, tuvimos que distanciarnos de los separatistas que se oponían abiertamente al Emperador.

—Eso es por lo que fingisteis los faltos intentos de asesinatos contra vos misma —dijo Scourge—. Si los separatistas os tenían como objetivo, el Emperador era menos probable que sospechara que estabais trabajando con ellos.

Nyriss asintió.

—El plan era hacer que mi propia gente "investigara" los intentos contra mi vida y colocaran la culpa consecuentemente. Pero entonces el Emperador te envió a ti y el plan tuvo que cambiar. Tu llegada sig-

nificaba que el Emperador sospechaba que esto era más grande que un simple alzamiento separatista. No sería suficiente implicar a un grupo radical y marginal de terroristas.

—Así que incriminasteis falsamente a Xedrix.

—No puedes incriminar falsamente a alguien que es culpable —le corrigió Nyriss—. Sólo le denuncié. Xedrix realmente *estaba* trabajando con los separatistas. Cada pedazo de prueba que descubriste en tu misión era real. Tenía que serlo. No podía permitirme ser pillada en una mentira si tú o el Emperador examinabais más a fondo la cuestión. Permitir que Xedrix cargue con la culpa confirmará las sospechas del Emperador de que los separatistas estaban trabajando con alguien en el Consejo Oscuro. Su muerte mantendrá mi involucración, y la de mis co-conspiradores, en secreto.

—Y conseguíais eliminar un rival de por vida —añadió Scourge.

—Un plus fortuito —estuvo de acuerdo Nyriss, con su cara rompiéndose en una de sus sonrisas horrendas—. A Xedrix no se le echará de menos —añadió—. Era el eslabón débil de nuestra cadena. Era humano y su poder se estaba desvaneciendo. Si uno de nosotros tenía que ser sacrificado, él era la elección más lógica.

—¿Por qué me decís todo esto? —le preguntó Scourge.

—Ya sospechabas que algo iba mal —le dijo Nyriss—. ¿Por qué otra cosa habrías intentado interrogar a Sechel? Si te mato simplemente, sin embargo, podría avivar las sospechas del Emperador incluso más. Él te envió a investigar los intentos de asesinato. Sería mejor si fueras tú quién le dijera que Darth Xedrix era responsable.

Ella hizo una pausa durante un largo momento antes de continuar.

—Durante tu servicio me has demostrado tu valía. Eres fuerte en la Fuerza. Inteligente. Perceptivo. Tienes un potencial increíble. Mi esperanza es que al revelarte la verdad pueda convencerte de que te unas a nuestra causa. Odiaría eliminar una herramienta valiosa sin una buena razón.

Scourge entrecerró los ojos. Esto era demasiado fácil. Incluso si juraba lealtad a Nyriss, ella no podía simplemente dejarle salir de la habitación. El riesgo de que él pudiera informar de ella al Emperador era demasiado grande. Ella tenía que tener algún otro modo de pro-

tegerse a sí misma, algún ángulo que él no había considerado.

Comprendió que había algo que se le escapaba. Desde que había venido a trabajar para Nyriss, ella había estado jugando con él. Ella le había retorcido y manipulado para sus propios propósitos y él había bailado para ella como una marioneta.

—¿Cuál es la trampa? —preguntó él finalmente—. ¿Cómo sabéis que no traicionaré vuestra confidencia?

—Muy bien —dijo ella, sonriendo amistosamente con aprobación—. Habría estado decepcionada si simplemente hubieras aceptado mi oferta. Aparte de matarte, no hay manera en que pueda eliminar completamente el riesgo de que intentes denunciarme. ¿Pero qué prueba tienes? Acúsame y simplemente clamaré que tú eres el auténtico traidor, que intenta culparme falsamente a mí después de que mataras a Darth Xedrix.

»Recuerda: sean cuales sean las pruebas auténticas que existan te implicarán a ti, no a mí. Él murió bajo tu espada. ¿Estás seguro de que no dejaste pruebas que pudieran implicarte en su asesinato? ¿Nada de gotas de sangre? ¿Nada de motitas de piel? ¿Nada de testigos que puedan colocarte en el espaciopuerto de Bosthirda el día en que Xedrix murió?

Scourge asintió con apreciación. No podía evitar admirar lo a conciencia que Nyriss le había enredado en su tela de araña.

—Dejadme adivinar. ¿Los archivos que Sechel recuperó de la planta de fabricación de FDU y de la base separatista me implicarán también?

—Sechel es muy bueno en lo que hace. Incluso los expertos no podrán decir cuándo ha preparado un archivo de datos —le aseguró ella—. Incluso con todas las pruebas apuntando en tu dirección, es posible que el Emperador todavía te crea a ti por encima de una miembro del Consejo Oscuro, pero honestamente, probablemente nos matará a ambos sólo para estar seguro. El camino del traidor es la muerte sin importar cuál de nosotros es culpable. Y no creo que seas del tipo que se martiriza por lealtad al Emperador.

—¿Entonces a dónde vamos a parar desde aquí? —preguntó Scourge.

—Ahora debemos persuadirte de que realmente crees en nuestra causa —dijo Nyriss—. No es suficiente asegurar tu silencio a través de amenazas y chantajes. Cuando finalmente nos movamos contra el Emperador, te quiero a nuestro lado.

—¿Y cómo pretendéis convencerme?

—¿Alguna vez has oído las historias de la infancia del Emperador?

Scourge negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé de qué planeta es.

—Poca gente lo sabe. Está ocultando su pasado, porque si la verdad sale a la luz nadie le seguiría.

Scourge estaba interesado a pesar de sí mismo.

—Nació hace casi mil años —continuó ella—, en las décadas anteriores a la Gran Guerra Hiperespacial con la República. Pasó su infancia en Nathema, un planeta agrícola exuberante y vibrante en las fronteras más alejadas del Imperio.

—¿Nathema? Nunca he oído hablar de él.

—Una vez se le conoció por otro nombre, pero ese nombre ha sido olvidado hace mucho… justo igual que el propio planeta. El Emperador borró a Nathema de los libros de historia y de las cartas de astronavegación para ocultar todas las pruebas de sus crímenes.

—¿Crímenes?

—A través de los rituales perdidos de los antiguos, utilizó el lado oscuro para conquistar la muerte y hacerse inmortal. Pero la inmortalidad tiene un precio. Decirte lo que pasó no es suficiente. Debes verlo por ti mismo. Sólo entonces comprenderás el precio que el Emperador está dispuesto a pagar. Sólo entonces comprenderás porqué debe ser detenido.

—¿Y cómo voy a encontrar este planeta perdido?

—Yo te llevaré allí —dijo Nyriss—. Entonces podrás ser testigo del horror con tus propios ojos.

—¿Cómo sé que esto no es una trampa? —demandó Scourge—. ¿Que no es otro elaborado truco para manipularme para que haga vuestra voluntad?

—No lo sabes —admitió Nyriss—. ¿Pero qué otra elección tienes?

Ella tenía razón.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó él.

—Paciencia, Lord Scourge —dijo Nyriss—. Nos llevará varios días antes de que estemos listos para marcharnos. El viaje es largo y debemos estar seguros de que el Emperador nunca lo descubre. Viajar a Nathema se castiga con la muerte.

—¿Se reunirá Sechel con nosotros?

—No. Esto es sólo para tus ojos.

Scourge asintió, preguntándose silenciosamente si el consejero intentaría buscar venganza por el interrogatorio brutal.

—Ahora eres parte de mi círculo interno —le aseguró Nyriss—. Sechel no se atreverá a hacerte daño. Encárgate de tus heridas —le instruyó ella, notando las quemaduras dejadas por el ataque de rayos de Darth Xedrix—. Luego vuelve a tu habitación y descansa un poco.

Cuando él se volvió para irse, ella le dirigió otra de sus sonrisas perturbadoras.

—Aunque podrías querer dormir con un ojo abierto. Sólo por si acaso.

CAPÍTULO 13

Las celebraciones de la victoria del Clan Ordo continuaron hasta muy tarde esa noche. Seis miembros del clan, cuatro hombres y dos mujeres, habían muerto en la batalla, una cuarta parte de las bajas que ellos le habían infligido al Clan Jendri.

Veela había ordenado que los treinta cuerpos fueran reunidos en una enorme pira funeraria. Revan comprendía la mezcla de amigos y enemigos: todos eran mandalorianos que habían muerto en batalla. Por costumbre se les debía a todos un funeral de guerrero, independientemente del clan por el que habían estado luchando. La pira ardió durante horas, con las llamas iluminando la noche y calentando el campamento mientras los hermanos y hermanas de los caídos contaban historias de su valentía. Honraron su recuerdo con canciones y fiestas, simultáneamente apenándose por sus muertes y celebrando la rimbombante victoria Ordo.

La cerveza corrió libremente, pero Revan se había limitado a una única jarra. Porque había luchado con el Clan Ordo, se le había concedido unirse a la celebración. Pero aunque él conocía sus costum-

bres, no era mandaloriano. Era difícil para él alegrarse de la perdida de compañeros, sin importar lo honorables que pudieran haber sido sus muertes. Revan también estaba alerta por lo que Veela pudiera hacer ahora que sabía que él era un Jedi. Afortunadamente ella sólo pensaba que él era un anónimo Maestro renegado. Si supiera quién era él realmente podría haber problemas.

Muchos mandalorianos despreciaban a los Jedi. Y a Revan en particular. Revan había sido responsable de incontables muertes mandalorianas y había robado y ocultado la Máscara de Mandalore, un acto considerado un crimen de guerra. Considerando el feroz orgullo de Veela por su pueblo y su cultura, ella probablemente no perdonaría y olvidaría. Afortunadamente, parecía que no era consciente de su auténtica identidad.

Con el paso de la noche, Edric y varios de los otros vinieron a hablar con él, haciendo hincapié en incluirle en las festividades del clan. Todo el mundo parecía saber que él había atraído el fuego de los Basiliscos enemigos, permitiéndoles a los pilotos llegar a sus monturas. Aunque interesantemente, ninguno de ellos conocía ninguno de los detalles de lo que había ocurrido más allá de los bordes de la batalla principal. Obviamente Veela hecho jurar a los otros pilotos que guardarían el secreto.

Él debería haberse tomado eso como una buena señal, pero seguía viendo a Veela y a los otros pilotos mirándole sospechosamente. Ellos podrían no saber que él era Revan, pero sabían que era un Jedi y eso claramente les preocupaba.

Él no estaba seguro de si Veela les había ordenado que guardaran silencio por respeto a lo que él había hecho durante la batalla, o porque pensaba que todavía necesitaban que él encontrara la Máscara de Mandalore, o incluso por sus sentimientos hacia Canderous. Pero fuera cual fuese la explicación, su secreto parecía a salvo… por ahora.

Cuando finalmente se metió en la cama tarde aquella noche se sorprendió de oír a Canderous entrar farfullando en la tienda unos minutos después.

—Creí que estarías con Veela.

—No está demasiado contenta conmigo justo ahora —explicó

Canderous—. Dejaré que se enfríe durante la noche.

—Siento oír eso.

—Hiciste lo que tenías que hacer —respondió su amigo mientras se metía en su saco de dormir—. Antes o después iba a salir a la luz.

—¿Cómo de malo es esto?

—A Veela no le gustan los Jedi —admitió Canderous—. Pero es difícil de leer. Con algo de suerte simplemente nos guardará rencor durante unos cuantos días. —El hombre grande giró para ponerse de costado—. Eso o intentará matarnos en la escalada de mañana.

Revan no pudo decir si estaba bromeando.

El tiempo por la mañana fue el mismo que cualquier otra mañana en Rekkiad: heladamente frío, con feroces vientos y remolinos de nieve que limitaba la visibilidad. Revan había tenido la esperanza de que fuera un día claro y calmado de manera que pudieran utilizar los Basiliscos para que los llevara volando hasta la cima. Pero incluso así en la base, las ráfagas inesperadas tenían suficiente fuerza como para casi derribarle. Más arriba, las turbulencias y la falta de visibilidad convertiría en suicida un atento de aterrizar en la cima, incluso para los pilotos más hábiles. A pesar de lo peligroso que era, escalar a hasta la cima era la única opción real.

—Malas condiciones para el ascenso —remarcó Canderous mientras estaban en la base de la primera Lanza.

—Esto es tan bueno como se va a poner —dijo Veela—. Si estás asustado, haré que Edric ocupe tu lugar y tú puedes quedarte vigilando el campamento.

—El viejo probablemente tendría un ataque al corazón a medio camino hacia arriba —respondió Canderous con una sonrisa.

—Sólo es un año mayor que tú —apuntó Veela.

—Pero yo soy como un buen vino —replicó él—. Me vuelvo mejor con la edad.

El intercambio juguetón tranquilizó algunas de las preocupaciones de Revan sobre la misión, aunque todavía estaba excitado por la composición del equipo de escalada. Había ocho en total: Revan,

Canderous, Veela y los otros cinco jinetes de Basiliscos, incluyendo Grizzer, el joven que le había dado su montura a Canderous.

Las elecciones de Veela tenían cierto sentido. Ir tras la Máscara de Mandalore era un gran honor y los jinetes de Basilisco estaban entre los guerreros más respetados del clan. La única otra persona que podría haber sido incluida era Edric, pero había sido elegido para que se quedara atrás para liderar al Clan Ordo en caso de que Veela y los otros nunca volvieran.

Sin embargo Revan no podía evitar darse cuenta de que todos los escaladores sabían que él era un Jedi. Y Edric, el amigo más antiguo y más leal de Canderous, había sido dejado atrás. Deseó haber tenido una oportunidad para hablar con Canderous antes de haberse ido. Ahora todo lo que podía hacer era mantener la guardia alta durante el ascenso, sólo por si acaso.

Se separaron en dos grupos de cuatro, con los miembros de cada grupo conectados por un trozo largo de cuerda de escalada. Canderous, Revan y dos de los pilotos formaban el primer grupo y Veela y los otros tres pilotos el segundo. Además de su ropa y su equipamiento para el invierno, cada escalador tenía una mochila de veinte kilos de suministros y raciones atada a sus hombros.

Los dos equipos empezaron su ascenso simultáneamente, subiendo a lo largo de caminos paralelos por la superficie perpendicular y vertical de la pared de hielo que formaba la fachada de la Lanza. Cada metro de progreso se conseguía sólo cortando el hielo, mellándolo con un pico de punta afilada para crear una pequeña sujeción para una mano o un pie y clavando luego en la pared una polea de sujeción para asegurar la cuerda de escalada. El patrón se repetía una vez y otra vez.

El progreso era lento y agotador. Un único paso en falso podía enviar a un escalador que cayera a una muerte rápida y atroz. Teóricamente, las cuerdas y las poleas que conectaban a cada equipo deberían permitirle a los otros tres miembros que soportaran el peso si uno de ellos caía, pero nadie estaba inclinado a probar la teoría.

* * *

DESPUÉS DE SÓLO CINCUENTA METROS, EL RUGIDO DEL VIENTO ERA YA LO bastante fuerte como para arrancarles la voz, forzándoles a comunicarse con simples gestos manuales. A pesar del frío, Revan estaba sudando mucho bajo sus capas de ropa, con su cuerpo calentado por el constante esfuerzo físico mientras luchaban por abrirse camino metro a metro dolorosamente hacia la cima.

Al menos estaba a salvo de Veela durante un tiempo. El difícil ascenso requería una atención y una concentración total de cada escalador mientras trabajaban en concierto para alcanzar la cumbre. Incluso si los pilotos Ordo estaban conspirando contra él, simplemente no serían capaces de intentar nada hasta que llegaran a la meseta de la cúspide.

Al principio de la escalada la cima era invisible, perdida en el remolino de nieve y las nubes. Pero durante la quinta hora se habían elevado sobre la peor parte de la tormenta, dándoles su primer vistazo del pico de la Lanza, iluminado por el pálido sol naranja de Rekkiad.

Estaban muy por encima de la mitad de su objetivo, pero el agotamiento y la fatiga estaban empezando a impedir su progreso. Mientras la altitud incrementaba, el aire se volvió más fino, dejando a los escaladores resollando y jadeando. La mochila atada a la espalda de Revan parecía haber doblado su peso y él podía sentir las correas clavándose en sus hombros incluso a través de sus ropas. Pero poco se podía hacer excepto ignorar el dolor y concentrarse en la escalada.

El equipo de Veela estaba unos cincuenta metros más adelante. De repente uno de los jinetes perdió pie y se resbaló. Cayó diez metros antes de que las cuerdas detuvieran repentinamente su caída, dejándole colgando indefensamente al final de la línea. La repentina frenada había girado parcialmente su mochila, retorciéndole las correas de los hombros de manera que sus brazos estaban atrapados tras su espalda. Combinado con los vientos aullantes que le zarandeaban de un lado a otro, él fue incapaz de restablecer su agarre a la montaña.

Veela y los otros empezaron el proceso lento y cuidadoso de bajar para ayudarle. Les llevó unos dos minutos al equipo de Revan llegar al nivel de Veela y su equipo mientras ellos bajaban para rescatar al

escalador caído. Dándose cuenta de que la situación estaba bajo control, el equipo de Revan continuó hacia la cima.

Cinco minutos después de la caída, Revan miró hacia abajo para ver que todos los del equipo de Veela estaban de nuevo en una posición segura. No estaban intentando recuperar la posición de cabeza, sino que se movían más lenta y cuidadosamente que antes.

Dos horas después el equipo de Revan alcanzó la cumbre. Canderous fue el primero. Plantando los pies firmemente, alargó la mano para coger el brazo de Revan y subirle de un tirón. Revan hizo lo mismo por la mujer que le seguía y ella hizo lo mismo por el hombre tras ella.

La parte superior de la primera Lanza era una meseta sin rasgos sobresalientes de hielo resbaladizo cubierto por una fina nieve polvo. Mirando a través del hueco entre las dos Lanzas, Revan pudo ver que la otra cima era tan desnuda y carente de rasgos distintivos como esta.

—¿Y ahora qué? —gritó Canderous por encima del rugido del viento.

—Si esta es la cumbre correcta, debería haber una entrada por aquí en alguna parte —le gritó Revan.

Una ráfaga de viento le empujó lateralmente y él casi dio un traspiés.

—¿Una entrada a qué?

Revan sólo se encogió de hombros. Su visión no le había mostrado qué habían descubierto Malak y él y ningún otro recuerdo había subido a la superficie durante la escalada.

Todos dejaron las mochilas en el suelo y comenzaron un patrón de búsqueda cuadriculado sobre la superficie de la meseta. No les llevó mucho tiempo encontrar lo que estaban buscando.

Cerca del centro de la meseta, bajo la nieve polvo, había una pequeña escotilla de duracero. Revan cogió el asa y tiró con fuerza, llamando a la Fuerza para que le diera fortaleza cuando sintió que sus músculos empezaban a cansarse. Lentamente, de mala gana, la pesada cubierta se abrió para revelar una escalera que llevaba hacia abajo a la oscuridad.

—Vosotros quedaos aquí y esperad a Veela —le ordenó Canderous a los otros dos mandalorianos—. Nosotros bajaremos y lo comproba-

remos.

Sacó varias lámparas de su mochila del suelo, junto con una pistola láser. Revan no tenía un arma en su mochila. Todo el mundo en la escalada ya sabía que era un Jedi y él confiaba en que el sable láser de su cinturón fuera suficiente para tratar con cualquier cosa con la que se tropezaran.

No es que esperara problemas. Era difícil imaginarse una localización más remota, aislada e inhóspita. Era fácil ver porqué había decidido ocultar la Máscara de Mandalore aquí.

¿Pero dónde era *aquí*, exactamente? ¿Por qué había una cámara subterránea secreta construida en la Lanza y cómo la habían encontrado en primer lugar Malak y él?

Canderous se acercó a la escotilla y dejó caer una lámpara por ella. Esta rebotó, iluminando la longitud del pozo mientas caía. Se detuvo a unos treinta metros más abajo, rebotando y rodando, y luego se paró en el suelo.

—Después de ti —dijo Canderous.

Mientras Revan empezaba el largo descenso, su mente empezó a girar. Breves centelleos de recuerdos dormidos explotaron en su consciencia, sólo para desvanecerse antes de que él pudiera aferrarlos completamente.

Tenía una abrumadora sensación de déjà vu. Sabía con certeza que Malak y él habían explorado la cámara oscura bajo el hielo justo como Canderous y él la estaban explorando ahora.

Las imágenes y los sonidos de su visita previa se fundían con lo que le rodeaba actualmente, con las imágenes solapándose unas sobre otras, oscureciendo su visión y mareándole. Se volvió tan malo que Revan tuvo que cerrar los ojos, agarrándose a los peldaños de la escalera con una sujeción tensa.

—¿Estás bien? —preguntó Canderous desde unos metros más abajo.

Su voz retumbó fuertemente contra las paredes de roca toscamente talladas.

—Mi pasado me está alcanzando —explicó Revan, sacudiendo la cabeza para disipar el vértigo.

Esperó unos segundos más y cuando abrió los ojos de nuevo todo había vuelto a la normalidad. Tomando aire profundamente, continuó bajando hasta que llegó al fondo.

El pozo terminaba en un túnel estrecho y retorcido que continuaba horizontalmente. Resistiendo la urgencia de sacar su sable láser, Revan sacó otra lámpara luminosa y comenzó a bajar por el pasaje. Canderous le siguió de cerca.

El túnel era estrecho, forzándoles a caminar en fila india, pero el techo era lo bastante alto como para que incluso Canderous no tuviera que agacharse. No le llevo mucho a Revan darse cuenta de que estaban caminando por una ligera pendiente, yendo siempre más profundamente al corazón de la Lanza. El aire alrededor de ellos se hizo más cálido, haciendo que se desabrocharan las chaquetas y se bajaran las capuchas.

Cuando continuaron hacia delante, Revan empezó a sentir la inequívoca presencia del lado oscuro. Su mano cayó sobre el sable láser de su cinturón, pero se relajó cuando comprendió que la sensación era demasiado débil para significar una amenaza inmediata. Una vez la Fuerza había sido poderosa en este lugar, pero con el tiempo (muchas décadas o incluso siglos) se había desvanecido hasta poco más que un recuerdo.

Al final el pasaje les llevó a una gran cámara circular tallada en la roca. Fácilmente de unos treinta metros de ancha, la sala estaba vacía salvo por una gran cripta de piedra en el centro.

—¿Qué es este lugar? —susurró Canderous.

—Creo que es la cámara funeraria de un antiguo Lord Sith —respondió Revan—. Como las tumbas de Korriban.

—¿Por qué le enterrarían aquí en este páramo congelado?

Para su propia sorpresa, Revan conocía la respuesta a esa pregunta.

—Era un exiliado. Huyó aquí con un puñado de sus seguidores fanáticamente leales hace muchos siglos. Cuando murió, ellos tallaron esta cámara secreta par enterrarlo de manera que sus enemigos no pudieran encontrarlo y profanar sus restos.

—¿Cómo sabes eso?

Revan se encogió de hombros.

—Sólo lo sé. Malak y yo vinimos aquí buscando esta cripta. Alguien debe de habernos hablado de ella.

—¿Quieres decir alguien como Mandalore?

Otro recuerdo vino a estrellarse contra Revan, desencadenado por las palabras de su amigo.

Mandalore el Grandioso yacía moribundo a sus pies. Tosiendo la sangre que le subía de los pulmones, alargó la mano hacia arriba y se quitó su Máscara, el símbolo más sagrado de su pueblo.

—No se suponía que fuera a terminar de esta manera —dijo, con la voz suave y baja—. Ellos me prometieron la victoria. Sólo ahora veo cómo fui traicionado.

Revan inclinó la cabeza hacia un lado, perplejo.

—¿De qué estás hablando?

—Ellos me engañaron. Nosotros nunca quisimos esta guerra. Ellos nos utilizaron a mí y a mi pueblo para probar el poderío de la República.

—¿Quiénes os utilizaron?

—Los Sith.

El recuerdo terminó de repente, deslizándose rápidamente de nuevo en el subconsciente de Revan. Pero al aflorar a la superficie, había liberado una gran cantidad de otros recuerdos atrapados y estos se estrellaron contra Revan como una ola, tambaleándole.

—Lo recuerdo —murmuró él, colocando la mano en la pared para apoyarse—. Lo recuerdo.

—¿El qué? —preguntó Canderous ansiosamente—. ¿Qué recuerdas?

Revan no respondió. En su lugar cruzó la sala hasta el sarcófago en el centro. Tallado en los laterales de granito había un patrón entretejido de círculos y líneas diagonales, muy probablemente en un emblema familiar o un sello. La pesada tapa de piedra de la tumba era suave y no tenía adornos, pero cuando Revan se acercó pudo ver marcas y arañazos a lo largo de los bordes, señales de que había sido

movida varias veces.

Abriéndose a la Fuerza, Revan se concentró en la tapa. Después de un momento empezó a moverse, con el borde rechinando a lo largo de la tapa de la mitad inferior del sarcófago mientras se elevaba lentamente en el aire.

Con cuidado de no dejar caer la pesada tapa, la apartó a un lado y la bajó suavemente hasta el suelo. Entonces se acercó al sarcófago y miró dentro.

No había restos que ver. Los enemigos del anónimo Señor Sith de la tumba debían de haberle encontrado después de todo, robando su cadáver momificado por algún propósito oscuro y retorcido. El cuerpo desaparecido no llegó como sorpresa a Revan y de repente recordó que Malak y él también habían encontrado el sarcófago vacío.

Pero no lo habían dejado de esa manera. Dentro estaba un datacrón, un pequeño cubo similar a los holocrones utilizado por los Jedi y los Sith para grabar sus enseñanzas para las futuras generaciones. Sin embargo, a diferencia de aquellos poderosos artefactos, el datacrón no se había creado utilizando la Fuerza. Era simplemente un depósito de información.

Pero Revan apenas miró al datacrón. Su atención estaba cautivada por el objeto que descansaba junto a él: la Máscara de Mandalore. Y mientras alargaba la mano y recogía la reliquia sagrada, su mente volvió de golpe al momento en el que la había dejado allí.

—Así que Mandalore estaba diciendo la verdad —dijo Malak.

—¿Realmente creía que sus últimas mentiras serían una mentira? —preguntó Revan.

—¿Y ahora qué?

—Tenemos nuestra prueba —dijo Revan—. Los Sith no están extintos. Hay que detenerles.

—¿Qué hay de los mandalorianos?

—Sin la Máscara, no son nada —dijo Revan, colocando la Máscara dentro del sepulcro vacío.

* * *

El recuerdo terminó, trayendo toscamente a Revan de vuelta al presente. Él levantó la Máscara y la sostuvo en alto de manera que Canderous pudiera verla.

El gran hombre caminó lentamente hacia él, como si estuviera mareado. No habló, pero cuando se aproximó, sus manos se levantaron casi involuntariamente, con sus dedos alargándose hacia el símbolo perdido de su pueblo.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Veela y los otros entraban en la sala.

—¡Cómo te atreves a profanar la Máscara de Mandalore con tus asquerosas manos Jedi! —gritó Veela, rompiendo el hechizo que momentáneamente había cautivado a los dos hombres.

Revan levantó la mirada para verla de pie en la entrada de la caverna, flanqueada por los otros escaladores. Los seis mandalorianos estaban armados con pistolas láser, con los cañones apuntados directamente a los dos hombres que estaban en la cripta.

—¡Veela! —demandó Canderous—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Dejad la Máscara y marchaos de la cripta —ordenó ella, ignorándole.

Moviéndose lentamente para no alarmar a nadie, Revan colocó la Máscara de nuevo en la cripta.

—Avner luchó junto a nosotros —protestó Canderous—. Nos llevó hasta la Máscara de Mandalore. ¿Y le pagas con traición?

Veela ladró una risa brutal.

—¿Quién eres tú para hablar de traición? Le volviste la espalda a tu pueblo. ¿Y para qué? ¿Para tirar tu destino con Revan el Carnicero?

—¿Cuándo te lo imaginaste? —preguntó Canderous, sin molestarse en negar la verdad.

—Una vez que reveló que era un Jedi, fue obvio —dijo ella con un bufido—. Especialmente con ese nombre. ¿De verdad creíste que reorganizando *Revan* en *Avner* nos engañaría?

—Esto no se trata de él —dijo Canderous—. Se trata de mí, ¿ver-

dad?

Veela se mordió el labio pero no respondió.

—No estoy aquí para reclamar la Máscara para mí mismo —le aseguró Canderous—. Eres la líder por derecho del Clan Ordo. No estoy aquí para desafiarte.

—Todavía no lo pillas —dijo Veela, negando con la cabeza—. Tú deberías ser nuestro líder, ¡no yo! *Tú* eras nuestro mejor guerrero. *Tú* eras nuestro campeón. Nuestro héroe. Cuando Mandalore cayó, ¡tú deberías haber sido el que ocupara su lugar! —Ella le miró tristemente—. En vez de eso, nos abandonaste. Me abandonaste.

—Lo siento —dijo suavemente Canderous—. Cuando nuestro clan se hizo pedazos, estuve perdido. Tenía que irme. No sabía qué más hacer.

—Podrías haberte quedado y habernos ayudado a volver a reunirlo —insistió Veela, con su voz rompiéndose ligeramente mientras bajaba el arma láser de su mano.

—*Cin vhetin* —dijo Canderous—. No puedo deshacer el pasado. Pero estoy aquí ahora.

—Eso es por lo que no se lo dije a los otros en el campamento —admitió ella—. No quiero destruir tu reputación diciéndoles que te uniste a Revan.

—No se lo dijiste a ellos porque tenías miedo de que estuvieran de acuerdo conmigo —replicó Canderous—. Revan no es nuestro enemigo. Ahora no. Sin él, el Clan Jendri nos habría masacrado. Sin él, nunca habríamos encontrado la Máscara de Mandalore. Revan ha demostrado ser nuestro hermano. ¡Y lo que estás haciendo trae deshonor a nuestro clan!

—No —insistió Veela—. Estás equivocado. El Clan Ordo podría aceptar a un Jedi, pero no a él. A cualquiera menos él.

—Sólo hay una manera de estar seguro. Dejaremos que todo el clan decida.

—Eso no es una opción —replicó Veela, volviendo a levantar su arma láser—. Revan no puede dejar esta sala con vida.

—Conoces la reputación de Revan —le advirtió Canderous—. Y la mía. Puede que haya seis de vosotros, ¿pero realmente crees que te-

néis una oportunidad contra los dos?

—No estamos aquí para matarte a ti —le dijo Veela—. Sólo a él.

—¿Y esperas que me quede al margen y no haga nada?

—¡Espero que te unas a nosotros! —gritó Veela—. ¡Eres mandaloriano! El Clan Ordo es tu familia, no Revan. Tienes que elegir: él o nosotros.

—No tiene que ser así —dijo tranquilamente Canderous—. Bajad las armas. Terminad con esta locura. Llevaremos la Máscara de Mandalore de vuelta al campamento juntos.

—Esta es tu última oportunidad, Canderous —dijo Veela—. ¡Elige!

Su mano estaba temblando, haciendo apuntar que fuera difícil para ella. Pero los otros cinco sostenían sus armas láser firmes y niveladas.

—No podéis ganar esta batalla —dijo tranquilamente Revan, hablando más para los otros que para Veela.

—Matamos a docenas de Jedi durante la guerra —respondió sombríamente Veela.

—Yo no soy un Jedi ordinario.

—Veela —rogó Canderous—, por favor no hagas esto.

Sus hombros bajaron y ella dejó escapar un suspiro de resignación.

—Matadlos a ambos.

Revan estaba en movimiento, con su sable láser centelleando al encenderse, antes de que las palabras hubieran terminado de salir de su boca. Cuando Veela y dos de los otros, reaccionando ligeramente más rápidamente que el resto, dispararon sus armas, la hoja verde se transformó en un borrón giratorio y parecido a un remolino cuando él la utilizó para desviar los disparos en la dirección de los que habían disparados.

Uno de los disparos desviados dio en el blanco, acabando con la mujer a la izquierda de Veela. Canderous y Revan se agacharon para ponerse a cubierto detrás del sarcófago justo cuando los otros mandalorianos abrieron fuego. Canderous salió brevemente para disparar, haciendo que los mandalorianos se separaran para ponerse a cubierto. Sin embargo, había unos pocos lugares preciosos en los que ocultarse en la sala abierta y Canderous acabó con dos de ellos antes de que lle-

garan a un lugar seguro.

Veela y los otros dos supervivientes lucharon por volver al pasadizo cerca de la entrada de la sala, agachándose para quedar fuera de la vista tras la esquina para reagruparse. Un segundo después un trío de granadas fueron dando botes por el suelo, rebotando y rodando hasta pararse cerca de la base del sarcófago.

En el instante antes de detonar, Revan se abrió a la Fuerza y lanzó la pesada tapa de piedra del sarcófago hacia las granadas. Esta actuó como escudo, absorbiendo la peor parte de la explosión antes de estallar en piedrecitas y polvo.

Sin embargo, la explosión fue ensordecedora. La fuerza de la onda expansiva fue lo bastante fuerte como para hacer caer a Canderous y Revan. Mientras Revan luchaba por ponerse en pie, el único sonido que pudo oír fue un fuerte campaneo en sus oídos.

Veela y su equipo se aprovecharon de la ventaja y entraron cargando en la habitación, con las pistolas láser centelleando. Los tres apuntaron a Revan, que apenas rodó para escapar a tiempo.

Por el rabillo del ojo, él vio a Canderous tendido sobre su estómago, con los brazos estirados delante de él para reforzar su pistola láser en el suelo mientras apuntaba cuidadosamente. Un instante después, Veela cayó por un limpio disparo asesino en el corazón.

Con su atención distraída sólo un instante por el cuerpo de su líder desplomándose sobre el suelo, los dos mandalorianos restantes vacilaron. Revan utilizó ese momento para liberar un golpe lateral de su sable láser. La espada salió girando en un amplio camino arqueado que acabó con la vida de ambos antes de que ellos pudieran moverse.

Revan cogió diestramente su sable láser por la empuñadura cuando este volvió a su mano y entonces se enderezó lentamente, con sus oídos todavía resonando. Cerca, Canderous todavía estaba tendido en el suelo, congelado en la misma posición en la que había estado momentos antes. Lentamente, Revan se aproximó a él, intentando ver si estaba herido.

El hombre grande no se movió hasta que Revan alargó el brazo y colocó su mano sobre su hombro. Entonces Canderous giró su cabeza de golpe con sorpresa. Movió los labios diciendo algo, pero Revan no

pudo oír lo que estaba diciendo, así que sólo se encogió de hombros como respuesta.

Canderous se impulsó para levantarse de su estómago y ponerse en pie, dejando su pistola en el suelo. Camino hasta donde Veela estaba tendida bocabajo en el suelo y le dio la vuelta.

Los ojos de ella estaban muy abiertos, mirando al techo sin ver nada. Cariñosamente, él le cerró los párpados y entonces le cruzó las manos sobre el pecho. Después se puso en pie y se volvió, mirando al rincón vacío de la sala.

Después de unos minutos, Revan fue a colocarse junto a él.

—Lo siento. —Su voz sonó extraña para él. Su oído todavía estaba distorsionado por las granadas y no estaba seguro de si Canderous le había oído—. Lo siento —repitió, esta vez más fuerte.

Canderous giró la cabeza para mirarle.

—Yo también —respondió antes de volverse para mirar de nuevo a la pared, con sus palabras vacías y desinfladas—. Yo también.

CAPÍTULO 14

CANDEROUS CONTINUÓ MIRANDO A LA PARED DE LA CAVERNA MIENTRAS Revan se mantenía de pie en respetuoso silencio. Al final se volvió de nuevo hacia Revan.

—No deberíamos dejarles simplemente tendidos aquí de esa manera —dijo—. Es irrespetuoso.

Revan asintió. Los mandalorianos todavía yacían donde habían caído, con sus cuerpos derrumbado en posiciones poco naturales.

Juntos los dos hombres los recogieron uno a uno y los colocaron unos al lado de otros en el centro de la habitación. Como había hecho con Veela, Canderous les cerró los ojos y cruzó sus manos sobre su pecho.

Si hubiera habido alguna manera de hacer una pila funeraria, Revan habría sugerido que los quemaran según la costumbre mandaloriana. Pero sin combustible eso no iba a ser posible.

—¿Qué les voy a decir a los otros? —se preguntó Canderous una vez que hubieron terminado de colocar los cuerpos.

Revan comprendía su dilema. Habría muchas preguntas sobre

cuándo volvieran solos con la Máscara de Mandalore y Canderous no quería traer la vergüenza al nombre de Veela.

—Haz que sea simple —sugirió Revan—. Di que nos tropezamos con resistencia inesperada de droides guardianes programados para proteger la cripta. Diles que Veela y los otros murieron en la batalla y que lucharon como auténticos guerreros antes de caer.

Canderous asintió y entonces caminó lentamente hasta el sarcófago. Cogió la Máscara de Mandalore y entonces, casi como una ocurrencia tardía, recogió el datacrón.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirando curiosamente al pequeño cubo.

—Es una crónica del Lord Sith que fue enterrado aquí —dijo Revan—. Creo que Malak y yo lo encontramos oculto en la tumba la última vez que estuvimos aquí.

—¿Recuerdas qué hay en él?

—La mayor parte.

—Cuéntame.

Revan sabía que Canderous estaba esperando que hubiera algo en la historia que le ayudara a comprender porqué Veela se había vuelto contra él. Por lo que Revan recordaba de la historia, esta ofrecería poco consuelo, pero no iba a negarle la petición.

—Su nombre era Lord Dramath Segundo. Hace mil años su padre, el Lord Dramath original, gobernó un planeta llamado Medriaas. Fue derrocado por otro Sith llamado Lord Vitiate, que le cambió el nombre al planeta por Nathema. Con la muerte de su padre, el Lord Dramath más joven huyó. Se ocultó en Rekkiad con un puñado de seguidores leales y cuando murió, ellos le enterraron aquí con el datacrón.

—¿Así que no tiene nada que ver con Mandalore o su Máscara? —preguntó Canderous, negando con la cabeza—. ¿Simplemente decidisteis ocultarla también aquí?

Revan dudó durante un momento.

—En realidad, tiene todo que ver con Mandalore —dijo finalmente.

Canderous tenía derecho a saber la verdad, pero primero Revan te-

nía que reunir todas las piezas de nuevo por sí mismo. Venir a la cámara de enterramiento subterránea había disparado el regreso de una gran cantidad de recuerdos perdidos. Habían llegado a él restos inconexos y centelleos momentáneos de comprensión. Necesitaba tiempo para procesar la información, para organizarlo en algo que tuviera cierta clase de sentido.

—¿Podemos hablar de esto luego? —fue todo lo que dijo.

Canderous estudió la cara de Revan, pareció a punto de decir algo, pero entonces asintió.

—Descansemos un poco —sugirió—. De todas maneras, no podemos bajar de la montaña esta noche. Podemos hablar por la mañana.

Pasar la noche a la intemperie en la superficie de la meseta no era una opción. No mientras pudieran quedarse bajo tierra en una caverna calentada geotermalmente que estaba protegida de los elementos. Desenrollaron sus sacos de dormir cerca del borde de la sala, tan lejos de Veela y los otros cuerpos como era posible. Compartir la habitación con seis cadáveres era desagradable, pero era mejor que congelarse hasta morir.

Ningún hombre durmió bien. Revan pudo oír a Canderous dando vueltas y moviéndose. Una vez Revan pensó que le oyó susurrar el nombre de Veela.

Los pensamientos de Revan tampoco le dejaron dormir a él. Había esperado que encontrar la Máscara de Mandalore sería un gran logro, la clave para desbloquear sus recuerdos perdidos. Pero cuando más intentaba recomponer las imágenes fragmentadas que se abarrotaban en su cabeza, más comprendía cuánto faltaba todavía. Sólo había dado un pequeño paso hacia delante y sospechaba que el viaje estaba lejos de terminar.

Cuando el sueño finalmente venció, soñó de nuevo con el planeta de tormentas infinitas y noche perpetua. Parecía más vívido que antes. Más sustancial. Más *real*.

No pudo decir cuánto durmió. Era difícil sentir el paso del tiempo en la sala. Cuando despertó no se sentía refrescado, pero sabía que no tenía sentido intentar volver a dormirse.

Canderous ya estaba en pie, paseándose lentamente de un lado de

la sala al otro, mirando a la Máscara que sostenía en sus manos.

Revan se puso en pie y se desperezó, tonificando los nudos de su cuello y hombros.

—Estoy listo para decirte lo que recuerdo de Mandalore —dijo—. Si todavía quieres oírlo.

—Sí.

Tomando aire por última vez para ayudar a reunir sus pensamientos, Revan se lanzó a la historia.

—Unos dos años antes de que él le declarara la guerra a la República, Mandalore fue abordado por un hombre con la piel del color de la sangre: un sith.

—Creí que los Jedi habían aniquilado a los sith.

—Igual que lo creían los Jedi. La especie sith se desvaneció tras la Gran Guerra Hiperespacial. No se ha visto a uno de su clase en el espacio de la República desde hace mil años. Pero este ser de piel roja llegó a Mandalore. Clamaba ser el emisario de un poderoso Señor, un descendiente del Lord Sith que había llevado a Dramath al exilio, y convenció a Mandalore de que le ayudar a buscar la tumba del enemigo.

Revan estaba hablando lentamente, con las palabras saliendo tan rápidamente como los detalles encajaban en su lugar. Sus recuerdos todavía eran borrosos y estaban revueltos. El momento y el lugar original de cada recuerdo específico no estaban claros. Mandalore le había contado parte de esto. Otros detalles habían venido del datacrón de la tumba. La mayor parte lo había descubierto mucho después, después de que Malak y él hubieran viajado hasta las Regiones Desconocidas.

Era imposible distinguirlo todo. Por necesidad, su mente dañada había derrumbado sus recuerdos unos sobre otros, uniéndolos en un todo semicoherente mientras él dormía.

—Mandalore ayudó al sith a encontrar la cripta oculta de Dramath —continuó—. El sith se llevó los restos para dárselos a su señor y a cambio le habló a Mandalore de una visión que su señor había tenido de los mandalorianos alzándose contra la República. Le dijo que conquistarían planeta tras planeta, aplastando a sus enemigos hasta que

la República se derrumbara sobre sí misma. Le prometió a los mandalorianos una victoria gloriosa y Mandalore le creyó.

—Mandalore el Grandioso no nos llevaría a la guerra contra la República sólo porque algún extraño le dijo que ganaríamos —protestó Canderous.

—Es más complicado que eso. El sith utilizó el poder del lado oscuro para manipularle. Sólo cuando Mandalore yacía moribundo a mis pies se rompió finalmente el encantamiento y él comprendió que le habían engañado. Eso es por lo que él me habló de este lugar. De manera que pudiera venir y verlo por mí mismo.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo Canderous—. Dices que el sith engañó a Mandalore para que atacara a la República. ¿Pero por qué?

—No lo sé —admitió Revan—. Quizás era una prueba para vuestra fortaleza. O la nuestra. Quizás los Sith están planeando otra invasión y buscaban debilitar a la República.

—¿Pero no lo sabes seguro?

—Estoy recordando más y más, pero todavía hay demasiado que falta. —Revan hizo una pausa antes de añadir—: Tal vez encontraré las respuestas en Nathema.

—¿Nathema?

—Las coordenadas del hiperespacio están en el datacrón. Creo que Malak y yo fuimos allí para intentar descubrir más.

—¿Nathema es el planeta con el que sigues soñando? ¿El que está cubierto de tormentas y oscuridad? —preguntó Canderous.

Revan cerró los ojos y se concentró, invocando la imagen que le había atormentado durante tantas noches. Intentó asociar la visión con el nombre, pero de alguna manera sabía que no encajaba.

—No. El planeta de mis sueños no es Nathema.

—¿Estás seguro?

—No puedo estar realmente seguro de nada —confesó Revan—. Pero simplemente no parece correcto. Creo… creo que fuimos allí después de Nathema.

—Y cuando volvisteis, intentasteis conquistar la República. Justo igual que Mandalore.

Revan negó con la cabeza.

—No es lo mismo. Mandalore era un guerrero y no tenía lealtad hacia la República. Convencerle de que atacara fue más persuasión que dominación. El sith sólo le dijo lo que quería oír. Estaba jugando con los propios deseos ocultos de Mandalore.

»Pero Malak y yo éramos Jedi. Haría falta más que algunas palabras persuasivas y un sutil empujón de la Fuerza volverlos al lado oscuro. Algo más nos ocurrió allí fuera. Encontramos algo que nos cambió.

—¿No crees que ir a Nathema de nuevo es un poco arriesgado? —preguntó Canderous.

—Tengo que hacerlo —respondió Revan—. Es la única manera en que descubriré qué pasó.

—¿Qué pasa si ocurre de nuevo lo mismo?

—Tendré más cuidado esta vez. Mi guardia estará levantada.

—¿Crees que eso va a marcar la diferencia?

—Eso espero.

—¿Entonces cuándo nos vamos?

—Tú no vienes —dijo Revan—. Tienes que quedarte aquí con tu gente. —Levantó su mano para cortar cualquier protesta—. Veela tenía razón en una cosa: tú deberías ser el líder de los mandalorianos. La Máscara está aquí, sólo esperando a que la reclames.

—Necesitas mi ayuda —insistió Canderous—. Le volví la espalda a Veela cuando ella me necesitó. No voy a cometer el mismo error contigo.

—Eso es por lo que tienes que quedarte —le dijo Revan—. Los mandalorianos fueron engañados para que fueran a una guerra que casi les destruyó. No sé quién era el sith o detrás de qué iba, pero él sabía que no podíais ganar. Sabía que una guerra contra la República dejaría devastados a los mandalorianos.

—Si los Sith están planeando otra invasión de la República, van a tener que atravesar el espacio mandaloriano primero —murmuró Canderous—. Quizás estaban intentando quitarnos de en medio.

—Quizás. O quizás querían retorcer vuestra cultura y vuestras creencias con la esperanza de que os unierais a ellos. Muchos de los mandalorianos están amargados y sedientos de venganza. Sin un

nuevo Mandalore, ¿cuánto le costará a alguien manipularles para que vayan de nuevo a la guerra? —Revan frunció el ceño—. Tu pueblo ha perdido su camino, Canderous. Necesitas ayudarles a encontrarlo. El destino de la galaxia podría depender de ello.

Canderous miró a Revan y entonces bajó la mirada hacia la Máscara en sus manos. Se quedó inmóvil durante un momento. Entonces, lentamente, levantó la Máscara y la deslizó sobre su cabeza.

—Mandalore ha vuelto —declaró—. Soy Mandalore el Preservador, ¡y restauraré el honor y la gloria de mi pueblo!

T3-M4 SALUDÓ EL REGRESO DE REVAN AL *HALCÓN DE ÉBANO* CON UN torrente chillón de pitidos y silbidos. El astromecánico estaba girando en su lugar tan rápidamente que Revan temió que podría quemarse algún circuito.

—Cálmate, amiguito —dijo, alargando la mano para darle unas palmaditas—. Yo también me alegro de verte.

T3 dejó de girar y respondió con un trino inquisitivo.

—Canderous se queda aquí —explicó Revan—. Este es su pueblo. Aquí es adonde pertenece.

T3 pitó dos veces.

—No, no vamos a ir a casa aun —dijo Revan, colocándose en la silla del piloto e introduciendo sus coordenadas hiperespaciales—. Nos dirigimos a las Regiones Desconocidas, a un planeta llamado Nathema.

CAPÍTULO 15

Scourge sabía que Nyriss le estaba vigilando cuidadosamente. Durante la pasada semana, desde que le había contado la verdad sobre Xedrix, él había sentido su presencia constantemente. Él había prometido no actuar según lo que sabía hasta que viera Nathema por sí mismo y pretendía mantener esa promesa. Sabía que ella no confiaba en él y sabía que ella intentaría matarle si se sentía amenazada. Y también sabía que ella era lo bastante poderosa como para tener una buena probabilidad de tener éxito. Pero él tenía sus propias razones para obedecer. Sentía curiosidad por lo que ella le había dicho. Quería saber más sobre el misterioso pasado del Emperador. Y si resultaba que Nyriss estaba diciendo la verdad, si el Emperador realmente estaba lo bastante loco como para empezar otra guerra contra la República, entonces quizás Scourge debería considerar pasarse al bando de ella.

Ahora el día del juicio estaba aquí. Nyriss había venido a por él temprano, despertándole con un sutil susurro en el oído.

—Es la hora.

Él se había vestido rápidamente y luego la había seguido al espaciopuerto, donde una lanzadera privada les estaba esperando. A diferencia del resto de la flota de ella, esta no llevaba ni sus colores ni su emblema. Este viaje sería conducido en completo secreto.

La lanzadera claramente se construyó para ser veloz. Había poco blindaje y en un primer vistazo era fácil pasar por alto la única torreta láser montada bajo la cabina. Scourge no era un experto en armamento de naves espaciales, pero imaginó que sólo sería efectiva a corto alcance.

El interior era más funcional que lujoso, con sitio para seis asientos. En este viaje, Nyriss y él serían los únicos pasajeros.

Ella se colocó en el asiento del piloto, con sus dedos moviéndose rápidamente sobre los controles con una destreza que desmentía su aspecto nudoso y arrugado. Ninguno de ellos habló mientras la lanzadera despegaba hacia el cielo, subiendo rápidamente a través de las nubes y los rayos hasta que se liberó de la atmósfera.

Nyriss hizo algunos ajustes más e introdujo su ruta y la nave saltó al hiperespacio, dejando a Dromund Kaas, y a los leales seguidores de Nyriss, atrás.

—Nada de lo que te diga puede prepararte para lo que verás en Nathema —le advirtió Nyriss—. Pero te contaré la historia del Emperador y su planeta natal.

—¿Cómo puedo saber que estáis diciendo la verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Créetelo o no según te parezca. Aunque no sea para más, ayudará a pasar el tiempo.

Ella se colocó más cómodamente y, mientras hablaba, su voz adoptó el tono monótono de un cuentacuentos para niños.

—El nombre del Emperador era Tenebrae —empezó ella—. Dicen que nació con los ojos tan negros como el vacío del espacio y que nunca lloraba, ni siquiera cuando era un bebé. Ningún animal se acercaba a él y, cuando empezó a hablar, su voz tenía el peso y el poder que no debería venir de un niño.

»A la edad de seis años empezó a manifestar signos de la Fuerza, marcándole como uno de la élite gobernante. Pero sus padres eran

simples granjeros y la Fuerza no era intensa en ellos. Sospechando del poder del chico, su padre confrontó a su madre, que admitió tener un affaire con el Lord Sith que les gobernaba.

»El padre se puso furioso, atacando a la madre del chico. Tenebrae le detuvo, alimentándose de la furia y el odio de su padre para llamar al lado oscuro. Le rompió el cuello a su padre con un mero pensamiento, matándole instantáneamente. Su madre murió más lentamente. Tenebrae la hizo sufrir durante meses como castigo por traicionar a su familia, torturándola con la Fuerza mientras perfeccionaba sus poderes.

»Huérfano ahora por su propia mano, hizo que otros en su pueblo se inclinaran ante él. A aquellos que se negaron, los torturó y los mató a través de la Fuerza.

»Durante los años siguientes su reputación e influencia se expandió a los pueblos cercanos y amasó legiones de seguidores fanáticos y aterrorizados. Mató a miles durante su alzamiento al poder. Muchos murieron sólo para alimentar su insaciable apetito de sufrimiento, torturados durante días en ejecuciones públicas de manera que él pudiera saborear sus finales agonizantes.

—Esto suena más como una leyenda que una historia —remarcó Scourge.

—No puedo garantizar la veracidad de esta historia —admitió Nyriss—. Aquellos que fueron testigos de los sucesos ya no viven para verificarlos. Pero si alguna vez hubieras conocido al Emperador en persona, no dudarías tanto en aceptar el cuento como un hecho.

—¿Qué hay del gobernante de Nathema? ¿El padre del chico? Clamasteis que era un Lord Sith. Con seguridad no se quedó sentado sin hacer nada mientras un niño conquistaba a su gente pueblo a pueblo.

—El padre de Tenebrae se llamaba Lord Dramath. Oyó rumores, pero venían de un territorio remoto e insignificante. Había olvidado hacía mucho a la simple plebeya que le había dado un hijo y consideró los problemas de unos cuantos pueblos por debajo de su atención. De haber actuado Dramath más rápidamente, el Emperador podría haber sido detenido. Pero pasaron casi cuatro años antes de que decidiera ir a ver a Tenebrae por sí mismo.

»Lord Dramath pretendía juzgar el poder del niño para determinar si era digno de servir al Lord Sith o si debías simplemente ser ejecutado. Pero Tenebrae no tenía intención de servir. Ni de morir. Cuando se encontraron cara a cara, Tenebrae demostró ser el más fuerte. Con sólo diez años, le arrebató a su padre su poder y su mente. Lord Dramath pasó sus últimos momentos sollozando de terror y levantando la mirada hacia los ojos negros de su hijo.

»Le llevó a Tenebrae tres años más conseguir el control del resto de Nathema. El hijo primogénito de Dramath huyó antes que enfrentarse a su formidable medio hermano, pero otros Sith poderosos buscaron hacerse con el trono vacío. Todos cayeron ante el prodigio oscuro y, con cada victoria, él se volvía más poderoso y más cruel.

»A los trece años se presentó a Marka Ragnos, el Señor de todos los Sith y el gobernante del Consejo Sith. Impresionado por la ambición y el poder del adolescente, Marka Ragnos le concedió el título de Lord Vitiate. Con su posición como gobernante de Nathema reconocida oficialmente, Lord Vitiate volvió a su hogar para llevar a cabo su investigación en las profundidades del poder del lado oscuro.

»Se quedó allí durante cien años. Cuando Marka Ragnos cayó, Lord Vitiate no se unió a la loca precipitación para reclamar su posición. No fue parte de la Gran Guerra Hiperespacial contra la República. Cuando Naga Sadow y Ludo Kressh lucharon por el liderazgo de los Sith, no tomó partido. Pero después de la guerra, después de nuestra derrota a manos de la República y de nuestra huida para escapar de la masacre de nuestro pueblo por los Jedi, él emergió de su soledad para convocar un gran consejo de todos los Señores Sith que quedaban. Los invitó a su palacio en Nathema, construido sobre el lugar de su hogar de la niñez, el lugar donde había matado a su padre adoptivo y torturado a su madre hasta la muerte. Les invitó a participar en un ritual para liberar el potencial completo del lado oscuro. Les prometió que liberarían un poder más allá de cualquier cosa de la que hubieran sido testigos o hubieran imaginado jamás.

—¿Sospechaban ellos una trampa?

—Tal vez. —Nyriss se encogió de hombros—. Algunos se negaron a responder a su llamada. Pero muchos más vinieron. Después

de todo, ¿qué podía hacer un hombre contra cien Lores Sith? Recuerda, no era Emperador en aquella época. Era meramente Lord Vitiate, gobernante de un único planeta que no tenía una importancia en particular. No había luchado ninguna batalla de renombre o conseguido ninguna gran victoria o conquista más allá de su propio planeta. Tenía la reputación de un erudito, no de un guerrero.

»Y los Señores Sith estaban impulsados por el miedo. Muchos pensaron que los Jedi pronto les exterminarían a todos. Estaban desesperados por encontrar cualquier cosa que pudieran utilizar como arma contra los sirvientes del lado luminoso. Lord Vitiate jugó con esos miedos, convenciendo aquellos que respondieron a su llamada a dejar de lado sus sospechas hacia él y de los unos hacia los otros para que se unieran en una única causa gloriosa.

»Una vez que llegaron a Nathema, rápidamente cayeron bajo el control de Lord Vitiate. Él dominó sus mentes y aplastó su resistencia. Les convirtió en esclavos de su voluntad, forzándoles a participar en el ritual más complejo de la brujería Sith había intentado jamás. Llamando al lado oscuro, Lord Vitiate les devoró. Se alimentó del poder de ellos, absorbiéndolo en su interior, borrando completamente todo rastro de sus víctimas.

»Pero el ritual no estaba confinado a los Señores Sith condenados. Ellos no fueron sino el ojo de la tormenta. El centro de un vórtice que se expandió a través del planeta entero. Cada hombre, mujer y niño de Nathema murió ese día. Cada bestia, pájaro y pez, todos los insectos y plantas, cada ser vivo tocado por la Fuerza fue consumido. Cuando el ritual terminó, Nathema ya no era un planeta. Era una cascara que habían dejado vacía. Lord Vitiate sacrificó a millones, robándoles su fuerza vital para hacerse inmortal. Sus muertes también le hicieron más fuerte que cualquier Sith que había existido antes y dejó de ser conocido como Lord Vitiate. En ese día, el Emperador nació realmente.

Scourge se preguntó si Nyriss esperaba que estuviera horrorizado por la historia. Si era así, estaba a punto de estar decepcionada.

—El Emperador se hizo con lo que es suyo por derecho —dijo él—. El fuerte toma lo del débil. Esa es nuestra costumbre. Hacerlo

en una escala de millones no cambia nada. Sólo demuestra que se merece ser nuestro Emperador.

—Así solía pensar yo —dijo Nyriss, sonriendo repugnantemente—. Y entonces vi Nathema por mí misma.

Ella no dijo nada más durante el resto del viaje, dejando a Scourge se preguntara en silencio porqué estaba ella tan confiada en que él se pasaría a su bando.

Él sintió los primeros rastros de lo que le estaba esperando cuando la lanzadera salió del hiperespacio. A través de las ventanas de la cabina vio un planeta gris y marrón haciéndose más grande frente a ellos. Mirándolo, sintió algo extraño y perturbador. Algo que era antinatural.

Le llevó varios momentos darse cuenta de lo que iba mal e incluso cuando lo hizo, no llegó a comprender completamente las implicaciones. No estaba sintiendo la Fuerza.

La sensación era completamente extraña. La Fuerza era omnipresente. Radiaba fuertemente en ciertos lugares y en ciertos momentos y el equilibrio del lado oscuro y la luz cambiaba constantemente. Pero siempre estaba ahí en alguna manera, estado o forma.

Ahora, sin embargo, no sintió nada. Se había acostumbrado tanto a la presencia de la Fuerza de fondo que su ausencia completa era casi abrumadora, dejándole incapaz de hablar.

—Prepárate —dijo Nyriss—. Vamos a bajar a la superficie.

La ausencia se volvió constantemente más pronunciada mientras la lanzadera se aproximaba y luego aterrizaba en Nathema.

—Ven conmigo —le ordenó Nyriss, levantándose de su asiento.

Todavía en silencio, Scourge la siguió por la rampa de entrada de la lanzadera abajo y hacia el propio planeta.

Se habían pasado en el espaciopuerto de una ciudad. O de lo que solía ser una ciudad. El espaciopuerto estaba rodeado por los edificios, zonas de deslizadoras y calles que uno esperaría ver en un gran centro metropolitano del planeta. Pero estaba misteriosamente silencioso. El incesante murmullo de las multitudes y el zumbido constante del tráfico pasando a toda prisa en las calles atareadas no estaban.

No había ni siquiera viento y el aire sabía a rancio en la boca de Scourge. La temperatura no era ni fría ni cálida, pero él sintió que empezaba a temblar.

—Sientes el escalofrío del Vacío —le dijo Nyriss—. La Fuerza es energía. Le da calor a nuestras emociones y nuestras mentes. Pero aquí ha sido eliminada.

Ella le llevo por calles desiertas mientras Scourge miraba con fascinado horror, intentando comprender la magnitud de lo que estaba viendo. Los edificios parecían estar casi intactos. No había nada del daño y la destrucción normalmente asociada con millones de muertes simultaneas. Sin embargo, había otros signos de lo que había ocurrido aquí.

Deslizadores y lanzaderas dañadas estaban esparcidos a su alrededor, restos de vehículos en movimiento que se habían detenido al estrellarse cuando sus pilotos fueron ingeridos por el ritual. Y por todas partes Scourge vio que había pequeños montones de ropa: chaquetas, pantalones y botas que habían sobrevivido a lo que sus dueños no sobrevivieron. Normalmente estos restos se los habrían comido los carroñeros, pero en Nathema incluso las alimañas y los insectos se habían extinguido.

—¿Dónde están los droides? —preguntó Scourge.

Él se sorprendió por el sonido de su propia voz. Era plano y monótono, como si incluso las ondas de sonido se hubieran distorsionado por el ritual.

—El ritual sobrecargó sus circuitos —explicó Nyriss, con su voz tan vacía y cansada como la suya—. El daño fue irreparable. Incluso sus núcleos de memoria fueron completamente borrados.

Scourge levantó la mirada y se dio cuenta de algo inusual. El sol que brillaba sobre ellos, una estrella que había parecido brillante y naranja cuando se aproximaban al planeta, era hora de un pálido tono marrón. De hecho, todo alrededor de ellos era marrón o gris, como si los colores hubieran sido desgastados.

Scourge estaba muy familiarizado con la muerte. No tenía problemas para comprender las masacres y las matanzas en masa. La muerte y la destrucción liberaban poderosas emociones como el miedo, el

sufrimiento y el odio. Alimentaban el poder del lado oscuro. Pero lo que había ocurrido en Nathema era diferente y esto le trastornaba de un modo hondo y profundo.

El Emperador lo había consumido *todo*. Vida, sonido, color, incluso la Fuerza. No quedaba nada. Esto no se trataba de conquista o dominación o de destruir al enemigo, conceptos todos que Scourge abrazaba.

Todo en Nathema se había simplemente apagado, extinguido tan completamente que había cesado de tener significado o propósito. Era un vacío de existencia. Un daño al orden natural.

—He visto suficiente —declaró él.

Nyriss asintió y se volvieron y se abrieron camino de vuelta a la nave.

Scourge finalmente comprendió porqué Nyriss y los otros quería acabar con el Emperador. Destruir a tus enemigos, incluso destruyendo un planeta, era comprensible. Pero esto no era simple destrucción. Era aniquilación. Obliteración. El propio tejido de la Fuerza había sido desgarrado. Cualquiera capaz de convertir un planeta entero en una abominación nihilista tenía que estar completamente loco. Después de ver los horrores de Nathema, realmente creía que el Emperador podría declarar otra guerra contra la República, exponiéndoles a los Jedi y llevándoles a la eventual extinción de sus especies.

Para cuando llegaron a la lanzadera, el estómago de Scourge se estaba agitando. Había vivido toda su vida en armonía de la Fuerza. Que la hubieran eliminado le había dejado físicamente enfermo. La lanzadera se estremeció cuando la llevaron hasta el aire y él luchó contra la urgencia de vomitar.

Cuando rompieron la atmósfera del planeta maldito, alguna semejanza de normalidad volvió. Scourge sintió que la Fuerza precipitarse para llenar el vacío dentro de él. Sintió su poder vigorizándole y restaurando su fortaleza. Al mismo tiempo, también sintió otra cosa: la presencia de alguien fuerte en la Fuerza, alguien que no era ni Nyriss ni él.

Nyriss de repente empezó a pulsar los controles de la lanzadera, escaneando el sistema en busca de otra nave, y Scourge supo que ella

también lo sentía.

—Allí —dijo ella, apuntando a la lectura—. Una nave acaba de salir del hiperespacio en este sistema.

—¿Podría el Emperador haber enviado a alguien a que nos siguiera? —preguntó Scourge.

—No lo creo —replicó ella, mirando a las pantallas—. Su signatura no coincide con ningún diseño que haya visto jamás.

Por su voz estaba claro que estaba tan perpleja como él. Si la nave no les había seguido hasta aquí, las probabilidades de que apareciera en el mismo momento en el que ellos estaban aquí eran astronómicas. Pero Scourge comprendía los caminos de la Fuerza demasiado bien como para creer en las coincidencias. Tenía que haber una conexión entre ellos y el visitante inesperado.

—Parece como un pequeño carguero de alguna clase —murmuró Nyriss—. No creo que nos hayan visto.

Scourge comprendió que tenían dos opciones. La primera era hacer un rápido salto al hiperespacio en un esfuerzo por escapar antes de que les vieran.

Nyriss decidió asumir la segunda opción. Alargando un dedo, activó el cañón de iones de la lanzadera, fijó la nave no identificada y disparó.

EN EL INSTANTE EN EL QUE EL *HALCÓN DE ÉBANO* SALIÓ DEL HIPERESPACIO cerca de Nathema, Revan se sintió abrumado por una andanada de imágenes mentales. Todo vino estrellándose contra él, con los recuerdos que estaba tan desesperado por recuperar fundiéndose con un trauma que había intentado tanto por reprimir. Atrapado entre los dos, gritó y se agarró la cabeza con las manos.

Durante varios segundos no se movió, con su consciencia batallando con su huida a la inconsciencia. Uno a uno, él fue capaz de incorporar sus recuerdos, procesarlos y almacenarlos, recuperando lentamente el control.

Sabía con absoluta certeza que había estado antes en este planeta. Recordaba su ciudad desierta y su superficie sin vida. Recordaba bus-

car en los edificios vacíos con Malak, buscando archivos, registros y cartas de astronavegación que les guiaran hasta el siguiente paso del viaje. Pero por encima de todo, recordaba el horror de un planeta muerto completamente despojado de la Fuerza.

T3 estaba a su lado, pitando con preocupación. Revan parpadeó para alejar lo último de su estado de fuga y miró hacia abajo hacia los sensores del *Halcón* para ver qué tenía tan irritado al pequeño droide.

Los sensores habían captado otra nave en el sistema. Era difícil utilizar la Fuerza tan cerca del planeta desolado y él luchó para conseguir alguna sensación de los pasajeros de la otra nave. Para cuando su mente aletargada registró la amenaza que ellos representaban, era demasiado tarde.

El disparo de iones golpeó el *Halcón* a máximo impacto, cortocircuitando sus circuitos y motores y dejándoles a merced del campo gravitatorio del planeta de abajo.

Revan luchó por controlar la nave mientras esta era arrastrada a la atmósfera de Nathema, preguntándose por las opciones de sobrevivir a una segunda colisión consecutiva. El disparo de iones había dañado los controles de vuelo y los estabilizadores y la nave se escoró salvajemente mientras caía en picado hacia la superficie. No tenía ni idea de si la otra nave le estaba siguiendo. Sus sensores se habían apagado junto con todo lo demás. Pero sabía que si no volvía a encender de nuevo los motores y los repulsores, el *Halcón de Ébano* se haría pedazos con la caída.

—¡Te-Tres! —gritó, pero el astromecánico ya estaba lanzándose a la acción.

T3 se había conectado al panel de control principal con una herramienta de pirateo de veinte centímetro de larga. Las luces de la consola de la cabina empezaron a parpadear y a centellear cuando T3 redirigió la energía de los circuitos dañados. A través del ventanal de la cabina, Revan pudo ver el perfil distante de la ciudad muy abajo, con los rascacielos pareciendo crecer rápidamente mientras el *Halcón* se lanzaba hacia ellos a velocidad terminal.

Dentro del panel de control algo crepitó y reventó. El humo llenó la cabina. T3 chilló por la alarma, pero su advertencia fue ahogada

por el sonido de los motores del *Halcón* al rugir de nuevo al encenderse.

Revan tiró hacia atrás con fuerza de la palanca de control y el morro del *Halcón* se inclinó hacia arriba a regañadientes, con los repulsores de emergencia chillando.

—¡Prepárate para el impacto! —gritó él un instante antes de que se estrellaran contra el borde de uno de los enormes rascacielos, enviando una lluvia de permacreto y plastiacero cayendo a la calle vacía de más abajo.

El *Halcón* rebotó contra el edificio y empezó un giro salvaje. Entonces se estrelló contra el suelo en un ángulo extraño, deslizándose a través de la calle como una piedra lanzada sobre el agua antes de detenerse finalmente.

CAPÍTULO 16

Scourge no tenía deseos de volver a Nathema, pero no puso ninguna objeción cuando Nyriss redirigió su lanzadera de vuelta a la superficie del planeta en persecución del carguero dañado. Tenían que descubrir quién estaba en esa nave, porqué estaban aquí y si todavía estaban con vida.

Esta se había estrellado en una del puñado de ciudades que punteaban el planeta, dejando un rastro de edificios dañados y deslizadores destrozados tras de sí. La propia nave todavía parecía estar relativamente intacta. Descansaba incrustada contra la base de un rascacielos al final de una calle principal.

Nyriss dirigió la lanzadera cuidadosamente, alerta para devolver el fuego mientras escaneaba la nave enemiga.

—¿Hay alguien vivo ahí dentro? —preguntó Scourge.

En cualquier otro lugar de la galaxia habría sido capaz de sentir a los supervivientes a través de la Fuerza. Aquí en Nathema, sin embargo, las repercusiones del sombrío ritual del Emperador cegaban sus habilidades.

—Estoy recibiendo lecturas de una forma de vida orgánica a bordo —confirmó Nyriss.

Acercaron la lanzadera para aterrizar a unos cincuenta metros de la otra nave. No había habido ninguna clase de reacción de la nave enemiga mientras se aproximaban.

—Registra el interior —le ordenó Nyriss—. Yo esperaré aquí.

Desembarcando, Scourge le echó su primera buena ojeada a la nave. Era de una forma inusual: plana e circular, como un disco. Se aproximó cuidadosamente, con su corazón martilleando. Normalmente utilizaba la Fuerza para que le advirtiera del peligro potencial. Sin ella se sentía vulnerable y casi indefenso. Era una sensación que definitivamente *no* le gustaba.

Estaba a medio camino de la nave cuando otra idea se le ocurrió. ¿Qué pasa si Nyriss simplemente decidía despegar en su lanzadera y dejarle aquí? La idea le dejó congelado durante un momento, hasta que comprendió lo ridículo que era la idea. Si Nyriss hubiera querido librarse de él, podría haberlo hecho ya de una docena de maneras diferentes. No había razón para abandonarle en Nathema. No después de arriesgar su propia vida al traerle a él aquí en primer lugar.

Scourge se preparó y continuó su avance hasta que alcanzó la parte de debajo de la extraña nave. Empujó el panel de acceso en el casco y la rampa de entrada descendió lentamente. No se sorprendió de encontrarla desbloqueada. La mayoría de las naves tenían anulaciones de emergencia en sus sistemas de seguridad en caso de colisión, para permitir que los trabajadores de rescate entraran y ayudaran a los heridos.

Scourge activó su sable láser. El zumbido y el siseo familiar de la hoja al encenderse sonó débil y distante y la hoja carmesí pareció desvanecerse. Incluso su arma no era inmune a los efectos del planeta muerto. Pero él sospechaba que todavía haría el trabajo si se encontraba con alguna resistencia.

Subió por la rampa de entrada y entró en el casco de la nave. Siguió el diseño circular, mirando brevemente en las habitaciones de almacenaje y en los camastros de los pasajeros en su búsqueda de quien quiera que estuviera a bordo. No encontró nada hasta que llegó a la

cabina.

Con el cinturón abrochado a la silla había un humano macho inconsciente, o muerto, vestido con simples ropajes marrones. Parecía tener unos cuarenta años estándar. Era delgado y alto, con el pelo negro a la altura de los hombros y una incipiente barba negra áspera en sus mejillas y su barbilla. La sangre brotaba de un profundo corte en su frente y le cubría la cara. Durante la colisión algo que no estaba sujeto debía de haberle golpeado.

Acercándose más, Scourge puso dos dedos en el lateral del cuello del hombre, comprobando en busca del pulso. Apenas había registrado el débil latido de la vida cuando su mirada cayó sobre la empuñadura enganchada en el cinturón del hombre: un sable láser. Instintivamente intentó abrirse con la Fuerza para conseguir alguna sensación del poder del hombre, pero sólo sintió el vacío de Nathema.

Cogiendo el sable láser y enganchándoselo en su propio cinturón, soltó al hombre, se lo echó sobre el hombro y lo llevó fuera de la nave.

El peso del hombre inconsciente hacía que fuera difícil moverse más rápido que un paso enérgico, pero Scourge aceleró el paso. Estaba ansioso por dejar Nathema tras él y para siempre esta vez. Nyriss le estaba esperando en la lanzadera, de pie justo dentro de la rampa de entrada. Scourge pasó a grandes pasos junto a ella y entró en la nave, donde él lanzó al hombre inconsciente toscamente sobre el suelo. Estaba a punto de mencionar el sable láser, pero Nyriss habló antes de que él tuviera la oportunidad.

—Conozco a este hombre —dijo, con la voz sombría—. Su nombre es Revan. Es un Jedi y un espía de la República.

—¿Un espía de la República? —El cerebro de Scourge recibió las noticias y saltó hacia la siguiente conclusión lógica—. Si los Jedi saben que existimos, vendrán a por nosotros. ¡Intentarán terminar la exterminación de nuestra especie que empezaron en la Gran Guerra Hiperespacial!

—Nuestra existencia todavía permanece oculta —le aseguró ella—. Revan y otro Jedi, un hombre llamado Malak, descubrieron Dromund Kaas por accidente. Fueron capturados antes de que pu-

dieran volver e informar de sus hallazgos a la República.

—¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Hace cinco años. El Emperador sentenció a Revan a muerte.

—¿Entonces qué está haciendo aquí?

—No lo sé —admitió Nyriss—. Pero no podría haber escapado de las mazmorras de la ciudadela a menos que el Emperador lo permitiera. Es razonable que no estuviera vivo aun a menos que estuviera trabajando para el Emperador.

—¿Cómo es eso posible? —replicó Scourge—. Los Jedi son nuestros enemigos jurados.

Nyriss no respondió.

—Vigílale de cerca —dijo ella, volviendo al asiento del piloto—. Es poderoso y extremadamente peligroso.

—¿Por qué no le matamos simplemente?

—Aun no. No hasta que sepamos porqué está aquí. Le llevaremos de vuelta a mi fortaleza para interrogarle.

—Nunca he interrogado a un Jedi —dijo Scourge después de un momento. Sonrió—. Estoy ansioso por ello.

Revan no tenía ni idea de dónde estaba cuando despertó, aunque era obviamente alguna clase de celda de una prisión. Estaba sostenido por una silla de metal frío. Sus manos estaban atadas a los brazos y sus tobillos amarrados a las patas. Por el momento, estaba solo.

Su mente parecía lenta y torpe y supo que había sido drogado. Era difícil concentrarse. Era imposible concentrar sus pensamientos lo suficiente para utilizar la Fuerza. Requirió todo su poder de voluntad simplemente recordar sus últimos momentos del *Halcón de Ébano* estrellándose en Nathema.

Luchó por evaluar su situación, pero no podía penetrar la neblina de las drogas.

La puerta de su celda se deslizó para abrirse y dos figuras entraron, una masculina y otra femenina. La imagen de su piel roja pellizcó algo en su cerebro lento, pero llevó varios segundos antes de que pudiera hacer la conexión.

—Sith —susurró, con la garganta seca y la voz ronca.

—Bienvenido de nuevo, Revan —dijo la mujer en básico.

Él miró su cara macilenta y arrugada, intentando y fallando en sacar a la luz su nombre.

—¿Te conozco?

El hombre sith alto junto a ella alargó una mano y casualmente le dio un bofetón a mano vuelta a la mejilla de Revan.

—No tenemos tiempo para jugar a estos juegos —dijo.

Su voz no estaba enfadada ni era amenazante. Estaba calmada y completamente como un hecho.

Revan saboreó la sangre. El golpe le había cortado el interior de la boca. Pudo sentir la punzada de la herida y la hinchazón de su labio. Aparentemente las drogas utilizadas para entorpecer su mente habían sido cuidadosamente seleccionadas de manera que no interfirieran con la sensación del dolor físico.

—No creo que esto sea un juego —dijo la mujer, levantando una ceja—. Creo que realmente me ha olvidado.

Se inclinó para acercarse a su lado y le susurró en el oído.

—¿Qué te ha pasado, Revan? ¿Adónde fuiste? ¿Por qué volviste?

Cuando él no respondió, ella dio un paso atrás y asintió. Entonces ella agitó una mano y un droide interrogador (Revan ni siquiera se había dado cuenta de él flotando tras los dos sith) flotó hacia delante y extendió una aguja larga y fina hasta su cuello.

Él se encogió ante el dolor cuando la aguja le perforó la piel y entonces gritó cuando descargó un poderoso estallido eléctrico, prendiéndole fuego a sus nervios.

El hombre sith agitó una mano y el droide interrogador se retiró.

—¿Qué le pasó a tu compañero? —preguntó—. ¿A Malak?

—Yo le maté —dijo Revan.

—¿Por qué?

—Es complicado.

La expresión del hombre no cambió, pero la mujer sonrió con diversión, con su expresión transformando sus rasgos arrugados en los de un cráneo sonriendo.

—Al final nos dirás todo lo que queremos saber —le aseguró el

hombre.

—Quizás —concedió Revan—. Pero voy a hacer que trabajes por ello.

DESPUÉS DE CUATRO HORAS DE INTERROGAR AL PRISIONERO, NYRISS LE ordenó a Scourge que se tomara un descanso. Le dejaron en su celda, atado a su silla, sin hablar ninguno de ellos hasta que estuvieron fuera en el pasillo y la puerta de su celda se hubo cerrado tras ellos.

—¿Cuánto más llevará romperle? —preguntó Nyriss.

Scourge consideró la pregunta cuidadosamente antes de responder. Al principio de su entrenamiento, había mostrado un talento natural para la tortura y el interrogatorio, habilidades que el instructor había animado durante sus años en la Academia. Era un experto en el campo. Sabía que sacarle información a una fuente poco dispuesta se trataba de muchísimo más que sólo de infligir dolor.

Aplica suficiente castigo y todo el mundo hablaría, pero la mayoría de lo que decían serían mentiras farfulladas desesperadamente, evasivas y medias verdades. Sin modo alguno de verificar la veracidad, la información reunida por la tortura era a menudo poco fiable y a menudo no merecían la pena.

La interrogación efectiva era un arte y Scourge tenía una habilidad innata para distinguir los hechos de la ficción. Sabía qué preguntas hacer y en qué orden. Comprendía cuando aumentar la intensidad y cuándo apartarse. Sabía cómo utilizar la amenaza del dolor y la recompensa de la misericordia para controlar a sus sujetos.

Sus técnicas avanzadas, combinadas con su habilidad para utilizar el lado oscuro, le permitía dominar rápidamente las mentes débiles. Los sujetos de voluntad fuerte eran un desafío mayor, aunque al final siempre conseguía resultados. Hasta ahora.

Interrogar al Jedi había resultado en nada excepto frustración y callejones sin salida. Su voluntad era fuerte, como lo era su dominio de la Fuerza. Incluso drogado hasta el borde de la inconsciencia era capaz de utilizarla para que le ayudara a soportar el dolor y la andanada implacable de preguntas. Pero también había algo más.

Nyriss quería saber cómo había escapado de las mazmorras de la ciudadela. Quería saber de su relación con el Emperador. Quería saber porqué había vuelto él a Nathema. En todos estos recuentos, Scourge había vuelto con las manos vacías. Revan se estaba resistiendo a él, cierto, pero en algunos momentos casi parecía como si el propio Revan no lo supiera, como si la información hubiese sido borrada de su mente.

—Podríamos estar malgastando nuestro tiempo —admitió finalmente—. Su resistencia al poder es alta, pero ya estamos en los límites de lo que un ser humano puede soportar. Si presiono más, nos arriesgamos a matarle.

Scourge lo había visto ocurrir muchas veces. Los interrogadores inexpertos o demasiado ansiosos fácilmente podrían empujar a sus sujetos demasiado lejos. En su mente este era el fallo último: no podías conseguir respuestas de un cadáver.

Con los sujetos difíciles tenías que ser paciente. Podía llevar múltiples sesiones durante múltiples días conseguir algo útil. Pero incluso sabiendo esto, Scourge no tenía muchas esperanzas en sus opciones con Revan.

—Podría interrogarle durante meses, pero la información que queréis simplemente no está ahí.

—Eso es desafortunado. —Nyriss suspiró—. Tenía la esperanza de verificar mi teoría.

—¿Qué teoría?

—El Emperador tiene la habilidad de dominar y esclavizar las mentes de aquellos que le sirven —le explicó ella—. Es una de las razones por las que ha gobernado durante tanto tiempo. Aquellos que son transformados se convierten en zelotes fanáticos que viven para servir. No son capaces de traicionarle. —Miró a la puerta tras la cual habían dejado al Jedi—. Sospecho que en lugar de ejecutar a Revan como proclamó públicamente, el Emperador le convirtió en una marioneta de su voluntad y le envió de vuelta a la República para reunir información.

—Si ha estado reuniendo inteligencia en la República durante cinco años, el Emperador debe de estar más cerca de lanzar su inva-

sión de lo que pensábamos —apuntó Scourge, alarmado por lo cerca que su loco gobernante ya había estado de exponerles a los Jedi.

Nyriss negó con la cabeza.

—El Emperador es más paciente y cuidadoso que cualquier otro ser de la galaxia. Ha vivido durante casi mil años. Podría vivir durante diez mil más. No deja nada al azar. Si es necesario, pasará décadas, quizás incluso siglos, preparándolo. No, todavía tenemos tiempo. Y Revan puede sernos todavía de utilidad.

—¿Cómo es eso?

—Tú mismo lo dijiste: algo le ha pasado a su mente. Sus recuerdos se han perdido, pero así es su conocimiento del Emperador y su lealtad hacia el Emperador. Lo que sea que se le ha hecho, le liberó del dominio del Emperador. Si podemos descubrir cómo pasó, podríamos ser capaces de utilizarlo para hacer caer al Emperador. Recuerda que todos aquellos que tienen acceso directo al Emperador (la Voz del Emperador, la Mano del Emperador, los soldados en la Guardia Imperial) están bajo su hechizo. Romper ese hechizo, volver a sus seguidores más leales contra él, es nuestra mejor oportunidad de derrotarle y salvar al Imperio de su loco plan de atacar a la República.

»Necesitamos a Revan vivo de manera que podamos estudiarle —concluyó ella—. Es un recurso demasiado valioso para desprenderse de él.

Lo que ella decía tenía sentido, pero Scourge sabía que sería mucho más difícil y complicado de lo que ella hacía que sonara.

—Podrían pasar años antes de que comprendierais lo que le ocurrió —le advirtió él.

—El Emperador no es el único que puede ser paciente —replicó ella.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 17

Bastila metió a su hijo en la cama y se inclinó para besarle en la mejilla. En la puerta de la habitación se volvió y le miró, maravillándose de cuánto se parecía ya a su padre el niño de tres años. Tenía el mismo pelo oscuro y a la altura de los hombros y la cara fina y angular. Sus ojos estaban ahora cerrados, pero ella sabía que eran oscuros y pensativos… justo como los de Revan. Y aunque ya se estaba quedando dormido, su expresión todavía era inusualmente seria e intensa para un niño de su edad.

Suspiró y se volvió. Bastila a menudo se preocupaba por el efecto que la turbulenta infancia de su hijo tendría en él. Crecer sin un padre era bastante difícil, pero los primeros años de su vida habían estado marcados por la guerra y el terror.

Después de que Malak hubiera sido derrotado, Bastila, como la mayoría de los ciudadanos de la República, había esperado disfrutar de muchas décadas de paz. En su lugar, un grupo de Jedi renegados se habían separado de la Orden, hundiendo a la galaxia una vez más en una guerra civil.

Liderados por una mujer llamada Kreia, los Jedi renegados se habían vuelto hacia las enseñanzas del lado oscuro descubiertas por Malak y Revan. Kreia tomó el nombre de Darth Traya y sus seguidores se llamaron a sí mismos los Sith por la especia desaparecida hacía mucho que había invadido la República un milenio antes. Ellos empezaron una purga sistemática de la galaxia, persiguiendo a aquellos que todavía se aferraban al Código Jedi, matándoles por decenas de miles. Su persecución incansable aniquiló virtualmente a la Orden y sólo aquellos pocos que se las arreglaron para huir u ocultarse sobrevivieron.

De haber vuelto Revan para enfrentarse a esta nueva amenaza, Bastila habría luchado gustosamente a su lado. Juntos podría haber sido capaces de acabar con el alzamiento, de terminarlo antes de que los horrores de la guerra envolvieran la República y millones de seres perdieran la vida. Pero no había oído nada de su marido desde que se había ido con Canderous cuatro años antes.

Sola, no se atrevió a desafiar a Darth Traya y a sus seguidores. En su lugar, se había concentrado en mantener vivo a su hijo. Había sido la Exiliada, Meetra Surik, la que se había ocupado de luchar contra los Jedi renegados. Tres años después del intento infructuoso de Revan de localizarla, ella había aparecido por sí misma para oponerse y derrotar al final a Darth Traya. Como Revan antes que ella, ella se convirtió en la salvadora de la galaxia. Y también igual que con Revan, hubo muchos que pensaron que sus acciones recientes no podían expiar los pecados de su pasado.

Y ahora esta mujer, heroína para algunos y villana para tantísimos otros, estaba sentada en el salón del apartamento de Bastila, esperando pacientemente a que ella acabara de meter en la cama a su hijo.

—Está dormido —dijo Bastila cuando volvió, hablando suavemente.

—Es guapo —respondió Meetra, añadiendo—: Se parece a su padre.

Bastila asintió ante el cumplido. No estaba segura de qué pensar de la mujer que estaba ante ella. Meetra tenía el pelo castaño, la piel de un blanco pálido y unos penetrantes ojos azules. Era más alta

que Bastila y casi una década mayor, aunque todavía se la consideraría guapa bajo cualquier medida empírica. Poseía una presencia y una confianza, junto con una gracia natural envidiable. Estaba vestida con las ropas simples de una Maestra Jedi, pero de alguna manera ella se las apañaba para hacer que incluso las monótonas ropas marrones parecieran elegantes.

A pesar de lo tonto que era eso, Bastila no pudo evitar sentir algún rastro de celos. Meetra había conocido a Revan durante más tiempo que Bastila. Ella había respondido a su llamada para ir a la guerra contra los mandalorianos y, al hacerlo, se convirtió en una de las consejeras de más confianza de él y en una de sus más amigas íntimas. Bastila sabía que habían compartido un vínculo especial no muy diferente del de un padawan y un Maestro. Lo peor de todo era que Meetra era una parte integral del pasado perdido de Revan, un pasado que él se había sentido obligado a buscar, incluso aunque eso significaba dejar atrás a su esposa embarazada.

No hay emoción, hay paz, pensó ella. Las palabras familiares del mantra Jedi eran fáciles de recitar, pero mucho más difíciles de seguir.

—Dijiste que necesitábamos hablar —dijo Bastila.

—No estaba segura de si debíamos venir —admitió Meetra—. Comprendo que esto podría ser difícil para ti. Pero Te-Tres insistió.

Ella alargó la mano y le dio unas palmaditas al pequeño astromecánico que la acompañaba en la cabeza.

La última vez que Bastila había visto a T3-M4 había sido abordando el *Halcón de Ébano* con Revan y Canderous. Su marido todavía estaba desaparecido, pero el droide había vuelto. Claramente él se había aferrado a Meetra, siguiéndola como había seguido una vez a Revan… un pequeño detalle más para alimentar los celos irracionales de Bastila.

—A pesar de lo mucho que lo intenté, no pude hacer que me dijera nada —añadió Meetra.

Bastila sonrió débilmente.

—Le di instrucciones especiales la noche antes de que se fuera con Revan. Le dije a Te-Tres que si alguna vez se separaban, él tenía que venir a buscarme a mí. Le programé de manera que no le dijera nada

a nadie de lo que había pasado hasta que yo lo oyera primero.

Meetra asintió.

—Un movimiento inteligente. Ambas tenemos suficiente experiencia con la traición como para comprender que nunca sabes en quién confiar.

—Nunca imaginé que me estaría escondiendo cuando él volviera —continuó Bastila—. Siento eso, Te-Tres. Si hubiera sabido que tú estabas de vuelta, habría intentado contactar contigo.

El droide pitó como aceptación de su disculpa.

—Afortunadamente me encontró a mí —dijo Meetra—. Creo que pensó que yo era lo siguiente mejor, dada mi historia con Revan.

Bastila se mordió el labio para evitar decir nada. Sabía que sus sentimientos de resentimiento no eran ni justificados ni justos, pero incluso su entrenamiento Jedi no podía calmar sus emociones.

—O quizás simplemente supo que yo necesitaría su ayuda —añadió rápidamente Meetra, quizás consciente de que había ofendido a su anfitriona de alguna manera.

—El tipo pequeño tiene un talento natural para unirse a los salvadores galácticos —remarcó Bastila, intentando mantener su voz neutral.

El droide pitó con agitación.

—Lo siento —dijo Bastila de nuevo—. Tienes razón. Has sido muy paciente hasta ahora. Simplemente no estoy segura de estar preparada para oír lo que tienes que decirme.

A menudo se había preguntado si Revan todavía estaba vivo. Siempre había imaginado que su amor le haría sentirle a él a través de la Fuerza, incluso a través la extensión de la galaxia entera. Una vez que él se fue, ella descubrió que eso no era verdad. Algunas noches soñaba con él, pero nunca estaba segura de si estas eran visiones auténticas o manifestaciones meramente de la soledad que había sentido desde que él se fue.

Aun así, creía que habría sentido una perturbación en la Fuerza si él hubiera muerto. Agarrarse a eso le daba esperanzas. Ahora, sin embargo, su creencia podría verse expuesta como una mera ilusión si T3 le decía que Revan estaba muerto. Quería oír la verdad, por su-

puesto, pero estaba determinada a aferrarse a la fantasía sólo durante unos segundos más.

—Tómate tu tiempo —le dijo Meetra—. Sé que es difícil. Te-Tres ha esperado tres años para esto. Puede esperar un poco más.

Sus palabras pretendía consolarla, pero tuvieron el efecto contrario.

—Quizás sería más fácil si Te-Tres y yo habláramos en privado —dijo Bastila.

Estaba claro que la petición había cogido a Meetra con la guardia baja, pero ella recuperó la compostura rápidamente.

—Comprendo que quieras ser cautelosa —dijo ella comprensivamente—, pero Canderous me habló sobre Revan y su búsqueda del planeta cubierto de tormentas.

Bastila hizo una mueca. Había oído rumores de que un mandaloriano había ayudado a la Exiliada en su batalla contra Darth Traya.

—¿Es cierto? —preguntó Bastila—. ¿Canderous es el nuevo Mandalore?

Meetra asintió.

—Revan le ayudó a encontrar la Máscara de Mandalore antes de continuar solo.

—¿Qué más sabes que yo no sé? —preguntó Bastila, intentando mantener la amargura fuera de su voz.

—Nunca te ocultaría intencionadamente nada de lo que sepa sobre Revan —le aseguró Meetra seriamente—. Eres su mujer. Tienes más derecho a la verdad que nadie.

Bastila tragó con fuerza, repentinamente avergonzada.

—Tú tienes el mismo derecho —dijo—. Estuviste al lado de Revan al principio. No tuvo un amigo más sincero. Sea lo que sea lo que Te-Tres tiene que decir, deberíamos oírlo juntas.

Meetra asintió para mostrar su gratitud, pero no habló.

Tomando aire profundamente, Bastila se sentó en la silla del salón, mirando de frente a sus invitados. Cruzó las manos en su regazo, preparándose mentalmente para lo que estaba por llegar.

—Estoy lista —dijo.

Con una serie de pitidos, timbres y holograbaciones T3 trans-

mitió su historia. Empezó con Revan volviendo al *Halcón de Ébano* en Rekkiad. Les habló de cómo Revan y él habían dejado atrás a Canderous y habían viajado hasta Nathema solos. Describió el ataque inesperado sobre el *Halcón de Ébano* y la colisión casi fatal al aterrizar en la superficie de Nathema.

Explicó cómo había examinado al inconsciente Revan para asegurarse de que todavía estaba vivo y entonces cómo se había visto obligado a ocultarse cuando alguien más abordó la nave.

Cuando reprodujo la holograbación que había hecho del hombre de piel roja que había sacado a Revan de la nave, Bastila jadeó.

—Creo que los sith no están tan extintos como los Jedi pensaban —dijo Meetra.

—La Orden vuelve a estar equivocada —murmuró Bastila—. Qué gran sorpresa.

T3 dejó escapar un silbido bajo, disculpándose por su cobardía, pero Bastila negó con la cabeza.

—Eso no fue cobardía —le dijo al pequeño droide—. Si no te hubieras ocultado, también te habrían capturado. O te habrían convertido en chatarra.

—El único modo en que podías ayudar a Revan era volver de una pieza —añadió Meetra.

Apaciguado, T3 continuó con su historia. Les contó cómo Revan fue llevado a una lanzadera que esperaba y se lo llevaron rápidamente. Con la partida de su amo, volver con Bastila se convirtió en el propósito principal del astromecánico, según las instrucciones de última hora de ella antes de que ellos dejaran Coruscant.

El primer paso suponía poner de nuevo en el aire al *Halcón de Ébano*. El droide describió con detalle sus arduos esfuerzos para reparar el daño causado por la colisión. Durante meses peinó las calles de la ciudad desierta, reuniendo chatarra, cosas rescatadas y otras piezas necesarias.

—¿Y nunca viste a nadie durante ese tiempo? —preguntó Meetra—. ¿Ningún refugiado? ¿Ningún saqueador?

T3 trinó una confirmación.

Bastila parpadeó con sorpresa.

—¿Ningún animal? ¿Ningún insecto? ¿Ni siquiera plantas? ¿Cómo podría simplemente exterminarse toda la población de un planeta entero?

Meetra se movió incómodamente en su silla y Bastila supo que estaba pensando en su papel en la masacre de Malachor V. Sintió un repentino estallido de empatía por la otra mujer. Bastila no condonaba lo que había hecho, pero comprendía lo que era estar avergonzada por los actos de tu pasado. Ella misma había dejado que Malak la volviera al lado oscuro. Sólo el poder del amor de Revan la había redimido.

Bastila sintió que a pesar de todo lo que Meetra había hecho para detener a Darth Traya, estaba atormentada por la culpabilidad y el remordimiento. Todavía estaba buscando redención.

Sin ser consciente de la extraña tensión de la habitación, el droide continuó su historia. Después de casi un año finalmente fue capaz de poner de nuevo en el aire al *Halcón de Ébano*, aunque el núcleo de su hipermotor sólo estaba operando a un mínimo de eficiencia. El *Halcón* volvió renqueando al espacio de la República. Para cuando llegó, Traya y sus seguidores habían sido casi todos exterminados por los Jedi. Bastila se había ido. T3 no sabía dónde buscarla o incluso si estaba viva.

Fue durante esta época en la que el pequeño droide astromecánico se tropezó con las piezas desmontadas de HK-47, abandonadas en un planeta remoto y sin nombre. Reconociendo a su antiguo compañero, el pequeño droide reunió las piezas y las almacenó en el *Halcón de Ébano*.

El encuentro fortuito era de esa clase de coincidencias de las que Bastila habría atribuido a la influencia de la Fuerza de haber sido T3 un ser orgánico.

—¿Tienes idea de cómo llegó él allí? —preguntó ella—. Siempre me pregunté qué le pasó después de que desapareciera.

Meetra negó con la cabeza, respondiendo por el droide.

—Su núcleo de memoria estaba dañado. Incluso después de que yo lo reparara, fue incapaz de recordar nada. En realidad —admitió—, tenía la esperanza de que tú pudieras ser capaz de decirme qué

le había pasado.

Bastila se encogió de hombros.

—Cuando descubrió que Revan se había ido, HK decidió ir tras él. Pero me negué a decirle adónde había ido mi marido.

—Un movimiento inteligente —dijo Meetra—. Lo último que Revan necesitaba mientras ayudaba a Canderous y a los mandalorianos era un droide homicida siguiéndole.

—HK se salió en tromba, jurando que seguiría a Revan por sí mismo —continuó Bastila—. Eso fue lo último que oí de él hasta que él apareció de nuevo contigo.

—Debe de haber alguna parte de su programación que le impulsa a buscar a Revan —murmuró Meetra—. Si lo hubiera sabido, habría tenido más cuidado.

—¿Qué quieres decir?

—Dejé a HK bajó la supervisión del nuevo Consejo Jedi. No creí que fuera seguro tenerle vagando por la galaxia y asumí que él se contentaría con quedarse con los Jedi, esperando órdenes. Pero desapareció poco después de que me fuera. Ahora comprendo que probablemente ha ido a buscar de nuevo a Revan.

—¿Hay alguna posibilidad de que le encuentre? —preguntó Bastila, repentinamente preocupada. Dirigió su pregunta a T3—. ¿Le dijiste algo sobre lo que le pasó a Revan?

T3 respondió con un zumbido negativo que sonó casi ofendido. Claramente el astromecánico sentía las mismas reservas sobre involucrar al droide cazador-asesino que sus homólogas humanas.

—Alguien debería intentar seguirle —murmuró Bastila aliviada—. Alguien debería intentar encontrarle y desactivarle antes de que le haga daño a alguien más.

Había poca convicción tras sus palabras. A pesar de lo peligroso que era HK, sólo era un droide. Ella tenía cosas más importantes en mente. Su marido todavía estaba desaparecido y, por primera vez en años, estaba a punto de ser capaz de hacer algo al respecto.

—Los Jedi ya están buscando a HK —le aseguró Meetra—. No te preocupes por él.

Bastila asintió.

—Te-Tres —dijo ella—. Cuéntanos el resto de tu historia. ¿Qué pasó a continuación?

El astromecánico continuó con su historia.

Después de encontrar los trozos desmontados de HK-47, se unió a Meetra, asociándose con ella como se había asociado con Revan muchos años antes. Para cuando descubrió que Bastila estaba viva, de nuevo se vio atrapado en una batalla por la supervivencia de la República. A pesar de sus instrucciones, sabía que no podía abandonar a Meetra hasta que la seguridad de la República estuviera asegurada.

Su confesión hizo que Bastila sintiera otra oleada de amargura. T3 había elegido ayudar a Meetra en vez de seguir las instrucciones de Bastila. Él había puesto la misión de la Exiliada por encima de su lealtad a Revan.

La emoción pasó rápidamente, reemplazada por la culpabilidad y la vergüenza. El amor de Bastila por Revan de nuevo la había cegado momentáneamente a la lógica y la razón. Su marido era un hombre. Sería estúpido valorar su vida por encima del destino de millones. Si Revan hubiera estado en la habitación, le habría dado la enhorabuena al droide por poner el bien mayor por encima de las necesidades y los deseos personales.

—Revan estaría orgulloso de ti —le dijo ella al pequeño droide—. Yo también estoy orgullosa de ti.

—Creo que nuestro camino está claro —declaró Meetra—. Yo iré a Nathema y veré si puedo descubrir cuál fue el destino de Revan.

—¿Tú? —dijo Bastila, con su voz mostrando más furia y sorpresa de la que ella pretendía—. ¿Qué hay de mí? ¿Esperas que simplemente me siente aquí y espere, sin ni siquiera saber si él está vivo o muerto?

—¿Qué ha cambiado desde que Revan se fue? —preguntó suavemente Meetra—. Te quedaste atrás para cuidar de tu hijo. ¿Estás preparada para dejarle ahora atrás?

—¡Por supuesto que no! —le espetó Bastila.

Casi añadió *"Le llevaré conmigo"*, pero en el último segundo comprendió lo imprudente y ridículo que sería eso.

Revan se había ido porque creía que había algo en las Regiones

Desconocidas que era una amenaza mucho más grande que cualquier otra a la que la República se hubiera enfrentado jamás. Guiado por su visión de un planeta cubierto de tormentas, pensaba que su viaje era el único modo de proteger el futuro de su familia. Seguir sus pasos podría exponer a su hijo a la misma amenaza que Revan estaba intentando detener. Sería una traición a los mismos principios que le habían enviado a él a su viaje en primer lugar y pondría en peligro a su hijo.

—Lo siento —susurró Bastila—. No pretendía… yo sólo… le echo de menos. Me siento tan indefensa. Tan inútil. Todo lo que hago es esperar. No comprendes lo duro que ha sido.

—Sólo puedo imaginar cómo has sufrido —replicó amablemente Meetra—. Ojalá pudiera decir que será más fácil. Pero me temo que ese podría no ser el caso. Todos tenemos nuestras cargas que soportar y esta es la tuya.

Sus palabras ofrecieron poco consuelo, pero Bastila apreció su honestidad.

—Haré todo lo que esté en mi poder para encontrar a Revan —le prometió Meetra—. Si todavía está vivo, haré lo que haga falta para traerle de nuevo contigo.

T3 pitó dos veces.

—Me sentiría honrada si vinieras —le dijo Meetra—, siempre y cuando Bastila no ponga objeciones.

Bastila quería que T3 se quedara con ella. Sus holograbaciones y sus bancos de memoria eran todo lo que le quedaba de su marido. Pero ahora estaba pensando racionalmente.

—Vas a necesitar su ayuda —dijo ella—. Él pasó meses explorando Nathema mientras buscaba piezas para reparar el *Halcón*.

—Entonces debemos irnos tan pronto como sea posible —declaró Meetra, poniéndose en pie.

—Por favor, espera un momento más —dijo Bastila.

Dejando a Meetra y a T3 en el salón, se lanzó al dormitorio y abrió el baúl de madera metido en el fondo de su armario. Cogió dos cosas y luego volvió junto con sus invitados que la esperaban.

—Dale estas cosas a Revan —dijo, colocando las cosas en las ma-

nos de Meetra.

La primera era una holograbación que ella había hecho de la última celebración de cumpleaños de su hijo. La segunda era un objeto pesado envuelto en un trozo de tela negra.

Meetra la miró, pidiendo permiso silenciosamente para desenvolverla. Bastila respondió con un sutil asentimiento. Meetra desenvolvió la tela cuidadosamente, revelando un casco de metal usado y lleno de marcas con una placa delantera roja y gris.

—¡La máscara de Revan! —jadeó Meetra—. Creía que se perdió cuando fue capturado por el equipo de ataque Jedi.

—Yo lideraba el equipo de ataque Jedi —le recordó Bastila—. No sé porqué, pero la cogí cuando Revan cayó. Quizás incluso entonces sentí que nuestros destinos estaban entretejidos. Nunca se lo dije a nadie. Ni al Consejo. Ni siquiera a él.

—¿Por qué no?

Bastila dudó y entonces decidió que Meetra se merecía saber la verdad.

—Revan llevó la máscara durante las Guerras Mandalorianas y durante su época como Darth Revan. Para mí, simboliza su pasado oscuro. Una reliquia de una época anterior a cuando se convirtió en el hombre que yo amaba. Tenía miedo de que si se la mostraba a él, ella podría provocar algo dentro de su mente. Que podría despertar alguna maldad dormida, que podría reavivar la chispa del lado oscuro.

—¿Entonces por qué me la das ahora?

—Intenté mantener el pasado de Revan bajo control, pero ahora comprendo que estuvo mal. Estaba siendo egoísta. Su pasado es parte de él, tanto si me gusta como si no. —Apartó la mirada de la máscara—. Cuando le encuentres, dale la máscara. Podría no significar nada para él ahora, pero hay una posibilidad de que traiga de vuelta algo de lo que ha perdido. Verla podría restaurar recuerdos cruciales te ayudarán a volver sana y salva.

—¿Qué pasa si tus miedos eran correctos? —preguntó Meetra con la voz sombría—. La máscara podría traer de vuelta sus recuerdos. ¿Pero qué pasa si hace más? ¿Qué pasa si libera el poder del lado oscuro en él?

—No me importa —dijo Bastila desafiantemente—. No si ese poder le ayuda a traerle de vuelta conmigo.

Como Jedi, sus palabras eran una blasfemia. Ella medio esperó que Meetra lanzara la máscara al suelo con disgusto. En su lugar la otra mujer la volvió a envolver en la tela y la metió de manera segura bajo sus ropajes sin decir una palabra.

CAPÍTULO 18

Meetra no sabía qué esperar cuando el *Halcón de Ébano* salió del hiperespacio y empezó a aproximarse hacia Nathema. T3-M4 le había dicho que el planeta estaba desierto, pero el pequeño droide no había encontrado una causa aparente de la extinción en masa. Mientras que exploraba la superficie durante su última visita, había hecho pruebas que confirmaban que el ambiente estaba libre de toxinas y radiación. Más allá de eso, todo era especulación.

Cuando la nave se acercó más al planeta marrón sucio ella sintió una creciente sensación de incomodidad y malestar. En cierto modo le recordaba a Malachor V. La perdida de vidas masiva e instantánea en ese planeta condenado había creado una herida en la Fuerza. La activación del generador de masa-sombra había aniquilado a dos ejércitos, haciendo pedazos los vínculos de la Fuerza que conectaban a todas las cosas vivientes.

Meetra había estado lo bastante cerca como para sentir la onda expansiva. Para sobrevivir a ella, se había desconectado de la Fuerza, protegiendo a su psique contra los horrores de lo que había liberado.

Habían pasado muchos años antes de que recuperara su conexión con la Fuerza, pero al final, sobrevivir al trauma de Malachor V le había dado la fortaleza para derrotar a Darth Traya y sus seguidores.

Al principio asumió que alguna tragedia similar había ocurrido en Nathema. Una superarma capaz de acabar con un planeta entero dejaría un eco enmascarado de muerte y oscuridad. Cuando el *Halcón de Ébano* descendió a través de la atmósfera, sin embargo, ella comprendió que esta sensación era marcadamente diferente.

Le llevó unos cuantos segundos dar con ellos, con su mente analizando el problema incluso mientras sus manos hacían automáticamente los ajustes necesarios para llevar la nave hacia un aterrizaje cerca de las coordenadas que T3 le había dado.

Los sucesos de Malachor habían dejado una marca en la Fuerza. Una herida que no curaría. Aquí, sin embargo, la Fuerza simplemente había… desaparecido. Era como si alguien la hubiera arrancado, dejando sólo un lugar vacío en su lugar.

Su malestar creció cuando la nave se acercó más a la superficie. Este planeta era antinatural y la reacción instintiva de su cuerpo fue de indisposición y revulsión. Miró a T3 que se movía ansiosamente cerca de ella en la cabina, pero el droide no parecía afectado. Su falta de reacción meramente reforzaba la naturaleza del propio sufrimiento de ella. Como droide, T3 no podía sentir la Fuerza y no se daría cuenta de si esta desaparecía de repente.

A través del ventanal de la cabina, Meetra vio un camino de destrucción que serpenteaba a través de la ciudad de abajo: los restos de la colisión del aterrizaje de Revan. Un enorme pedazo de permacreto se había arrancado de un rascacielos por el lado de estribor de la nave al pasar. El pavimento de la calle y una pasarela de abajo se habían roto cuando la nave había botado y patinado por la calle principal. Los restos abollado de los coches flotantes y de los deslizadores trazaban una línea irregular por la calle abajo, con los vehículos aplastados por el paso de la nave estelar mucho más grande.

Meetra seleccionó su lugar de aterrizaje y posó la nave cuidadosamente. La opresión del Vacío estaba pesando sobre ella, pero hizo todo lo que pudo por ignorarla.

—Vamos, Te-Tres —dijo, desabrochándose el cinturón del asiento del piloto—. Vamos a echar un vistazo por ahí y a ver qué podemos encontrar.

Cuando se detuvo fuera de la lanzadera fue como si le hubieran dado un puñetazo en las entrañas. Ella se dobló y T3 pitó con preocupación.

—Estoy bien —jadeó ella, enderezándose lentamente.

Había visitado Malachor V años después del cataclismo del generador de masa-sombra. Viajar por su superficie había sido una agonía. Mentalmente, todavía había sentido la angustia de todos los que perdieron sus vidas allí. Físicamente, la intensa gravedad del planeta la había retenido en su sujeción aplastadora, dejándola jadeando en busca de aire. Había sido la experiencia más terrible y horrorosa de su vida… hasta ahora.

En Malachor había sentido los ecos de un dolor y un sufrimiento inimaginables. Pero al menos había sentido *algo*. Aquí en Nathema, sólo había una fría vacuidad. Era antinatural. Abominable. En Malachor había sentido el eco de una gran destrucción. Aquí sólo había el insoportable vacío de la aniquilación.

Su cuerpo reaccionó con una revulsión tan fuerte que se sintió físicamente enferma. Su mente intentó brevemente imaginarse lo que había ocurrido para causar tal abominación y entonces retrocedió ante las respuestas. Su mente se quedó en blanco y su cuerpo se entumeció.

Ella se quedó inmóvil durante varios minutos, o quizás fueron varias horas. El tiempo no tenía significado aquí. Pero los graznidos incesantes de T3 la sacaron al final de su estupor.

Utilizando las técnicas de concentración mental que había aprendido cuando era Padawan, se forzó a concentrarse en algo, en cualquier cosa, además de la ineludible no presencia de la Fuerza.

Has venido aquí a encontrar a Revan, pensó. *Tiene que haber alguna pista de adónde podrían haberle llevado los Sith*.

—Necesitamos encontrar alguna clase de archivo —dijo en voz alta—. Algo que puede decirnos más sobre este planeta.

Su voz sonó vacía y cansada, pero sólo era otro detalle perturbador

de Nathema en el que se negó a hacer hincapié.

Las luces de T3 parpadearon rápidamente mientras el astromecánico escaneaba rápidamente sus circuitos de memoria. Unos cuantos segundos después pitó excitadamente y echó a andar por la calle abajo.

Meetra le siguió, con sus largas piernas permitiéndole alcanzarle rápidamente y mantener el paso con el droide. La enérgica caminata la hizo sentirse más normal. La actividad física parecía ayudar a mantener bajo control el opresivo vacío de Nathema.

El droide la llevó hasta la entrada de lo que parecía ser alguna clase de edificio oficial del gobierno. En la parte de fuera parecía haber caracteres que no pudo leer. En la República todos los asuntos de gobierno se llevaban a cabo en básico. Y mientras que era probable que los habitantes de Nathema hubieran estado familiarizados con el básico (la lengua franca del comercio interestelar la conocía virtualmente todas las especies que viajaban por el espacio de la galaxia), obviamente habían marcado sus edificios en una lengua nativa.

El edificio tenía tres pisos de alto, con sólo un puñado de ventanas dando a la calle y un par de puertas poco invitadoras que parecían ser la moda común de las fortalezas burocráticas en todas las culturas de la galaxia.

Las puertas estaban cerradas, pero ella cortó el cerrojo de seguridad con su sable láser, intentando ignorar el aspecto débil y apagado de la hoja brillante.

Concéntrate en la tarea que tienes ante ti, se recordó a sí mismo. *Sólo encuentra la información que estás buscando tan rápidamente como sea posible y puedes irte de este maldito planeta*.

Ella entró, con T3 pisándole los talones. Dentro estaba oscuro. Fuera cual fuese la fuente de energía que una vez había alimentado el edificio se había deteriorado hacía mucho. Meetra sacó una barra luminosa de uno de sus muchos bolsillos cosidos en el ancho cinturón de tela de su cintura y la encendió, iluminando lo que les rodeaba con su sobrecogedor brillo verde.

Lo primero que le llamó la atención fueron las pilas de ropas diseminadas de manera irregular. Comprendió que debían haber caído al

suelo cuando los que las llevaban se desvanecieron. Hizo falta toda su disciplina mental para evitar que su mente especulara sobre qué clase de suceso podría haber causado el raro fenómeno.

La exploración del nivel del suelo reveló que era alguna clase de área de recepción o vestíbulo. Había un gran escritorio colocado de cara a la puerta, posicionado perfectamente para que la persona tras él saludara a los visitantes. Aparte de varias sillas de aspecto incómodo colocadas en lo que probablemente era una sala de espera central, no parecía haber mucho más de interés en el nivel inferior.

Había un ascensor en la esquina que llevaba a los pisos superiores, pero sin energía servía de poco. Afortunadamente, una búsqueda rápida localizó una escalera tras una puerta sin marcar cerca del fondo del edificio.

—Comprobemos los pisos superiores —dijo ella y T3 pitó en acuerdo.

Para algunos droides astromecánicos las escaleras podrían ser un problema, pero T3 era remarcablemente versátil. Fijando sus ruedas para evitar rodar hacia atrás, fue capaz de utilizar sus patas delanteras para impulsarse hacia arriba de escalón en escalón. Le llevó un poco más llegar a parte de arriba del tramo que a su compañera humana, pero al menos Meetra no tuvo que intentarle llevarle.

El segundo piso estaba lleno de terminales de datos y cubículos, puestos de trabajo para los zánganos del gobierno que una vez habían vagado por las oficinas y los pasillos. Desafortunadamente, sin energía la red de ordenadores había dejado de funcionar, haciendo que los terminales fueran inútiles.

—Veamos si podemos encontrar el banco de datos principal en el siguiente piso —sugirió Meetra.

Unos cuantos minutos más tardes estaban en el tercer piso. Como el nivel de más abajo, parecía consistir principalmente en oficinas, cubículos y puestos de trabajo. Cerca del fondo del edificio encontraron una única puerta de duracero. En la pared al lado había lo que parecía ser un panel de seguridad.

—Muéstrame lo que tienes —dijo Meetra, apuntando al panel.

T3 rodó hasta la pared. Un panel de su cuerpo se deslizó para

abrirse para revelar una sonda eléctrica larga y delgada, que extendió de manera que atravesara el panel de seguridad. Hubo una breve pausa y entonces se oyó el inequívoco *zap* de una poderosa descarga eléctrica. El panel se iluminó y la puerta se abrió.

Como esperaba Meetra, la habitación de más allá albergaba los bancos de datos de ordenador principales.

—Coge cualquier cosa que parezca útil de manera que podamos salir de aquí —dijo ella.

T3 se apresuró a obedecer, insertando su sonda versátil en el puerto del interfaz de manera que pudiera piratear la difunta red de datos. Como había hecho con el panel de la puerta, T3 le dio al banco de datos una poderosa descarga eléctrica para reactivarla temporalmente de manera que pudiera descargar los archivos relevantes.

El proceso entero llevó menos de cinco minutos, pero para Meetra también podría haber durado una eternidad. Ella se las había arreglado para mantenerse ocupada hasta este punto, pero mientras esperaba ociosamente a que T3 acabara empezó a darse cuenta de la ausencia de la Fuerza una vez más.

Podía sentir el Vacío presionándose contra ella desde todos lados. Al mismo tiempo estaba tirando de ella, intentando hacer pedazos la mismísima esencia de su existencia. La naturaleza aborrece el vacío. La vacuidad estaba intentando llenarse con la energía de ella. Durante un instante ella se sintió como si fuera a volverse deshecha, con su cuerpo físico desincorporándose en trillones de partículas subatómicas que se desperdigarían a través de toda la superficie de Nathema.

¡No!, gritó en su mente. *¡El Vacío no me cogerá! ¡Soy más que una colección de materia y partículas aleatorias! Soy un ser vivo. ¡Soy Meetra Surik!*

La afirmación de su propia existencia pareció empujar hacia atrás al Vacío, al menos por el momento. Pero Meetra sabía que no podría aguantar mucho más. A pesar de lo mucho que intentaba ignorar lo que sentía (o, más precisamente, lo que no sentía) a su alrededor, sabía que sólo era una cuestión de tiempo hasta que los horrores de Nathema hiciera pedazos su cordura.

Estaba a punto de decirle a T3 que era hora de irse cuando él pitó

triunfantemente y retrajo su sonda.

—Necesito volver a la nave —le dijo ella—. Puedes decirme qué encontraste cuando estemos fuera de este planeta.

Una vez que estuvo en movimiento, ella se sintió mejor, pero todavía podía sentir el Vacío revoloteando en los bordes de su consciencia. Era como ser acechada por alguna criatura sin nombre, sin cara e invisible. Lo sentía vigilarla tras cada esquina, esperando simplemente a que ella bajara la guardia de manera que pudiera atraparla.

Ella aceleró su paso, confiando en que su compañero droide mantuviera el paso, demasiado concentrada en mantenerse unida para replicar a los trinos indignados de él.

Para cuando llegó al *Halcón de Ébano* estaba corriendo, aunque ni siquiera era consciente de ello. Una única idea dominaba su mente consciente: *¡Escapa!*

Se abrochó el cinturón de la silla del piloto y conectó los motores justo cuando T3, que se había quedado atrás, subió corriendo por la rampa de entrada.

—Agárrate —le advirtió ella mientras cerraba la escotilla y encendió los motores.

El *Halcón de Ébano* echó a volar, lanzándose hacia el cielo y más allá. Rompieron la atmósfera, pero Meetra no frenó la nave. Mantuvo los motores al máximo hasta que estuvieron en el borde del sistema solar. Sólo entonces, con varios millones de kilómetros entre Nathema y ella, se sintió lo bastante seguro como para frenar.

T3 se acercó rodando a ella y dejó escapar un silbido preocupado.

—No lo entenderías —le dijo ella—. Pero ahora estoy bien. Sólo dame unos cuantos minutos y le echaremos un vistazo a lo que sacaste de los bancos de datos.

LLEVÓ MÁS TIEMPO DEL QUE MEETRA ESPERABA QUE T3 DESENCRIPTARA y tradujera los archivos de Nathema hasta algo que ella pudiera analizar con el ordenador de la nave. Pasaron casi dos días antes de que ella pudiera empezar a revisar los archivos. Sin embargo, se recordó a sí misma, considerando que él estaba procesando millones de te-

rabytes de datos compilados originalmente en ordenadores que utilizaban una tecnología fundamentalmente alienígena, el hecho de que él hubiera conseguido algo de alguna clase era un pequeño milagro.

Durante sus investigaciones iniciales varias cosas quedaron claras rápidamente. El edificio que habían asaltado había sido algún tipo de oficina de almacenamiento de archivos, un componente mundano pero vital de cualquier gobierno complejo. Contenía documentos del gobierno, archivos históricos y transcripciones y, lo más prometedor de todo, archivos de censos detallados de numerosos mundos.

Por los datos del censo quedó claro que Nathema había sido una vez parte del Imperio Sith. Extrañamente, todos los archivos parecían ser anteriores a la Gran Guerra Hiperespacial. Fuera cual fuese el suceso que había despojado a Nathema de toda vida y lo había dejado vacío de la Fuerza debía haber ocurrido casi mil años antes.

Debido a eso, era imposible decir si el Imperio Sith tal y como estaba descrito en los archivos todavía existía. Pero dada la holograbación de T3 del ser de piel roja llevándose a Revan, Meetra estaba dispuesta a creer que todavía perduraba de alguna forma.

Revan había dejado a Bastila atrás porque temía que la mayor amenaza para la supervivencia de la República estaba acechando en las Regiones Desconocidas. La reaparición del Imperio Sith con certeza daba la talla.

La teoría también encajaba con lo que Canderous le había dicho. El mandaloriano había clamado que Revan le había pedido que restaurara la gloria y la fortaleza de su pueblo de manera que pudieran alzarse contra los Sith de intentar estos alguna vez volver a invadir la República.

Según los archivos del censo, el Imperio Sith comprendía varias docenas de planetas. El sith que se había llevado a Revan podría haber venido de cualquier de esos planetas. Si podía descubrir cuál era su hogar, ella podría ser capaz de estrechar su búsqueda.

Sin embargo, mientras cruzaba los resultados de nombres y coordinadas galácticas de los planetas indicados, Meetra comprendió rápidamente que todos eran planetas ya conocidos por la República. Durante los últimos mil años, los Jedi había purgado sistemáticamente

cada planeta mencionado en el censo de su influencia Sith: estos eran los archivos de un Imperio Sith que ya no existía.

Negándose a abandonar, indagó más profundamente en los archivos de datos que habían reunido, examinando los archivos pertenecientes al propio Nathema. Durante varios días estuvo absorta en los archivos, sin parar para comer ni para dormir. Cada pocas horas se refrescaba con una rápida pausa para la meditación, utilizando la Fuerza para reponer sus reservas menguantes de energía y concentración mental de manera que pudiera continuar con su trabajo.

Había decenas de miles de documentos del gobierno e informes reunidos por más de cincuenta agencias diferentes, pero Meetra se negó a intimidarse por la tarea monumental. Continuó absorta en los archivos y lentamente empezó a emerger una imagen.

El pueblo de Nathema había pasado sus últimos días en un estado aterrorizado y desesperado. Habían sabido que era sólo una cuestión de tiempo que los Jedi les encontraran y el gobernante de Nathema, un Sith llamado Lord Vitiate, se había aprovechado del miedo de su pueblo. Las transcripciones de los discursos públicos de Vitiate estaban llenas de advertencias gráficas de lo que los Jedi harían una vez que llegaran. Los archivos confirmaban que sus discursos habían sido emitidos y transmitidos por todo el Imperio, plantando las semillas del terror entre todos los planetas Sith. Vitiate consciente y cuidadosamente había llevado al pueblo a un estado de pánico, sabiendo que ellos seguirían ciegamente a quien les ofreciera esperanza.

Vitiate se apresuró a ocupar este rol e hizo una llamada a todos los demás Lores Oscuros supervivientes para que se reunieran con él en Nathema en un ritual que prometió que llevaría a los Sith a la salvación.

Al mismo tiempo que estaba haciendo esto, Vitiate también tenía a los mejores historiadores y científicos intentando determinar la localización de un planeta llamado Dromund Kaas, el hogar perdido hacía mucho de la especie sith original.

Meetra descubrió esto sólo por las excepcionales habilidades para el pirateo de T3. El astromecánico no sólo había copiado y traducido todos los datos de los archivos, sino que también había desencriptado

los códigos de acceso para abrir los archivos del gobierno, que luego había marcado como de máxima prioridad para ayudar a simplificar las investigaciones de Meetra.

El equipo que Vitiate asignó a buscar Dromund Kaas había operado con total secretismo, aislados día y noche en un laboratorio de investigación mientras estudiaban los antiguos mapas estelares y las cartas de astronavegación. Afortunadamente la líder del equipo había sido una meticulosa conservadora de los registros y cada paso del proceso había sido cuidadosamente documentado, incluyendo el momento de triunfo en el que finalmente fueron capaces de teorizar sobre una ruta hiperespacial que les llevaría de manera segura de vuelta a Dromund Kaas, adonde los Jedi no podrían seguirles nunca.

La entrada final de la líder del proyecto detallaba sus esfuerzos por preparar sus descubrimientos de manera que se pudieran presentar a Vitiate en persona. Lord Vitiate proclamó públicamente el comienzo de su gran ritual sólo tres días después.

Cronológicamente, no había archivos después de la proclamación. Nada del equipo de investigación. Nada de ningún otro departamento. Era como si cada miembro del desperdigado gobierno de Nathema se hubiese desvanecido simultáneamente de la existencia. Sin embargo, incluso sin ningún registro oficial de lo que había ocurrido a continuación, no fue difícil para Meetra reunir las piezas perdidas.

El ritual obviamente había destruido a Nathema, apagando toda vida del planeta. Lord Vitiate le había ofrecido esperanza a su pueblo y en su lugar les había traído un destino peor que la muerte: la erradicación total de la vida, la existencia e incluso la Fuerza.

Meetra no era una experta en brujería del lado oscuro, pero era seguro asumir que Vitiate no sólo había sobrevivido al ritual, sino que había emergido más poderoso que nunca. Y con la destrucción de todos en Nathema, incluyendo el equipo de investigación, sólo él habría sabido la localización de Dromund Kaas.

El plan era horrendo y brillante. Además de volverse más poderoso de lo que Meetra podía imaginar, Vitiate podría culpar a la extinción de su planeta a los Jedi, aterrorizando más al resto de los pla-

neta Sith. Entonces podría haberles ofrecido a ellos un destello de esperanza, prometiéndoles llevar a todos aquellos que le juraran lealtad a un lugar donde los Jedi nunca les encontrarían.

Si Vitiate había sido tan astuto como Meetra imaginaba que era, no habría llevado a sus seguidores directamente a Dromund Kaas. En su lugar, les habría llevado en un éxodo largo y difícil, durante el cual los Sith se habrían visto forzados a volverse hacia él una y otra vez en busca de apoyo y guía, con su dependencia hacia él creciendo hasta que él se convirtió de líder en héroe y de héroe en salvador. Para cuando finalmente llegaran a Dromund Kaas, probablemente habrían adorado a Vitiate como a un dios: todopoderoso y omnisciente.

Era una historia fascinante, eso seguro, pero Meetra no sabía cómo podría ayudarla a encontrar a Revan. El gran plan de Vitiate había tenido lugar más de mil años antes. Con certeza el propio Vitiate había muerto hacía mucho e incluso si había llevado a los Sith a Dromund Kaas, no había garantía de que todavía estuvieran allí.

También había otras posibilidades a considerar. Los sith eran una especie agresiva y belicosa. Era posible que Dromund Kaas fuera sólo uno de muchos planetas de las Regiones Desconocidas que había caído bajo su control durante los últimos mil años. Era posible, e incluso probable, que el ser de piel roja que había capturado a Revan le hubiera llevado a un planeta completamente diferente, uno del que ella nunca había oído hablar. Pero al menos tenía una pista. Y no importaba lo pequeñas que fueran las posibilidades de encontrar a su mentor, Meetra no estaba dispuesta a abandonar. Confiaba en la Fuerza. Al final esta la llevaría hasta él.

Por los archivos del censo, estaba claro que los humanos eran, o habían sido, parte del Imperio Sith. Si los seguidores de Vitiate se habían asentado en Dromund Kaas, ella debería ser capaz de pasar entre ellos al hacerse pasar por mercenaria, un papel que conocía bien por los años que había pasado viviente como la Exiliada en el Borde Exterior.

Mientras introducía las coordenadas del hiperespacio del cuaderno de bitácora de la líder del equipo de investigación en el ordenador de

navegación, T3 vino y trinó inquisitivamente.

—Vamos a un planeta llamado Dromund Kaas —dijo Meetra cuando el *Halcón de Ébano* hizo el salto a la velocidad luz—. Si Revan está allí, le encontraremos.

CAPÍTULO 19

Scourge introdujo el código de acceso para abrir la puerta que llevaba a las celdas de detención subterráneas construidas bajo la fortaleza de Nyriss. No prestó atención a los guardias que estaban de vigilancia mientras pasaba y ellos no hicieron movimiento alguno para detenerle. Había pasado por el puesto de control cientos de veces y habían dejado de molestarse por los protocolos oficiales de seguridad de Murtog hacía mucho.

Él descendió las escaleras hasta el corredor débilmente iluminado y sin salida del fondo. Había cuatro puertas, dos a cada lado. Junto a cada puerta había un monitor, mostrando un holovideo de lo que estaba ocurriendo dentro de cada celda. Tres de las celdas estaban vacías. La cuarta había estado ocupada por el mismo prisionero durante los pasados tres años.

La imagen mostraba a Revan sentado en una posición familiar, con las piernas cruzadas y sus manos descansando con las palmas hacia arriba sobre sus muslos. Sus ojos estaban cerrados, su cara calmada… aunque Scourge sabía que eso tenía tanto que ver con la me-

dicación como con la meditación.

El prisionero no había dejado su celda ni siquiera durante un único momento desde su captura. Había un inodoro en el rincón, un pequeño lavabo y una cama contra una pared. Al principio habían traído una silla para atarle durante sus sesiones de interrogatorios, pero después de los primeros meses Scourge convenció a Nyriss que torturar a Revan era desperdicio infructuoso de tiempo y recursos.

Por aquella época Revan ya lo había contado todo. Tanto como podía recordar, al menos. Les había revelado que los Jedi habían borrado la mayoría de sus primeros recuerdos, incluyendo toda traza de lo que le había ocurrido en las mazamorras del Emperador. Había confesado que había ido a Nathema con la esperanza de reclamar su pasado perdido, siguiendo la misma pista que le había embarcado años antes.

No podía decirle a Nyriss nada sobre lo que ella preguntaba realmente. Y aunque ella todavía sospechaba que él había sido dominado por la voluntad del Emperador y luego liberado por esta, los científicos que ella había traído para que le estudiaran habían sido incapaces de encontrar algo útil con todas sus pruebas e investigaciones.

Después de seis meses, Nyriss había perdido el interés en su prisionero Jedi. Su atención se había vuelto hacia otras conjuras e intrigas, aunque le mantuvo con vida sólo por si acaso. Pero mientras que Nyriss ignoraba a Revan, Scourge se había obsesionado con él.

El control y la conexión del Jedi con la Fuerza eran diferentes de todo lo que Scourge había sentido en cualquier otro. Incluso aunque Revan estaba constantemente drogado, era imposible no sentir su fortaleza. Después de años de estudiarlo, Scourge había llegado a comprender porqué los Jedi tenían una reputación tan temible entre los Sith. Con hombres y mujeres como Revan en sus filas, era fácil ver cómo habían repelido la invasión Sith mil años antes. Y eso confirmaba lo que él ya sospechaba: el plan del Emperador para lanzar otra invasión contra la República en este momento era equivalente al suicidio.

Sin embargo, era más que el poder desnudo del Jedi lo que interesaba a Scourge. A diferencia de todos los instructores de la Acade-

mia, o incluso de la propia Nyriss, Revan había experimentado los lados luminosos y oscuros de la Fuerza. Él tenía una perspectiva única de sus fortalezas y debilidades y Scourge estaba ansioso por aprender de su experiencia.

No había sido fácil, por supuesto. Revan le veía como a un enemigo al principio: Scourge era el ser que le había torturado para sacarle información. Pero con el tiempo eso había cambiado lentamente. Revan estaba retenido en casi total aislamiento. Los guardias tenían prohibido hablar con él y, una vez que Nyriss casi se olvidó de él, las visitas semanales de Scourge eran su única fuente de conversación o contacto.

Scourge comprendía que largos periodos de confinamiento solitario podrían ser incluso más difícil de soportar que el brutal sufrimiento físico de los interrogatorios. La soledad y el aislamiento se comerían la mente y el espíritu. Era inevitable que Revan forjara una relación con la única persona con la que tenía jamás contacto.

Fue un proceso lento y sutil e incluso ahora todavía se veían el uno al otro con sospecha y desconfianza. Pero al final la necesidad instintiva de interacción había hecho que Revan se abriera. Daba respuestas cuidadosamente guardadas a las preguntas de Scourge sobre sus creencias y filosofías, o dejaba deslizar trocitos y pedazos de su conocimiento de la Fuerza.

No importaba durante cuánto tiempo hablaran, Revan tenía cuidado de decir muy poco, pero con los años las pequeñas gotitas de sabiduría se habían acumulado en una gran reserva para que Scourge la utilizara. Nyriss podría no tener más utilidad para Revan, pero Scourge iba a explotar este recurso que no tenía precio por todo lo que valía.

Scourge abrió la puerta de la celda de Revan. El Jedi todavía llevaba los mismos ropajes marrones con los que había sido capturado. Las ropas, como la propia prisión, no habían sido limpiadas apropiadamente en tres años. Scourge hizo una mueca ante el olor rancio y acre que salía del humano, pero era un pequeño precio a pagar, considerando cuánto había obtenido ya de sus visitas regulares.

—Revan —dijo, notando que los ojos del prisionero todavía esta-

ban cerrados—. Deseo hablar contigo.

REVAN ABRIÓ LOS OJOS COMO SI RESPONDIERA A LA VOZ DEL SITH, AUNQUE a decir verdad había sentido que se aproximaba desde el momento en el que empezó a descender las escaleras. Era difícil utilizar la Fuerza a través del velo de productos químicos que alteraban la mente en su sistema, pero con los años había aprendido un puñado de trucos.

Aunque habían hablado cientos de veces, el Sith nunca le había dicho a Revan su nombre. No es que eso importara. Para Revan él no era nada más que una herramienta: su única esperanza de salir jamás de la celda con vida.

Durante los primeros meses había esperado que alguien viniera a por él: Canderous o T3-M4, o tal vez incluso Bastila, guiada hasta él por la Fuerza. Pero cuando el tiempo pasó, su cerebro aturdido por las drogas comprendió finalmente que estaba realmente solo.

Había intentado abrirse a Bastila con la Fuerza, pero las drogas y la vasta distancia de una galaxia entera debían de haber evitado que ella sintiera su necesidad. Él casi había abandonado una vez que comprendió que no habría rescate. Su situación parecía desesperada. Y entonces su mente aturdida se fijó en el interrogador sith.

Estaba claro que el ser de piel roja estaba supeditado a la vieja marchita que había estado presente durante los primeros interrogatorios. También era obvio que él era más que sólo un secuaz contratado para sacarles información a los prisioneros mediante la tortura. Revan había sentido la Fuerza en él. Tenía un potencial increíble. Afortunadamente para Revan, también era arrogante, demasiado seguro de sí mismo y ambicioso.

Con el paso de muchos meses, Revan alimentó esa ambición con pequeñas migajas que pretendían atraer al Señor Sith. Le habló de su pasado, sabiendo que sus triunfos sobre Malak y los otros individuos poderosos alimentarían el deseo del joven sith de elevarse por encima de su puesto actual.

Revan también hizo un esfuerzo especial en sacar a relucir a la Fuerza regularmente. Había servido una vez al lado oscuro y comprendía su in-

saciable ansia de poder. La oportunidad de aprender algo, cualquier cosa, nuevo sobre la Fuerza era una tentación que el Sith no podría resistir.

Estuvo dispuesto a darle al sith destellos de su sabiduría porque con cada conversación aprendía un poco más sobre sus captores. El interrogador era cuidadoso. Intentaba rebelar tan poco de sí mismo y del mundo de fuera de la celda como fuera posible. Pero con el paso de muchos meses y de cientos de conversaciones era inevitable que algunas cosas se le escaparan.

Para facilitar el proceso, Revan había forjado cuidadosamente una relación con el sith anónimo, estableciendo un familiar entendimiento mutuo que hacía más fácil para el Sith abrirse inconscientemente incluso cuando pensaba que él estaba utilizando a Revan.

Sus esfuerzos habían sido bien recompensados. Durante los últimos tres años había descubierto mucho sobre la sociedad sith que la República creía extinguida. Sabía que estaban gobernados por un Emperador. Sabía que controlaban cientos de mundos.

Alrededor de un año antes, había descubierto el nombre de la mujer que había supervisado los primeros interrogatorios. Su nombre era Nyriss y era una de las consejeras cuidadosamente elegidas del Emperador.

En cierto punto su captor había dejado que se le escapara que el Emperador estaba planeando secretamente una invasión contra la República. Y lo que era más importante, había revelado que Nyriss y él, junto con otros muchos Sith, estaban determinados a detenerle.

Revan se había aferrado a esa meta compartida y, durante los pasados meses, había estado aprovechándose de ella a cada oportunidad.

Todo podría ser fútil. Todos sus esfuerzos podrían no sumar más que un juego al que estaba jugando meramente para que le ayudara a pasar las infinitas horas de su cautiverio. Pero si había una oportunidad, aunque fuera pequeña, de que de alguna manera pudiera utilizar este conocimiento para escapar de su prisión, pretendía aprovecharla.

El Jedi había abierto los ojos, pero todavía parecía perdido en sus pensamientos. Scourge se preguntó si le habían alterado la medi-

cación recientemente. Cada pocos meses tenían que cambiarle a una nueva fórmula cuando su cuerpo se volvía más resistente a la dosis diaria de drogas que pretendían mantenerle dócil e indefenso. Durante los primeros días después de cada cambio, Revan parecía incluso más perdido que de costumbre.

—Revan —repitió, hablando más fuerte.

Dio una palmada de repente, con el sonido retumbando por las paredes de la celda.

—Lo siento, mi lord —dijo Revan en respuesta, pronunciando ligeramente mal las palabras—. Estoy teniendo problemas para… concentrarme. Me alegro de volver a veros —añadió con una ligera sonrisa—. Siempre disfruto con vuestras visitas.

Scourge nunca lo admitiría ante nadie, por supuesto, pero él también las disfrutaba. Había desarrollado un gran respeto e incluso admiración por Revan. Irónico, dado cuánto había descendido su opinión de Nyriss durante los últimos meses.

—Parecéis preocupado, mi lord.

—Nyriss todavía se niega a emprender alguna acción real contra el Emperador —gruñó.

Era bueno decir las palabras en voz alta. Ese era un beneficio inesperado de ser la única persona que hablaba jamás con el prisionero. Cualquier cosa que dijera en la celda nunca dejaría estas paredes. Aquí podía desahogar sus frustraciones en voz alta sin miedo a represalias.

—Ella me dice que debo ser paciente, pero sus energías y recursos están concentrados en vencer a sus rivales en el Consejo Oscuro.

—Nyriss está dirigida por el miedo —le explicó Revan, hablando con la cadencia lenta y monótona a la que Scourge nunca se había acostumbrado realmente—. Atacar abiertamente al Emperador pone su vida en peligro. Su propia supervivencia inmediata es más importante para ella que el destino de vuestro Imperio.

—Hay aliados poderosos a los que se les podría persuadir de que la ayudaran —replicó Scourge—. Todo lo que necesitan es que alguien dé un paso al frente y se haga cargo. Todo lo que necesitan es un líder para aliente a la acción.

—Yo fui traicionado por Malak —le recordó Revan—. Nyriss tiene

miedo de que lo mismo pudiera ocurrirle a ella. Si da un paso al frente como líder, ya no podrá ocultarse en las sombras con los otros. Estará expuesta y sólo hará falta un rival ambicioso para que la traicione ante el Emperador y lo derrumbe todo.

Scourge asintió, recordando cómo Nyriss había hecho lo mismo para eliminar a Darth Xedrix. En aquel momento él la había creído cuando dijo que era por el bien de la causa, pero ahora sospechaba que había sido sólo una excusa para eliminar a un rival del Consejo Oscuro.

—Si todos los conspiradores tienen demasiado miedo de dar un paso al frente, el Emperador nunca se detendrá —murmuró Scourge—. Eventualmente nos llevará a una guerra que no podemos ganar y los Jedi nos exterminarán como represalia. Al final no hacer nada es la elección más peligrosa de todas.

—Nyriss se ciega a esa verdad. Ese es el camino del lado oscuro —dijo Revan—. Aquellos que lo siguen están impulsados por el miedo y la ambición. Son demasiado egoístas para ver que las grandes victorias a menudo requieren sacrificio.

Scourge hizo una mueca. A veces se cansaba de los sermones de Revan contra el lado oscuro. En este caso, sin embargo, el Jedi tenía razón al menos parcialmente. Nyriss no se pensaría dos veces sacrificar a un aliado o a un seguidor, pero nunca consideraría sacrificarse a sí misma.

Revan, por otra parte, había viajado por la galaxia a pesar de los peligros desconocidos porque pensaba que podría haber algo que amenazara a su amada República. Se había puesto en peligro por algo en lo que creía.

Un año antes Scourge se habría reído de su estupidez. Después de todo, ¿qué había conseguido Revan aparte de convertirse en prisionero? Ahora, sin embargo, comprendía que aunque el Jedi había fallado, al menos había hecho el esfuerzo. Al menos había tenido una oportunidad de tener éxito. Nyriss, parecía, ni siquiera iba a hacer el intento. Ella había fallado en detener al Emperador incluso antes de que hubiera empezado.

—Necesitas encontrar otro aliado para tu causa —dijo Revan—.

Alguien poderoso, pero que no esté atrapado por las políticas del Consejo Oscuro.

Scourge se rió en voz alta ante lo que Revan claramente estaba implicando.

—Debes de estar volviéndote desesperado si crees que puedes convencerme de que te ayude a escapar.

MENTALMENTE, REVAN HIZO UNA MUECA. HABÍA EMPUJADO HASTA DEmasiado lejos demasiado rápidamente. En vez de la sutil manipulación, había dado un paso en falso al revelar una estratagema torpe y obvia. Nunca habría cometido un error tan estúpido si su mente estuviera clara.

Pero pensó que todavía podría ser posible salvar la situación. Tenía que darle al Sith algo más en lo que concentrarse, algo que él deseara por encima de todo lo demás.

—Compartimos una meta común —admitió Revan—. Ambos queremos evitar que el Emperador invada la República. Pero no estoy proponiendo una alianza. —Hizo una pausa—. No necesito tu ayuda para escapar. La Fuerza me ha mostrado que mi libertad se está acercando.

—¿La Fuerza te lo ha mostrado? ¿Qué quieres decir? ¿Has tenido una visión?

Como Revan sospechaba, su carcelero nunca había experimentado una visión a través de la Fuerza. No era inusual: el fenómeno era mucho más raro entre aquellos que seguían el lado oscuro. Su concentración era interna. Ellos utilizaban la Fuerza como herramienta, más que verse a sí mismos como instrumentos de la voluntad de la Fuerza. No estaban acostumbrados a abrirse a la Fuerza en busca de guía y dirección.

—La Fuerza me ha mostrado que mi futuro reside más allá de estas paredes —mintió Revan.

—No pongo mucha fe en visiones y profecías —dijo el Sith.

—¿Alguna vez habéis sentido una premonición de peligro a través de la Fuerza? —preguntó Revan intentando ayudarle a compren-

der—. ¿Habéis sentido una amenaza antes de que se revelara?

—Por supuesto.

—Las visiones son meramente una extrapolación de esto. La Fuerza fluye a través del espacio y del tiempo. Une el pasado, el presente y el futuro.

—Se dice que Naga Sadow tenía visiones de los Sith aplastando a la República durante la Gran Guerra Hiperespacial —replicó Scourge—. Ambos sabemos que eso nunca llegó a pasar.

—El futuro siempre está en movimiento. La Fuerza nos concede visiones que nos muestran sólo uno de muchos resultados posibles.

—¿Entonces para qué sirven?

—Pueden guiar nuestras acciones, darnos dirección. Pueden mostrarnos un camino que deseamos seguir o uno que podemos intentar evitar.

—¿Como la visión que te trajo aquí? —preguntó Scourge—. ¿El sueño de Dromund Kaas y su cielo cubierto de tormentas?

—Eso fue un recuerdo, no una visión —le recordó Revan—. Pero la Fuerza a veces nos habla a través de nuestros sueños.

—¿Y qué te muestra tu visión? ¿Cómo haces tu gran escape de esta mazmorra?

Revan eligió sus siguientes palabras cuidadosamente, con su ingenio entorpecido sintiendo una oportunidad. Sabía que su mejor opción, quizás su única opción, de escapar era con la ayuda del Sith. Pero no podía ser él el que sugiriera la alianza. El Lord Sith tenía que pensar que era idea suya.

Eso era por lo que había creado la mentira sobre la visión: para atraer la atención lejos de su torpe intento por convencer al Sith de que le ayudara. Ahora, sin embargo, tenía una oportunidad de plantar una semilla.

—Lo comprenderás con el tiempo —dijo crípticamente, sabiendo que el otro le daría vueltas al significado oculto tras sus palabras.

El Sith ya estaba obsesionado con él. Deseaba aprovechar la comprensión de la Fuerza de Revan y el Jedi sabía que él dominaba los pensamientos conscientes e inconscientes del ser de piel roja. Sólo sería natural que Revan fuera a veces el asunto de los sueños del Lord

Sith.

Con suerte, el Sith llegaría a creer que sus sueños ordinarios eran realmente visiones concedidas por la Fuerza. Si todo iba bien, llegaría a creer que había un poder mayor intentando reunirles. Podría decidir por sí mismo que Revan era la clave para derrotar al Emperador, instándole a ayudar a escapar al Jedi.

Era una posibilidad muy remota, pero Revan no tenía nada más a lo que agarrarse.

—No tengo deseos de jugar a tus juegos —le espetó el Sith, enfadado por la respuesta enigmática.

Se volvió sobre sus talones de sus botas sin decir una palabra y salió de la celda, sellando la puerta tras él. Revan sabía por experiencia que pasaría al menos una semana antes de que volviera. El final abrupto de su conversación y la inminente ausencia prolongada se pretendía que fueran un castigo. Su interrogador había reemplazado hacía mucho la tortura física por la supuesta angustia mental del aislamiento.

Para la mayoría de los prisioneros esto habría sido una herramienta efectiva, pero Revan era capaz de soportar largos periodos solo al meditar en la Fuerza. En momentos como estos intentaba abrirse a Bastila, esperando al menos hacerle saber a ella que todavía estaba vivo.

Se abrió a la Fuerza. Mientras ella fluía a través de él, imágenes de la mujer que amaba bailaron por su cabeza. Y entonces de repente desaparecieron, reemplazadas por la cara amorfa de otra.

—Meetra —jadeó Revan cuando los rasgos se movieron hasta enfocarse.

Se mantuvieron allí durante un instante y luego se desvanecieron.

Revan supo que esto era más que algún mero recuerdo de una amiga perdida. Había sido demasiado intenso y poderoso para ser un recuerdo. Era casi como al describir la naturaleza de las visiones de la Fuerza al Sith, hubiera provocado una propia.

Aunque había durado sólo un segundo, el significado estaba abundantemente claro. Meetra venía a rescatarle.

CAPÍTULO 20

Meetra luchó por mantener estable el *Halcón de Ébano* en su descenso a través de las feroces tormentas que azotaban los cielos sobre el espaciopuerto de Ciudad Kaas.

Sabía que el planeta azotado por tormentas tenía que ser el planeta del que había hablado Canderous. El que Revan había visto en sus sueños. El lado oscuro era poderoso aquí. Era lo bastante fuerte como para enviar un escalofrío por la espalda abajo de ella, pero la sensación era infinitamente mejor que la terrible nada de Nathema.

Cuando llevó la nave para el aterrizaje, supo con una seguridad repentina e inexorable que Revan estaba en algún lugar de este planeta.

—Él está aquí, Te-Tres —informó a su compañero, intentando contener su excitación—. Puedo sentirlo.

El droide pitó ansiosamente.

—No será tan fácil —replicó ella—. Necesitaré explorar por ahí un poco, para conseguir una sensación de este planeta.

El droide silbó aprensivamente.

—Sólo quédate cerca y sigue mi ejemplo —le dijo ella—. Estare-

mos bien.

Unos cuantos minutos más tarde había posado exitosamente el *Halcón* en una de las muchas zonas de aterrizaje del espaciopuerto.

—Nadie aquí sabe que soy una Jedi —le recordó ella a su compañero astromecánico justo antes de descender por la rampa de entrada—. Intentemos que siga así.

Su sable láser estaba colocado a salvo fuera de la vista y ella se había cambiado sus ropajes marrones por unos pantalones negros y un top rojo sin mangas. Era improbable que alguien aquí reconociera el atuendo tradicional de la Orden Jedi, pero no iba a correr ningún riesgo.

Una oficial de aduanas les estaba esperando fuera de la nave: una mujer humana de mediana edad. El hecho de que los humanos pudieran tener puestos de oficiales del gobierno era una buena señal: obviamente eran lo bastante comunes en Dromund Kaas que ella no atraería automáticamente la atención aquí debido a su especie.

—Su nave no está registrada —le dijo la mujer en básico, con su voz simultáneamente acusadora y aburrida—. Tendrá que venir conmigo.

Meetra no se sorprendió de que la saludaran en el familiar idioma. Los Sith habían sido una vez un Imperio que controlaba múltiples planetas, culturas y sociedades. Naturalmente recurrirían a la lengua común y el básico era de lejos la elección más simple y más extendida.

—Me gusta mantener en secreto mis idas y venidas —replicó ella.

—Eso se puede arreglar —dijo la mujer con una mirada rápida para asegurarse de que nadie podía oírlas—. Naturalmente cobramos unos honorarios por esa clase de servicio premium.

Meetra no tenía ni idea de qué clase de efectivo se utilizaba en Dromund Kaas, pero dudaba muchísimo que aceptaran créditos republicanos.

—Convertiré mis fondos en algo un poco más fácil de llevar —explicó, levantando un diamante pequeño pero perfectamente cortado.

Los ojos de la oficial de aduanas se iluminaron cuando miró la valiosa gema.

—Si mantiene mi llegada confidencial, me aseguraré de que sea re-

compensada una vez que convierta estos en algo un poco más fácil de gastar —le prometió Meetra.

Los ojos de la mujer se estrecharon suspicazmente.

—Tengo una estricta política del dinero por delante —dijo.

—Tal vez podría hacer una excepción esta vez, dado que ambas somos humanas —le sugirió Meetra, abriéndose a la Fuerza para darle a la psique de la mujer un suave empujoncito.

—Creo que podría hacer una excepción esta vez —dijo la mujer con un encogimiento de hombros afable—. Dado que ambas somos humanas.

—Sabía que podíamos pensar en algo —replicó Meetra con una sonrisa—. Ahora, supongo que no sabría el nombre de alguien en la ciudad que me diera un precio justo por mis piedras.

—Larvit es su mejor apuesta —le dijo la otra mujer—. Sabe regatear, pero no intentará engañarla. Deje que le dé la dirección.

Meetra decidió caminar hasta la tienda de Larvit, en vez de alquilar un deslizador. Vagar por las calles de Cuidad Kaas a pie le daría una mejor sensación del planeta y su gente, haciendo que fuese más fácil encajar.

La población parecía estar compuesta principalmente de sith de piel roja y humanos, todos vestidos con uniformes estandarizados o atuendos militares. Se dio cuenta de que había un puñado de zabrak y de twi'lekos. A diferencia de los sith y los humanos, ellos no llevaban uniformes y llevaban todos, sin excepción, collares aturdidores. Con un sobresalto Meetra se dio cuenta de que los desafortunados esclavos eran probablemente descendientes de los prisioneros que se habían llevado los Sith mil años antes durante la Gran Guerra Hiperespacial.

La dirección que la oficial de aduanas le había dado era simple y ella encontró su destino sin ningún problema. Desde fuera, la tienda de Larvit no parecía como la clase de lugar en el que uno escogería llevar a cabo negocios ilegales. Estaba situada en mitad de la calle y su escaparate lucía el mismo sello oficial del gobierno que ella había visto virtualmente en todos los edificios por los que había pasado.

Entró en la tienda de Larvit e hizo una rápida evaluación de lo que

la rodeaba. Parecía como un cruce entre una casa de empeños y un puesto de suministros. El hombre alto y de pelo gris tras el mostrador llevaba una camisa roja y unos pantalones negros, ambos recién planchados. En su hombro izquierdo había varias barras que probablemente representaban alguna clase de rango militar y el bolsillo izquierdo del pecho estaba decorado con el mismo símbolo que adornaba el escaparate.

Meetra había esperado encontrarse en una sombría operación del mercado negro, pero claramente estaba en alguna especie de negocio oficial controlado por el gobierno. Aun así, ella no tenía ningún otro sitio al que ir, así que fue directa hacia el hombre de pelo gris y dejó un puñado de gemas sobre el mostrador.

—Por favor, presente su tarjeta de identificación imperial… —empezó a decir él, pero el saludo de rutina murió en su boca cuando vio la pequeña fortuna diseminada sobre la superficie de su mostrador.

Sus ojos se abrieron mucho, primero por la codicia y luego por el miedo. Saltando desde detrás del mostrador, se lanzó a la parte delantera de la tienda y cerró rápidamente la puerta y echó el pestillo.

—¿Qué cree que está haciendo? —demandó en voz baja, mirando a través del escaparate para ver si alguien se había dado cuenta de su repentina carrera por la tienda.

Meetra levantó lentamente su mano derecha hacia el sable láser oculto en su cinturón.

—Me dijeron que usted es el hombre al que hay que ver para los negocios que quiero mantener en secreto.

—Lo soy, lo soy —le aseguró Larvit, recuperando algo de su compostura—. Pero no puede lanzar sus cosas sobre el mostrador para que las vea cualquiera. ¿Qué pasaría si un inspector se le ocurriera entrar a dar una vuelta?

—Lo siento —dijo Meetra—. No me di cuenta de que era algo importante.

Larvit resopló burlonamente.

—Genial. Una sojuzgada. Aquí tienes una pista, extranjera. La próxima vez que visites Dromund Kaas, aprende primero las costumbres.

Meetra asintió y dejó caer su mano, pero permaneció vigilante.

—¿Cómo me descubrió? —preguntó Larvit—. ¿Quién la envió?

—¿Importa? —replicó Meetra.

Larvit negó con la cabeza y se abrió camino hacia atrás para inspeccionar las piedras que todavía descansaban encima del mostrador.

—¿Es esto el número completo de su colección? —preguntó él, recogiendo una de las gemas y levantándola hacia su ojo envejecido para inspeccionarla más de cerca.

—Es de cuanto estoy dispuesta a vender ahora mismo.

—Comprendo —dijo él con una sonrisa—. ¿Necesita los créditos inmediatamente o puede esperar unas cuantas semanas?

—¿Cuál es la diferencia?

—Puedo ofrecerle más si me da tiempo para encontrar al comprador adecuado —explicó él.

Meetra negó con la cabeza.

—No tengo esa clase de tiempo.

—Eso es desafortunado —dijo él comprensivamente—. Eso se tendrá que reflejar en el precio, por supuesto.

—Por supuesto.

—Estoy dispuesto a ofrecerle siete mil créditos imperiales por el lote —dijo él, inclinándose hacia atrás y cruzando los brazos para dar a entender que el precio no era negociable.

Meetra no iba a caer en un truco tan viejo. Incluso aunque no tenía ni idea de cuál era el valor real de un crédito imperial, había regateado lo suficiente en su época como para saber que su oferta de apertura era meramente una referencia.

—Veinte mil —replicó ella, sabiendo que era una suma ridículamente alto.

—Incluso si pudiera usted esperar a encontrar un comprador yo nunca podría superar los dieciocho mil —respondió él—. Le doy diez.

—Que sean quince y prometo que vendré a usted primero la próxima vez que busque un trato.

—Le daré doce —dijo él, agitando un dedo en la cara de ella—. ¡No encontrará a nadie que suba de once!

—Las venderé por trece y algo de información —respondió ella.

—¿Qué clase de información?

—Estoy buscando a alguien. Un amigo. Necesito el nombre de un contacto que sepa cómo encontrar a la gente.

—¿A gente que no quiere ser encontrada?

—Preferiría no decirlo.

El dependiente cruzó sus brazos de nuevo y se acarició la barbilla pensativamente.

—Que sean doce quinientos y tenemos un trato. Incluso organizaré la reunión.

Diez minutos más tarde Meetra salió del establecimiento con doce mil quinientos créditos imperiales y una cita para encontrarse con alguien llamado Sechel dentro de dos días.

MEETRA SE SORPRENDIÓ POR LA ATMÓSFERA DE CLASE ALTA DE LA SALA Nexus.

Durante los pasados dos días había llegado a descubrir que todo en la sociedad imperial se trataba de estatus, castas y clases. Claramente su contacto era un ser de rango significativo.

Fue saludada en la puerta por un joven humano que llevaba ropas caras y un collar de esclavo lucido prominentemente. Larvit debía de haber proporcionado una descripción de ella, porque él pareció saber quién era ella.

—Bienvenida a la Sala Nexus —dijo el joven, bajando respetuosamente la mirada al suelo—. El amo Sechel le está esperando.

A ojos de Meetra, la esclavitud era una de las prácticas más viles y despreciables de la galaxia. La República había prohibido oficialmente la esclavitud, aunque sabía que todavía existía bajo eufemismos como *servicio obligado por contrato* o *asistente personal de por vida*. Y en los planetas controlados por los hutts, que estaban fuera de la jurisdicción de la República, los individuos se compraban y se vendían abiertamente como posesiones personales. Pero de alguna manera lo que había encontrado en Dromund Kaas parecía mucho peor.

En el Imperio Sith la esclavitud era una institución social, gober-

nada por leyes y regulaciones y aparentemente aceptada sin cuestionársela por los ciudadanos. Los esclavos eran símbolos del rango. Los ricos y poderosos los utilizaban como símbolos de su estatus para ser mostrados delante de los que les miraban.

Había una abyecta indefensión en los ojos de los esclavos. Estaban condenados a una vida de servilismo sin opciones de libertad. Incluso en los planetas hutts los esclavos podían al menos soñar con escapar un día a la República y empezar una nueva vida. Pero en el Imperio Sith, los esclavos no tenían ningún lugar al que huir. Todos los planetas les condenarían. Como mucho un esclavo huido sería devuelto a un propietario enfurecido o reclamado por uno nuevo. Múltiples intentos de huida recibían una ejecución pública, una muerte lenta y agonizante según lo que Meetra había visto en los archivos oficiales de Nathema.

—Perdóneme, señora —dijo el joven, inclinando mucho la cabeza y uniendo sus manos en un gesto universal de súplica—, pero no se permiten droides dentro del club.

—Espera aquí, Te-Tres —dijo Meetra.

Su voz se volvió aguda mientras luchaba por contener su furia ante las circunstancias del joven. Desafortunadamente, el esclavo pensó que su rabia apenas contenida iba dirigida a él y empezó a temblar.

Ella pudo ver el terror en sus ojos y sólo pudo imaginar de qué castigos sería objeto si ofendía a una invitada del club. Pero sin duda se enfrentaría a consecuencias incluso peores si fuera a violar las reglas y dejar que T3 la acompañara dentro.

Ella no se atrevió a ofrecerle ninguna palabra de consuelo. No podía hacer nada que pudiera atraer la atención sobre sí misma. Así que simplemente tuvo que dejar sufrir al joven, esperando silenciosamente que su angustia mental pasara rápidamente una vez que ella entrara.

—P-por favor, sígame —tartamudeó él.

Todavía temblando, la llevó hasta una mesa en la parte de atrás donde un sith con caras ropas de cortesano ya estaba sentado. Ella pudo decir por su apariencia, e incluso por el modo en el que estaba sentado, que era más un diplomático que un guerrero. Había algo

blando y suave sobre su aspecto. Sus músculos no estaban bien definidos y no parecía poseer la consciencia física de sí mismo común entre aquellos que confiaba en sus habilidades marciales para sobrevivir. Claramente era parte de la aristocracia.

Meetra tomó nota mental para no subestimarle. Lo que carecía de habilidades físicas probablemente lo compensaba de más con intelecto y astucia.

Sechel despidió al joven esclavo con un giro despectivo de su muñeca y luego le hizo gestos a ella para que se sentara en la mesa en una silla frente a él.

Cuando ella lo hizo, él mostró una sonrisa muy practicada y ella se dio cuenta de algo extraño sobre su cara. Además de su piel roja, los sith estaban marcados por apéndices carnosos que colgaban de sus mejillas y barbilla. En Sechel, dos de los apéndices eran muñones desfigurados. Parecía como si pudieran haber sido cortados.

Ella apartó su atención de las mejillas de él y la subió hasta sus ojos, por miedo a que él la pillara mirando a su deformidad.

—Larvit me dice que está usted buscando a alguien —dijo Sechel, lanzándose directamente al grano del asunto ante ellos.

—Dijo que usted podría ayudarme a encontrarle —replicó Meetra.

—Por el precio adecuado puedo encontrar casi a cualquiera —le aseguró Sechel—. Y resulta que sé que tiene usted fondos más que amplios para cubrir mis costes.

—Veo que Larvit no cree en la discreción cuando se trata de discutir los asuntos de negocios —gruñó Meetra.

—Si no quiera que él discutiera los términos de su trato, debería haberlo negociado en el precio —replicó Sechel—. ¿Debo asumir que quiere que nuestra discusión se mantenga en privado?

Meetra asintió, preguntándose cuánto sería la compensación.

—Hábleme de la persona que está buscando.

—Estoy buscando a un sith.

Meetra no era lo bastante tonta como para admitir que estaba buscando a Revan. Sin saber quién se lo había llevado o porqué, incluso sacarle a relucir sería un riesgo demasiado grande. Gracias a la holograbación de T3, si podía encontrar a su secuestrador, él podría lle-

varla hasta Revan.

—¿Tiene nombre ese sith?

—Probablemente él sí lo tiene, pero no sé cuál es.

—Ah, progresamos —dijo Sechel, uniendo sus manos con una palmada y frotándoselas con anticipación—. Ahora sabemos que es hombre. ¿Puede proporcionarme una descripción?

—Puedo hacer algo mejor que eso —respondió ella, sacando un holoproyector personal de uno de sus bolsillos.

Pulsó un botón y este mostró una imagen estática que había grabado de la holograbación de T3. La imagen se había recortado cuidadosamente para eliminar cualquier rastro de Revan o del *Halcón de Ébano*, dejando sólo un primer plano del sith que se lo había llevado.

La reacción de Sechel ante la imagen era tan sutil que Meetra casi no se dio cuenta. Sus ojos se abrieron más, ligeramente, al reconocerle. Una reacción instintiva e inconsciente. Duró sólo una fracción de segundo y Meetra quedó impresionada por lo bien que él fue capaz de ocultar su sorpresa.

—Interesante —dijo el sith, pretendiendo estudiar la imagen—. Parece ser un Lord Sith. Eso significa que tendré que cobrar más.

No había duda en la mente de Meetra de que Sechel sabía exactamente quién era el Lord Sith, pero creía que había más beneficio en seguirle el juego que destapar su mentira.

—Necesito hablar con él sobre un asunto urgente.

—Quizás si me cuenta la naturaleza de su asunto, eso me ayudará a encontrarle. ¿Es un amigo? ¿Un enemigo?

—No es exactamente un amigo —dijo evasivamente Meetra—. Pero con certeza no es un enemigo. Él tiene información sobre un asunto privado que deseo discutir.

—Ocultarme información hará mi trabajo más difícil —le advirtió Sechel—. Eso subirá el precio sustancialmente.

—Ya sabe que puedo pagarle —le recordó ella—. Mis asuntos seguirán siendo privados.

—Si localizo a este ser, ¿qué debo decirle?

Meetra dudó. No sabía la naturaleza exacta de la relación entre Sechel y el misterioso sith. Si eran amigos, él no le diría simplemente

dónde encontrarlo. No sin advertirle a él primero.

—Me gustaría fijar una reunión entre nosotros —dijo ella finalmente, esperando que su respuesta fuera lo bastante vaga como para que Sechel todavía pensar que ella no pretendía hacerle daño alguno al otro sith.

—Una reunión privada, ¿sí? —preguntó él con una sonrisa.

Meetra asintió.

—Muy bien —dijo él—. Intentaré localizarle y ofrecerle fijar una reunión. Por supuesto, no puedo prometerle que esté de acuerdo con verla.

—Es por su bien —dijo Meetra—. Estoy segura de que puede ser usted muy convincente.

—Con certeza. Pero eso también cuesta más.

Meetra sonrió con cansancio.

—¿Cuánto?

—Cinco mil créditos.

Sechel demostró ser un negociador mucho más sagaz que Larvit. Él sabía que tenía todas las ventajas. Al final acordaron que fueran cuatro mil créditos, mucho más cerca de su oferta inicial que lo que Meetra había pretendido originalmente.

Ella se levantó para dejar la mesa y entonces fue golpeada por una repentina inspiración—. ¿Cuánto por comprar al esclavo de la puerta? —preguntó ella.

Si pudiera comprar al joven, podría darle la libertad.

—Si está usted interesada en comprar esclavos, encontrará una selección mucho mejor en el mercado central de la ciudad —le aseguró a ella.

—Estoy interesada en él específicamente —dijo ella.

—¿Por qué?

No había error en la repentina sospecha en la voz de Sechel y Meetra supo que había jugado mal su mano.

—Me gusta su aspecto —dijo ella con una sonrisa tímida.

—Puede contratar sus servicios hablando con el conserje del club —dijo él.

—Eso es algo que tendré que estudiar —dijo ella, con su corazón

hundiéndose cuando se dio cuenta de que no podía hacer nada por joven ahora.

Sechel simplemente no olvidaría su interés poco usual en un esclavo de otro modo anónimo. Si ella hacía algo para ayudarle a conseguir la libertad, con certeza eso volvería a la mente de Sechel y ella no podía arriesgarse a destruir su tapadera.

—¿Le gustaría que yo hiciera que él la escoltara fuera? —le ofreció Sechel.

—Gracias —dijo ella, sonriendo lascivamente.

El joven fue llamado a la mesa y ella pudo sentir el miedo de él al ser señalado por la mujer a la que él pensaba que había ofendido antes. Él no hablaba mientras le llevaba hasta la puerta, donde T3 estaba esperándoles.

—Fue un placer servirle, señora —dijo él, con su voz rompiéndose.

—Todo fue satisfactorio —dijo ella, con su voz llenándose de desdén y desprecio.

El esclavo inclinó la cabeza y retrocedió, obviamente aliviado ante lo que percibía que era una reacción más normal de una cliente del club. Una vez que él volvió a desvanecerse dentro, Meetra giró sobre sus tacones y se alejó rápidamente, ansiosa por dejar atrás el club.

T3 corrió a toda prisa para alcanzarla, pitando una pregunta.

—Nos estamos acercando —le prometió. Entonces añadió—: Cuanto antes salgamos de este maldito planeta, mejor.

CAPÍTULO 21

Lo comprenderás con el tiempo.

De vuelta en sus habitaciones privadas, Scourge intentó apartar de su mente las últimas palabras de su conversación más reciente con Revan, pero ellas seguían volviendo.

Había pasado casi una semana desde que dejó a Revan, abandonándole para que sufriera los tormentos de su confinamiento solitario. Había estado hablando de visiones: cómo la Fuerza podía hablarte si la escuchabas, cómo podría mostrarte tus visiones de tu posible futuro.

El Jedi había implicado que había sido testigo de algo que tenía algo que ver con su eventual liberación de la prisión de Nyriss, pero Scourge sabía que era mejor no aceptar tal cual nada de lo que el cautivo dijera.

Revan era inteligente. Incluso mientras Scourge le utilizaba para aprender sobre la Fuerza, el Jedi estaba intentando manipular a Scourge para que le ayudara a escapar. Era posible que todo lo que había dicho no hubiera sido nada excepto mentiras. También era po-

sible que hubiera estado diciendo la verdad. Quizás realmente había visto algo que le diera esperanzas de escapar.

Scourge sabía que debía decirle a Nyriss sobre este último desarrollo, pero hasta ahora había guardado silencio sobre el asunto. Si ella lo supiera, había una gran opción de que ella simplemente decidiera ejecutar a Revan antes que permitirle una oportunidad de escapar.

Y ese era el auténtico problema. Si Revan moría, ¿moriría con él cualquier oportunidad real de detener al Emperador? Cuando el Jedi que Nyriss nunca daría un paso al frente para liderar a los otros contra el Emperador, las palabras sonaban a verdad. Revan, por otra parte, siempre había demostrado que estaba ansioso y dispuesto a evitar que los Sith invadieran la República. Había aludido a una alianza entre ellos y, a pesar de lo ridículo que esto pudiera haber parecido al principio, Scourge no podía evitar ver algún mérito en la idea.

Compartían un fuerte compromiso con una meta común. Se habían forjado alianzas por mucho menos. Pero estar de acuerdo con trabajar con el Jedi no sólo significaría liberarle de su celda. Significaría traicionar a Nyriss y Scourge no estaba listo para acabar todavía con ella y con el Emperador.

Especialmente cuando todo esto se basaba en una supuesta visión de la Fuerza de Revan que podría no haber existido realmente.

Los golpes agudos en su puerta llegaron como un alivio. Su mente estaba dando vueltas en círculos. Sería bueno tener algo que le distrajera.

Cuando abrió la puerta, se sorprendió al ver a Sechel de pie al otro lado. En su mayor parte, el sith sicofante le había evitado durante los últimos tres años, parcialmente por miedo y parcialmente porque Nyriss le había prohibido buscar venganza por el brutal interrogatorio que le había dejado marcado de por vida.

Había habido ocasiones en las que se habían visto obligados a trabajar juntos en alguna tarea o misión para Nyriss, pero la desconfianza innata que todos los sith sentían los unos por los otros había escalado entre ellos hasta el punto de que realmente había impactado en su habilidad de trabajar juntos de manera efectiva. No le había llevado mucho tiempo a Nyriss comprender que sus talentos eran más

útiles independientemente.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Scourge.

—Tengo noticias que os serán de interés —replicó Sechel, sonriendo de un modo que hizo que Scourge quisiera estrangularle.

—¿Te envió Nyriss?

—Estoy aquí por mi propia voluntad.

—¿De qué va esto? —demandó Scourge.

—¿No vais a invitarme a entrar?

—No.

Sechel se encogió de hombros.

—Sólo estaba intentando mostraros algo de discreción. Por vuestro bien.

—Ve al grano —dijo Scourge a través de los dientes apretados.

—Una mujer vino hoy a mí. Humana. Os esta buscándoos.

—¿Una humana? ¿Por qué?

—No lo dijo. No me ofreció su nombre y, dada su reticencia a discutir el asunto, no pregunté.

—Si te encontró a ti, entonces ya sabe dónde encontrarme —dijo Scourge.

Sechel negó con la cabeza.

—Nos cruzamos bastante por accidente. Ella no tiene ni idea de que vos y yo nos conocemos. Simplemente me contrató para encontraros.

—Tal vez será mejor que entres y me cuentes toda la historia —dijo Scourge, aplacándose y apartándose.

—Pensándolo mejor, creo que me quedaré aquí fuera —replicó el otro sith—. Tengo la sensación de que os gustan las respuestas que os estoy dando.

—¿Crees que necesito pillarte solo para infligirte dolor? —preguntó Scourge, abriéndose casualmente a la Fuerza para darle a la tráquea de Sechel un rápido apretón.

Sechel jadeó y lanzó sus manos hacia la garganta, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—¡Nyriss pondrá vuestra cabeza en una bandeja si me hacéis daño de nuevo! —gimió él.

—Eso no te traerá de vuelta si estás muerto —apuntó Scourge—. Ahora deja de jugar y dime exactamente qué pasó.

—Esta mujer me fue referida por un asociado de negocios —explicó Sechel—. Ella me ofreció una suma sustancial para que encontrara al hombre de su holoimagen.

—¿Una holoimagen?

—Aparentemente ni siquiera conoce vuestro nombre. Pero tiene una imagen excelente de vuestra cara y está dispuesta a pagar una suma sustancial para reunirse con vos.

—¿Y no tienes idea de porqué?

—Puedo especular.

—Por supuesto que sí —dijo con gravedad Scourge.

—Pensad en con cuántas vidas habéis terminado. Cuánto asesinatos habéis llevado a cabo. ¿No es posible que en una de esas misiones vuestra cara fuera capturada por una cámara de seguridad?

Scourge siempre era cuidadoso en sus misiones, pero nadie era perfecto.

—Es posible —admitió a regañadientes.

—Ahora imaginad que alguien que conoce a la victima encuentra la grabación. Quizás una esposa o una hija. Impulsada por su sed de venganza, podría registrar el Imperio entero en busca del que la perjudicó.

—¿Crees que ella quiere matarme?

—Probablemente. La mayoría de la gente quiere mataros. Pero ella insistió en reunirse con vos en persona.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —preguntó de repente Scourge.

—Tengo una reputación que proteger. Ella me paga por hacer un trabajo. No quiero que se extiendan los rumores de que engañé a una cliente. Es malo para el negocio.

—¿Sabe Nyriss lo de tus llamados negocios?

—Ella me permite ser autónomo mientras eso no interfiera con mi trabajo a su servicio. Y en este caso, en realidad puede beneficiarla a ella. Y a vos —añadió—. Si esta mujer pretende haceros daños, se debe tratar con ella apropiadamente. Eso es por lo que creo que deberíais reuniros con ella.

—Y siempre cabe la posibilidad de que en realidad pudiera tener éxito, ¿verdad?

—Lo dudo —dijo Sechel—. Aunque sólo para estar seguros, no os sugeriría que fuerais a reuniros con ella solo.

—¿Quieres venir conmigo?

—Ni en lo más mínimo —le aseguró Sechel—. Esto parece más un trabajo para Murtog y sus hombres.

Scourge no habló inmediatamente. Revisó todo lo que Sechel le había dicho, intentando determinar si le estaban tendiendo una trampa. El mero hecho de que Sechel simplemente no hubiese rechazado a la mujer era suficiente como para hacer que Scourge tuviera cuidado con la reunión.

Si alguien realmente estaba buscando hacerle daño, era dudoso que Sechel le advirtiera simplemente porque ambos servían a Nyriss. Pero si sospechaba que la mujer estaba vinculada a algo del pasado de Scourge, algún oscuro secreto o verdad inconveniente, sacarlo a la luz era un modo efectivo de hacer que Scourge quedara mal.

Si ella resultaba ser alguien buscando venganza, eso demostraría que Scourge había sido torpe en el pasado, sembrando semillas de duda sobre él en la mente de Nyriss. Y aunque no estuviera buscando venganza, la situación era probable que creara alguna clase de lío que Scourge tendría que limpiar. Eso solo podría ser suficiente para convencer a Sechel de que la ayudara.

Sin embargo, negarse simplemente a la reunión no era una opción. Ahora que él sabía que ella estaba ahí fuera, Scourge tenía que actuar. Fuera cual fuese el motivo detrás de que ella le buscara, tenía que enfrentarse a ella. Era el único modo de aclarar el misterio.

Sechel sabía todo esto, por supuesto. Eso era por lo que había sugerido enviar a Murtog. En la superficie parecía el mejor modo de tratar con una posible enemiga, pero Scourge sabía que lo que él realmente quería era tener a algún otro allí que informara de la reunión si la verdad resultaba ser embarazosa.

Por otra parte, si decidía reunirse con ella a solas, se estaba colocando en un gran peligro. También podría parecer que tenía algo que ocultar y no tenía dudas de que Sechel retorcería ese hecho para que

encajara con sus propias necesidades en algún momento a lo largo del camino.

—Enhorabuena —le dijo al sith más pequeño—. Me has arrinconado. Fija la reunión y dile a Murtog y a sus hombres que estén allí.

—Por supuesto, Lord Scourge —dijo Sechel con una reverencia burlona—. Siempre me alegro de ser de ayuda.

MEETRA ESTUVO ALERTA POR SI HABÍA UNA TRAMPA INCLUSO ANTES DE que sintiera las premoniciones de advertencia a través de la Fuerza.

Sechel le había dado una hora y una localización para la reunión. Incluso le había dicho el nombre del hombre del holovideo: Lord Scourge. Pero ella todavía no confiaba en él.

Llegar a la localización sólo confirmó sus sospechas. Las instrucciones de Sechel la habían llevado a una cueva aislada en las afueras de la cuidad. El lugar perfecto para una emboscada. Un único deslizador estaba aparcado en un claro a unos cincuenta metros de la entrada, prueba de que alguien más estaba ya allí. Era posible que el sith hubiera venido solo, pero Meetra estimó que el vehículo podía llevar hasta seis humanoides adultos. También cabía la posibilidad de que otros deslizadores hubieran sido ocultados cerca, lo que significaba que no tenía ni idea de cuántos podrían estar esperándola dentro de la cueva.

T3-M4 obviamente compartía sus preocupaciones. El droide trinó nerviosamente mientras ella aterrizaba el deslizador en una zona de suelo desnudo cerca del otro deslizador.

—Lo sé, lo sé —murmuró ella—. Pero esta es la única pista que tenemos.

Ella salió del deslizador y extendió una pequeña rampa de carga de manera que T3 también pudiera salir. La boca de la cueva asomaba ante ellos, negra y amenazante.

Antes, ella había discutido varias docenas de estrategias con T3, trazando planes de contingencia para los escenarios más comúnmente concebibles. Afortunadamente sus planes habían incluido una

emboscada potencial por parte de enemigos bajo el manto de la oscuridad.

—Operación supernova en marcha —susurró ella.

T3 pitó inseguro.

—Le daremos todas las oportunidades de rendirse —le aseguró ella—. Pero estate preparado para que esto se ponga feo. Con suerte, no se llegará a eso —añadió ella—. Quizás Lord Scourge siente la suficiente curiosidad sobre porqué estoy aquí como para escucharme antes de que intente algo.

T3 no replicó. Ella se tomó como un mal presagio que de repente él se quedara sin palabras.

Caminando lentamente, ella entró en la cueva. Estaba demasiado oscuro para ver a más de un metro delante de ella, pero pudo sentir varios seres más dentro, vigilando su aproximación. Asumió que estaban utilizando gafas de visión nocturna. Era el único modo de que la vista de alguien pudiera taladrar la oscuridad de la cueva.

Ella intentó actuar como si fuera tímida e insegura, como una víctima inocentona que caminaba descuidadamente a la trampa que la esperaba. Cuando más vulnerable pareciera, más la dejarían acercarse antes de emprender acciones.

—Quédate cerca, Te-Tres —susurró, manteniendo la voz baja de manera que sólo él pudiera oírla—. ¿Hay alguien aquí? —dijo en voz alta, haciendo que su voz temblara ligeramente.

Ella dio otro paso aparentemente cuidadoso hacia delante.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

—¡No te muevas! —gritó una voz desde la oscuridad—. Te tenemos rodeada.

—Lord Scourge —dijo ella—. ¿Sois vos? Sólo quiero hablar.

—Tiéndete en el suelo y pon las manos detrás de la cabeza —le ordenó la voz—. Si no lo haces, abriremos fuego.

—¡Ahora, Te-Tres!

El pequeño droide encendió su lámpara de la cabeza a plena potencia. En los estrechos confines tenía la intensidad de un pequeño sol, iluminando fácilmente la cueva entera. El repentino centelleo de brillantez también sobrecargó las gafas de visión nocturna de sus ad-

versarios, cegándoles temporalmente.

A Meetra le llevó menos de un segundo ver y procesar las posibilidades contra las que se enfrentaba. Cuatro soldados (dos hombres y dos mujeres, cada uno llevando una pesada armadura y una carabina láser) habían tomado posiciones en la cueva, formando un semicírculo abierto alrededor de su pretendida víctima. Un sith alto estaba en una alcoba cerca del rincón del fondo de la cueva.

Los cuatro soldados abrieron fuego. Incluso cegados por el fogonazo de la lámpara de T3, fueron lo bastante disciplinados para reaccionar liberando una andanada de disparos láser hacia la última localización conocida de su objetivo. Desafortunadamente para ellos, la reacción de Meetra fue más rápida que la suya.

Para cuando los disparos alcanzaron su objetivo, Meetra ya estaba en movimiento. Se lanzó en una rápida voltereta hacia atrás para evitar el fuego láser y luego invirtió su dirección con un salto volador hacia el asaltante más cercano.

Su sable láser ya estaba en su mano cuando aterrizó y ella clavó la hoja a través de la unión vulnerable entre la placa del pecho y la protección del hombro derecho del traje de combate del soldado. A diferencia de su armadura con cortosis entrelazada, la carne y los huesos del hombre no proporcionaron casi ninguna resistencia al sable láser mientras este le atravesó su corazón.

Mientras él caía al suelo, Meetra lanzó su mano libre hacia la siguiente soldado más cercana, con la palma abierta. La mujer salió volando hacia atrás, arrancada del suelo y lanzada a través de la cueva por la Fuerza hasta que se estrelló con la fachada de roca de la pared más alejada. Ella se deslizó hasta el suelo, muerta.

Los otros dos soldados se habían arrancado sus gafas de visión nocturna y habían abierto fuego de nuevo. Meetra desvió los disparos con su sable láser.

Con su atención concentrada en la Jedi que causaba estragos entre sus filas, los soldados se olvidaron de T3-M4. El droide se aprovechó al máximo de la situación, rodando hacia delante hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para liberar un chorro de llamas de su pequeña tobera que sobresalía del centro de su torso.

Las llamas envolvieron al soldado más cercano. Cuando sus alaridos mortales distrajeron momentáneamente a su compañera, Meetra cargó hacia delante con un estallido de velocidad para dar un corte cruel a dos manos con su espada que se hendió a través de las placas de la armadura de la mujer y le mordieron profundamente en el pecho.

Al fin, Meetra se volvió para enfrentarse al sith. Ahora que tenía la oportunidad de concentrar su atención más de cerca, le reconoció del holovideo de T3. Aparentemente Lord Scourge había decidido aparecer después de todo.

Curiosamente, él no había hecho nada para ayudar a los soldados durante el encuentro corto y violento. Tampoco había intentado huir. De hecho, no parecía haberse movido, aparte de para sacar y encender la hoja carmesí de su sable láser.

Sostenía su arma delante de él en una postura defensiva estándar, mirando a Meetra con una expresión de completa incredulidad en su cara.

Alerta en caso de que fuera una trampa, Meetra dio un único paso hacia él.

—Eres una Jedi —dijo él, con sus palabras haciendo que ella se quedara congelada—. Lo que dijo es verdad. Él te vio. Lo sabía.

Meetra no estaba a punto de atacar a alguien que no parecía querer hacerle ningún daño. Eso iba contra todo aquello en lo que creía. Pero tampoco iba a dejar su guardia baja.

—¿De qué estás hablando? —demandó ella.

—Estás aquí debido a Revan —dijo, con la voz llena de asombro—. Has venido a rescatarle.

—Estoy impresionada de que te lo figuraras tan rápidamente —admitió ella.

—No me lo figuré —dijo él—. Revan me lo dijo.

En el instante en el que el sable láser de hoja azul se había materializado en la mano de la humana, Scourge se dio cuenta de que era una Jedi. Y sólo pudo pensar en una razón por la que una Jedi ven-

día a Dromund Kaas a buscarle: estaba aquí para rescatar a Revan.

Estaba impresionado por lo fácilmente que ella había desmantelado a Murtog y su equipo cuidadosamente escogido. Él podía sentirla canalizando la Fuerza, sin embargo era de alguna manera diferente de lo que él había sentido cuando luchaba con otros Sith.

Ella no tenía medio de matar, pero él sintió que ella no disfrutaba realmente con ello. En vez de alimentar su furia y su odio, era como si ella intentara mantener sus emociones a la distancia de un brazo de manera que la Fuerza pudiera fluir a través de ella sin obstáculos.

Parte de él quería saltar a la refriega: batallar con esta Jedi sería una auténtica prueba de sus habilidades. No sabía cuál de ellos demostraría ser más fuerte, pero estaba intrigado por el desafío. Sin embargo otra parte de él sabía que ella representaba algo mucho más significativo que una digna adversaria.

—¿Qué quieres decir con que Revan te lo dijo? —demandó ella.

—La última vez que hablé con él dijo algo que no creí. Pensé que estaba mintiendo para manipularme. No comprendí lo que estaba tratando de decirme.

En realidad, Scourge todavía no estaba seguro de entenderlo. No completamente. La presencia de la mujer Jedi era la prueba de que Revan estaba diciendo la verdad sobre su visión de la Fuerza. Él le había sugerido a Scourge que su libertad estaba cerca. Debía de haber tenido una premonición de su llegada.

La revelación era lo que había detenido la hoja de Scourge. Él no estaba dispuesto a batallar con ella hasta que hubiera considerado todas las implicaciones y alternativas.

—Si hablaste con Revan, entonces sabes dónde está —dijo la mujer.

Ella tenía una posición de preparada para el combate, igual que Scourge, sin estar ninguno dispuesto a hacer el primer movimiento, sino que cada uno estaba listo para responder a un ataque del otro.

—Revan es un prisionero —le dijo Scourge.

—¡Entonces te ordeno que le liberes! —demandó ella.

—No es tan simple.

Nada en esta situación era simple. Mientras hablaba con la Jedi,

Scourge todavía estaba intentando comprender porqué le había mencionado Revan su visión.

En aquel momento había pensado que simplemente el prisionero estaba intentando manipularle, engañarle para que le ayudara a escapar. Ahora, sin embargo, parecía que las palabras de Revan habían sido una advertencia, casi como si él supiera que Scourge se encontraría en esta situación.

No tenía sentido darle ninguna clase de advertencia a un enemigo. Sin embargo, si Revan creía que Scourge y él estaban destinados a convertirse en aliados, entonces sus palabras tenían sentido. ¿Era posible que hubiera visto una visión de Scourge trabajando con él?

Esa parecía ser la única respuesta que encajaba. A veces había sentido que Revan estaba intentando reclutarle para su bando. La sensación había sido incluso más fuerte durante su última conversación. Él lo había desechado como desesperación por escapar, ¿pero qué pasaba si Revan sabía que los sucesos que había previsto se estaban acercando? ¿Qué pasaba si había visto esta confrontación en la cueva y había estado intentando hacer que Scourge comprendiera que tenían que convertirse en aliados para detener al Emperador?

—Dime dónde está Revan —dijo la mujer—. Dime dónde le están reteniendo y te dejaré marcharte.

Comprendió que su adversaria estaba confundiendo su reticencia a luchar con miedo. Ella estaba tan confusa sobre esto como él. Sin embargo, cuando más pensaba Scourge en ello, más claro se volvía.

Nyriss nunca se movería contra el Emperador. Ahora sabía eso. Había llegado a aceptar que ni ella ni cualquiera de los otros miembros del Consejo Oscuro que habían conspirado con ella nunca se atrevería en realidad a atacar.

Si alguien iba a detener al Emperador para que no llevara a cabo su loca invasión de la República, tendría que ser Scourge. Pero no podía hacerlo solo.

—Ven conmigo y yo os llevaré a ti y a tu droide a ver a Revan —dijo él, desactivando su espada—. Él te dirá la verdad.

La Jedi no fue tan rápida en bajar su arma.

Su droide astromecánico rodó para colocarse a su lado, chillando

fuerte.

—Te-Tres tiene razón. Ya he entrado hoy en una trampa —respondió la Jedi—. Creo que he alcanzado mi cuota.

Scourge comprendió su reticencia. Bajo circunstancias normales ella sería una estúpida si le acompañaba. Pero esta situación estaba tan lejos de ser normal como él podía imaginar.

—Revan me dijo que tú venías —intentó explicarle él—. Creo que la Fuerza le dio una visión de nosotros trabajando juntos.

—¿Entonces por qué pusiste una emboscada?

—No sabía quién eras —apuntó Scourge—. No le diste a Sechel ningún detalle de quién eras o de porqué me estabas buscando.

—Estás mintiendo —dijo ella con una negación incrédula de la cabeza—. Tienes miedo de enfrentarte a mí. Dirías cualquier cosa para evitar una pelea.

—¿Te parezco asustado?

—No —admitió ella—. Pareces extrañamente calmado.

—Eso es porque finalmente comprendo lo que Revan quería decir. Él quiere que nos unamos contra un enemigo común.

—¿Qué enemigo común?

—Nuestro Emperador está planeando una invasión de la República. Revan quiere detenerle. Igual que yo.

—¿Por qué querrías detener una invasión de la República?

—El Emperador está loco. Quiere repetir los errores de la Gran Guerra Hiperespacial. Quiere hundirnos en un conflicto que acabará con nuestra extinción.

La Jedi bajó su sable láser, pero no lo desactivó.

—¿Entonces por qué hiciste prisionero a Revan en Nathema?

—Eso fue antes de que yo conociera su propósito aquí.

Él podía decir que ella todavía sospechaba y con todo el derecho. Pero pensó en algo que podría convencerla.

—Hablaste de Nathema. ¿Has estado en ese planeta? ¿Has caminado por su superficie?

—Sí —dijo ella tranquilamente y él pudo decir por la expresión atormentada de la cara de ella que decía la verdad.

—Ese era el planeta natal del Emperador. Para darse a sí mismo

un poder más grande, él desencadenó un ritual que lo devoró todo. Cuando vi lo que había ocurrido allí, comprendí las auténticas profundidades de su locura. Me di cuenta de que su mente estaba tan retorcida y perturbada que no está apto para gobernar y juré encontrar un modo de detenerle.

Hizo una pausa y miró fijamente a Meetra.

—Tú caminas por el sendero de la luz. Yo he elegido seguir al lado oscuro. Pero ambos sabemos que los horrores de Nathema son un gran daño en la galaxia. Revan también sabe esto. Eso es por lo que quiere que trabajemos juntos.

La Jedi consideró sus palabras cuidadosamente y luego desactivó su espada. Pero Scourge pudo decir que ella no estaba todavía totalmente convencida.

—Antes de que vaya a cualquier sitio contigo, voy a necesitar algo más que sólo tu palabra —dijo ella.

Scourge asintió. La cautela de ella era algo bueno. Si ella le hubiera creído demasiado fácilmente, él habría tenido que cuestionarse su juicio.

—Puedo traerte pruebas —le dijo ella—. Espera aquí y volveré mañana.

—¿Cómo sé que simplemente no volverás con más refuerzos?

—Me sentirás a través de la Fuerza antes de que realmente llegue. Si no estoy solo, tendrás mucho tiempo para escapar.

—¿Qué hay de Revan? —preguntó la Jedi.

—Está a salvo por el momento —le aseguró Scourge—. Pero no puedo liberarle sin ayuda.

—Tienes hasta mañana —le dijo la Jedi—. Vuelve con pruebas y podremos trabajar juntos para liberar a Revan.

Scourge volvió a engancharse la empuñadura del sable láser en su cinturón y pasó caminando lentamente junto a la Jedi y su droide hacia la entrada de la cueva. Ellos se apartaron cuando él se aproximó, manteniendo una distancia segura entre ellos.

Justo antes de que él dejara la cueva, la Jedi le llamó para hacerle una advertencia final.

—Si me traicionas de algunas manera, si vuelves con refuerzos, o

incluso si no vuelves, te perseguiré.

—Ahórrate tu furia para el Emperador —dijo Scourge hacia atrás por encima de su hombro—. Él es el auténtico enemigo.

CAPÍTULO 22

Scourge sabía que tenía que actuar rápidamente. Con zancadas largas y rápidas marchó de la cueva al deslizador que esperaba y lo puso en el aire, dirigiéndose de vuelta Ciudad Kaas.

Le había prometido a la Jedi que volvería a la cueva en un día, pero esa no era su mayor preocupación. Sechel había preparado el encuentro y había manipulado a Scourge para que se llevara a Murtog con él. Sin duda estaba esperando ansiosamente el informe del jefe de seguridad sobre lo que había pasado. Tenía que encontrar a Sechel y tratar con él antes de que el consejero empezara a sospechar.

Lo más probable era que Sechel estuviera en la Sala Nexus, disfrutando de una selección de buenos vinos mientras esperaba a que Murtog llamara. Como Señor Sith, Scourge tenía acceso a la instalación, pero no quería enfrentarse con Sechel en un establecimiento público.

Aterrizó su deslizador a un bloque de distancia del club, saltó fuera y caminó hasta el edificio. El esclavo de guardia le saludó cuando entró en el vestíbulo.

—Bienvenido, mi lord —dijo el humano joven, inclinando mucho la cabeza.

—Tengo un mensaje para Sechel —le dijo Scourge.

—Por supuesto, mi lord. Seguidme.

Cuando el esclavo se volvió para entrar en el club, Scourge alargó una mano y le cogió por el hombro.

—No dije que deseara hablar con él —siseó—, dije que tenía un mensaje.

—P-perdonadme, amo —tartamudeó el esclavo, obviamente aterrorizado—. P-por favor, decidme qué deseáis que haga.

—Espera hasta que me vaya —explicó lentamente Scourge, como si estuviera hablándole a un simplón—. Entonces dile a Sechel que Murtog necesita reunirse con él. Él sabrá dónde. —Bajó la mirada hacia el esclavo—. ¿Lo entiendes?

El esclavo asintió, con sus ojos muy abiertos por el miedo.

—No le digas que estuve aquí —le instruyó Scourge—. No me menciones para nada. Simplemente entrega el mensaje. Si me fallas, haré que te arranquen la carne de los huesos.

Ambos sabían que no era una amenaza vacía. Por derecho, Scourge podía infligir cualquier castigo que escogiera a un esclavo desobediente. Por supuesto, el joven también sería castigado si alguien descubría que le había mentido a un miembro del club, pero Scourge tenía cosas muchísimo más importantes de las que preocuparse que del destino de un esclavo insignificante.

El joven se quedó en pie, quieto y en silencio, sabiendo que cualquier cosa que dijera sólo podría poner peor las cosas.

Scourge se volvió y dejó el club. Una vez que estuvo fuera, se agachó tras una esquina cercana desde donde podría vigilar la puerta.

Sechel salió unos minutos más tarde y se abrió camino rápidamente por la calle abajo. No parecía estar particularmente preocupado o suspicaz. Había estado esperando tener noticias de Murtog, así que no tenía razones para sospechar.

Scourge le siguió a una distancia segura, teniendo cuidado de no atraer la atención. Sechel no volvió a la fortaleza de Nyriss. Como Scourge esperaba, tenía una localización privada donde podía dirigir

los negocios de los que no quería que otros se enteraran.

Continuó durante varios bloques y luego se detuvo ante un pequeño edificio de apartamentos de dos plantas en uno de los distritos residenciales de Ciudad Kaas. Introdujo el código de seguridad para abrir la puerta y se deslizó dentro. Scourge esperó unos segundos y entonces se aproximó al edificio.

Mirando a su alrededor para asegurarse de que no había testigos, sacó su sable láser y encendió la hoja, clavándola en el panel de seguridad. La cerradura chisporroteó y crepitó, con los circuitos friéndose en un instante. Un segundo más tarde la puerta se deslizó para abrirse. Como había sospechado, el panel había sido programado para abrir la puerta en caso de mal funcionamiento de manera que los residentes no quedaran encerrados dentro o fuera del complejo de apartamentos.

El interior era poco más que un vestíbulo que daba acceso a los diferentes apartamentos. Había cuatro puertas en el nivel inferior, pero Scourge las ignoró. Sechel nunca se rebajaría a alquilar una unidad a nivel del suelo. No había turboascensor, pero en la parte trasera del edificio había una escalera que subía al segundo nivel.

Scourge se abrió camino hacia arriba. Las suites del piso superior eran obviamente más grandes: en vez de cuatro puertas había sólo dos. Scourge escogió una de las puertas aleatoriamente y presionó el timbre. Esperó casi un minuto, pero no hubo respuesta. O la unidad no estaba ocupada o el residente no estaba en casa.

Probó con el timbre de la otra puerta. Unos cuantos segundos más tarde oyó pisadas que se aproximaban y entonces la puerta se deslizó para abrirse. Por la expresión de Sechel estaba claro que le había cogido con la guardia baja encontrar a Scourge en vez de Murtog esperándole al otro lado.

Antes de que pudiera reaccionar, Scourge alargó su mano, clavando los dedos en la garganta de Sechel.

El otro sith cayó de rodillas, jadeando en busca de aire. Scourge entró en el apartamento y cerró la puerta tras él.

Sechel luchó por hablar, pero todo lo que salió fue una tos rasposa.

—Haz un sonido más fuerte que un susurro y tu vida terminará en

una agonía insoportable —le advirtió Scourge.

El consejero levantó la mano y asintió para mostrar que lo comprendía. Scourge esperó pacientemente a que recuperara el aliento.

Después de unos minutos, Sechel tuvo fuerzas para ponerse en pie. Se sacudió la ropa, intentando calmarse.

—¿Dónde está Murtog? —preguntó finalmente, manteniendo la voz baja.

—Muerto —replicó Scourge.

Los ojos de Sechel se abrieron mucho durante un instante, pero aparte de eso no mostró reacción alguna.

—Parece que subestimé a esta mujer —dijo él, con su tono ni en lo más mínimo contrito—. Asumo que dado que vos sobrevivisteis ella comparte ahora el destino de Murtog.

—¿Cuánto sabía Nyriss de la reunión? —demandó Scourge, ignorando la pregunta de Sechel.

—Nada.

—¿No se la mencionaste?

Sechel bufó indignadamente.

—Tenéis una opinión demasiado alta de vos mismo si creéis que a Nyriss le importa alguna mujer anónima de vuestro pasado. Esto está por debajo de su atención.

Scourge asintió. Sechel guardaba sus cartas con cuidado. Él no le mencionaría nada a Nyriss hasta que hubiera decidido cómo retorcer la situación en beneficio propio.

—¿Qué hay de Murtog? —preguntó Scourge—. ¿Le diría algo? ¿Le diría a Nyriss adónde iba?

—Ella no nos controla como a niños —bufó Sechel.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que ella empiece a echarle de menos? —preguntó Scourge.

—¿Quieres decir cuánto tiempo pasará hasta que ella descubra que hicisteis que le mataran? —se burló Sechel—. Yo diría que tenéis otros tres días antes de que ella empiece a preguntarse por su ausencia.

—Tres días —murmuró Scourge—. Tendremos que movernos rápido.

—¿De qué estáis hablando?

Obviamente Sechel había sentido la urgencia de Scourge. Debía haber asumido que algo había ido muy, muy mal en la reunión. Pensaba que Scourge tenía problemas. Creyó equivocadamente que el Lord Sith había venido aquí buscando ayuda y eso le estaba haciendo arrogante.

Scourge decidió que era hora de aclarar la situación.

—Quiero tus archivos.

—¿Qué archivos?

—Los que implican a Nyriss y a los otros miembros del Consejo Oscuro. Quiero todo lo que has reunido que podría ser de utilidad para descubrirles como traidores.

En su favor, Sechel no negó que los archivos existían. Habría sido un empeño inútil. Scourge le conocía demasiado bien. El consejero era leal a Nyriss, pero su preocupación principal siempre sería él mismo. Si las cosas alguna vez iban mal, necesitaría algo con lo que negociar, ¿y qué mejor chip para negociar que archivos detallados de todo en lo que Nyriss y sus co-conspiradores habían estado involucrados desde que empezaron a conspirar contra el Emperador?

—Estáis cruzando una línea peligrosa —le advirtió Sechel—. Nyriss ha hecho la vista gorda hacia mi colección. Soy demasiado valioso para ella para dejarme a un lado. Vos, sin embargo, sois prescindible. Si ella se entera de eso, tendrá vuestra cabeza.

—Nyriss no es asunto tuyo. Yo sí. Dame los archivos. No los pediré de nuevo.

Sechel sabía hasta dónde estaba dispuesto a ir Scourge para ir en busca de información. Las cicatrices de su mejilla se lo recordaban cada vez que se miraba a un espejo. Y esta vez no podía contar con una interrupción a tiempo para que terminara con la tortura.

—Espera aquí —dijo él, volviéndose y dirigiéndose al interior del apartamento.

Scourge, que no tenía intención de dejar a Sechel fuera de su vista, siguió justo detrás de él.

Sechel miró hacia atrás y suspiró con resignación. Se abrió camino hasta un pequeño armario en la parte trasera del apartamento y abrió

la puerta. A primera vista el armario parecía vacío. Sechel cayó sobre una rodilla y deslizó hacia atrás un pequeño panel oculto del suelo, revelando un teclado de seguridad. Con Scourge vigilándole de cerca por encima de su hombro, introdujo el código de acceso. Un panel en la pared de atrás del armario se hizo a un lado, revelando una caja fuerte oculta. Sechel introdujo otro código en el teclado y la puerta se abrió con un chasquido audible.

—Lentamente —le advirtió Scourge.

—Hay una pistola láser dentro —confesó Sechel—. Pero no tengo intenciones de intentar utilizarla contra vos.

—Una sabia decisión.

Sechel empujó suavemente la esquina de la puerta de la caja fuerte, permitiéndole abrirse mucho y revelar su contenido. Como él había dicho, había una pequeña pistola láser pequeñita. También había varios discos de datos, cada uno marcado con una fecha y ordenados cronológicamente.

—¿Esto es todo? —demandó Scourge.

—Está todo aquí —le aseguró Sechel—. Pero están encriptados. Si algo me pasa, los datos son inútiles. Soy el único que puede decodificarlos.

Scourge no tenía manera de decir si Sechel se estaba tirando un farol. Pero estaba dispuesto a correr el riesgo.

—Estoy seguro de que puedo encontrar un pirata informático en alguna parte que esté a la altura del desafío —dijo él, acercándose a él.

Levantó su brazo izquierda bajo la barbilla de Sechel, con el antebrazo presionando con fuera sobre su tráquea. Al mismo tiempo su mano derecha se alargó y cogió la parte superior de la cabeza de Sechel.

Sechel se había convertido en un lastre. Scourge no podía dejarle atrás y llevarlo con él era mucho más problemático de lo que valía la pena.

El sith más pequeño luchó por escapar cuando Scourge empezó a aplicar presión a las vertebras de su cuello. Había literalmente cientos de maneras en las que podría haber matado a Sechel, pero dada su historia él quería que sus momentos finales fueran cercanos y perso-

nales.

Sechel le dio una patada, pero Scourge se había posicionado de manera que el pie que se agitaba del otro sith sólo golpeó débilmente contra su muslo. Tomó aire profundamente, preparó su brazo izquierdo y tiró con fuerza con su mano derecha. Hubo un *pop* sorprendentemente alto y el cuerpo de Sechel tuvo un espasmo antes de quedarse completamente fláccido.

Soltando su agarre para dejar que el cuerpo cayera al suelo, Scourge recogió los discos de datos y dejó el apartamento, con la puerta cerrándose automáticamente tras él.

MEETRA ESTABA SENTADA TRANQUILA Y EN SILENCIO EN EL SUELO DE LA cueva, con las piernas callas y las manos sostenidas a la altura del pecho, con las palmas una en frente de la otra. Se había abierto a la Fuerza, buscando guía y sabiduría, pero aquí en Dromund Kaas, donde el lado oscuro prevalecía, era difícil encontrar la tranquilidad interior necesaria para la iluminación.

Teniendo a T3 corriendo en círculos largos y nerviosos alrededor de ella con certeza no ayudaba, pero temía que si le decía que se quedara quieto él podría tener un fundido. Y ella comprendía la ansiedad del droide.

No estaba segura de qué pensar de Lord Scourge. Había sentido que su oferta para trabajar juntos era sincera, aunque se preguntaba cuánto de eso era cosa de Revan. Era fácil comprender cómo podía sentirse atraído Scourge hacia él. El control de la Fuerza de Revan era mayor que el de cualquier otro que ella hubiera conocido jamás. Y sabía lo carismático que él podía ser. Incluso aunque él era un prisionero no era difícil imaginarle teniendo el control total de la situación.

Pero si él hubiera reclutado a Scourge como aliado, habría sido por necesidad más que por elección. El Sith estaba totalmente consumido por el lado oscuro. No tenía respeto por la vida, sin deseos de servir a las necesidades de nadie excepto a las suyas propias. Incluso si lo dijo sobre querer detener al Emperador era cierto, sus motivos eran la supervivencia y la autopreservación.

Ella no confiaba en él, pero si él podía demostrar que Revan y él estaban en el mismo bando ella trabajaría con él. El riesgo de traición era uno que estaba dispuesta a correr si eso le daba una oportunidad de rescatar a su amigo.

El pequeño droide estaba pasando junto a ella en una de sus muchas, muchas vueltas cuando ella oyó el sonido de un deslizador aproximándose. T3 se detuvo y bajó la intensidad de la luz, dejando la cueva en sombras una vez más.

—Te dije que volvería —dijo Meetra—. Está solo —añadió ella antes de que T3 pudiera hacer la pregunta obvia.

Ella luchó por ponerse en pie mientras Lord Scourge entró confiadamente dentro de la cueva, lista para responder al primer atisbo de agresión.

—Tengo lo que necesitas —dijo él, sosteniendo en algo varios discos de datos—. Esto demostrará lo que dije sobre intentar detener al Emperador. Verás que estamos en el mismo bando.

Scourge caminó hacia delante y extendió su mano, ofreciéndole los discos. Ella dudó sólo durante un momento antes de acercarse lo suficiente para cogerlos de su mano. Volvió junto a T3, caminando cuidadosamente hacia atrás para no volverle la espalda al sith de piel roja.

—Necesitaremos tiempo para examinar esto —dijo ella.

—Podrían estar encriptados —le dijo Scourge.

—Nunca me he tropezado con un código que aquí mi amigo no pudiera romper —dijo ella y T3 pitó en acuerdo.

—Lo sospechaba. ¿Cuánto crees que le llevará?

—¿Por qué? ¿Tienes prisa?

—Los sucesos se han puesto en movimiento —explicó él—. Tenemos dos, quizás tres días antes de que la ventana de oportunidades se cierre.

—Trabaja rápido, T3 —dijo ella. Levantó la mirada hacia Scourge—. Estaríamos más cómodos si no estuvieras revoloteando a nuestro alrededor.

—Volveré en tres horas —dijo él—. Solo, por supuesto.

Sólo le llevo a T3 la mitad del tiempo desencriptar y verificar la

autenticidad de los datos. Como prometió, confirmaba lo que el Sith había dicho: realmente estaba conspirando para derrocar al Emperador. Sin embargo, no era sólo Scourge. Varios miembros del Consejo Oscuro, el círculo de consejeros escogidos del Emperador, se habían unido en una conspiración para quitarle del trono.

Sin embargo, después de más de una década, no habían hecho ningún progreso real. En su lugar, los discos catalogaban una letanía de juegos de poder y de traiciones entre los varios líderes de la conspiración. Pasaban tanto tiempo conspirando los unos contra los otros que la idea de que realmente trabajaran juntos para derrotar al Emperador parecía ridícula.

—No me extraña que esté dispuesto a trabajar con Revan —murmuró Meetra—. Simplemente está harto de esperar.

Para cuando Scourge volvió, ella había tomado su decisión.

—Te creo —dijo ella—. Estoy lista para trabajar juntos.

—¿Significa que me dirás tu nombre? —preguntó el Sith.

—Soy Meetra. Y este es Te-Tres-Eme-Cuatro.

El droide dejó escapar un trino chillón.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Scourge.

—Dice que es hora de que nos lleves a ver a Revan.

—La situación ha cambiado. Eso ya no es una opción.

—¿Por qué no?

—Está siendo retenido por una Lord Sith llamada Nyriss.

—Ella está en el Consejo Oscuro —dijo Meetra, recordando el nombre de los discos de datos—. Es ella la que te metió en la conspiración.

Scourge asintió.

—Si ella está reteniendo a Revan, ¿por qué no puedes llevarnos hasta él?

—Cuando hice la oferta la primera vez, esperaba que Revan pudiera convencerte de que debemos trabajar juntos —explicó Scourge—. Ir a verle ahora sólo sería un riesgo innecesario.

—No lo entiendo.

—Probablemente podría llevarte a verle, pero eso no ayudará a sacarlo de su celda. Y podría crear sospechas.

—Sólo llévame con él —insistió Meetra—. Déjame a mí el escape.

—No puedes abrirte camino luchando a través de todo el ejército de seguidores de Nyriss —dijo Scourge—. Ni siquiera con mi ayuda. Ella tiene cientos de guardias y docenas de acólitos entrenados en el lado oscuro. Si vamos a sacar a Revan, necesitamos una distracción. Algo para atraer la atención de los guardias mientras nos colamos dentro.

—Asumo que tienes un plan.

—Lo tengo —dijo Scourge sonriendo—. Voy a hacer que el Emperador nos ayude.

CAPÍTULO 23

Aunque parecía calmado por fuera, el corazón de Scourge estaba martilleando mientras él subía la escalinata de la ciudadela del Emperador. Estaba jugando a un juego peligroso, pero no había otra opción. El tiempo era el enemigo. Si tenían alguna esperanza de sacar a Revan de su mazmorra vivo, tenían que actuar antes de que Nyriss se diera cuenta de que Scourge la había traicionado.

Pronto (tal vez mañana, tal vez incluso hoy), Nyriss empezaría a preguntarse por la ausencia de Sechel y Murtog. No le llevaría mucho tiempo descubrir que habían estado trabajando con Scourge y, desde ahí, ella llenaría los huecos fácilmente.

Él había considerado brevemente aproximarse a uno de los otros miembros del Consejo Oscuro, esperando convencerle a él o a ella de que le ayudara a librarse de Nyriss del mismo modo en que ella le había utilizado para eliminar a Darth Xedrix. Pero incluso si accedían a ayudarle, pasarían semanas antes de que formaran un plan. Como Nyriss, eran demasiado cuidadosos, tenían demasiado miedo, para llevar a cabo alguna acción que pudiera ponerles en peligro.

El Emperador era el único Sith de todo Dromund Kaas con la vo-

luntad de llevar a cabo la clase de acción rápida y decisiva que se requería. Convencerle de que Nyriss era una traidora sería bastante simple con los archivos que había conseguido de Sechel. El truco estaba en hacer que el Emperador creyera que Scourge había sido un peón involuntario en los planes de ella.

T3 había alterado los discos de datos, eliminando todas las pruebas de la parte de Scourge en la conspiración. Scourge clamaría que se había presentado tan pronto como descubrió el complot… pero no había garantía de que el Emperador le creyera.

Scourge iba a presentar las pruebas en persona. Si el Emperador sospechaba que estaba mintiendo, o si simplemente era lo bastante poderoso como para ver la verdad, escapar sería imposible. Él se estaba poniendo en un gran peligro por el bien de la causa, algo que nunca habría considerado antes de conocer a Revan.

En la parte superior de las escaleras fue detenido por un par de soldados sith vestidos con armaduras rojas: dos de los afamados Guardias Imperiales. Un ejército de guerreros de élite, los Guardias Imperiales eran sometidos a meses de entrenamiento brutal para transformarles en las tropas más disciplinadas y mortales del Imperio. Muchos no sobrevivían, pero aquellos que lo hacían emergían como celotes fanáticamente leales dispuestos a sacrificar sus vidas para defender al Emperador.

—Decid a qué venís —dijo uno de los guardias, bloqueándole el paso con un pesado electrobastón.

—Debo ver al Emperador inmediatamente.

No había sabido qué clase de reacción produciría esta afirmación categórica. Una risa burlona o una negación de plano eran las opciones más probables.

—Sólo aquellos en el Consejo Oscuro pueden hablar con el Emperador —le dijo la segunda soldado, con tu tono brusco y oficial.

—Mi nombre es Lord Scourge. Sirvo a Darth Nyriss. Estoy aquí en nombre suyo.

Los soldados se miraron el uno al otro y él sintió su inseguridad.

—El Emperador está en peligro —insistió Scourge—. Debo hablar con él.

—Esperad aquí —le dijo el guardia masculino.

Él desapareció dentro de la Ciudadela y no volvió durante varios minutos. El tiempo entero pasó en silencio. La guardia que quedaba no vio razones para hablar con Scourge y él sabía que era mejor no decirle nada más a ella. Las mentiras simples eran las más efectivas y Scourge no tenía intención de decir nada más que lo que fuese absolutamente necesario.

Cuando el primer soldado salió, estaba acompañado por cuatro más de sus camaradas. Todos eran sith y tres llevaban uniformes idénticos a aquellos de los guardias estacionados en la puerta. La cuarta también llevaba una armadura roja, pero su atuendo era más elaborado.

—Soy la capitán Yarri —le dijo ella—. Venid conmigo.

Dejaron a los dos guardias originales detrás cuando ella le llevó a la ciudadela. Ella caminaba delante de él, mientras que dos de los recién llegados le flanqueaban. El cuarto se colocó en línea directamente tras él de manera que estuviera completamente rodeado.

El diseño de la ciudadela le recordó a Scourge la fortaleza de Nyriss. Eso no era sorprendente, dado que ella había construido su edificio en el mismo estilo para honrar al Emperador. El interior era un laberinto virtual de corredores de paredes de piedra gris y amenazadora, puntuadas por pesadas puertas de madera que llevaban a antecámaras y salas laterales.

Sin embargo, donde Nyriss revestía los pasillos con estatuas, bustos y tapices glorificando su reputación y sus logros, la decoración de la ciudadela era muchísimo más utilitaria. Las estatuas eran pocas y muy separadas y los pocos toques de color en los tapices dispersos estaban apagados por la débil iluminación que lo dejaba todo en sombras.

—¿Me estás llevando ante el Emperador? —preguntó Scourge.

—Podéis hablar con uno de sus consejeros.

—Inaceptable. No vine a reunirme con un sirviente.

—La elección no os corresponder tomarla a vos —replicó bruscamente la capitán Yarri.

Scourge se paró de golpe, haciendo que el soldado que caminaba

detrás chocara con él. El Lord Sith le empujó enfadadamente hacia atrás. En respuesta, los dos guardias que había estado a su lado agitaron sus electrobastones.

—¡Alto! —gritó la capitán Yarri y ellos se quedaron como congelados.

—Soy un Señor de los Sith —le recordó Scourge—. Y un agente de Darth Nyriss. Te ordeno que me lleves ante el Emperador.

—Eso no está permitido.

—Estás son circunstancias excepcionales.

—¿Cómo es eso?

—Eso es para que sólo lo oiga el Emperador. Debo hablar con él en persona.

—Al Emperador no le gusta que le molesten.

—Querrá oír lo que le tengo que decir.

—Si siente que sois una perdida de su tiempo, seréis castigado —le advirtió la capitán.

El modo calmado y casi casual en el que ella pronunció la simple amenaza fue mucho más efectivo que proporcionar detalles horripilantes. Pero Scourge no iba a dar la vuelta ahora.

—No seré una perdida de su tiempo.

La capitán consideró la petición y entonces asintió.

—Como deseéis.

Mientras ella le llevaba por los retorcidos corredores de la ciudadela, Scourge tomó nota mental de su camino. Cuando Revan y él finalmente atacaran al Emperador, necesitarían saber tanto de los planos de la ciudadela como fuera posible.

Al final bajaron hasta una sala que terminaba en un par de grandes puertas de duracero.

—La sala del trono reside más allá —le dijo la capitán Yarri—. Allí encontraréis al Emperador. —Ella se volvió para mirarle—. Os doy la última oportunidad de reconsiderarlo.

—He tomado mi decisión.

—Entonces debéis proceder solo. No violaré la santidad de la sala del trono.

Ella agitó la mano y dos de los soldados caminaron hacia delante,

uno hacia cada enorme puerta. Gruñendo con el esfuerzo, empujaron las puertas hacia dentro. Entonces se hicieron a un lado, quedándose firmes con las espaldas contra la pared justo fuera de la entrada ahora abierta de la sala del trono.

Scourge esperaba que le registraran o que, al menos, le indicaran que entregara las armas. Pero Yarri y los otros simplemente se quedaron firmes, esperando a que él entrara. El hecho de que no mostraran preocupación por dejar que un Lord Sith armado hablara con el Emperador cara a cara sin ninguna clase de preparativo era una declaración del poder insondable del Emperador.

Pensar en ese poder hizo frenarse a Scourge. Como Revan, el Emperador comprendía la Fuerza de modos en los que Scourge nunca la comprendería. Era posible que él experimentara la misma clase de visiones que los Jedi. También era posible que pudiera mirar en la mente de Scourge y saber instantáneamente la verdad de todo lo que estaba diciendo. Encontrarse con él cara a cara podría ser equivalente al suicidio.

No, pensó Scourge. *Si ese fuera el caso, habría sentido la traición de Nyriss hace mucho*.

A pesar de lo poderoso que pudiera ser el Emperador, no era omnisciente. Era, sin embargo, lo bastante inteligente y sagaz como para haber retenido su trono durante mil años, un reinado sin precedentes en la política maquinadora e implacable de los Sith. Lo que significaba que Scourge tendría que ser muy cuidadoso de no decir nada que pudiera descubrirle.

La capitán Yarri y los otros guardias todavía estaban esperando pacientemente. Sin duda estaban acostumbrados a esta clase de duda en aquellos que estaban a punto de conocer al Emperador.

Preparándose, Scourge entró.

La sala del trono era enorme: veinte metros de ancha y al menos cuarenta metros de larga, con un techo abovedado que se elevaba quince metros más arriba. Aparte del trono en la parte más alejada, estaba virtualmente vacía.

El trono descansaba en un pedestal circular elevado, de varios metros de diámetro. Cuando Scourge caminó hacia delante, se dio cuenta

de que el trono estaba vuelto de espaldas hacia él, con su alto respaldo bloqueando efectivamente cualquier imagen de su ocupante.

Después de unos cuantos pasos más, el pedestal se giró, girando el trono de manera que estuviera frente a él. Y por primera vez en su vida, Scourge posó los ojos en el Emperador.

La figura ante él parecía poco remarcable. El Emperador estaba vestido con una capa sin adornos, con la capucha levantada ocultando efectivamente su cara. Sin embargo Scourge pudo sentir el poder del lado oscuro emanando de él con tal intensidad que provocaba una débil ondulación del aire.

El Emperador se puso en pie y las puertas de duracero se cerraron tras Scourge con un golpe resonante. Los pasos de Scourge vacilaron brevemente ante el sonido, pero él continuó hacia delante.

Cuando alcanzó los pies del pedestal se dejó caer sobre una rodilla, inclinando mucho la cabeza y con los ojos fijos en un punto en el suelo delante de él.

—Levántate, Lord Scourge —le dijo el Emperador— y cuéntanos tu parte.

Scourge se puso en pie para dirigirse al Sith que se vislumbraba sobre él. El Emperador se había echado hacia atrás la capucha para revelar su cara. Sus ojos eran tan negros como el propio Vacío.

Mirando a la oscuridad vacía de la mirada del Emperador, la mente de Scourge volvió de golpe a Nathema y él se estremeció ante el recuerdo.

Intentó hablar, pero las palabras se atascaron en su garganta. Su boca de repente estaba tan seca que él sintió como si pudiera ahogarse. Tragó con fuerza y tosió, produciendo finalmente suficiente saliva para hablar.

—Hace tres años fui a servir a Darth Nyriss por petición vuestra —empezó Scourge—. Descubrí que Darth Xedrix era un traidor. Se había aliado con separatistas para matar a Nyriss y le ejecuté por sus crímenes.

—Tu servicio ha sido notorio —le aseguró el Emperador.

Había algo extraño en la voz del Emperador. No sonaba como la voz de un único ser. Tenía un eco y una resonancia inusuales, casi

como una gran multitud estuviera pronunciando sus palabras en perfecta sinfonía.

Una teoría lúgubre pasó inesperada por la mente de Scourge: ¿era posible que todos aquellos que habían sido consumidos por el ritual de Nathema todavía existieran de alguna manera dentro del propio Emperador? Nyriss dijo que él les había devorado, ¿pero qué pasaba si ella sólo tenía razón parcialmente? ¿Qué pasaba si él había encarcelado sus espíritus dentro de su propia forma corpórea, alimentándose lentamente de su energía vital durante mil años para mantenerse joven y fuerte?

Scourge apartó tales pensamientos. Necesitaba concentrarse. Una palabra equivocada y el Emperador podría ver a través de sus mentiras.

—Continué sirviendo a Darth Nyriss tras la muerte de Xedrix —explicó Scourge—. Y continué investigando a los separatistas.

Hizo una pausa, esperando a que el Emperador le preguntara qué había encontrado. Después de unos pocos segundos comprendió que la pregunta no llegaría.

—Empecé a sospechar de uno de los consejeros de Nyriss, un hombre llamado Sechel. Volví la atención de mi investigación hacia él. Pero Sechel era cuidadoso. Cubría sus huellas bien. Me llevó hasta ayer antes de estar seguro de su culpabilidad. Él también estaba trabajando con los separatistas y sufrió el mismo destino de Xedrix.

—Deberías hablar con Darth Nyriss si buscas ser recompensado por tus acciones —dijo el Emperador.

No hubo cambio en su tono, pero la amenaza implícita era clara: *Esto está por debajo de mí y me estás haciendo perder el tiempo.*

Scourge tragó con fuerza, con la boca seca una vez más.

—Eso no es por lo que he venido ante vos. Entre los efectos de Sechel encontré estos archivos de datos.

Sostuvo los discos en alto.

—Muestran que Darth Xedrix no era el único miembro del Consejo Oscuro en traicionaros. Él fue meramente sacrificado para mantener la intervención de los otros en secreto. Darth Nyriss también estaba involucrada en el complot, junto con varios más.

El Emperador no tuvo reacción física ante la revelación. Se quedó tan quieto y calmado como la propia muerte. Pero el aire alrededor de Scourge pareció volverse más frío.

—¿Estás seguro de estas acusaciones?

—Apostaría mi vida por ellas, mi lord Emperador.

—Ya lo has hecho.

Scourge sintió un escalofrío bajar por su espalda y supo que había mucho más que su vida en juego. El Emperador ya no era un miembro de la especie sith. Su poder e inmortalidad le habían transformado en un ser único en la galaxia. Cuando hablaba de la vida y la muerte, estas tenían un significado mucho más profundo que la mera existencia física de los seres inferiores que le servían.

—¿Sabe Nyriss que estás aquí?

—No. Vine tan pronto como desencripté los datos de los discos de Sechel.

Hubo un largo silencio y Scourge tuvo la impresión distintiva de que el Emperador se estaba comunicando de alguna manera con alguien fuera de la habitación.

Unos cuantos segundos más tarde las puertas se abrieron en la sala del trono y la capitán Yarri entró a grandes zancadas, acompañada por un sith que llevaba los mismos ropajes oscuros que el Emperador.

Ellos se aproximaron a Scourge y el sith de la capa alargó la mano expectantemente. Scourge le dio los discos.

—Mantened a Lord Scourge en custodia hasta que se arregle el asunto —entonó el Emperador.

—Perdonadme, Lord Emperador —dijo Scourge, hablando rápidamente pero intentando mantener su tono humilde—. Pero Nyriss está esperando mi regreso. Si estoy ausente, se volverá suspicaz.

Los ojos oscuros del Emperador parecieron centellear con enfado y Scourge temió haber ido demasiado lejos. Lo mejor que podía esperar como castigo por su insolencia sería una muerte rápida y relativamente indolora.

Sin embargo, cuando el Emperador habló de nuevo no fue para dictar sentencia.

—Eres atrevido al hablarme de ese modo —declaró—. Y porque

tienes razón, recompensaré tu iniciativa… esta vez. Cuando Nyriss caiga, serás el primero en la lista para su asiento en el Consejo Oscuro.

—Gracias, Lord Emperador —dijo Scourge inclinando la cabeza.

—Si tu información demuestra ser falsa, sin embargo —añadió el Emperador—, sufrirás un destino más terrible que cualquier cosa que puedas imaginar.

Mientras hablaba, los círculos oscuros de sus ojos parecieron llenarse con un remolino de niebla roja y durante un breve instante el Emperador le dio a Scourge un destello de su verdadero yo.

Scourge gritó en voz alta por la angustia cuando la mente del Emperador rozó la suya y entonces se desplomó sobre el suelo, estremeciéndose como un niño. El roce duró menos de un segundo, pero en ese tiempo fue testigo de horrores indescriptibles que empequeñecían cualquier cosa que el lado oscuro pudiera conjurar incluso en sus peores pesadillas. Y bajo los terrores sin forma acechaba el insoportable Vacío, la nada pura de la aniquilación total.

Acabó casi tan rápidamente como había empezado, con la terrible visión retirándose a su subconsciente como un recuerdo reprimido cuando Scourge se levantó del suelo. Ni la capitán Yarri ni el sith de la capa hicieron ningún movimiento para ayudarle.

—Venid conmigo —le dijo la capitán una vez que estuvo en pie.

Sólo entonces se dio cuenta Scourge de que el Emperador había vuelto a sentarse en el trono y que el pedestal se había girado para darle la espalda.

El sith de la capa oscura se quedó atrás cuando Yarri llevo a Scourge fuera de la sala del trono y a la sala que había más allá.

—Veo porqué intentaste convencerme de que cambiara de idea sobre esto —murmuró Scourge cuando volvían hacia la entrada principal de la ciudadela.

—Corristeis un gran riesgo —dijo Yarri, aunque era difícil decir si pensaba que él era admirable o estúpido—. Pero si vuestra información es buena, parece que estaréis en el Consejo Oscuro la próxima vez que nos encontremos.

—¿Qué hay de Nyriss? —peguntó Scourge—. ¿Qué le hará el Em-

perador?

—Será purgada por la Guardia Imperial —dijo Yarri—. Junto con todos su cuerpo de seguidores.

—Preferiría no estar allí cuando ocurra —dijo Scourge—. ¿Cuándo haréis vuestro movimiento.

—Pronto —dijo la capitán—. Por ahora, volved con Nyriss de manera que no se vuelva suspicaz.

Habían llegado a la parte superior de las escaleras que llevaban desde la entrada de la ciudadela a la calle de más abajo.

—Le diré a mi gente que no os haga daño —le prometió la capitán Yarri antes de darse la vuelta. Justo antes de desaparecer en la ciudadela añadió—: Pero cuando la batalla empiece, intentad quitaros de en medio sólo por si acaso.

CAPÍTULO 24

A Meetra no le gustaba la idea de pretender ser la esclava comprada recientemente de Scourge, pero el sith le había asegurado que era la mejor manera de que se infiltrara en la fortaleza de Nyriss sin atraer atención no deseada.

Para completar la estratagema, había cambiado sus pantalones y su top funcional por un revelador atuendo púrpura más adecuado para una bailarina de uno de los clubs de rentas bajas que había frecuentado durante sus días como mercenaria. Las ropas ajustadísimas dejaba sus brazos y la mitad de su torso desnudos, pero un exceso de piel expuesta no era la peor parte del disfraz.

Scourge también había insistido en que llevara el collar aturdidor de una esclava alrededor del cuello. No funcionaba, por supuesto (ella había hecho que T3 lo inspeccionara cuidadosamente para asegurarse), pero todavía le irritaba la idea de adornarse con un símbolo tan íntimamente relacionado con la práctica más vil de la galaxia.

Sin embargo, a pesar de lo desagradable que era, sabía que Scourge tenía razón. Todos los esclavos de Dromund Kaas se veía forzado a

llevar el collar. Sin él, nadie creería su historia. T3 también les acompañaba, equipado de manera similar con un cerrojo de seguridad que no funcionaba.

—Bienvenido de nuevo, Lord Scourge —dijo un guardia estacionado justo dentro de la entrada principal cuando el trío pasó—. Darth Nyriss acaba de preguntar por vos.

—¿Respecto a qué? —preguntó el Sith, mientras Meetra luchaba por ocultar su interés.

—Sechel y Murtog se fueron ambos hace dos días. Ella se preguntaba si sabíais adónde habían ido.

—No me incluyeron a mí en sus planes —dijo Scourge con un encogimiento de hombros—. He estado buscando en el mercado de esclavos durante los últimos días, buscando un compra que mereciera la pena.

—Por supuesto, mi lord —dijo el guardia con una ligera inclinación de cabeza. Lanzando una mirada rápida hacia Meetra, con un destello sagaz en los ojos y una débil sonrisa en los labios, antes de devolver su atención de nuevo hacia Lord Scourge—. Informaré a Darth Nyriss que no habéis visto a los otros —dijo él.

—Bien. Una vez que descanse, iré a hablar con ella yo mismo para ver si quiere que vaya a indagar tras ellos.

Se volvió sobre sus talones, despidiendo al suboficial mientras continuaba por el pasillo con pasos largos y rápidos. Meetra y T3 lucharon por mantener el paso, manteniéndose a unos respetuosos dos pasos por detrás de su supuesto propietario.

Una vez que estuvieron fuera del alcance de la vista y del oído del guardia, Scourge se detuvo y se volvió para dirigirse a ellos.

—Esto podría complicar las cosas —dijo él—. Nyriss no habría preguntado por los otros si no se estuviera preocupando. Había esperado evitarla hasta que el Emperador hiciera su movimiento, pero si aplazo el verla ahora parecerá sospechoso.

—No te voy a dejar fuera de mi vista —le advirtió ella—. Si te encuentras con ella, Te-Tres y yo será mejor que vayamos contigo.

—¡Eso es ridículo! —espetó Scourge—. Nunca sería tan insultante como para traer a uno de mis esclavos personales a una reunión con

alguien del rango de Nyriss.

—Entonces será mejor que pienses en algo rápidamente —dijo Meetra—. Porque si todo esto se pone feo, voy a sacar mi sable láser y a empezar a cortar cabezas.

—Podría traerte si te estuviera entregando a Nyriss como regalo —dijo Scourge—. Pero entonces no habría razón para que yo te tuviera cerca.

—Olvídalo —gruñó Meetra.

T3 repitió el sentimiento de ella con un graznido chillón.

—¿Entonces qué sugieres? —demandó Scourge.

—Llévame con Revan ahora —dijo Meetra—. Me arriesgaré a salir luchando.

—No te traje aquí para que pudieras tirar tu vida por la borda. Y no tengo intención de convertirme en un mártir.

Meetra estaba a punto de dispararle otra replica enfadada cuando la fortaleza se sacudió hasta los cimientos por una explosión muy alta que venía de algún lugar en el este.

—La Guardia Imperial —jadeó Scourge—. ¡Están aquí!

Las alarmas empezaron a sonar por el corredor, combinadas con los sonidos de gritos y de pies que corrían cuando la gente de Nyriss corrió para responder al repentino ataque.

Meetra subió la mano y se arrancó el collar de esclava de su cuello de un tirón, lanzándolo por el suelo. T3 la imitó al arrancarse su cerrojo de seguridad.

—La mazmorra está por aquí —dijo Scourge, dejando detrás su discusión ahora sin sentido—. Seguidme.

Las explosiones continuaron mientras él les llevaba a través de los pasadizos retorcidos. Venían de todas partes. Obviamente la Guardia Imperial tenía rodeada toda la fortaleza. Basándose en la frecuencia y el tamaño de las explosiones distantes, Meetra supuso que estaban utilizando un asalto de artillería para intentar romper las murallas en múltiples localizaciones. Hombres y mujeres corrían junto a ellos en ambas direcciones, algunos lanzándose para unirse a la refriega y otros luchando por ponerse a salvo. El ataque inesperado había cogido a la gente de Nyriss completamente con la guardia baja. Esta-

ban confundidos y sus esfuerzos por defender la fortaleza no estaban coordinados y eran desorganizados.

—Habría esperado que alguien en el Consejo Oscuro opusiera una mejor resistencia —dijo Meetra cuando doblaron la esquina y corrieron por otro corredor.

—El jefe de seguridad y tres de sus tenientes más altos no están aquí para cohesionarles, gracias a ti —le recordó él a ella.

Doblaron otra esquina y se enfrentaron al primer signo real de alguna clase de contraataque. Ocho soldados liderados por un acólito Sith que blandía un sable láser habían tomado posiciones en el corredor a unos diez metros del agujero grande y humeante de la pared.

Cuando el humo se aclaró, docenas de soldados uniformados de rojo entraron por la brecha, armados con pistolas láser y electrobastones.

La gente de Nyriss abrió fuego, haciendo caer a la primera oleada. Aquellos en las filas de atrás nunca frenaron. Impulsados hacia delante por su furiosa devoción al Emperador, cargaron contra la línea enemiga con una indiferencia temeraria por su propia seguridad.

De haber mantenido sus posiciones los defensores y haber seguido disparando, podría haber sobrevivido a varias oleadas. Pero su moral vacilaba por la mentalidad demente de sus atacantes, así que en su lugar rompieron filas e intentaron huir. Ninguno de ellos tuvo éxito.

Tres fueron derribados por el fuego láser, disparados por la espalda cuando se volvieron para correr. Los otros cinco, incluyendo el acólito con el sable láser, fueron tragados por un mar de guardias uniformados de rojo y fueron hechos pedazos por los electrobastones.

El incidente entero llevó menos de diez segundos. Tiempo más que suficiente para que Scourge llevara a Meetra y a T3 en otra dirección. Pero en lugar de intentar evitar la melé, el sith simplemente mantuvo su posición y miró.

Cuando el último defensor cayó, los invasores se separaron en dos grupos y se dirigieron en direcciones opuestas por el pasillo. La oportunidad de ocultarse hasta que pasaran se perdió. Cuando los carniceros de capas rojas se aproximaron, Meetra empezó a alargar la mano hacia su sable láser oculto dentro de su bota de cuero alta hasta la ro-

dilla.

Scourge la cogió por la muñeca y negó con la cabeza. Él dio un paso atrás contra la pared, arrastrándola con él. Reconociendo que Scourge era un objetivo amistoso, los Guardias Imperiales corrieron por su lado sin dirigirle ni siquiera una segunda mirada.

—Las mazmorras están cerca —le dijo Scourge a ella una vez que volvieron a estar solos.

Fueron lo bastante afortunados como para no encontrarse más batallas durante el resto del viaje, aunque se tropezaron con los resultados de varias escaramuzas violentas. Algunos de los cuerpos llevaban los uniformes rojos de los invasores, pero por cada uno de ellos había por lo menos cinco de la gente de Nyriss.

Guardias de seguridad, acólitos e incluso personal civil estaban esparcidos por las salar y los corredores. La Guardia del Emperador no había perdonado la vida a nadie. Meetra comprendía que no había habido otro modo de liberar a Revan, pero todavía sentía revulsión ante la matanza al por mayor. Cuando se dio descubrió el cuerpo de una joven esclava twi'leko tendido en el suelo con la garganta cortada, se forzó a apartar la mirada.

—La asistente personal de Nyriss —apuntó Scourge—. Pero no veo a Nyriss entre los muertos.

T3 pitó y Meetra negó con la cabeza.

—No creo que escapara —dijo ella, recordando la cruel eficiencia y organización de las tropas de ataque.

—Su destino es irrelevante —declaró Scourge.

—Exacto. Llévanos con Revan.

Doblaron la última esquina, llevándoles estar cara a cara con una enorme puerta de duracero. Scourge se acercó e introdujo un código de seguridad, pero la puerta no se abrió. Lo intentó de nuevo y el teclado respondió con un zumbido agudo.

—Todo el lugar tiene un cerrado de emergencia —dijo—. Mis códigos de seguridad no funcionarán.

—No te preocupes —dijo confiadamente Meetra—. Te-Tres puede piratear cualquier sistema de seguridad.

—Será mejor que se dé prisa —dijo Scourge—. No siento guardias

al otro lado de la puerta.

—¿Crees que huyeron?

Él negó con la cabeza.

—Creo que cuando se dispararon las alarmas Nyriss les dijo que ejecutaran al prisionero.

Al principio Revan pensó que las distantes explosiones eran un efecto colateral inusual de alguna combinación de drogas que sus captores estaban probando con él. Pero cuando las alarmas empezaron a bramar, su mente confundida comprendió que la instalación estaba siendo atacada.

—Meetra —murmuró.

Luchó por ponerse en pie, batallando con los efectos soporíferos de los productos químicos que recorrían sus venas. De haber sido capaz su mente de concentrarse, podría haberlos purgado de su sistema. Pero por supuesto, la cuestión entera de las drogas era evitar que utilizara la Fuerza.

Unos pocos segundos más tarde oyó a alguien fuera de la puerta de su celda. Cuando la puerta se abrió esperaba ver a Scourge, pero en su lugar se encontró de cara con un guardia poco familiar.

El joven era un humano de piel oscura. Estaba sosteniendo una pistola láser a la distancia de un brazo, apuntando a Revan. Su mano estaba vibrando visiblemente.

—De prisa —gritó otra voz desde fuera—. ¡Hazlo!

Incluso en el estado confuso de Revan, la situación era obvia. Como consecuencia del ataque, alguien les había ordenado que mataran al prisionero.

—Aprieta el gatillo y será la última acción que hagas jamás —le advirtió Revan.

—Vamos —dijo la otra voz—. ¡Sólo hazlo! ¿Cuál es el problema?

—¡Cállate! —gritó el joven a su compañero oculto—. ¡Tú estabas incluso demasiado asustado como para abrir la celda!

Sus miedos eran completamente comprensibles. Desde su encarcelación, Revan había estado retenido bajo estricta cuarentena. A nadie

se le había dado acceso a su celda sin que Scourge estuviera presente e incluso el sith había venido a verle principalmente solo. Sin duda se les había inculcado a los guardias una y otra vez lo poderoso y peligroso que era el prisionero. Les habían advertido contra tener cualquier tipo de tratos con él. Su misteriosa reputación habría crecido con años de especulación y rumores entre sus carceleros.

—Deja el arma si quieres vivir —le dijo Revan al joven.

A través del velo de las drogas, luchó con abrirse a la Fuerza, amplificando los miedos y la confusión del otro.

—¡No! —gritó su amigo por encima de las penetrantes alarmas, manteniéndose todavía oculto por la esquina—. ¡Nos matará!

—Prometo perdonaros la vida —dijo Revan—. Os doy mi palabra como Jedi.

—¿Ves? ¿Ves? —chilló el hombre con el arma—. ¡Te dije que era un Jedi!

—Nyriss os ha enviado en una misión suicida —les dijo Revan.

—¿Cómo sabes para quién trabajamos? —ladró el hombre, con el tono de su voz elevándose.

—La Fuerza me muestra muchas cosas.

Otra explosión desde arriba, esta mucho más cercana, hizo que el guardia casi dejara caer su arma. La palpó varias veces antes de agarrarla con ambas manos y levantarla de nuevo para apuntar a Revan.

Revan contempló brevemente el hacerse con el arma, pero las drogas le ralentizaban tanto física como mentalmente. En su lugar permaneció quieto y calmado.

—Esto es malo —dijo el joven, apretando tanto la empuñadura de su pistola que sus nudillos se estaban volviendo descoloridos—. Esto es malo.

—Alejaos simplemente de todo esto —les dijo Revan—. Es vuestra única oportunidad real de sobrevivir.

—No podemos alejarnos —gimió el guardia—. La puerta escaleras arriba no se abrirá. ¡Estamos encerrados dentro!

—¡Sólo dispárale! —gritó su amigo—. No puede hacerte daño. Si fuera a detenerte, lo habría hecho a estas alturas.

Hubo varios segundos de silencio, puntuados por las alarmas y

otra serie de explosiones en rápida sucesión.

—Nyriss nos matará si nos descubre aquí abajo contigo todavía vivo —dijo el hombre con la pistola láser, con su voz casi contrita.

—Nyriss ya está muerta —dijo Revan, intentando una táctica diferente mientras intentaba aplicar incluso más presión a través de la Fuerza—. ¿Oís las explosiones? ¿Las alarmas? Mis amigos vienen a liberarme.

»Decís que estáis atrapados aquí. ¿Qué creéis que os harán mis amigos si os encuentran junto a mi cadáver?

—Tiene razón —dijo de mala gana el hablante invisible—. Escucha todas esas bombas estallando. Esto no es sólo alguna clase de ataque relámpago.

—Rendíos a mí y yo os garantizaré vuestra seguridad —dijo Revan—. Os doy mi palabra como Jedi.

La cabeza del joven se movió rápidamente de un lado a otro, de Revan a su amigo fuera de la celda y luego de nuevo hacia Revan. Entonces dejó caer la pistola láser como si estuviera ardiendo.

Revan salió de la celda calmadamente y le echó su primer vistazo al otro guardia: otro humano, quizás unos cuantos años mayor que el primero. Ambos guardias estaban congelados por el miedo, vigilando cada uno de sus movimientos intensamente. Cada vez que la alarma chillaba sobre sus cabezas, ellos respingaban.

—No os haré daño —les aseguró Revan.

Ambos hombres parecieron relajarse un poco y Revan intentó proyectar oleadas calmantes y tranquilizadoras a través de la Fuerza para tranquilizar más sus mentes.

—Sentaos allí contra la pared hasta que mis amigos lleguen —sugirió—. No querréis que os confundan con una amenaza.

Viendo la sabiduría de sus palabras, ambos hombres lucharon por seguir sus instrucciones.

Varios minutos más tardes oyeron un golpetazo fuerte que venía de arriba, seguido por el sonido de pisadas que corrían por los escalones de las escaleras.

Y entonces Meetra descendió hasta quedar a la vista, vestida con alguna especie de vestimenta de bailarina. Viendo a Revan, su cara

fue invadida por una amplia sonrisa.

—Sabía que te encontraría —dijo ella, lanzándose para abrazarle ferozmente.

—Ha pasado mucho tiempo —susurró Revan, envolviendo sus brazos alrededor de ella.

Después de un momento ella rompió el abrazo y Revan se dio cuenta de que la nariz de ella se había arrugado por el poderoso olor emanaba de él.

—Realmente mucho tiempo —dijo con un encogimiento de hombros de disculpa, provocando una suave risa de Meetra.

—Una reunión conmovedora —dijo una voz familiar.

—¡Lord Scourge! —gritó de terror uno de los guardias.

Revan giró a Meetra hacia un lado y se colocó delante de ella, un movimiento instintivo pero estúpido. Meetra era una Jedi. Sabía cómo cuidarse sola. Y desarmado como estaba, él no era rival para el sith.

—No pasa nada —dijo Meetra, colocando una mano sobre el hombro de Revan—. Scourge está aquí para ayudarnos.

A la mente nublada de Revan le llevó un momento procesar lo que ella estaba diciendo. Una vez que lo descubrió, no pudo evitar reírse en voz alta.

—Así que finalmente llego a descubrir tu nombre —dijo—. Scourge. Azote. No me extraña que no quisieras decírmelo.

—Haz bromas una vez que estemos a salvo y lejos de aquí —dijo Scourge.

—Tiene razón —le dijo Meetra—. Te-Tres está de guardia en lo alto de las escaleras. Vamos.

—Id delante —les dijo el Sith, sacando su sable láser y aproximándose a los guardias agazapados por el miedo en el suelo—. Yo me encargaré de los testigos.

—No —dijo Revan—. Prometí protegerles.

Scourge le dirigió una mirada de completa incredulidad.

—Ya va a ser bastante difícil salir de aquí sin escoltar a estas patéticas excusas de soldados.

—Les di mi palabra —dijo Revan.

Una oleada de mareo le envolvió y él se tambaleó.

—¿Qué pasa? —preguntó Meetra, alargando la mano para cogerle antes de que se cayera.

—Me mantienen drogado —dijo Revan—. Sólo necesito un minuto.

Con la ayuda de Meetra se bajó hasta el suelo. Su corazón estaba martilleando y su cabeza le daba vueltas. Durante la confrontación con el guardia, debía de haber utilizado la Fuerza instintivamente para mantener bajo control los peores efectos de las drogas. Pero no estaba lo bastante fuerte como para mantenerlos bajo control más tiempo y ahora su cuerpo estaba respondiendo con una sobrerreacción aguda.

Scourge se acercó a un kit médico en la pared y lo abrió de un tirón. Cogió una hipodérmica llena de un fluido luminiscente verde.

—Esto te ayudará —dijo, inyectándolo en el brazo de Revan—. Pero llevará unos minutos.

—Yo también tengo otra cosa —le dijo Meetra—. Bastila me pidió que te lo diera.

Ella asintió hacia Scourge, que sacó un paquete de la bolsa más grande de su cadera. Se lo lanzó a Revan, que ni siquiera intentó cogerlo, sino que lo recogió del suelo.

El objeto estaba envuelto en tela. Claramente era metálico y había algo extrañamente familiar en él.

—¿Hablaste con Bastila? —preguntó—. ¿La viste?

Meetra asintió.

—Y a tu hijo. Ambos están bien.

Revan sonrió. Su mente parecía como si estuviera alejándose flotando dichosamente, pero no estaba seguro de si la euforia estaba provocada por los pensamientos de su familia o por las drogas que todavía se abrían camino por su sistema.

Desenvolvió la tela para revelar el casco enmascarado que había llevado durante sus campañas contra los mandalorianos y la República. En un instante, todos sus recuerdos perdidos volvieron inundándole.

Un millón de imágenes (año tras año de gente, lugares y sucesos olvidados) inundaron su consciencia simultáneamente. En su estado

debilitado fue demasiado para asimilarlo. Cuando su cerebro entro en una sobrecarga sensorial, su cuerpo se quedó flácido.

—¿Qué está pasando? —demandó Scourge cuando Revan se derrumbó en el suelo.

—Yo… no lo sé —dijo Meetra, con sus manos palpando para comprobar el pulso de Revan mientras él yacía inmóvil en el suelo.

Los ojos de él estaban cerrados, pero los párpados estaban agitándose salvajemente. Aparte de eso estaba completamente quieto.

Desde las escaleras, T3 dejó escapar un gemido penetrante, varias octavas más alto que las incesantes alarmas.

—¡Alguien viene! —dijo Meetra.

Scourge se volvió hacia los guardias que todavía estaban sentados en el suelo.

—¡Preparad vuestras armas láser, so estúpidos! —les gritó.

Mientras ellos luchaban por ponerse en pie, T3 dejó escapar lo que sólo se podía describir como un chillido de terror. Un instante después el pequeño astromecánico vino dando tumbos escaleras abajo y rebotó por el suelo como si le hubieran disparado con un cañón. Aterrizó en el rincón sobre la espalda, con sus ruedas todavía girando.

—Quita a Revan de en medio —le dijo Scourge a Meetra.

Mientras ella arrastraba el cuerpo inconsciente del Jedi hasta la celda cercana, uno de los guardias desenfundó su arma, mientras que el otro se apresuraba y recogía su pistola láser desechada de donde Revan la había enviado de una patada.

Scourge asintió hacia los guardias. En respuesta a su orden silenciosa ellos se arrastraron hasta los pies de las escaleras y levantaron la mirada hacia la puerta de arriba.

Un estallido de relámpago púrpura bajó trazando un arco por las escaleras, alcanzando a ambos hombres en el pecho. Ellos apenas tuvieron tiempo de gritar antes de convertirse en carcasas quemadas y humeantes.

Scourge dio un paso atrás, sabiendo exactamente quién era la responsable de liberar la furia del lado oscuro contra los desventurados

guardias.

Nyriss se abrió camino lentamente por las escaleras abajo, con los dedos extendidos de su mano izquierda todavía chisporroteando por la electricidad. En su mano derecha sostenía su sable láser, con la hoja zumbando suavemente. Para cuando llegó abajo, Meetra había salido de la celda cercana.

Ella encendió su sable láser y vino a colocarse junto a Scourge.

—¿Qué es esto? —preguntó Nyriss, con su voz burlona—. ¿Otra Jedi?

Cuando ninguno de ellos respondió, ella giró la cabeza hacia el lado y se rió amargamente.

—La Guardia Imperial se asegurará de que yo nunca deje mi fortaleza viva —les dijo ella—. Pero tampoco lo haréis ninguno de vosotros.

Levantó su mano libre por encima de su cabeza y disparó otra andanada de rayos. Scourge y Meetra se lanzaron para apartarse de los mortales rayos eléctricos, pero al hacerlo le dieron a Nyriss la ventaja primera.

Antes de que se pudieran recuperar, ella saltó hacia ellos. A pesar de su apariencia marchita, se movió con toda la velocidad y la ferocidad de una guerrera del lado oscuro en su cenit. Aterrizó justo entre sus dos adversarios, con su hoja centelleando de un lado a otro en una serie de tajos y cortes que lanzaron inmediatamente a sus dos oponentes a ponerse a la defensiva.

Scourge apenas se las arregló para desviar la primera oleada del asalto de ella, incapaz incluso de pensar en replicar con un ataque propio. Otro empujón rápido le forzó a desequilibrarse y él se tambaleó hacia atrás.

Nyriss aprovechó la oportunidad de concentrar todos sus esfuerzos en atravesar las defensas de Meetra. La Jedi estaba claramente superada. Aunque se las arregló para mantener su posición, se vio forzada a caer sobre una rodilla.

En esa posición complicada su flanco derecho estaba expuesto y Nyriss llevó su espada para dar un corte devastador. En el mismo momento, Scourge arremetió con la Fuerza, alcanzando a Nyriss con el

flujo en el centro del pecho.

Un enemigo ordinario habría sido lanzado al otro lado de la habitación, pero Nyriss levantó instintivamente una barrera de la Fuerza para protegerse, absorbiendo y redirigiendo el embate del impacto. Incluso así, el ataque de Scourge la desequilibró justo lo suficiente como para enviar a su sable láser lejos del objetivo, dándole a Meetra la oportunidad que necesitaba para luchar por alejarse hasta estar a salvo.

Scourge se lanzó hacia delante, esperando hacer retroceder a Nyriss hasta un rincón, pero ella recibió su carga con una oleada invisible de energía ondulante. Esta levantó a Scourge y lo lanzó de cabeza, enviándole a estrellarse contra la pared.

Mareado, él levantó la mirada justo a tiempo para ver otra andana de rayos violetas alcanzar a Meetra en el pecho. Como Nyriss, ella levantó una barrera para salvarse de la peor parte, pero todavía la hizo caer.

—¿Pensaste que yo sería tan fácil de derrotar como Xedrix? —gritó Nyriss, levantando triunfalmente su sable láser por encima de su cabeza.

El aire alrededor de ella empezó a crepitar y a volverse caliente mientras ella se preparaba para el golpe asesino. Scourge sintió crecer la energía dentro de ella y supo que estaría impotente para detenerlo. Nyriss era demasiado poderosa. Su control del lado oscuro era demasiado grande.

—¡Mírame y contempla tu destino! —declaró ella—. Yo soy Darth Nyriss, Lord de los Sith. ¡Son la conquistadora de Drezzi, la destructora de Melldia y una miembro del Consejo Oscuro!

Scourge se preparó para el final.

Justo entonces, Revan salió de la celda. Se había subido la capucha de su capa Jedi para que le cubriera la cabeza y llevaba la máscara roja y gris, ocultándole la cara.

Una docena de rayos saltaron de la mano de Nyriss, trazando arcos a través de la habitación para incinerar a sus enemigos. En lugar de saltar hacia atrás hasta el interior de la celda para evitar el ataque mortal, Revan fue hacia delante para interceptarlos.

Ambas manos estaban sostenidas delante de él, con los brazos to-

talmente estirados a la altura de los hombros, con los pulgares tocándose y los dedos muy separados. Atrajo los rayos hasta sus manos que esperaban, canalizándolos para alejarlos de sus pretendidos objetivos y absorbiendo su poder.

—Yo soy Revan renacido —le dijo a Nyriss—. Y ante mí no eres nada.

Los ojos de Nyriss se abrieron mucho cuando Revan liberó el poder de su propio ataque contra ella. Ella intentó levantar otro escudo de la Fuerza, pero los rayos lo hicieron pedazos y continuaron constantes. El rayo la envolvió, con el intenso calor consumiéndola instantáneamente, dejando sólo una pila de cenizas calcinadas.

Scourge se puso en pie lentamente mientras Revan ayudaba a levantarse a Meetra. En el rincón, el astromecánico volcado dejó escapar un silbido lastimero y se las arregló torpemente para volver a ponerse en una posición erguida.

Revan fue y se arrodillo junto al más cercano de los dos soldados muertos. Colocó una mano sobre el pecho del hombre, pero no habló.

—Tenemos que irnos —dijo suavemente Meetra, acercándose y tocando amablemente el hombro de Revan para interrumpir sus pensamientos—. No queremos que la Guardia Imperial sepa que estabas aquí.

Él se puso en pie y lentamente se volvió hacia Scourge.

Había algo inquietante en lo de mirar a la máscara sin rostro. Hacia que Revan fuera más intimidante, más poderoso. O quizás Scourge simplemente lo sentía así porque le había visto destruir a Nyriss.

Fuera cual fuese la razón, estaba más confiado que nunca en que había hecho la elección correcta. Si alguien tenía la fortaleza para detener al Emperador, era este hombre.

—Esto es tuyo —dijo el Sith, cogiendo la empuñadura del sable láser de Revan de su cinturón.

Revan aceptó el regalo con un breve asentimiento de cabeza.

—Sácanos de aquí —dijo simplemente entonces.

CAPÍTULO 25

Scourge les llevó escaleras arriba y de nuevo hacia la brecha en la muralla por donde la Guardia del Emperador había irrumpido primero. Aunque podían oír el sonido distante de la batalla retumbando débilmente por las salas, no se encontraron a combatientes de ningún bando.

Una vez que estuvieron fuera, Meetra se permitió dar un suspiro de alivio.

La noche había caído, pero varios fuegos que ardían dentro de la fortaleza de Nyriss iluminaban los terrenos, dándoles una imagen clara de la destrucción. La gruesa muralla de piedra que rodeaba el patio y los edificios habían sido reducidos a escombros y, a juzgar por el número de cuerpos esparcidos por el patio, esta había sido la localización de la lucha más feroz.

Ellos se abrieron camino a través de la carnicería hasta donde el deslizador de Scourge estaba ileso cerca de la zona de aterrizaje. Cada vehículo a su alrededor había sido destruido por el fuego de artillería.

—Es un milagro que esta cosa esté todavía de una pieza —remarcó

Revan.

—La Guardia debe de haber estado vigilando nuestra llegada —dijo Scourge—. Sabían qué deslizador era el mío.

Los cuatro subieron, con Revan y Meetra ayudando a T3, y luego se dirigieron hacia la cueva donde Meetra y Scourge se habían encontrado por primera vez.

Durante el viaje, Meetra intentó estudiar a Revan sin ser demasiado obvia. Él todavía llevaba la máscara roja y gris. Para ella esta era su auténtica cara. Sabía qué aspecto tenía él bajo el casco, pero él casi nunca se lo había quitado durante su campaña contra los mandalorianos.

Verle en la celda sin ella le había parecido extraño. El paso de los años y el sufrimiento que había soportado como prisionero se habían marcado claramente en sus rasgos. Cuando llevaba la máscara, sin embargo, todo eso quedaba oculto. Ella le hacía parecer indomable, invencible. Una leyenda viva.

Meetra recordaba lo que Bastila le había dicho cuando le dio la máscara. Dijo que se la había ocultado a Revan durante todos aquellos años porque temía lo que representaba. Temía que le cambiara. Ahora Meetra comprendía lo que quería decir.

Sin la máscara él parecía más humano. Era más fácil recordar que era sólo un hombre, con todas las debilidades y vulnerabilidades que eso implicaba. Con la máscara, sin embargo, Revan era un icono, un símbolo. Era el artífice de la historia, un individuo definido por sus acciones más que por sus pensamientos, sus sentimientos y sus creencias.

Quizás Bastila tenía razón. Quizás Revan necesitaba convertirse en lo que había sido una vez para sobrevivir a esto. Él había derrotado fácilmente a Darth Nyriss, pero el Emperador era un oponente mucho más grande. Y sin embargo ella no podía evitar sentir un pequeño dejo de arrepentimiento al saber que el hombre que Bastila amaba podría haber sido engullido por el peso del propio pasado de Revan.

Scourge aterrizó el deslizador y los tres pasajeros desembarcaron.

—¿No vienes? —preguntó Meetra cuando el sith no hizo movi-

miento algo por unirse a ellos.

—Voy a volver a Ciudad Kaas —dijo—. Veré si puedo descubrir más detalles sobre el ataque. Si tenemos suerte, el Emperador ha dispersado sus recursos demasiado, dejándole vulnerable. Ahora podría ser el momento de atacar.

—Trae algunos suministros —le dijo Revan—. Comida. Agua. Jabón para que pueda quitarme la mugre de esa prisión.

Scourge asintió.

—Volveré en unas cuantas horas.

Los tres entraron en la cueva, con T3 utilizando su lámpara para iluminar el interior oscuro.

La cueva estaba ahora vacía. Mientras esperaban a que Scourge volviera de su reunión con el Emperador, Meetra y T3 habían enterrado los cuerpos de el jefe de seguridad y sus soldados caídos en una parte de terreno desnuda a una corta caminata de la entrada de la cueva.

—Estoy seguro de que estás ansiosa por cambiarte esas ropas —dijo Revan.

¿Qué hay de ti?, pensó Meetra. *¿Por qué no te has quitado esa máscara aun?*

—Tenemos algo que mostrarte primero —dijo ella—. Te-Tres, reproduce el holovideo.

El droide rodó hasta colocarse junto a ellos, proyectando una imagen de Bastila de treinta centímetros de alta hablándole amorosamente al hijo de tres años de Revan.

—No sé si verás esto jamás —dijo Bastila, ajustando un mechón de pelo de la cabeza del niño mientras le hablaba al holograbador—. Pero tengo que creer que volverás algún día. Y cuando lo hagas, pensé que querrías compartir el cumpleaños de nuestro hijo.

Revan no dijo nada. Como si estuviera mareado, se sentó lentamente en el suelo de manera que la proyección estuviera a su nivel.

—Saluda a papá con la mano —dijo Bastila, señalando en la dirección del grabador—. Dile: “¡Te echamos de menos!”.

El chico hizo lo que le decían, agitando su pequeño bracito vigorosamente mientras repetía las palabras de Bastila.

Para alivio de Meetra, Revan levantó las manos y se quitó la más-

cara mientras el holovideo continuaba reproduciéndose, dejándola en el suelo junto a él.

—Sé que no discutimos los nombres antes de que te fueras —dijo Bastila—. Pero le llamé Vaner.

Revan sonrió, comprendiendo que era un anagrama de su propio nombre.

—Quiero que sepa quién es su padre —continuó el holo—. Quiero que comprenda que eres parte de él.

Una lágrima bajó rodando por la mejilla de Revan mientras veía el video y Meetra se retiró silenciosamente al rincón más oscuro de la cueva para dejarle que lo viera en privado. Había guardado sus ropas aquí antes de que Scourge y ella se hubieran marchado a la fortaleza de Nyriss y las sombras le daban la privacidad que necesitaba para cambiarse el atuendo de esclava.

En lugar de los pantalones negros y la camisa roja sin mangas que había llevado cuando llegó por primera vez, sin embargo, de nuevo se había vestido con sus ropajes Jedi. No pensó conscientemente en su elección y fue sólo cuando se enganchó el sable láser al cinturón cuando comprendió lo que había hecho.

Estás siguiendo el ejemplo de Revan, pensó. *Si él lleva ropajes Jedi, entonces tú también. Justo como en los viejos tiempos.*

Mientras el holovideo continuó reproduciéndose, ella se quedó cerca del fondo de la cueva. No pudo evitar oír a Bastila decir *"Te quiero, Revan"* cuando la grabación terminó.

—Yo también te quiero —respondió Revan, con la acústica de la cueva haciendo que su voz sonara inusualmente alta.

Meetra movió su pie incómodamente ante el intercambio. No estaba celosa de Bastila. Meetra quería a Revan, pero no de ese modo. Nunca había tenido sentimientos románticos por su mentor. Más bien, le veía con una profunda admiración y una intensa devoción.

En este momento, sin embargo, era fuertemente consciente de que Bastila y Revan compartían una relación que era mucho más profunda que la que Meetra compartía con él. Sabía que no debería envidiarles por eso, pero una pequeña parte de ella no podía evitar sentir que su reunión con Revan había sido interferida por un holovideo.

T3 pitó inquisitivamente cuanto el video terminó.

—Por supuesto —dijo Revan—. Lo veré cien veces si puedo. Pero dame un minuto.

Se puso en pie y fue a reunirse con Meetra en el fondo de la cueva.

—Gracias por esto —dijo—. Y por salvarme.

—No fue nada.

—No —dijo Revan, negando con la cabeza—. No subestimes todo lo que has conseguido. Nadie más podría haberme encontrado a través de la galaxia entera. Nadie más podría haberme salvado de mi encarcelamiento. —Él la estudió durante un momento—. Se me dijo que te habías desconectado de la Fuerza, pero puedo sentir su poder en ti. Siempre supe que tenías un gran potencial, pero se te has vuelto muchísimo más grande de lo que jamás pude haber imaginado.

—Sólo estoy siguiendo tus pasos.

—Ya no —replicó Revan—. Has salido disparada por tu propio camino. Puedo sentir que has caminado por un sendero que yo no me atrevería a pisar. Te lo debo todo, Meetra. Es una deuda que nunca seré capaz de pagarte.

—No —dijo Meetra con una sonrisa pálida—. Sin tus enseñanzas, nunca podría haberme convertido en lo que soy hoy. Soy yo la que tiene una deuda que nunca podrá pagar.

—¿Entonces por qué no decimos que estamos en paz? —dijo Revan.

—Una solución sabia y justa —replicó ella—. Como siempre.

—¿Te gustaría ver el holovideo de Bastila y de mi hijo? —preguntó él, ofreciéndole su mano—. Significaría más verlo con una amiga a mi lado.

—Por supuesto —dijo ella, con un nudo formándosele en la garganta—. Será un honor.

CUANDO SCOURGE VOLVIÓ A LA CUEVA SE ENCONTRÓ A MEETRA Y A REVAN acurrucados el uno junto al otro en el suelo, mirando un holovideo proyectado por T3. Vio un destello de una joven humana y lo que Scourge asumió que era su hijo, pero cuando se aproximó el droide

interrumpió rápidamente la grabación.

—¿Qué era eso? —preguntó.

—Mi mujer y mi hijo —dijo Revan.

Él se puso en pie rígidamente y se desperezó y Scourge se preguntó durante cuánto tiempo había estado sentado en el suelo de la cueva viendo el holovideo. También se dio cuenta de que Revan se había quitado la máscara. Esta descansaba en el suelo junto a él, aparentemente olvidada.

—No sabía que estuvieras casado —dijo.

Cuando Revan no respondió, quedó claro que no tenía intención de discutir su vida personal con un Sith. Podrían ser aliados, comprendió Scourge, pero estaban lejos de ser amigos. Lo cuál era como debía ser. Para un Señor Sith, los amigos eran un lastre.

—¿Qué descubriste? —preguntó Meetra cuando Revan extendió una mano para ayudarla a levantarse.

—No fue sólo Nyriss quien fue atacada. El Emperador los mató a todos.

—Los archivos que me mostraste enumeraban a cinco miembros actuales del Consejo Oscuro conspirando contra él —dijo Meetra, buscando aclararlo—. ¿Estás diciendo que la Guardia del Emperador exterminó a los cinco en el espacio de un único día?

—Dije que les mató a todos —replicó Scourge—. Los doce miembros del Consejo Oscuro. Incluso aquellos que no eran parte de la conspiración. Quería enviar un mensaje que nadie olvidara jamás.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Revan—. ¿Atacó a una docena de los Lores Sith más poderosos en sus lugares de poder simultáneamente? ¿Cuántas tropas tiene?

—La Guardia Imperial sólo se desencadenó contra Nyriss y otros dos. El Emperador debe de haber asumido que eran los que era menos probable que respondieran a su llamada. Los otros nueve fueron llamados horas antes del ataque para que se reunieran con el Emperador en su ciudadela. Ninguno de ellos salió con vida.

—¿Entonces qué está pasando ahora? —preguntó Meetra.

—Las noticias de la masacre se están esparciendo rápidamente —dijo Scourge—. Como esperarías, el resultado fue un caos. Miles están hu-

yendo para salvar la vida, temiendo que estemos al borde de una guerra civil. Otros ven una oportunidad de atacar a los rivales debilitados por la pérdida repentina de aliados políticos y pelotones armados están vagando por las calles.

—¿Cómo reaccionó el Emperador? —preguntó Revan.

—Ha declarado la ley marcial y ha impuesto el toque de queda por toda la ciudad. La Guardia está haciendo cumplir sus órdenes con su típica eficiencia cruel. También prohibió que cualquier nave o lanzadera aterrizara o se fuera antes de que lanzara su ataque y cerró todas las comunicaciones con otros planetas.

—Ha puesto en cuarentena al planeta entero —dijo Revan—. Quiere tenerlo todo aquí bajo control antes de que otros planetas sepan que ha masacrado al Consejo Oscuro al completo.

—Tú me dijiste que estaba loco —murmuró Meetra—, pero esto es un ultraje. Tiene que haber un modo mejor de que él maneje esto. Miles de su gente van a morir antes de que se restaure el orden.

—La última vez que estuve aquí en Dromund Kaas, miré en las profundidades de la mente del Emperador —les dijo Revan—. Mil vidas no significan nada para él.

—¿La última vez que estuviste aquí? —dijo Scourge, remarcando la frase—. ¿Han vuelto algunos de tus recuerdos?

—Parece que mi vieja máscara provocó algo. Ahora lo recuerdo todo —admitió Revan—. Malak y yo descubrimos que los Sith aun perduraban. Vinimos aquí a Dromund Kaas para investigar. Haciéndonos pasar por mercenarios, pasamos meses aprendiendo todo lo que pudimos sobre el Emperador y su pueblo. Incluso entonces él ya estaba planeando su invasión de la República. Cuando Malak y yo descubrimos sus preparativos, intentamos detenerle. Encontramos a un miembro de la Guardia Imperial que estaba dispuesta a colarnos dentro de la ciudadela.

—Imposible —declaró Scourge—. La Guardia se vincula a la voluntad del Emperador al final de su entrenamiento por un poderoso ritual. ¡Ellos nunca le traicionarían!

—Cierto, pero no sabíamos eso en aquel momento —le explicó Revan—. Nos estaban llevando a una trampa. El Emperador que-

ría que fuéramos hasta él. Cuando llegamos a su sala del trono, él estaba preparado y esperando. —Su voz bajó—. Subestimamos su poder. Cuando nos enfrentamos a él, él ni siquiera tuvo que luchar con nosotros. En su lugar, rompió nuestras voluntades. Él dominó nuestras mentes, convirtiéndonos en marionetas para que hiciéramos su voluntad. Nos envió de vuelta ala República como vanguardia de su invasión, con instrucciones de volver a informar cuando toda resistencia fuera aplastada.

»Pero aunque habíamos subestimado el poder del Emperador, él también nos subestimó a nosotros. Nuestras voluntades fueron más fuertes de lo que él pensó. Nuestras mentes retorcieron y pervirtieron sus instrucciones hasta que pensamos que estábamos actuando por nuestro propio acuerdo. Malak y yo nos volvimos al lado oscuro, pero al hacerlo encontramos la fortaleza para bloquear todo recuerdo de los Sith y del Emperador, liberándonos parcialmente de su control.

—Pero todavía os llamasteis a vosotros mismos Sith —dijo Meetra, perpleja—. Todavía atacasteis a la República y la llevasteis al borde del colapso antes de que los Jedi te capturaran. E incluso después de que detuvieras a Malak, la República todavía era más vulnerable de lo que había sido jamás. ¿Por qué el Emperador no nos invadió simplemente entonces?

—No sabía qué había pasado —le explicó Revan—. Estaba esperando a que nosotros volviéramos a informar. Cuando no oyó nada, asumió que habíamos fallado. Volvió a sus planes originales, aumentando lenta y cuidadosamente su fortaleza de manera que cuando finalmente nos invadiera no hubiera oportunidad de ser derrotado.

Meetra miró a Scourge y el sith pudo adivinar qué estaba pensando. Él se había aliado con ellos originalmente porque temía que invadir la República sería un desastre. Con Revan insinuando que el Emperador realmente podría tener éxito, ella temía que él se volviera contra ellos.

Dos días antes ella habría tenido razón. Sin embargo, todo había cambiado cuando Scourge conoció al Emperador en persona.

—No os traicionaré —le aseguró él a ella—. Cuando hablé con el Emperador, toqué brevemente su mente. Lo que hizo en Nathema

sólo indica los horrores que es capaz de desencadenar en la galaxia. Realmente comprendo aquello en lo que se ha convertido y sé que sin obstáculos nos llevará a todos a la aniquilación. Es inevitable.

—Un buen discurso —dijo Meetra—. ¿Pero por qué deberíamos creerte?

—Es cierto —le aseguró Revan—. Cuando el Emperador rompió mi voluntad, miró en mi mente y yo fui capaz de ver el reflejo de su propia maldad. Invadir la República sólo es el primer paso de su plan. Se ha obsesionado con el poder y la inmortalidad. El lado oscuro es como un cáncer dentro de él. Crece más rápidamente de lo que él puede alimentarlo. Él ha consumido un planeta entero, pero todavía tiene hambre. Y con su hambre viene un miedo que lo consume todo. Ha vivido mil años. Sabe que podría vivir muchos miles más. Está aterrorizado por la muerte.

—Todo el mundo tiene miedo de morir —dijo Meetra.

—No de esta manera. Para él la muerte no es meramente el fin de la existencia física. El Emperador ha pasado un milenio reuniendo su fortaleza. Si muere lo perderá todo. La idea de un poder casi infinito escapándose de su control le ha vuelto loco. En su mente retorcida, el único modo de preservar lo que ha conseguido es aniquilar a toda amenaza potencial en la galaxia.

—Nathema sólo fue el comienzo —estuvo de acuerdo Scourge—. Destruirá un planeta tras otro, con su poder y su locura creciendo al unísono hasta que sólo quede él, el Emperador sobre una galaxia vacía y sin vida.

Meetra los miró a los dos con horror.

—Has estado en Nathema —dijo Scourge—. Sentiste el Vacío. Sabes de lo que es capaz el Emperador.

—Lo comprende —dijo Revan, leyendo la expresión de ella con más precisión que Scourge—. No es eso.

—Ha puesto en cuarentena a Dromund Kaas —dijo Meetra, intentando llevarles a la misma conclusión—. ¿Qué pasa si se está preparando para hacer aquí lo mismo que hizo en Nathema?

Scourge no había considerado esa posibilidad y eso le heló hasta la médula.

—¿Eso es posible? —preguntó—. Nyriss me dijo que el ritual de Nathema llevó días, si no semanas. Y el Emperador tuvo que engañar a cientos de otros Sith poderosos para que trabajaran con él de manera que pudiera utilizar sus poderes.

—Ahora es más fuerte —dijo Revan—. Pero incluso si eso es posible, no creo que llegue tan lejos. Al menos aun no. Es demasiado paciente, demasiado cuidadoso. Dromund Kaas es el corazón de su Imperio y su lugar de poder. Tiene demasiado recursos valiosos aquí para tirarlo todo por la borda. Pero una vez que esté listo, no habrá nada que evite que lance su invasión de la República.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Meetra.

Scourge respondió por Revan.

—El Emperador tenía que mantener sus planes en secretos porque sabía que el Consejo Oscuro se opondrían a él. Ahora los han exterminado. Y a quien quiera que escoja para reemplazarlos recordarán qué les pasó a sus predecesores y estarán demasiado aterrorizados para hablar contra él.

—También puede utilizar esto para cohesionar la voluntad de la gente —añadió Revan—. Puede clamar que el Consejo Oscuro estaba trabajando con agentes de la República y que eso es por lo que los destruyó. Clamará que el Imperio Sith ha sido redescubierto por su viejo enemigo. Convencerá a sus súbditos de que la única esperanza de sobrevivir es atacar primero.

—No hará esta proclamación hasta que se restaure el orden en Dromund Kaas —apuntó Scourge.

—Eso no nos da mucho tiempo —remarcó Meetra, recordando lo eficientemente que la Guardia había invadido la fortaleza de Nyriss.

—La Guardia está patrullando las calles, haciendo cumplir el toque de queda —dijo Scourge—. Sólo un puñado permanecerán apostados en la ciudadela. Ahora es nuestra mejor oportunidad para atacar al Emperador.

—Esta vez conozco sus trucos y tácticas —les aseguró Revan—. Puedo escudar mi mente para que no sea dominada por su voluntad y puedo mostraros cómo hacer lo mismo.

—Deberíamos esperar hasta el amanecer —dijo Scourge—. Ha-

brá menos gente fuera a la luz del día. Y la mayoría de la Guardia se estará recuperando en los barracones después de patrullar las calles toda la noche.

—Bien —dijo Revan—. Eso nos da unas cuantas horas para intentar descansar un poco.

Meetra y Scourge asintieron en acuerdo, aunque el sith dudaba de que alguno de ellos durmiera mucho.

CAPÍTULO 26

Scourge flotaba al borde del sueño. Su cuerpo estaba agotado, pero su mente estaba agitada. Incapaz de tranquilizar sus pensamientos y dejar que el sueño le envolviera, se movía y se giraba.

A diferencia de sus compañeros Jedi, nunca había aprendido a sentarse y meditar para obtener sustento de la Fuerza. El lado oscuro se trataba de acción y actividad, no de contemplación tranquila. Pero sabía que si no intentaba algo, tendría que soportar una noche larga y sin descanso.

Se levantó hasta quedar en una posición sentada y cerró los ojos, intentando abrirse a la Fuerza. Tomando aire lenta y profundamente, se concentró en dejar abierta su mente a las infinitas posibilidades que se arremolinaban a través del tiempo y el espacio. Después de varios minutos se las arregló para entrar en un estado de semiinconsciencia.

Revan yacía inmóvil en el suelo de la sala del trono de la Ciudadela. Meetra y Scourge yacían junto a él, con sus cuerpos retorcidos y rotos, afe-

rrándose a los últimos momentos de vida.

El Emperador se aproximó al trío, mirándoles con un desprecio frío y casual mientras se acercaba a sus adversarios caídos. Scourge intentó ponerse en pie y huir, pero sus miembros lisiados no soportarían su peso. Todo lo que pudo hacer era arrastrarse sobre su vientre como un gusano.

Sus esfuerzos atrajeron la atención del Emperador, que no habló pero se acercó y se bajó sobre una rodilla. Cogió a Scourge por el hombro y le dio la vuelta de manera que mirara a los vacíos gemelos de los ojos del Emperador.

Cuando alargó una mano y la colocó sobre la frente de Scourge, el sith empezó a gritar.

Los ojos de Scourge se abrieron de golpe cuando su mente saltó a un estado de consciencia de alerta completa. Su corazón estaba martilleando y todavía podía oír el sonido de sus propios gritos resonando en sus oídos.

Mirando a su alrededor en la cueva comprendió que el grito debía de haber estado confinado a su mente. Ni Meetra ni Revan habían reaccionado de ninguna manera. Ella estaba en la misma pose de piernas cruzadas que Revan asumía a menudo durante su tiempo en la prisión de Nyriss. Revan estaba arrodillado delante de T3-M4, inclinado hacia delante mientras volvía a ver el holovideo de su mujer y su hijo.

Scourge negó con la cabeza, intentando apartar de un empujó los restos de su sueño. Pero el recuerdo se quedó con él y él empezó a comprender que lo que había visto era algo más que una mera pesadilla.

La experiencia carecía de la sensación nebulosa y surrealista de un sueño. Había sido demasiado vívido, con los detalles demasiado agudos y precisos para ser una ficción manifestada por su subconsciente. Sólo había una explicación posible para lo que había pasado: la Fuerza le había dado a Scourge una visión.

Las manos de Scourge empezaron a temblar ligeramente cuando comprendió que había sido testigo de su propia destrucción a manos del Emperador. Lo que era incluso peor, la visión le dejaba claro

que Meetra y Revan sufrirían el mismo destino. Se había abierto a la Fuerza y ella le había mostrado que su misión venidera acabaría en fallo.

Él miró a los Jedi, preguntándose si debía advertirles. Incluso si lo hacía, ¿creerían lo que él dijera? ¿Podría creerlo *él*?

Su entrenamiento en la Academia le había enseñado poco sobre las habilidades proféticas de la Fuerza. ¿Era lo que había visto inevitable o era un destino que de alguna manera podía evitar? Quizás su fuerte conexión con el lado oscuro de alguna manera colorearía sus visiones, distorsionándolas de manera que mostraran los peores futuros posibles.

El curso más simple sería contarle a Revan lo que había visto y oído y su opinión de ello. Pero Scourge sabía que la confianza de sus aliados en él ya era frágil. Si admitía que pensaba que su misión estaba condenada, podría convencerles que no se podía confiar en él. Podrían decidir que su presencia causaría su fallo. Después de todo, era él el que había visto la visión.

Scourge continuó luchando con lo que había visto, intentando comprender lo que significaba y lo que debería hacer al respecto. Pero después de varios minutos más de hablar silenciosamente consigo mismo en círculos, comprendió que simplemente no encontraría las respuestas por sí mismo.

Se impulsó para ponerse en pie y fue hasta donde Revan estaba sentado. T3 detuvo su reproducción del holovideo cuando él se aproximó, pero dejó fija la imagen de la mujer y el hijo de Revan flotando en el aire.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó Scourge, sentándose junto al Jedi sin esperar una replica.

—Puedes —dijo Revan, sin molestarse en apartar su mirada de la proyección de su familia.

—Quiero saber más sobre la Fuerza —dijo Scourge—. Quiero comprenderla como tú.

Revan se volvió para dirigirle una mirada curiosa.

—¿Quieres saber esto ahora?

—Esta podría ser nuestra última oportunidad —dijo Scourge—.

He estado pensando en algo que me dijiste la última vez que hablamos en tu celda.

—¿El qué?

—Sabías que Meetra venía a rescatarte porque la Fuerza te había dado una visión.

Revan sonrió.

—En realidad, me estaba tirando un farol. Estaba intentando engañarte. Estaba esperando que pudieras soñar conmigo escapando y creyeras que la Fuerza te estaba guiando a ayudarme.

—¿Es así como pasa? —preguntó Scourge, ligeramente ofendido por la confesión de Revan—. ¿Vienen a ti en tus sueños?

—No. Una versión de la Fuerza es más poderosa que cualquier sueño. Hay una intensidad que te asalta y los detalles no se desvanecen. Pero me imagino que tú no conocerías la diferencia.

Ahora la conozco, pensó Scourge.

—No me disculparé por mentirte —dijo Revan, confundiendo la razón del silencio de su compañero—. Y si te hace sentir mejor, realmente tuve una visión de Meetra después de que habláramos.

—Eso parece una coincidencia altamente improbable —apuntó Scourge.

—Así son los caminos de la Fuerza —dijo Revan—. Causa y efecto no son una simple relación lineal. La Fuerza trasciende el espacio y el tiempo. Fluye a través de nosotros y alrededor de nosotros. Influencia nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro. Quizás te hablé de visiones porque sabía que la Fuerza estaba intentando llegar hasta mí. O quizás Meetra vino a Dromund Kaas porque te dije que alguien venía a rescatarme.

—Pero ella empezó a buscarte mucho antes de que tuviéramos nuestra conversación —protestó Scourge.

—Es complicado —respondió Revan con una sonrisa críptica—. Los estudiosos Jedi han dedicado siglos para comprender de los caminos de la Fuerza y sólo hemos arañado la superficie.

Scourge intentó digerir silenciosamente lo que se le estaba diciendo. Al mismo tiempo, intentó formar las preguntas que le darían las respuestas que quería sin revelar lo que había visto.

—Una vez que tuviste la visión de Meetra, ¿estuviste seguro de que ella venía? ¿Sabías seguro que ella ayudaría a liberarte?

Revan negó la cabeza.

—Nunca podemos estar seguros de nada. El futuro siempre está en movimiento y una visión te muestra sólo uno de los posibles resultados.

—¿Entonces a qué propósito sirve una visión?

—Nos guían —le explicó Revan—. Nos dan concentración. Nos muestran una meta por la que esforzarnos para alcanzar o algo que podemos trabajar para evitar.

—¿Entonces las visiones no son absolutas?

—Como he dicho, el futuro siempre está en movimiento.

Hubo otro largo periodo de silencio antes de que Scourge hiciera otra pregunta.

—¿Has tenido alguna visión de lo que ocurrirá cuando nos enfrentemos al Emperador?

—No —dijo Revan—. El lado oscuro oscurece mi visión. Todos estamos entrando en un momento y un lugar de sombras y no puedo prometerte que salgamos jamás.

—¿Eso no te aterroriza?

—El miedo es sólo una emoción. Un truco que la mente nos juega. Debes aprender a dejar tu miedo a un lado.

—A nosotros los Sith se nos enseña a abrazar nuestro miedo —le dijo Scourge—. Lo transformamos en furia y la utilizamos para alimentar el lado oscuro.

—Pero entonces vuestras acciones siempre estarán dirigidas por el miedo —dijo Revan.

—¿Y qué impulsa vuestras acciones? —preguntó Scourge—. ¿La lógica? ¿La razón?

—No —admitió Revan—. Si yo fuera razonable, nunca habría dejado a mi familia atrás para enfrentarme al Emperador.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

Revan asintió en la dirección del holoproyector.

—Por ellos. Quiero que mi hijo viva una vida larga y sana. Quiero que conozca la paz, no la guerra. He venido a detener al Emperador

por él.

—¿Y qué pasa si no le detenemos? —dijo Scourge, acercándose peligrosamente al corazón de lo que realmente quería decir—. ¿Qué pasa si es demasiado fuerte?

—Esa es una posibilidad —admitió Revan—. Pero incluso si fallamos en derrotar al Emperador, todavía hay esperanza. Mi regreso le hará detenerse un momento. Se preguntará cómo me liberé de las cadenas de su voluntad. Se preguntará porqué he vuelto y cuánto sabe ahora la República de su plan. Ni siquiera se preguntará por Malak. Por todo lo que sabe el Emperador, Malak todavía está ahí fuera, conspirando para acabar con el Emperador si yo fallo.

—Sólo estás intentando conseguir tiempo —jadeó Scourge—. No te importa si el Emperador nos mata a todos. ¡Sólo quieres retrasarle!

—No —dijo Revan—. Quiero vivir. Incluso más, quiero purgar a la galaxia de su maldad de una vez y para siempre. Pero comprendo que puede haber victoria incluso en la derrota. Incluso si fallamos, conseguiremos tiempo. Quizás unos cuantos años. Más probablemente unas cuantas décadas.

—Tiempo para que tu hijo se convierta en un hombre —apuntó amargamente Scourge—. ¿Estás esperando que él acabe lo que tú podrías no terminar?

—Él u otra persona —admitió Revan—. La Fuerza siempre se esfuerza por conseguir equilibrio. El Emperador es un agente de la oscuridad y la destrucción. Es inevitable que un campeón de la luz se alce un día para oponerse a él. Yo podría ser ese campeón. —Habló sin rastro de arrogancia—. He representado ese papel antes. Al menos, haré que el Emperador de un paso atrás y reconsidere su plan. Si ese es mi destino, si mi papel es sacrificarme por alguien que vendrá después, entonces lo abrazaré.

Scourge negó con la cabeza.

—Estoy empezando a pensar que estás tan loco como el Emperador. Yo no tengo intención de morir mañana.

—Ni yo tampoco. Pero si la muerte llega, me enfrentaré a ella sin miedo. Descubrirás que nuestra tarea es más fácil si puedes convencerte a ti mismo de hacer lo mismo —dijo, antes de devolver su aten-

ción a la holoproyección.

—Empieza desde el principio —le dijo Revan a T3 y el astromecánico reinició obedientemente la grabación.

Scourge se puso en pie y volvió a la sección de la cueva en la que había estado sentado antes. Consideró brevemente hablar con Meetra y entonces comprendió que sería una pérdida de tiempo. Ella sólo repetiría lo que Revan había dicho.

El Sith se sentó y cruzó de nuevo sus piernas, cerrando los ojos. Pero no fue capaz de aclarar su mente esta vez. En su lugar, siguió revisando las palabras de Revan, reproduciéndolas contra las imágenes duraderas de su visión, intentando comprender lo que significaba todo.

CAPÍTULO 27

Como estaba planeado, Revan, Meetra, Scourge y T3-M4 dejaron la cueva al amanecer, aunque *amanecer* en Dromund Kaas era un término con poco significado. Las nubes negras de la tormenta bloqueaban completamente el sol y el cielo sólo era marginalmente más claro de lo que lo había sido durante la noche.

Una llovizna constante cayó sobre ellos cuando subieron al deslizador. Viajaron en silencio, todos ellos preparándose a su propio modo por que sabían que se avecinaba. Meetra había entrado en lo que Revan llamaba su trance de guerrera. Estaba sentada quieta y derecha, con los ojos concentrados en la nada mientras miraba directamente delante.

Él lo había visto muchas veces durante la guerra contra los mandalorianos. Antes de cada batalla mayor ella intentaba concentrar sus emociones, limpiándose de todo miedo y odio por miedo a que la violencia inminente la arrastrara al lado oscuro. Ella creía que podía transformarse en un conducto perfecto para la Fuerza, un arma incorruptible de luz.

Revan ya no estaba seguro de que tal cosa fuera posible, pero no le dijo nada a Meetra por miedo a alterar su rutina.

Con sus recuerdos restaurados, Revan recordó que él también se había aferrado una vez a un grupo de rituales antes de cada batalla. Miraba a su reflejo en el espejo, con su cara cubierta por su máscara mientras recitaba el Código Jedi una y otra vez hasta que las palabras parecían fusionarse, con su significado perdido en la repetición rítmica de un mantra.

En aquellos días, había creído que esto le protegería del lado oscuro, pero ya no tenía tales ilusiones. Era más viejo y más sabio. Comprendía que los dos lados de la Fuerza estaban más íntimamente entretejidos el uno con el otro de lo que los Jedi o los Sith admitirían jamás. Él había aprendido a equilibrarse en el borde de la navaja entre ellos, utilizando los lados luminoso y oscuro para obtener fortaleza.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que habían cambiado las cosas, todavía sentía los viejos atisbos de gloria cuando comenzaron, un débil eco de la impetuosidad de la juventud que había hecho que desafiara al Consejo y liderara a sus compañeros Jedi en la guerra tantísimos años antes.

Incluso T3 estaba extrañamente sojuzgado, con la gravedad de la situación pesando tanto sobre el astromecánico como sobre sus compañeros orgánicos.

Revan sabía que no tenía que preocuparse por Meetra o por el droide leal. Scourge, sin embargo, era otra cuestión. La conversación que habían tenido durante la noche dejaba pocas dudas de que el sith estaba preocupado.

A diferencia de los Jedi, no había pasado la vida preparándose para esto. El concepto del autosacrificio venía fácilmente para aquellos que caminaban por el camino de la luz. Incluso aunque ocasionalmente se quedaba en el lado oscuro, Revan todavía abrazaba la nobleza de la idea.

Para el Sith, sin embargo, no existía la idea de una muerte noble. Scourge comprendía el concepto del sacrificio, pero sólo cuando se trataba de sacrificar a otros. Le habían enseñado el valor de la supervivencia por encima de todo lo demás. Incluso su disposición a unirse

a Revan y a Meetra estaba impulsada por su deseo de autopreservación. Al final quería la victoria por su propio bien y no por el bien de otros.

Quizás no había una ilusión más grande de la diferencia entre el lado luminoso y el oscuro y Revan sabía que eso haría que su misión fuera más difícil para Scourge. Él había intentado hacérselo comprender durante su breve conversación, pero era difícil deshacer años de enseñanzas en una única noche.

Aun así, el Sith parecía estar manteniéndose bastante bien esta mañana.

—No puedo acercar más el deslizador —dijo ahora Scourge, llevándoles a aterrizar en la periferia más alejada de Ciudad Kaas—. Podrían haber instalado cañones de iones para derribar a cualquier vehículo no autorizado.

Continuaron a pie, abriéndose camino a través de las calles vacías que se dirigían hacia la ciudadela. No se encontraron ni a una única alma viva durante su viaje. Aparte de la Guardia del Emperador, nadie se atrevía a violar el toque de queda. Y tres individuos sensibles a la Fuerza y un astromecánico equipado con sensores ópticos y de audio de lo mejor no tenían problemas para evitar al puñado de patrullas que todavía vagaban por las calles.

Cuando se acercaron más al centro de la ciudad, los signos de la violencia de la noche previa se volvieron más frecuentes y más notables. La mayoría de las ventanas estaban rotas y muchos de los edificios estaban ennegrecidos por el humo o completamente destruidos por el fuego. La calle estaba marcada por los cráteres y cubierta por las carcasas quemadas de los deslizadores descansando sobre sus costados. Sus amigos o los equipos de limpieza imperial, se habían llevado a la mayoría de los muertos, pero todavía estaban los extraños cuerpos desplomados en una puerta o medio ocultos bajo una pila de desperdicios en un callejón.

Cuando finalmente alcanzaron la ciudadela, no había centinelas en la entrada en lo alto de las escaleras.

—Si nos tropezamos con alguien, dejad que hable yo —susurró Scourge mientras subían los escalones.

Estaban sólo a unos cuantos metros de la entrada cuando la puerta se abrió y media docena de soldados uniformados de rojo salieron, armados con armas láser y electrobastones.

—Estáis violando el toque de queda imperial —les informó uno de los soldados—. Rendid vuestras armas y se os escoltará hasta una instalación de prisiones cercana.

—¡So estúpidos! —le espetó Lord Scourge a la Guardia, con su voz elevándose con indignación arrogante—. ¿Sabéis quién soy?

—Sólo a aquellos autorizados explícitamente por el Emperador se les permite estar en las calles —replicó el soldado, con su voz estremeciéndose sólo ligeramente.

—¡Yo no necesito autorización! Mi nombre es Lord Scourge y demando una reunión con el Emperador.

Por la reacción de los soldados estaba claro que reconocieron el nombre. Sin duda cada miembro de la Guardia del Emperador era consciente a estas alturas de que Scourge había sido el catalizador para la purga repentina del Emperador del Consejo Oscuro.

—Os escoltaremos hasta él —replicó el líder, bajando su arma—. Pero los otros deben esperar aquí.

—No —dijo Scourge—. Vendrán conmigo para hablar con el Emperador en persona.

El soldado pareció a punto de denegarle la petición y Revan se preparó mentalmente para dar rienda suelta a su furia, pero en el último minuto el hombre se ablandó… al menos parcialmente.

—Seguidme —dijo—. Le pediré a la capitán que se reúna con nosotros fuera de la sala del trono. Ella decidirá si permite esto.

Revan estaba impresionado por la representación de Scourge, por no mencionar su alivio. En su última visita a Dromund Kaas, Malak y él habían aprendido todo lo que pudieron sobre la Guardia Imperial. Aunque no en armonía con la Fuerza en el sentido clásico, los soldados de élite tenían una conexión con el Emperador, permitiéndoles extraer fortaleza del lado oscuro. Eran oponentes formidables, incluso para los Jedi.

Había temido que tendrían que luchar con docenas de Guardias antes de llegar a la sala del trono, dándole al Emperador mucho

tiempo para preparar su contraataque. Ahora, sin embargo, tenían una oportunidad de coger a su adversario por sorpresa.

Fueron guiados por un retorcido laberinto de corredores, un viaje largo y sinuoso que Revan recordaba de su última visita a la ciudadela. Malak y él habían seguido la misma ruta, guiados por una Guardia a la que habían sobornado para que les diera acceso, sin ser consciente completamente de que estaban siendo llevados a una trampa.

Era posible que esta vez también les estuvieran haciendo lo mismo, pero Revan no creía que este fuera el caso. La guardia que les había traicionado a Malak y a él se había reunido con ellos numerosas veces antes de llevarles a la ciudadela, sin duda volviendo para informar al Emperador después de cada visita. Esta vez, sin embargo, los sucesos habían ocurrido demasiado rápida y espontáneamente como para que la mano paciente del Emperador estuviera tras ellos.

Cuando se acercaron a la sala del trono, los pensamientos de Revan volvieron a su última confrontación con el Emperador. En todas sus batallas, nunca se había enfrentado a un enemigo con esa clase de poder. El lado oscuro había radiado de él en oleadas palpables, con su caparazón físico apenas capaz de contener la energía chisporroteante.

En su último encuentro, él había arrollado completamente a Revan. Ni siquiera era justo llamarlo una batalla. Revan había crecido desde entonces. Ahora era muchísimo más poderoso, ¿pero era rival para el Emperador?

Solo, probablemente no. Con la fortaleza combinada de Meetra, Scourge e incluso T3, sin embargo, creía que podían tener una oportunidad real de victoria.

A pesar de esto, todavía sentía un escalofrío en las entrañas cuando volvió a ver las enormes puertas de duracero de la sala del trono. Estaban cerradas, por supuesto, pero sabía demasiado bien que había más allá.

—¿Dónde está tu capitán? —demandó Scourge y Revan se dio cuenta de que no había nadie allí para encontrarse con ellos.

—Ya viene —le aseguró el Guardia.

—No seguiré esperando —gruñó Scourge, continuando representando su parte—. ¡Demando que se abran estas puertas inmediata-

mente!

El soldado dudó y luego le hizo gestos a dos de sus hombres para que hicieran lo que Scourge había ordenado.

Revan se preparó para lo que estaba por venir. Habían discutido esta parte de su plan antes de dejar la cueva. En el instante en que las puertas se abrieran de un empujón, los cuatro entrarían a la carga. Cuando Revan se lanzara contra el Emperador, Meetra y Scourge se quedarían atrás y contendrían a los guardias lo suficiente para que T3 cerrara y sellara las puertas.

Su sincronización tenía que ser casi perfecta. Revan sabía que no podría aguantar mucho tiempo con el Emperador por sí solo. Sintió que Meetra se tensaba a su lado y su propia mano se movió hacia la empuñadura de su sable láser bajo su cinturón con anticipación.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo una voz femenina desde detrás de él.

Los dos soldados que habían estado a punto de abrir las pesadas puertas de duracero se quedaron congelados.

—Capitán Yarri —dijo el hombre que les había escoltado al interior, lanzándole un saludo preciso—. Lord Scourge demanda otra reunión con el Emperador.

Revan estaba de espaldas a la capitán, pero no necesitó verle la cara para reconocer el nombre: Yarri, la Guardia que les había llevado a Malak y a él a la trampa del Emperador.

—Esto no es aceptable, Lord Scourge —dijo ella, con los tacones de sus botas resonando mientras se aproximaba—. Si deseáis hablar con el Emperador, debéis hacerlo solo.

—No recibo órdenes de ti, capitán —dijo Scourge.

—En la ciudadela sí —respondió ella—. Vosotros, los otros dos y el droide, marchaos de aquí.

Revan había estado cuidadosamente con la cara apartada de los que hablaban durante toda la conversación, con los ojos fijos en la enorme puerta. De repente sintió una mano sobre su hombro cuando uno de los soldados intentó apartarle de la entrada.

Él apartó la mano de una palmada y se volvió para estar frente a ellos. Yarri estaba junto a Scourge, a unos cuantos metros de distan-

cia del resto del grupo. Había venido sola para reunirse con ellos, aumentando su escolta a un total de siete.

Los ojos de la capitán se abrieron mucho por la sorpresa cuando vio su inequívoca máscara roja y gris.

Ella jadeó.

—¡Asesinos! —gritó entonces—. ¡Matadlos a todos!

Revan golpeó con el pie, dando una patada lateral en el pecho del guardia que le había cogido por el hombro, enviando al hombre tambaleándose hacia atrás. T3-M4, con sus circuitos eléctricos procesando instantáneamente la situación, reaccionó disparando su pistola láser integrada. El rayo golpeó al soldado justo en el pecho. Al mismo tiempo, Meetra se lanzó hacia los dos guardias que estaban delante de las puertas de la sala del trono, con su sable láser materializándose en su mano.

Los soldados ordinarios habrían sido hechos pedazos antes de que pudieran incluso desenfundar sus armas, pero a la Guardia Imperial no se le cortaba tan fácilmente. El primer soldado recibió su carga y esquivó el primer golpe con su electrobastón, con el metal resistente de su arma desviando la espada de energía de la Jedi hacia un lado de manera que dejara una profunda cicatriz en la pared.

El segundo soldado saltó a la refriega, forzando a Meetra a retroceder un paso para absorber el ataque coordinado de ellos. Ligeramente más lejos, Scourge y la capitán Yarri también estaban ya enzarzados en un combate muy cercano, con el sable láser de él chocando contra el electrobastón de ella mientras luchaban en los estrechos confines del vestíbulo de entrada.

Una alarma empezó a resonar en la sala, disparada por uno de los otros tres soldados. Antes de que pudieran unirse a la pelea, Revan lanzó sus manos, con las palmas hacia arriba, en la dirección de las puertas selladas de duracero abriéndolas de golpe con el poder de la Fuerza.

—¡A la sala del trono! —gritó, lanzándose hacia delante.

Uno de los guardias que luchaba con Meetra se separó e intentó interceptar a Revan. El Jedi se preparó y saltó en alto por el aire, doblando mucho las rodillas para dar una voltereta sobre su oponente.

El guardia reaccionó ante el movimiento inesperado una fracción de segundo demasiado lento, con su electrobastón cortando el aire por encima de su cabeza y fallando en alcanzar a Revan sólo por unos centímetros.

Revan aterrizó en el suelo y se giró para enfrentarse al otro hombre. Empujó con la Fuerza, con el impacto golpeando al soldado justo en el pecho. En vez de enviarlo volando, sólo le hizo tambalearse medio paso hacia atrás. Tan cerca del Emperador que habían jurado proteger, los guardias eran capaces de utilizar su poder para protegerse a ellos mismos.

Aun así, el ligero tambaleo le dio a Revan tiempo suficiente para sacar su sable láser y continuar con la ofensiva. Se acercó con un tajo alto y de arriba abajo, una finta que pretendía atraer las defensas de su oponente hacia arriba, dejando sus piernas expuestas al ataque rápido que le seguiría.

El guardia reconoció la estratagema familiar, contrarrestando al desviar el tajo de arriba abajo y bajando luego rápidamente su hoja para interceptar el corte inevitable hacia sus piernas. Sólo que Revan no fue a por sus piernas. Anticipando que las defensas de su oponente estarían bajas, él mantuvo su espada en alto, lo que le permitió terminar la batalla con un corte horizontal a la garganta repentinamente expuesta del hombre.

T3 le había seguido al interior de la sala del trono, pero Meetra y Scourge todavía estaban trabados en la batalla contra los guardias en la sala de fuera. Habían emprendido una retirada luchando. Habían maniobrado de manera que pudieran retirarse a la sala del trono mientras mantenían a los guardias bajo control.

En la parte más alejada del vestíbulo, otra media docena de Guardias Imperiales doblaron la esquina. Revan se abrió a la Fuerza y arrancó la arcada abovedada de piedra del techo sobre ellos de su fijación. Una lluvia de polvo y escombros cayó sobre los refuerzos, enviándolos temporalmente en retirada.

Eso no fue suficiente para bloquear el pasaje, pero le consiguió a Scourge y Meetra unos cuantos segundos preciosos para completar su retirada hasta la sala. Ellos cruzaron el umbral, luchando todavía

con la capitán Yarri y los tres Guardias Imperiales supervivientes que les habían escoltado hasta la sala del trono.

Revan se abrió a la Fuerza y cerró de golpe las puertas de duracero, con el sonido retumbando fuerte por la sala del trono.

—¡Sella las puertas! —le gritó a T3.

Entonces volvió su atención hacia el otro extremo de la sala del trono.

El Emperador estaba sentado en su trono, mirando los procedimientos con frío desapego. Revan sintió el mismo escalofrío que había experimentado la última vez que había estado en presencia del Emperador, siendo este la manifestación física del poder malevolente de su enemigo.

—No esperaba que volvieras —dijo el Emperador, poniéndose en pie.

Revan no se molestó en replicar cuando cargó hacia delante.

SCOURGE ERA UN ESPADACHÍN EXPERTO. EN LA ACADEMIA INCLUSO LOS instructores no habían estado muy dispuestos a enfrentarse a él en el anillo de entrenamiento. Cuando el lado oscuro fluía a través de él, su espada era más que un arma. Se convertía en una extensión de su voluntad.

Las habilidades de la capitán Yarri con su electrobastón eran impresionantes, pero al final ella no era rival para un Lord Sith. Sabiendo esto, ella había adoptado sabiamente un estilo defensivo para contener los primeros embates del ataque de Scourge, con su atención fija en esquivarle lo suficiente para que uno de sus compañeros se uniera a la refriega antes de cambiar a una forma más agresiva.

Ahora Scourge se veía forzado a defenderse en dos frentes mientras retrocedía al interior de la sala del trono. En su visión periférica vio que Meetra estaba en una situación similar, retirándose mientras luchaba con un par de enemigos.

El hecho de que Revan no hubiera venido a ayudarles le dijo a Scourge que el Jedi había ido a enfrentarse al Emperador, conjurando imágenes de la visión de Scourge de él tendido roto y vencido en el

suelo a los pies del Emperador.

El bastón de Yarri se deslizó a través de sus defensas y le alcanzó en el hombro derecho. La armadura de Scourge absorbió la peor parte del golpe, aunque él sintió una dolorosa descarga del electrobastón que hizo que su mano y su hombro vibraran.

Incluso mientras Scourge se maldecía por permitir que los pensamientos de su visión le distrajeran, cambió con destreza su espada de su derecha temporalmente entumecida a su izquierda. El movimiento era peligroso. Le dejó momentáneamente vulnerable mientras hacía el cambio. Afortunadamente sus oponentes no estaban preparados para la táctica poco ortodoxa y ninguno fue capaz de aprovecharse.

Mientras que Meetra y él luchaban con el cuarteto de guardias, T3-M4 estaba ocupado sellando las puertas. El droide estaba pulverizando espuma negra a lo largo del borde donde las puertas dobles se unían. Scourge reconoció la espuma como un poderoso adhesivo de contacto utilizado comúnmente para reparar las naves espaciales. Segundos después de estar expuesto al aire se endurecería hasta formar una sustancia que sólo se podría cortar con una antorcha de plasma.

La hoja de Yarri casi le alcanzó de nuevo, sin rozar por poco su mejilla, y Scourge maldijo en voz alta. Si no se mantenía concentrado en la pelea, su visión del Emperador matándole ni siquiera tendría una oportunidad de hacerse realidad.

—¡Ve a ayudar a Revan! —le gritó Meetra a T3 cuando el astromecánico terminó su tarea.

Scourge presionó su ataque, llamando al lado oscuro para transformar su inseguridad y su miedo en una furia al blanco vivo. Sintió el poder recorriéndole, con la chispa de la furia de su interior encendiéndose en una tormenta de muerte y destrucción.

Con la mano izquierda, Scourge lanzó un par de tajos salvajes hacia el compañero de Yarri, utilizando la fuerza bruta para vencer a su oponente físicamente más débil. El guardia desvió los golpes, pero el primero le dejó desequilibrado y el segundo el envió tambaleándose hacia atrás.

Mientras el guardia luchaba por recuperarse, Scourge concentró su asalto en la capitán. Yarri sintió el cambio en su oponente demasiado

tarde como para volver a cambiar a una forma más defensiva y el Señor Sith aprovechó rápidamente el fallo táctico.

Una secuencia de cuatro movimientos apabulló a Yarri, haciendo que dejara su flanco derecho desprotegido. Scourge aprovechó la oportunidad, con su espada mordiendo profundamente la cadera de ella. Yarri gritó, dejó caer su hoja y cayó al suelo. El otro guardia saltó en defensa de ella, lanzándose temerariamente entre su capitán caída y Scourge. La única recompensa por su esfuerzo fue una muerte rápida, entregada por un corte diagonal del sable láser a través de su pecho.

A los pies de Scourge, Yarri tanteó para reclamar su arma. La agonía de su herida la volvía desesperada y torpe, dándole a Scourge tiempo para saborear su sufrimiento. Cuando sus dedos se envolvieron alrededor de la empuñadura de su electrobastón, él bajó su bota sobre la mano de ella, aplastándole los huesos.

Él miró a los ojos de la capitán una última vez, saboreando el terror de ella antes de decapitarla de un único golpe.

—¡Tenemos que ayudar a Revan! —gritó Meetra y Scourge se volvió para ver que también ella acababa de terminar con sus oponentes—. ¡Nos necesita!

CAPÍTULO 28

Mientras Meetra y Scourge luchaban con la Guardia, Revan cargó hacia el Emperador.

Su oponente estaba perfectamente quieto, concentrándose y canalizando su poder. En el último momento posible, el Emperador liberó una oleada de energía que arrancó a Revan del suelo y le envió volando hacia atrás.

Revan se retorció en mitad del aire de manera que fue capaz de rodar con el impacto cuando aterrizara. Se puso rápidamente en pie y avanzó de nuevo, moviéndose más lentamente esta vez.

El Emperador estaba exactamente en la misma posición que antes. Era como si ni siquiera se hubiera movido. Revan empezó a sentir la presencia opresiva del lado oscuro pesando sobre él. El Emperador estaba intentando aplastar su voluntad, para dominar y esclavizar su mente como había hecho antes. Esta vez, sin embargo, Revan estaba preparado.

En vez de cargar hacia delante, se abrió a la Fuerza, dejando que los lados luminoso y oscuro fluyeran a través de él como precipitados

ríos gemelos. Pero en lugar de concentrarse o canalizar la Fuerza, él la liberó en su forma más pura.

Hubo un centelleo brillante cuando el aire entre los dos combatientes se iluminó. La energía liberada era lo bastante poderosa como para enviar a Revan tambaleándose. El Emperador, al no estar preparado y con gran parte de su fortaleza desviada hacia su esfuerzo de dominar la mente de Revan, fue enviado volando hacia atrás.

Aterrizó en un montón en el suelo y Revan corrió hacia él. El Emperador rodó, se levantó sobre una rodilla y sus manos volaron hacia delante cuando lanzó una descarga de rayo del lado oscuro hacia su enemigo.

Revan interceptó la descarga con la hoja de su sable láser, aunque el impacto detuvo de golpe su carga.

El Emperador liberó tres rayos más en rápida sucesión. Revan desvió el primero a un lado con su sable láser, se agachó bajo el segundo y luego desvió el tercero de vuelta en la dirección de su fuente.

Este golpeó al Emperador en el pecho, enviándole deslizándose varios metros hacia atrás por el suelo. Por primera vez la apariencia sin emociones del Sith se rompió cuando dejó escapar un siseo primitivo de odio. El sonido envió estremecimientos por la espalda de Revan abajo.

El Emperador se puso en pie, con sus ropajes humeando y chamuscados donde el rayo le había golpeado. Sus ojos negros centellearon en rojo y él levantó ambas manos por encima de su cabeza.

Revan sabía que estaba reuniendo su poder para liberar una tormenta giratoria de pura energía del lado oscuro, justo como había hecho Nyriss. El Jedi calculó sus opciones rápidamente. Comprendiendo que no podía recorrer la distancia entre ellos lo bastante rápidamente como para detener el asalto, reunió su propia energía y separó sus manos frente a él, listo para recibir y absorber el ataque del Emperador.

Una docena de rayos de relámpagos púrpura trazaron un arco desde el Emperador hacia él. Revan intentó atraerlos a su interior y contenerlos, pero el Emperador era infinitamente más poderoso de lo que lo había sido Darth Nyriss.

El cuerpo de Revan se envolvió en agonía cuando la electricidad viajó a través de su cuerpo. Su piel empezó a hervir y a ampollarse, con la piel de su cara fundiéndose y pegándose al metal supercalentado de su máscara cuando el Emperador vertió más y más energía en él.

A través de la bruma de dolor indescriptible, vio a T3-M4 lanzándose para ayudarle. El droide liberó su lanzallamas, bañando en fuego al Emperador. En el último instante el Emperador se envolvió en la Fuerza como en una concha para salvarse de ser incinerado, rompiendo su concentración sobre Revan.

El Jedi se derrumbó sobre el suelo, quemado pero todavía vivo, con la empuñadura de su sable láser apagado descansando en el suelo a menos de un metro más allá de su agarre.

Casi demasiado débil para moverse, Revan se las arregló para levantar la cabeza justo a tiempo de ver al Emperador volverse contra su pequeño astromecánico valiente. Un pequeño temblor onduló a través del aire cuando el Emperador liberó el poder total de la Fuerza contra el droide indefenso.

T3 nunca tuvo una oportunidad. El pequeño droide explotó en un millón de pedazos, con los circuitos internos y la carcasa externa aniquilados en un único instante.

—¡No! —gritó Revan desde el suelo mientras trocitos de su amigo llovían sobre él en la forma de metralla irreconocible.

Él intentó levantarse, pero su cuerpo herido se negó a responder. Instintivamente, llamó a la Fuerza para que le diera fortaleza y curara sus heridas.

El Emperador se estaba aproximando a él con pasos calmados y determinados. Una vez que llegó al lado de Revan se inclinó calmadamente y recogió el arma caída del Jedi, encendiendo la hoja.

Las propiedades curativas de la Fuerza eran poderosas, pero las heridas de Revan eran severas y él necesitaba más tiempo para restaurar su fortaleza. Indefenso, sólo podía mirar hacia arriba al Emperador mientras levantaba el sable láser para dar el golpe matador.

* * *

Incluso mientras llamaba a Scourge para que la ayudara, Meetra ya estaba esprintando hacia la parte más alejada del salón del trono. Scourge dudó antes de unirse a ella, tomándose un momento para examinar la situación, con recuerdos de su visión de su fallo todavía frescos en su mente.

Lo que vio no era bueno. Revan estaba siendo electrocutado, con su cuerpo sufriendo espasmos incontrolablemente cuando el Emperador le golpeó con un rayo púrpura oscuro.

El astromecánico de Revan lanzó un chorro de llamas al Emperador, liberando a Revan, que se derrumbó sobre el suelo. Como castigo, el Emperador desintegró el droide ofensor, caminó hasta donde yacía Revan y recogió el sable láser del Jedi vencido del suelo.

Todo ocurrió en el espacio de unos segundos. Meetra se estaba moviendo rápidamente, pero estaba demasiado lejos para evitar que el Emperador destripara al Jedi inclinado a sus pies.

Con desesperación, ella lanzó su sable láser con un salvaje lanzamiento lateral, guiándolo con la Fuerza de manera que girara sobre sí misma para interceptar a la hoja que descendía, arrancándolo del agarre del Emperador y enviándolo rebotando por el suelo.

Repentinamente con las manos vacías, el Emperador dio un rápido paso atrás. Su atención había estado concentrada únicamente en Revan. El truco de Meetra le había cogido por sorpresa. Scourge se dio cuenta de que si ella hubiera apuntado al Emperador en vez de a la hoja, podría haber terminado con su vida incluso mientras él terminaba con la de Revan. Pero sus instintos de salvar a su amigo sobrepasaba su deseo de matar a su enemigo y Scourge sólo podía lamentar la oportunidad perdida.

Meetra todavía estaba lanzándose hacia delante, utilizando la Fuerza para devolver su sable láser a su mano que esperaba.

Sintiendo la duda y la inseguridad en el Emperador mientras intentaba evaluar la fortaleza y las debilidades de su nueva enemiga, Scourge se lanzó hacia delante para reunirse con Meetra y Revan.

Meetra se había colocado entre el Emperador y Revan, protegiendo valientemente a su amigo herido. Mientras Scourge llegaba

hasta él, Revan se las apañó para ponerse en pie de nuevo. Alargó su mano con la palma abierta y su sable láser saltó del suelo y hacia su agarre que esperaba.

Los tres estaban los unos al lado de los otros, dos Jedi y un Señor Sith contra el Emperador.

—Esperaba algo mejor de ti, Lord Scourge —dijo el Emperador.

Scourge se preguntó si estaba haciendo tiempo para que su Guardia pudiera entrar por las puertas selladas. Sin embargo, no había muchas posibilidades de eso. Para cuando entraran en la sala del trono la batalla ya se habría decidido, en un sentido o el otro.

—Ha visto las profundidades de tu maldad —declaró Revan—. Está con nosotros ahora.

—Entonces morirá con vosotros, también.

—No puedes derrotarnos a los tres —dijo Revan—. Unidos, somos incluso más fuertes que tú.

—Eso está por verse —replicó el Emperador.

Para Scourge, el universo de repente pareció congelado en el lugar, como si el propio tiempo se hubiera detenido. Comprendió que estaba en un punto crucial en la historia. El hado y el destino se alterarían para siempre en los momentos siguientes.

La Fuerza le envolvió en una ola y un millón de posibles futuros parpadearon a través de su mente simultáneamente. En algunos el Emperador no existía. En otros había transformado en la galaxia entera en un yermo vacío. Vio el triunfo y la derrota de Revan en la sala del trono. Vio variaciones de su propia vida y su propia muerte repetirse una y otra vez en cada modo, estado y forma concebible.

Tenía que elegir, pero no había modo de saber cuál era el resultado probable, o qué acciones suyas llevarían a qué resultado. Revan había dicho que las visiones podían guiar a los Jedi, pero para Scourge no traían nada excepto confusión.

El momento pasó y el universo volvió a moverse de nuevo, aunque todo parecía estar ocurriendo a cámara lenta. Revan y Meetra dieron un paso hacia delante, listos para iniciar la confrontación final. Scourge sabía que tenía que actuar ahora. Tenía que hacer su elección.

En un repentino momento de claridad vio al Emperador tendido derrotado a los pies de un poderoso Jedi… pero ese Jedi no era ni Revan ni Meetra. Y el Lord Sith supo lo que tenía que hacer.

En lugar de avanzar con sus dos compañeros, Scourge se apartó hacia el lado de manera que estaba de pie directamente detrás de Meetra. Hubo un centelleo en su consciencia mientras el universo volvió a toda velocidad y él deslizó la hoja de su sable láser entre los hombros de ella.

Meetra jadeó y cayó hacia delante, muerta antes de golpear el suelo. La cabeza de Revan se giró de golpe hacia el lado, con el shock y el horror emanando de él incluso aunque su máscara ocultaba su expresión. La distracción le dio al Emperador la oportunidad que necesitaba y él liberó otro rayo de relámpagos en el pecho del Jedi.

Scourge pudo oler la carne ardiente cuando Revan chilló una vez y entonces se derrumbó al suelo, inconsciente.

El Emperador se volvió para enfrentarse a Scourge y el Lord Sith cayó sobre una rodilla, con la cabeza inclinada en súplica.

—Explícate —dijo el Emperador y Scourge sabía que si elegía mal sus palabras serían las últimas que diría jamás.

—Los Jedi estaban trabajando con Nyriss —dijo, hablando rápidamente—. Él clamaba que había sido una vez vuestro sirviente, pero que había vuelto para destruiros. Yo sabía que no era lo bastante fuerte para derrotarle yo mismo, así que le atraje a él aquí para que se enfrentara a vos.

—¿Por qué no mencionaste esto cuando me hablaste de la traición de Nyriss?

—No lo sabía —mintió Scourge—. Sólo lo descubrí después de que la Guardia asoló su fortaleza. Los Jedi me buscaron a mí. Ellos sabían que yo trabajé para Nyriss. Nunca sospecharon que fui yo quien la traicionó.

—Así que les llevaste hasta mí.

—Sabía que ellos nunca podrían derrotaros —dijo Scourge—. Así que les seguí el juego, esperando mi oportunidad de entregarles y demostraros mi lealtad una vez más.

—Si eso es cierto —dijo el Emperador—. Entonces debes acabar

con esto.

Scourge asintió y se puso en pie. Caminó hacia Revan, se inclinó y le arrancó el casco. La cara del Jedi estaba muy quemada, con el perfil de su máscara quemada indeleblemente en sus mejillas y su frente. Todavía estaba inconsciente, con su cuerpo en shock por sus heridos. Sin atención médica pronto moriría de todos modos.

El Señor Sith elevó su sable láser para dar el golpe de gracia. Bajó su brazo, pero de repente se detuvo como si una mano invisible e imposiblemente fuerte hubiese agarrado su muñeca. Miró hacia atrás hacia el Emperador con sorpresa.

—Aparta tu hoja. Has pasado la prueba —dijo el Emperador—. Pero Revan todavía puede serme útil.

A pesar de su curiosidad, Scourge sabía que era mejor no preguntar cómo. No podía arriesgarse a hacer nada que pudiera hacer parecer que estaba preocupado por el destino del Jedi. Para vender su mentira, tenía que hacer que pareciera como si todo lo que había hecho había sido por las razones más obvias y egoístas.

—Dos veces he detenido a aquellos que buscaban derrotaros —dijo, extinguiendo su hoja e inclinando la cabeza ante el Emperador—. Confío en que recordaréis esto cuando elijáis a los miembros del nuevo Consejo Oscuro.

El Emperador sonrió y todo el cuerpo de Scourge se quedó frío.

—Te prometo que se te dará tu justa recompensa.

CAPÍTULO 29

—El ritual está a punto de empezar —entonó el Emperador.

Scourge asintió, incluso aunque si hubiera querido negarse ahora era demasiado tarde.

Estaba en pie en el dentro de una plataforma de metal cilíndrica apenas de dos metros de diámetro. Docenas de cables y tubos IV habían sido enganchados a su cuerpo. Los cables estaban conectados a varios generadores colocados en un círculo alrededor de la plataforma y los tubos IV iban hasta tanques claros llenos de un extraño líquido verde burbujeante.

Todavía estaban dentro de la ciudadela, pero esta sala privada era mucho más pequeña que la sala del trono. No estaba amueblada y, aparte del Emperador, Scourge y la maquinaria infernal a la que estaba enganchado, estaba completamente vacía.

Tras la derrota de Revan, el Emperador no le había convertido en un miembro del Consejo Oscuro después de todo. En su lugar, había creado una nueva posición para Scourge: la Cólera del Emperador.

El Emperador había creído su explicación sobre Revan. Como re-

compensa Scourge iba a convertirse en su agente y ejecutor personal, recibiendo órdenes directamente del Emperador y respondiendo ante nadie que no fuera él.

Sin embargo, ese no era el alcance máximo de su recompensa. Por su papel en exponer a Xedrix, Nyriss y Revan, el Emperador había prometido conceder a Scourge el don de la vida eterna. Serviría eternamente al lado del Emperador, un honor de lejos más grande que ser elegido para el Consejo Oscuro.

Scourge había aceptado ávidamente, sabiendo que su nueva posición le daría el tiempo y la oportunidad para encontrar otro modo de detener al Emperador antes de que su locura y apetito consumieran la galaxia.

—Ábrete al lado oscuro —dijo el Emperador y Scourge sintió que el aire a su alrededor empezaba a arremolinarse por el poder.

Traicionar a sus aliados no había alterado el resultado inevitable. El Emperador habría ganado de todas maneras. Al menos de este modo Scourge todavía estaba vivo para continuar con su causa.

Revan también estaba todavía vivo, pero para Scourge era como si estuviera muerto. El Emperador le tenía prisionero en una instalación secreta y Scourge sabía que nunca se arriesgaría a intentar encontrar su localización. No podría hacer nada que pudiera sugerir una relación continuada entre él y Revan. Hacerlo expondría la verdad al Emperador, haciendo su sacrificio de los Jedi injustificado.

—¡Deja que la chispa de la vida eterna prenda en tu interior! —dijo el Emperador.

Scourge sintió un afilado estallido de calor en su pecho. Apretó los dientes por el dolor cuando el calor se volvió más intenso.

No sentía culpabilidad o remordimientos por lo que había hecho. Por supuesto, sabía que los Jedi nunca habrían elegido este camino. Habrían sentido que el precio de la traición era demasiado alto.

Scourge sabía que estaban equivocados. No tenía sentido dilapidar su vida con las de ellos. La traición era el precio de detener al Emperador y sólo él había estado dispuesto a pagarlo.

Sin embargo, Revan había tenido razón en una cosa: el ataque había hecho que el Emperador diera un paso atrás en sus planes para in-

vadir la República. En vez de buscar más allá de las fronteras del Imperio Sith, había vuelto su atención hacia dentro, concentrándose en restaurar la estabilidad y el control sobre Dromund Kaas y los otros planetas que gobernaba.

El Consejo Oscuro tendría que ser reconstruido. Era inevitable que hubiera luchas internas y grandes movimientos durante los primeros años mientras los nuevos miembros competían unos con otros para hacerle la pelota al Emperador. Y él, a cambio, vigilaría de cerca las acciones del Consejo hasta que los complots y las conjuras volvieran a un nivel más normal y esperado.

Pasarían varias décadas, tal vez incluso más, antes de que el Emperador volviera a revisar la idea de invadir la República. En ese tiempo, podían ocurrir muchas cosas. Revan había hablado de que otro campeón se alzaría. Scourge había visto a ese campeón en su visión final. Bendecido con la vida eterna, Scourge serviría fielmente al lado del Emperador, aguardando mientras esperaba a que ese campeón emergiera de la niebla del tiempo.

Mientras le servía, estudiaría al Emperador. Lo aprendería todo sobre él. Llegaría a comprender sus fortalezas y sus debilidades de manera que cuando llegara el momento, pudiera ayudar al campeón profetizado de Revan a destruir al Emperador de una vez y para siempre.

—Siente que tu mortalidad mientras es arrebatada.

Scourge gritó cuando garras invisibles rasgaron sus entrañas, aparentemente despedazando sus órganos vitales.

El calor de su pecho se había expandido hasta el resto de su cuerpo. Era como si su sangre estuviera hecha de fuego. La agonía se volvió insoportable y él gritó y se derrumbó sobre el suelo.

—El ritual no se puede deshacer —dijo el Emperador cuando Scourge se retorció y lloró a sus pies.

A través de su tormento, Scourge comprendió con horror creciente lo que el Emperador había estado diciendo. El ritual había terminado, pero el calor abrasador y el desgarro de sus entrañas continuaban constantes.

Concentrando su voluntad, se las arregló para calmar las convul-

siones que atormentaban su cuerpo. Se forzó a ponerse de rodillas, aunque cada movimiento parecía amplificar el dolor. Temblando, se puso en pie y se dirigió al Emperador.

—¿Cuánto durará esta angustia? —preguntó, con la mandíbula apretada.

—Conforme pase el tiempo aprenderás a aceptar y a soportar tu sufrimiento —respondió el Emperador—. Tu mente y tu cuerpo encontrarán modos de tratar con el dolor. Después de muchos meses te acostumbrarás lo suficiente a él como para funcionar en tu papel como la Cólera del Emperador. Al final simplemente te volverás insensible, incapaz de sentir nada de nada.

—¿Por qué? —preguntó Scourge, con su voz siendo algo entre un sollozo y un gemido.

—Todo tiene un precio —le explicó el Emperador—. Este es el precio de la inmortalidad.

La celda de Revan era tan laboratorio como prisión. Atrapado en una caja suspendida de brillante energía, flotaba en algún lugar entre la vida y la muerte.

Su cuerpo paralizado estaba en alguna clase de estasis, preservado y protegido de manera que incluso el propio tiempo no pudiera tocarle. Pero su conciencia estaba completamente alerta.

Meetra podía sentir su sufrimiento. Cuando ella murió, no se había convertido en una con la Fuerza. Leal hasta el final, su espíritu había permanecido con Revan, una presencia invisible flotando justo fuera de su celda.

Ella no podía hablar con él. Fuera lo que fuese la arcana brujería Sith que el Emperador había utilizado para retener a Revan en su celda hacía eso imposible. Ella dudaba de que Revan fuera incluso consciente de que ella estaba allí. Sin embargo aunque no podía comunicarse con él, era capaz de ofrecer ayuda y apoyo, con su poder fluyendo lentamente a través de la barrera de energía que le rodeaba, como una línea vital a la que él podía aferrarse en el oscuro océano de su encarcelamiento.

Igual que el Emperador se alimentaba de él, Meetra estaba permitiendo que Revan se alimentara de ella. Su sustento fortalecía la resolución de él cada vez que él se debilitaba, refrescándole y recuperándole de manera que pudiera continuar su guerra mental sin fin.

Debido a ella, Revan era capaz de hacer más que luchar simplemente para mantener al Emperador a raya.

Revan podía sentir al Emperador alimentándose de él, extrayendo poder para saciar su hambre infinita. Aunque los dos estaban separados físicamente por una docena de parsecs, todavía había un vínculo mental irrompible, establecido por el Emperador y sostenido por las maquinas infernales que le daban energía a la celda.

Sin embargo el Emperador quería más que agotar la energía de su adversario caído para sostener su propia existencia retorcida. Revan podía sentir al enemigo dentro de su cabeza. Podía sentir la inequívoca oscuridad del Emperador rebuscando en sus pensamientos y recuerdos, buscando, indagando, cavando en busca de respuestas.

Quería información de la República y los Jedi. ¿Cómo eran de fuertes? ¿Dónde eran vulnerables? ¿Cuánto sabían sobre los Sith y el propio Emperador? Quería información de Revan. ¿Qué había ocurrido durante su propia invasión de la República? ¿Por qué había fallado? ¿Cómo se había liberado del control del Emperador?

Las respuestas estaban todas allí, pero Revan no las entregaría fácilmente. Aunque estaba físicamente indefenso, mentalmente era lo bastante fuerte para luchar una guerra contra el Emperador, guardando y protegiendo sus secretos durante el tiempo que hiciera falta.

Y Revan sabía algo que el Emperador no sabía. La conexión entre ellos era de doble sentido. Había breves momentos, veces en las que el Emperador estaba intensamente concentrado en otra cosa, en los que podía corromper su relación al plantar semillas en los pensamientos de Emperador.

Tenía que ser cuidadoso, para que su enemigo no descubriera lo que estaba haciendo. Pero era capaz de empujar y estimular los propios pensamientos y creencias del Emperador, manipulándolos sutil-

mente de maneras que podrían tener profundos efectos. Revan jugaba con la precaución y la paciencia del Emperador, empujándolos constantemente hacia el frente en la mente de su enemigo. Aumentaba su miedo irracional a la muerte. A cada oportunidad reforzaba la idea de que invadir la República era imprudente y peligroso.

Era imposible saber qué habría ocurrido si Scourge no les hubiera traicionado en la sala del trono. Podrían haber perdido de todas maneras, pero también podrían haber derrotado al Emperador, liberando a la galaxia para siempre de la amenaza de aniquilación a manos de un loco. No había manera de estar seguro y no tenía sentido hacer hincapié en el pasado.

Aunque Revan estaba seguro de una cosa: durante los siglos que su cuerpo sobreviviera en estasis, lucharía para evitar que el Emperador invadiera a la República.

Se aferraba a esta seguridad. Eso le daba esperanza. Sabía que no tenía ocasión de escapar de su prisión. Sabía que era inevitable que un día el Emperador ganara su batalla de voluntades sin fin.

Pero si se las arreglaba para retrasarle durante cincuenta años, Bastila podría no tener que experimentar nunca los horrores de otra guerra galáctica. Cien y su hijo podría vivir toda su vida en una era de paz, sin conocer nunca el miedo de enfrentarse a la aniquilación completa.

Cada vez que sus pensamientos se volvían hacia su mujer y su hijo, intentaba abrirse a ellos a través de la Fuerza, ofreciéndoles consuelo y fortaleza desde el otro lado de la galaxia. No sabía si ellos incluso le sentía, pero le gustaba imaginar que sí.

Incluso si no podían sentirle, sólo pensar en ellos le daba fortaleza. Revan estaba luchando por el futuro de su mujer y su hijo y esa era una pelea que no pretendía perder.

EPÍLOGO

—¿Por qué está tu pelo todo gris? —preguntó Reesa, la más joven de los nietos de Bastila.

—Porque soy una mujer muy, muy vieja —replicó Bastila.

—¿Es eso por lo que también está toda arrugada? —preguntó su hermano Bress.

—Venid, los dos —dijo su madre, recogiéndolos en sus brazos—. Creo que es hora de ir a la cama.

Llevó a los niños fuera del salón, dejando a Bastila sola con su hijo.

—Me alegro de que vinierais hoy —dijo Bastila—. Significa mucho para mí.

Vaner alargó el brazo para envolver su mano alrededor de los dedos de su madre y darle un apretón reconfortante.

—Sé que esta es una época dura para ti —dijo él—. Siempre te deprimes cuando se acerca vuestro aniversario. ¿Has estado pensando en él?

—Pienso mucho en él —respondió ella.

—Y yo —admitió su hijo—. Me preguntó que me diría si nos co-

nociéramos alguna vez.

—Te diría que estaba orgulloso de ti —le aseguró Bastila.

—¿No crees que estaría decepcionado de que nunca me uniera a la Orden Jedi?

Bastila negó con la cabeza.

—Has hecho demasiado en tu vida para tener esa clase de remordimientos —le dijo ella—. Los Jedi son guardianes y protectores de la galaxia, pero estos últimos cincuenta años hemos necesitado mucho más. La República tenía que reconstruirse. Necesitábamos líderes para que nos unieran, para que nos ayudaran a trabajar juntos. Viste esa necesidad y la cubriste.

Su hijo se rió.

—Suenas como mi jefe de campaña. ¡Vota por Vaner Shan como Canciller Supremo!

Bastila negó con la cabeza.

—Bromeas, pero si quisieras ese puesto podrías tenerlo.

—Me vengaré de ti por eso.

—Además —añadió ella después de pensarlo un momento—, si fueras Jedi nunca podrías haberte casado con Emess.

—Cuando la conocí por primera vez, dijiste que era demasiado joven para mí —le recordó él.

—Ahora soy más vieja y más sabia —dijo ella.

—¿No lo somos todos?

Guardaron silencio durante unos cuantos minutos más antes de que Vaner hiciera otra pregunta.

—¿Crees que todavía está vivo?

—No lo sé —admitió Bastila—. Si lo está, ¿por qué no volvió? Por otra parte, hay veces en las que creo que aun puedo sentir su presencia, como si se estuviera abriendo a mí desde algún lugar muy lejano.

Vaner sonrió, pero no dijo nada.

—Crees que tu vieja madre se está volviendo senil, ¿verdad?

—A veces la Fuerza es un poco difícil de comprender.

—Será mejor que te acostumbres a ello —le dijo ella—. Lo llevas en la sangre. Ya puedo sentirla en esos niños tuyos.

—Creo que se salta una generación —dijo Vaner con una risa suave.

Después de unos minutos más de silencio él habló de nuevo. Era una pregunta que Bastila había esperado oír durante muchos años.

—¿Alguna vez deseas que se hubiera quedado contigo en su lugar?

—Echo de menos a tu padre cada día de mi vida —dijo ella—, pero nunca jamás pensé eso.

—¿Por qué no?

—Revan sabía que había algo ahí fuera, algo que amenazaba la República. Tal vez algo que amenazaba a la galaxia entera. Fue a detenerlo y sé que tuvo éxito.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque tú y yo estamos aquí hablando de esto —dijo ella—. No hemos sido arrasados por la guerra o convertidos en refugiados. La galaxia no ha alcanzado alguna clase de final horrible. Fuera lo que fuese lo que Revan hizo, él hizo posible que tú y yo viviéramos nuestras vidas sin miedo ni penalidades. Y por eso, siempre estaré agradecida.

Ella alargó los brazos y colocó una mano arrugada en cada una de las mejillas de su hijo, acercándole y besándole suavemente en la cabeza.

—Será mejor que vaya a ver a Emess y a los niños —dijo él, poniéndose en pie.

—Por supuesto —dijo ella, agitando la mano—. Ve, ve. Yo simplemente me quedaré aquí en el sillón y echaré una pequeña siesta.

Su hijo se marchó hacia la habitación de invitados en la parte de atrás y Bastila cerró los ojos, dejándose llevar rápidamente por el sueño. Como siempre, soñó con Revan.